

DUBRAVKA UGREŠIĆ

*Baba Yagá puso un huevo*

*Traducción de Luisa Fernanda Garrido  
y Tibomir Pištelek*



*Baba Yagá puso un huevo*



DUBRAVKA UGREŠIĆ

*Traducción del croata a cargo de*

*Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek*



IMPEDIMENTA

*Vuelve Ugresic con un prodigioso tríptico narrativo, una novela cargada de ironía sobre mujeres que envejecen y vuelven a casa, y sobre cómo las ha tratado la literatura.*

*«Una novela ingeniosa y provocativa. Una mezcla de ficción, fantasía, folklore y memorias narrada con inteligencia y entusiasmo.»*

The Washington Times

*«Ugresic en su mejor momento punk-rock, escribiendo escenas cargadas de una genial maldad mientras glosa, de paso, la imagen aterradora de Baba Yaga.»*

Time Out

*«Un libro extraño y maravilloso. No puedes dejar de leerlo. Ugresic es tan conmovedora como elocuente.»*

Bookforum

## AL PRINCIPIO NO LAS VES...

Al principio no las ves. Y luego, de repente, como un ratón extraviado, se desliza en tu campo visual un detalle fortuito: un bolso de señora anticuado, una media caída que se ha quedado atascada en el tobillo hinchado, unos guantes de ganchillo en las manos, un sombrerito pasado de moda, el cabello ralo y canoso que centellea con variaciones de tonos violeta. La dueña de estos tonos violáceos mueve la cabeza como un perrito de los que adornan la bandeja del coche y esboza una sonrisa desganada...

Sí, al principio son invisibles. Pasan a tu lado como sombras, picotean el aire, caminan con trote corto, arrastran los pies por el asfalto, se mueven con pasitos de ratón, empujan carritos, se apoyan en andadores metálicos rodeados de una multitud de absurdas bolsas de plástico y bolsitos, cual desertores que aún llevaran sus pertrechos de guerra. Las hay que todavía «están en forma»; lucen un vestido veraniego con escote y una coqueta boa de plumas alrededor del cuello, un viejísimo chaquetón de astracán medio apolillado, con el maquillaje corrido. (¿Quién es, por lo demás, capaz de maquillarse correctamente con las gafas sobre la nariz?)

Ruedan a tu lado como montones de manzanas resacas. Murmuran algo entre dientes, hablando con sus interlocutores invisibles, como chamanes. Circulan en los autobuses, tranvías y metros como si fueran maletas olvidadas: dormitan con la barbilla apoyada en el pecho o lanzan miradas asustadas a su alrededor, preguntándose en qué parada deberían bajar, e incluso si tienen que bajar. A veces te detienes un instante (¡solo un instante!) delante de una residencia de ancianos y las observas a través de los ventanales: están sentadas a las mesas, pasan los dedos por las migas de pan como si fueran letras de braille y envían a alguien sus mensajes incomprensibles.

Señoras mayores, pequeñas, dulces. Al principio no las ves. Pero luego, de repente, están ahí en el tranvía, en la oficina de correos, en la tienda, en la consulta del médico, en la calle, allí está una, allí otra y allá enfrente la cuarta, la quinta, la sexta, ¡oh, mira, cuántas hay de pronto! Repasas los detalles con la vista: los pies hinchados como buñuelos en zapatos demasiado estrechos; la carne flácida que cuelga de la parte interior del brazo, las uñas hipertróficas, los vasos capilares que surcan la piel. Observas con atención el cutis: cuidado-descuidado. Te fijas en la falda gris y la blusita blanca de cuello bordado (¡no muy limpio!). La tela de la blusa está desgastada y amarillenta por los muchos lavados. Se la ha abrochado mal, intenta desabrocharla, pero no lo consigue, tiene los dedos agarrotados, los huesos han envejecido, se han vuelto ligeros y huecos, como los de las aves. Otras dos la ayudan y, por fin, uniendo fuerzas, logran abotonar el cuello.

Así abrochada hasta la barbilla parece una niña. Las otras dos acarician con los dedos el pequeño bordado de la tela, exclamaciones de admiración, cuántos años tiene este bordado, era de mi madre, oh, qué bien y con cuánto esmero se hacía todo antes. Una de ellas es rechoncha, con un bulto firme en la nuca, parece un bulldog envejecido. La otra es más elegante, pero la piel del cuello le cuelga como el moco de un pavo. Se mueven en formación, tres gallinitas...

Al principio son invisibles. Y de repente empiezas a fijarte en ellas. Se arrastran por el mundo como un ejército de ángeles envejecidos. Una se pone frente a ti. Te observa con los ojos abiertos de par en par, con una mirada azul pálido, y formula su ruego en un tono a la vez orgulloso y zalamero. Te pide ayuda, tiene que cruzar la calle, y no se atreve a hacerlo sola, o subir al tranvía, y las rodillas ya no la sujetan, busca una calle y el número de una casa, y ha olvidado sus gafas... Sientes una compasión repentina por este ser senil y, conmovido, realizas una buena obra y el papel de protector te llena de satisfacción. Precisamente aquí, en este instante, hay que pararse, resistir al canto de la sirena; con una gran dosis de voluntad, rebajar la temperatura del propio corazón. Recuerda, las lágrimas de estas señoras no significan lo mismo que las tuyas. Porque, si cedes, si aceptas, si intercambias una palabra de más, caerás bajo su poder. Te deslizarás en un mundo en el que no tenías previsto entrar, porque cada cosa a su tiempo, porque, por Dios, todavía no ha llegado tu hora.

PRIMERA PARTE

VETE DONDE NO TE DIGO,  
TRÁETE LO QUE NO TE PIDO

## PÁJAROS EN LAS COPAS DE LOS ÁRBOLES QUE CRECEN DEBAJO DE LA VENTANA DE MI MADRE

El aire veraniego en el barrio de Novi Zagreb, donde vive mi madre, huele a excrementos de pájaro. Entre las hojas de los árboles delante de su edificio rumorean miles y miles de aves. La gente dice que son estorninos. Los pájaros son particularmente ruidosos en las tardes bochornosas, antes de que empiece a llover. A veces un vecino enloquecido coge la escopeta de aire comprimido y los ahuyenta con una serie de disparos. Los pájaros escapan sobresaltados, se elevan hacia el cielo apiñados en bandadas, se mueven a la izquierda, a la derecha, arriba y abajo, como si barrieran el firmamento, para acabar abalanzándose con un gorjeo histérico, semejante a una granizada de verano, sobre las hojas gruesas. Hacen tanto ruido que aquello parece la selva. Esta cortina sonora permanece descorrida durante todo el día, dando la impresión de que la lluvia tamborilea sin cesar. Arrastradas por las corrientes de aire, plumas livianas entran en el piso por la ventana. Mamá blande la escoba, recoge gruñendo las plumas y las lleva al cubo de la basura...

—Ya no están mis tórtolas... —suspira—. ¿Te acuerdas de mis tórtolas?

—Me acuerdo... —digo yo.

Recuerdo borrosamente que había tomado cariño a dos tórtolas que solían acudir a su ventana. Odiaba a las palomas. Sus sórdidos arrullos matutinos la volvían loca.

—¡Asquerosos, asquerosos pajarracos! —dice—. ¿Te has da-do cuenta de que ya no están?

—¿Quiénes?

—¡Las palomas, mujer!

Yo no me había dado cuenta, pero, en efecto, parecía que también las palomas se habían marchado.

Los estorninos la fastidiaban, sobre todo por el hedor en verano, aunque todo indicaba que se había resignado con su presencia. Porque, a diferencia de otros, su balcón por lo menos estaba limpio. Me muestra una pequeña franja de suciedad casi al final de la barandilla del balcón.

—En lo que respecta a mi casa, solo ensucian este trocito. ¡Tendrías que ver el balcón de la señora Ljubić!

—¿Por qué?

—¡Está lleno de cagarrutas! —dice y se ríe como una niña. Coprolalia infantil, obviamente le divierte la palabra *cagarruta*. También a su nieto de diez años le hace gracia esta palabra.

—Como en la selva... —digo.

—Justo como en la selva —conviene ella.



—Aunque hoy en día la selva está en todas partes... —digo yo.

Y, en verdad, parece que las aves están fuera de control, han ocupado nuestras ciudades, invadido los parques, las calles, los arbustos, los bancos, las terrazas de los restaurantes, las estaciones de metro y de tren. Y parece que nadie se ha fijado en esta invasión. Las urracas rusas, según cuentan, se han apoderado de las ciudades europeas, las ramas de los árboles en los parques municipales se doblan bajo su peso. Las palomas, las gaviotas, las urracas surcan el cielo, y las pesadas cornejas negras con los picos abiertos como pinzas se pavonean por los espacios verdes públicos. En los parques de Ámsterdam se han multiplicado las cotorras, huidas de las jaulas de sus dueños: volando bajo en bandadas, cruzan el cielo como cometas verdes. Grandes gansos blancos se han apoderado de los canales de Ámsterdam; volaban desde Egipto, se detuvieron un rato para reposar y allí se quedaron. Los agresivos gorriones locales se han vuelto tan insolentes que te arrebatan el bocadillo de las manos y se pasean desdeñosamente por las mesas de los bares al aire libre. Las ventanas de mi piso provisional en Dahlem, uno de los barrios más bellos y verdes de Berlín, eran la superficie preferida de los pájaros locales para depositar sus excrementos. Y no había nada que hacer, salvo bajar las persianas y correr las cortinas, o dedicarse todos los días a la ardua tarea de fregar las ventanas que ensuciaban.

Asiente con la cabeza, pero da la impresión de que no escucha...

La invasión de estorninos en su barrio había empezado unos tres años atrás, cuando «enfermó». Las palabras de los diagnósticos médicos eran largas, amenazadoras y «feas» («Es un diagnóstico feo»), por eso ella eligió el verbo *enfermar* («¡Todo cambió cuando enfermé!»). A veces recobraba el valor y, tocándose con el dedo índice la frente, decía:

—La culpa de todo la tiene esta... telaraña mía...

La «telaraña» son sus metástasis cerebrales, que aparecieron diecisiete años después de que los médicos le descubrieran a tiempo y le curaran exitosamente un cáncer de mama. Estuvo ingresada en el hospital, tuvo que someterse a una decena de sesiones de radioterapia y se recuperó. A partir de entonces se hacía chequeos con regularidad, todo lo demás estaba dentro de lo normal sin mayores dramas. La «telaraña» se quedó prendida en algún rincón oscuro y recóndito de su cerebro, sin moverse. Con el tiempo, mi madre se resignó, se familiarizó con ella y la adoptó como a un inquilino indeseado.

En los últimos tres años su biografía se ha reducido a un fajo de altas de hospital, de análisis médicos, de lecturas e interpretación de radiografías, y a su álbum de fotos, una serie de tomografías computarizadas y de resonancias magnéticas. En las imágenes se ve su bonito cráneo redondo plantado sobre la columna vertebral, un poco inclinado hacia delante, el contorno claro de su rostro, los párpados bajados como si durmiera, la membrana cerebral que se asemeja a un gorro extraño y alrededor de los labios una sonrisa apenas perceptible.

—En la imagen parece que me cae nieve en la cabeza... —dice apuntando con el dedo a la tomografía.

Los árboles de copas frondosas que crecen debajo de las ventanas son altos, llegan incluso hasta

el piso de mi madre, en la sexta planta. En las ramas se agitan miles y miles de pequeños pájaros. Amodorrados por la cálida oscuridad estival, nosotros, los inquilinos, y los pájaros emitimos nuestras exhalaciones. Centenares de miles de corazones de aves y de seres humanos laten con ritmos distintos en la oscuridad. A través de las ventanas abiertas, las corrientes de aire traen plumas blanquecinas. Las plumas toman tierra como paracaidistas.

## TODAS MIS PALABRAS SE HAN DISPERSADO

—Tráeme eso...

—¿El qué?

—Lo que se unta en el pan...

—¿La margarina?

—No...

—¿La mantequilla?

—¡Sabes que hace años que dejé de comer mantequilla!

—Entonces, ¿el qué?

Arruga la frente, en su interior crece la ira por su propia impotencia. Y por eso astutamente pasa enseguida al ataque...

—¿Qué clase de hija eres tú que ni siquiera puedes acordarte del nombre de eso que se unta en el pan?

—¿Crema de queso para untar?

—Sí, eso blanco de queso... —dice ofendida, como si hubiera decidido no proferir nunca más la expresión *crema de queso*.

Todas sus palabras se habían dispersado. Estaba enfadada; si hubiera podido, habría pataleado, habría dado golpes en la mesa y levantado la voz. Pero se quedaba cohibida mientras la ira crecía en ella con una insólita efervescencia juvenil. Se paraba delante de un montoncito de palabras como si constituyera un rompecabezas que no era capaz de componer.

—Tráeme esas galletas para los genitales...

Sabía perfectamente de qué galletas hablaba. Se trataba de las galletas digestivas, el cerebro todavía funcionaba: la palabra menos usada, *genitales*, se había unido a *cereales*, más familiar, y de esta manera salía de su boca esa extraña combinación. Al menos es lo que yo imagino, aunque quizá el trayecto entre la lengua y el cerebro es otro.

—Pásame el termómetro para llamar a Javorka...

—¿Quieres decir «el teléfono móvil»?

—Sí...

—No quieres llamar a Javorka, ¿verdad?

—¡No!, ¿por qué iba a llamarla?

Javorka era una conocida suya de tiempo atrás, y quién sabe por qué su nombre había saltado en el cerebro de mi madre.

—En realidad, ¿pensabas en Kaja?

—Pero si eso es lo que he dicho, que quiero llamar a Kaja, ¿o no? —estalló.

Yo entendía su idioma. En la mayoría de los casos sabía a qué se refería cuando decía *eso*. A menudo, cuando no recordaba una palabra, recurría a descripciones: «Tráeme aquello mío de lo que suelo beber agua»... Era una tarea fácil: se trataba de una botellita de plástico con agua que siempre tenía cerca.

Y entonces, como si hubiera encontrado la forma de ayudarse, empezó a usar diminutivos, que nunca antes había usado. Incluso tomaba algunos nombres propios, también el mío, y les aplicaba aquellos diminutivos tan engorrosos. Los diminutivos le servían como pequeños imanes y, mira por dónde, las palabras dispersas se ponían de nuevo en orden. Le proporcionaba un placer inmenso pronunciar en diminutivo cosas que consideraba muy íntimas («mi pijamita», «mi toallita», «mi almohadita», «mi botellita», «mis zapatitos»...). Tal vez los diminutivos eran la saliva con la que ablandaba en la boca las palabras duras como caramelos, o tal vez con ellos simplemente compraba tiempo para una nueva palabra, para la siguiente frase.

Tal vez así se sentía menos sola. Se dirigía al mundo que la rodeaba con palabras tiernas, y así le parecía más pequeño y menos peligroso. Junto con los diminutivos saltaba a veces, como si fuera un muelle, algún aumentativo: una víbora devenía en «viborona», un pájaro en «pajarote». Con frecuencia percibía a las personas más grandes de lo que realmente eran («¡Era un hombre enoorme!»). Y lo que pasaba era que ella había empequeñecido y el mundo le parecía más grande.

Hablaba lentamente y con un timbre de voz nuevo, más apagado. Me daba la sensación de que le gustaba este timbre. La voz era un poco ronca, el tono un poco señorial, de esa clase que exige del oyente un respeto absoluto al hablante. Ante la falta habitual de palabras, su voz era lo único que le quedaba.

Y había otra cosa nueva. Empezó a apoyarse en ciertos sonidos como si fueran un ruidoso andador. La oía arrastrar las zapatillas por la casa, abrir la nevera o ir al baño y pronunciar con ritmo regular: «Hummm, hummm, hummm». O tal vez: «Uh-hu-hu, uh-hu-hu».

—¿Con quién hablas? —le preguntaba.

—Con nadie, son cosas mías... Hablo conmigo misma... —solía responder ella.

Quién sabe, quizá el silencio la asustaba de repente y, para apartarlo, soltaba sus hummm-hummm, uh-hu...

La asustaba la muerte y por eso la registraba con tanto rigor. Ella, que olvidaba tantas cosas, no dejaba de mencionar la muerte de sus conocidos más cercanos o más lejanos, de conocidos de conocidos, de gente a la que nunca había visto, la muerte de personajes públicos a los que solo había visto en televisión.

—Ha ocurrido algo...

—¿Qué?

—Me temo que te afectará mucho si te lo digo...

—Dilo...

—Ha fallecido la señora Vesna...

—¿Qué Vesna?

—¿Cómo es que no te acuerdas de la señora Vesna? La del segundo piso.

—Ni idea. Nunca la conocí.

—¡La que perdió un hijo!

—No, no la conozco.

—¡La que siempre sonreía en el ascensor!

—No lo sé, de veras...

—Ha ocurrido en unos pocos meses... —decía cerrando el pequeño archivo imaginario de la señora Vesna.

Morían sus vecinas, sus amigas más o menos íntimas, el círculo se estrechaba. Se trataba de un círculo mayoritariamente femenino, los maridos habían muerto tiempo atrás, algunas hasta habían enterrado a dos maridos, otras incluso a sus propios hijos. Sobre la muerte de la gente que no significaba mucho para ella hablaba sin ningún pudor. Las pequeñas historias conmemorativas tenían una función terapéutica, hablando disipaba el miedo a su propia muerte. Sin embargo, sobre la muerte de sus allegados evitaba hablar. Pasó en silencio la muerte reciente de una de sus mejores amigas.

—Era ya muy mayor... —fue lo único que dijo al cabo de un tiempo, como si hubiera escupido un bocado amargo. La amiga apenas era un año mayor que ella.

Desterró de su armario la ropa negra. Antaño no habría llevado colores llamativos, ahora apenas se quitaba el suéter rojo o una de las dos blusas del color de la hierba fresca. Cuando necesitábamos tomar un taxi, se negaba a subir al coche si era negro («Pide otro taxi. ¡No quiero este!»). Retiró las fotografías de sus padres, de su hermana, de mi padre que antes tenía enmarcadas en la estantería, y dejó las fotos de sus nietos, de mi hermano y su mujer, mis fotos y las preciosas fotografías de ella de cuando era joven...

—No me gustan los muertos —dijo—. Prefiero estar rodeada de vivos.

También cambió su relación con los muertos. Antes todos tenían un sitio en su memoria, todo estaba bien ordenado, como en un álbum con fotografías de familia. Ahora el álbum estaba hecho trizas y las fotos se habían dispersado. A su difunta hermana ya no la mencionaba. En cambio, de su padre —del que antes decía que «siempre tenía un libro en la mano y leía sin cesar y era el hombre más honrado del mundo»— empezó a hablar con más frecuencia, pero bajándolo del pedestal en el que lo tenía, y sus recuerdos de él quedaron ensuciados permanentemente por «la mayor decepción que jamás alguien» le había causado, un suceso que «nunca» iba a «olvidar ni perdonar».

El motivo no guardaba ninguna proporción con la amargura con la que hablaba de este suceso, o al menos eso es lo que a mí me parecía. Los abuelos tenían unos amigos, un matrimonio. Cuando la abuela murió, los amigos cuidaron del abuelo, y particularmente se ocupó de él la mujer, la amiga de mi abuela. Mamá fue una vez testigo de una escena de ternura entre la mujer y el abuelo en la

que él le besaba las manos.

—Me pareció asqueroso. Y, mira tú, la pobre abuela, que solía decir: «¡Cuidad de mi marido, cuidad de mi marido!».

Es poco probable que la abuela dijera algo semejante, porque había muerto de un infarto. Posiblemente, mi madre se inventó esta frase patética —«¡Cuidad de mi marido, cuidad de mi marido!»— poniéndola en la boca de la abuela agonizante.

Había otra imagen que se fundía con la «vergonzosa» escena del beso en las manos, y era esta la que mamá, en realidad, no podía borrar de su memoria. La última vez que visitó Varna, el abuelo le pidió a mi madre que lo llevara consigo, pero a ella —exhausta por la agonía larga y penosa y la muerte de su marido— la asustó el peso de esta responsabilidad, y se negó. El abuelo pasó sus últimos años abandonado en un asilo de ancianos cerca de Varna.

—Dobló la pequeña toalla que yo le había regalado, se la puso bajo el brazo y entró en casa —dijo describiendo su último encuentro con él.

Al parecer, en aquella última evocación, coló lo de la toalla de contrabando. Todos los veranos llevábamos un montón de regalos para los parientes búlgaros de mamá. No solo le gustaba hacer regalos, sino también su propia imagen cuando regresaba a Varna, ciudad que había abandonado hacía mucho tiempo, como un hada madrina, con obsequios para todo el mundo. Yo me preguntaba por qué había añadido a esta última imagen de despedida de su padre la pequeña toalla. Como si con ella se fustigara a sí misma, como si la toalla doblada bajo el brazo fuera la imagen más horrible de la caída humana. La caída se había desarrollado ante sus ojos y ella no había hecho nada para impedirlo o al menos atenuarlo. En vez de un gesto auténtico y grande, que, ciertamente, habría exigido pasar por un largo y fatigoso procedimiento burocrático sin ninguna garantía de éxito, ¡ella le había endilgado al abuelo la toalla!

La necesidad de dejar caer alguna mancha sobre los muertos era nueva. Y, no obstante, sus reproches no pesaban mucho; se trataba de detalles, que yo escuchaba por primera vez, y es muy posible que ella se los inventara en ese mismo momento para retener mi atención y revelarme «un secreto que hasta ahora no le había dicho a nadie». Tal vez el hecho de que las imágenes de los muertos estuvieran ahora en su poder le causaba cierta satisfacción. Al recordar a sus conocidos ya fallecidos, justo como si de repente hubiera decidido bajarles la nota en el libro de calificaciones escolares, solía añadir con presunción: «No me gustaba. Ella tampoco. Nunca me gustaron. Ella fue siempre una tacaña. No, no eran buenas personas...».

Una o dos veces hizo amago de «enfangar» la figura de mi padre, que, según sus palabras, era «la persona más honrada que había conocido», pero por algún motivo desistió, y lo mantuvo en el pedestal donde lo había colocado después de su muerte.

—No es que estuvieras locamente enamorada de él, ¿verdad? —le pregunté con cautela.

—No, pero lo quería...

—¿Por qué?

—Porque era callado... —dijo sencillamente.

Mi padre era realmente taciturno. También recuerdo a mi abuelo como persona callada. Por

primera vez me vino a la mente que los dos no solo eran *taciturnos*, sino también «las personas más honradas» que mamá conocía.

Quizá con este «enfangamiento» esporádico de los muertos se quitaba de encima la sensación de culpa por los esfuerzos que podría haber hecho y no hizo. Camuflaba la culpa por la falta, por la ausencia de un mayor sacrificio por las personas queridas, con la dureza de sus dictámenes. A juzgar por las apariencias, tenía miedo de preocuparse demasiado por otras personas. Porque en algún momento la vida la había asustado, igual que la asustaba la muerte. Por eso defendía con tanta firmeza sus puntos de vista, su postura empeñada, y cerraba los ojos ante escenas y situaciones que la conmocionaban demasiado.

«Hay que freír la cebolla muy bien. Lo más importante es la salud. Los mentirosos son las peores personas. La vejez es una gran desgracia. La mejor manera de preparar las judías es en ensalada. La limpieza es la mitad de la salud. Si hierves repollo de hoja rizada, tira la primera agua.»

Quizá decía cosas similares también antes, solo que yo no me daba cuenta. Pero ahora todo se había estrechado. El corazón se había estrechado. Las arterias se habían estrechado. Los pasos se habían estrechado. El vocabulario se había estrechado. La vida se había estrechado. Profería sus frases estereotipadas con particular presunción. Los estereotipos le proporcionaban, supongo, la sensación de que todo estaba en orden, de que el mundo seguía en el lugar de siempre, de que ella mantenía todo bajo control, de que aún tenía capacidad de decidir. Los manejaba como si fueran sellos invisibles y los estampaba por doquier dejando su huella. El cerebro le sirve todavía, las piernas le sirven todavía, anda, con ayuda del andador, ciertamente, pero anda, ella es un ser humano que todavía sabe que «la mejor manera para preparar las judías es en ensalada, y la vejez es una gran desgracia».

## ¿ESTÁS VIVA?

—¿Llamamos a la vieja bruja? —dice. En sus ojos se nota un brillo sorprendente.

Obediente, agarro la pequeña agenda de mi madre con unos quince números telefónicos, que he anotado para que ella los tenga siempre a mano, marco el número y le paso el auricular. Enseguida la oigo charlar con animación.

—¿Dónde te has metido, monina, aún sigues viva?

Llamaba a menudo a la «vieja bruja», en particular ahora que ya no podía visitarla. Pupa era no solo por edad, sino también por el tiempo que hacía que se conocían, la amiga más antigua de mi madre.

—Si Pupa no hubiera existido, tú tampoco existirías.

Mamá cuenta por enésima vez la leyenda familiar de cómo Pupa, recién licenciada en Medicina, asistió al doctor durante el parto. («“¡Dios mío, qué niña más fea!”», exclamó Pupa cuando te sacaron. Me dio un susto de muerte. ¡Y en realidad no eras en absoluto fea, solo era una broma de la vieja bruja!»)

—¡Ah, Pupa! Ella tampoco ha tenido una vida fácil... —dice mamá pensativamente.

Pupa estuvo en las filas partisanas, donde enfermó de tuberculosis. Pasó por todo tipo de peripecias, estuvo a punto de morir varias veces, y se enfadaba con su hija, que era médica: afirmaba que su hija tenía la culpa de todo, pues, si no se entrometiera, solía refunfuñar Pupa, haría tiempo que ella estaría descansando en paz.

Apenas pesaba cuarenta kilos, caminaba con ayuda de un andador, estaba medio ciega, podía ver el mundo solo en turbios contornos. Vivía sola, oponiéndose, testaruda, a ir a una residencia de ancianos o a vivir con su hija y su familia. También estaba fuera de discusión meter en casa a una cuidadora interna. En realidad, descartaba cualquier opción. De manera que la hija se veía obligada a pasar todos los días por su casa; también iban todos los días las mujeres de la limpieza, que cambiaba a menudo. Permanecía sentada en su piso con los pies enfundados en una enorme bota peluda que era un calentador de pies eléctrico. A veces encendía la televisión y miraba fijamente las manchas en la pantalla. Luego la apagaba y olfateaba el aire a su alrededor. Los vecinos, ah, los malditos vecinos, de nuevo habían dejado penetrar en su piso el «gas podrido» a través de las instalaciones de la calefacción central. Así lo denominaba ella, el «gas podrido», porque por su culpa toda la casa olía a putrefacción. Obligaba a la asistenta a revisar bien cada rincón del piso, para asegurarse de que no había restos enquistados: un ratón muerto, o sobras de comida, pero la asistenta juraba que no había nada. Salvo el «gas podrido»,



que periódicamente circulaba por los tubos de la calefacción central, no había otra cosa que le amargara la vida. El problema era la muerte. Si al menos fuera la muerte la que se colara por los tubos, ella se le entregaría con mucho gusto. La muerte no tiene olor. Es la vida la que apesta. ¡La vida es una mierda!

Solía estar sentada en el sillón con los pies metidos en la enorme bota, olfateando el aire a su alrededor. Con el paso del tiempo la bota se le había adherido y se había convertido en una continuación natural de su cuerpo. Con el cabello canoso y corto y la nariz parecida a un pico, arqueaba elegantemente el largo cuello y dirigía la mirada gris hacia el visitante.

—Le he dicho miles de veces que me deje morir... —decía echándole la culpa a su hija. Era la forma que tenía de disculparse indirectamente por su estado.

—¿Sabes lo último que se le ha ocurrido? —dice animadamente mamá apartando el auricular.

—¿El qué?

—Todos los días encarga por teléfono que le traigan pasteles de la pastelería. Se zampa cinco milhojas de un tirón...

—Y ¿por qué?

—Probablemente piensa que así le subirá el azúcar y se morirá...

—Estoy segura de que no es eso. Supongo que todavía no se ha olvidado de sus estudios de Medicina...

—Te lo juro, todos los días se zampa varios milhojas.

—Y ¿cómo tiene el azúcar?

—Estable. Entre cinco y seis...

—Ya ves, mala suerte...

—Y ha echado a la asistenta...

—¿Por qué?

—Supongo que porque no limpiaba bien...

—Y ¿cómo lo sabe, si apenas ve?

—Cierto... Oye, no había caído en eso...

Y luego añade satisfecha...

—Pupa, en lo que se refiere a la limpieza, era peor que yo. No recuerdo que jamás alguien entrara calzado en su casa. Todos recibíamos en la entrada aquellas pantuflas...

—¿Las de bayeta?

—Sí, ahora ya no hay...

## LA LIMPIEZA ES LA MITAD DE LA SALUD

¡De nuestra casa, a diferencia de los de la casa de Pupa, los invitados salían con los zapatos limpios! A escondidas, mamá cogía los zapatos que los invitados se quitaban en la entrada y los llevaba al baño, donde limpiaba las suelas de polvo y de barro.

Estaba obsesionada con la higiene. Un piso reluciente, las cortinas recién lavadas, el parque lustroso, las alfombras siempre limpias, los armarios con la ropa colocada ordenadamente, las sábanas planchadas sin una arruga, la vajilla limpia, el baño como una patena, los cristales de las ventanas sin ninguna mancha, cada cosa en su sitio: todo eso le proporcionaba una enorme satisfacción. En mi infancia nos había aterrorizado —a mi padre, a mi hermano y a mí— con su manía de la limpieza. Acompañaba las limpiezas diarias de la casa con la frase: «Aquí, desde luego, no vamos a apestar como...», y a continuación citaba los nombres de personas que supuestamente «apestaban». La suciedad iba siempre emparejada con la palabra *vergüenza* («¡Qué vergüenza, es una vergüenza lo sucio que está todo!»). Cuando era pequeña, me mandaba a un rincón, delante de mí ponía un baúl y colocaba encima mis juguetes, así me encerraba en el rincón hasta que la limpieza diaria terminaba.

La última vez que le oí esa expresión («¡Qué vergüenza!») con la entonación de siempre fue hace tres años, durante una visita a la tumba de mi padre. Solíamos ir juntas al cementerio y, si ella no podía, nos enviaba a mi hermano o a mí.

—Es una vergüenza cómo la gente deja que las tumbas se arruinen —dijo señalando las lápidas vecinas, para luego añadir...—: Venga, vamos a darle un último fregado...

«Un último fregado» significaba regar la losa con agua. La tarea de limpiar la tumba no era nada fácil. Había que hacer numerosos viajes con el cubo hasta la fuente, que no estaba cerca. Por lo general restregábamos la lápida con un cepillo y detergente y la aclarábamos con agua varias veces, pero, en aquella ocasión, mi madre no estaba satisfecha.

—Venga, un poquito más... —exigía.

El camino de la tumba de papá a la parada de taxi era bastante largo, y ella lo recorrió apoyada en mí por última vez, cosa que en aquel momento no sabíamos.

—Esta siempre está limpia... —decía de la tumba junto a la que pasábamos—. Y las de allí están muy descuidadas. ¡Qué vergüenza!

En el hospital me confesó que durante la noche había hecho una escapada a casa.

—No es posible. ¿Cómo?

—Salí a hurtadillas y cogí un taxi...

—Y ¿qué hiciste en casa?

—Recogí rápidamente todo y volví al hospital.

—Pero yo estaba en casa; si hubieras venido, te habría oído. Lo has soñado.

—No... —dijo con tono inseguro.

Yo iba al hospital todos los días. Lo primero que me preguntaba cuando aparecía en la puerta era...

—¿Has limpiado la casa?

En los últimos tres años llamamos a menudo a urgencias. Era la manera más fácil y rápida de que mi madre sorteara el inflexible procedimiento burocrático y la ingresaran inmediatamente en el hospital. En una de esas ocasiones en que recurrimos a urgencias, ella se sentía realmente mal, pero, mientras los enfermeros, cogiéndola por debajo del brazo, la llevaban hacia el ascensor, mamá se desplomó hábilmente y agarró la bolsa de la basura que esperaba junto a la puerta para que la llevaran al contenedor.

—¡Por Dios, señora...! —chilló teatralmente la médica, al percatarse del detalle.

Cuando le pedía que me contara algo de su niñez, ahora lo hacía de manera muy concisa, describiéndola como feliz.

—¿Por qué era feliz? —solía preguntarle.

—Todo estaba limpio, y mi madre nos ponía ropa bonita.

En el hospital, con la sonda en la boca y el suero intravenoso, ella no soltaba de la mano su pañuelo. Tenía la necesidad constante de secarse la boca. En cuanto se recuperaba un poco, me pedía que le trajera pijamas limpios...

—Y que estén planchados...

Hace tres años —cuando de repente se sumió en una letargia total— la llevé primero al psiquiatra, supongo que retrasando inconscientemente su ingreso en el hospital, lo cual se produjo casi a continuación.

El psiquiatra hizo su trabajo de forma rutinaria.

—¿Su nombre y apellido, señora?

—La aspiradora... —masculló con la cabeza gacha.

—¿Cómo se llama usted, señora? —repitió el médico en tono más severo.

—Pues..., la aspiradora... —repitió ella.

Me inundó una oleada de bochorno completamente absurda: no sé por qué tuve en aquel instante la sensación de que habría sido más consolador si hubiera respondido «Madonna» o «María Teresa».

Mientras estaba en el hospital —donde en vez de la dura sentencia del psiquiatra («¡alzhéimer!») resultó que se trataba de un diagnóstico «más favorable»—, yo en un frente paralelo luchaba para el momento en que se recuperara. Contraté a un operario que aceptó trabajar a jornada completa. El hombre, con mucho esfuerzo, arrancó el papel pintado que casi se había incrustado en las

paredes de hormigón. Las pintamos en flamantes tonos pastel. Arreglamos el baño, colocamos azulejos y un espejo nuevos. Compré una lavadora y una aspiradora nuevas, saqué la cama vieja de una habitación, compré un sofá moderno, de un color rojo muy vivo, una alfombra de tonos muy llamativos, un armario amarillo claro. En el balcón puse nuevos tiestos con geranios (¡que aquel año florecieron de manera exuberante hasta finales de otoño!). Limpié cada rincón del piso y tiré las cosas viejas e inútiles. Las ventanas brillaban, las cortinas estaban recién lavadas, la ropa en el armario colocada ordenadamente, cada cosa estaba en su sitio. Por primera vez me pareció saber qué era lo que podía tirar y lo que no, y por eso no sucumbí al impulso de deshacerme de la planta de interior, vieja y fea con sus pocas hojas, y la dejé allí donde estaba...

En el cajón superior de la cómoda dejé intactos los objetos que ella guardaba ahí: un antiguo reloj, que supuestamente pertenecía al abuelo, las condecoraciones de papá (la Orden de la Fraternidad y la Unidad con guirnalda de plata, y la Orden al Valor), una elegante caja con una rica colección de compases, una antigua regla de cálculo Raphoplex (cosas que quedaron de mi padre), la llave del buzón de nuestra casa anterior, un viejo despertador de plástico con las pilas gastadas, un caja de clavos pequeños marca Gura (a juzgar por el diseño, probablemente fabricados en Alemania del Este), una tabaquera de alpaca, un paipay, mi pasaporte caducado, unos prismáticos de ópera (de su viaje con papá a Moscú y Leningrado), una calculadora sin pilas y un fajo de esquelas mortuorias de mi padre atadas con una goma. Limpié con cuidado la vieja bombonera de plata en forma de cestita, en la que ella había guardado todas sus joyas: un anillo de oro, un alfiler con una piedra semipreciosa (regalo de papá) y collares baratos que ella denominaba perlas. El «ikebana» de mamá, las perlas que, cual maraña de serpientes, se derramaban de la bombonera, había ocupado durante años un lugar privilegiado en la estantería. Fregué cuidadosamente toda su vajilla, incluido el juego de café japonés, que nunca utilizaba. Lo guardaba para mí («Cuando muera, el juego será para ti. ¡Me ha costado el sueldo de un mes!»). Todo estaba listo para recibirla, con cada cosa en su lugar, la casa «resplandecía» tal como a ella le gustaba.

Mamá volvió del hospital y presuntuosamente dio los primeros pasos por su pequeño piso de Novi Zagreb.

—¡Ajá, ajá! ¡Es la pequeña sorpresa más grande que podías haberme dado!

## VEN, TÚMBATE AQUÍ...

- Ven, tumbate aquí... —dice.  
—¿Dónde? —pregunto de pie junto a su cama de hospital.  
—En esa cama de ahí...  
—Pero si ya está acostada una enferma...  
—Y ¿allí?  
—Todas las camas están ocupadas.  
—Entonces échate aquí, a mi lado...

Aunque proferida en pleno delirio, la invitación a tumbarme a su lado tocaba una fibra sensible. La ausencia de muestras de afecto físico entre nosotras y la cicatería en la manifestación de sentimientos eran una suerte de regla no escrita en nuestra vida familiar. Incapaz ella misma de expresar sus sentimientos, no pudo enseñárselo a sus hijos, y con el paso del tiempo tanto a ella como a nosotros nos pareció que era demasiado tarde para recuperar lo perdido. La manifestación de sentimientos suscitaba más desagrado que agrado; simplemente no sabíamos cómo comportarnos ante esas situaciones. Los sentimientos se expresaban de una forma indirecta.

Durante la estancia en el hospital del año pasado, inmediatamente después de su octogésimo cumpleaños, pegaron en la dentadura postiza y en su peluca una pequeña etiqueta con el nombre de la propietaria. Al verlo, ella me pidió que llevara la peluca a casa («Mejor que esté en casa, no sea que alguien la robe...»). Cuando le quitaron la sonda, yo saqué la dentadura de la bolsita de plástico que llevaba su nombre y apellido y la lavé minuciosamente. A partir de entonces, le lavé los dientes postizos hasta que ella misma fue capaz de hacerlo sola.

- En casa te he lavado la peluca...  
—¿No habrá encogido?  
—No, no ha encogido...  
—¿La has puesto en eso... para que no se deforme?  
—Sí, en la cabeza de maniquí.

Que yo me ocupara de ella, de sus cosas «íntimas», para mi madre probablemente significaba más que cualquier tipo de caricia. Llamé a la peluquera del hospital, que le dejó el pelo muy corto, cosa que le encantó. La pedicura del hospital le arregló las uñas de los pies, y yo me encargué de las manos. Le llevé sus cremas. El carmín era una señal inconfundible de que aún pertenecía al mundo de los vivos. Por la misma razón, rechazaba testarudamente el camisón del hospital y pedía

que le trajera sus pijamas.

En su ochenta cumpleaños fuimos juntas hasta un café cercano. Ejecutó el ritual acostumbrado: se arregló con esmero, se puso unos zapatos de tacón, se colocó la peluca, se maquilló los labios...

—¿Cómo me queda?

—Muy bien...

—¿Me la bajo un poco para cubrir más la frente...?

—No, así está bien...

—Nadie diría que es una peluca...

—No, nadie lo diría...

—Y ¿qué tal estoy?

—Estupenda...

Estuvimos sentadas en la terraza del café hasta que una llovizna de verano nos espantó y nos metimos dentro.

—¡Precisamente hoy tenía que llover! En mi octogésimo cumpleaños.

—Parará enseguida —dije yo.

—Lo que me faltaba, mojarme cuando cumplo los ochenta... —seguía refunfuñando ella.

Nos quedamos en el café un rato bastante largo, pero la lluvia no cesó.

—¡Tomaremos un taxi! ¡No puedo empaparme! —farfullaba, aunque la probabilidad de que un taxi aceptara llevarnos doscientos metros era muy pequeña.

En realidad, le preocupaba la peluca. Yo intenté convencerla de que no le iba a ocurrir nada...

—¿Qué pasa si cojo una neumonía?

Llamamos a un taxi. Y su pánico interior se extinguió como la vela de cumpleaños que, rodeada de sus amigas, apagaría de un soplido varias horas más tarde.

Los últimos treinta años, desde que murió mi padre, ella llevó una vida retirada. Su desaparición la sorprendió, y no supo qué hacer. El tiempo pasaba y seguía estancada en su sitio como un guardia urbano olvidado, mantenía conversaciones breves con las vecinas, con nosotros, sus hijos, más tarde con sus nietos, y se lamentaba de la monotonía de su vida. Se desesperaba; a menudo le parecía que su vida era un verdadero «infierno», pero no sabía cómo salir de él. Durante mucho tiempo nos culpó a los hijos: nos habíamos apartado, habíamos abandonado la casa, ya no le prestábamos la atención de antaño, nos habíamos «distanciado» (fue su última frase). Pero también la lista de sus negativas crecía día tras día: rechazaba vivir con mi hermano y su familia («¿Para qué? ¡Para servirles de chacha y cocinar y fregar para ellos!») o cambiar de piso y trasladarse al barrio donde vivían («¡Entonces tendría que cuidar todos los días de sus hijos!»); rechazaba viajar conmigo mientras todavía podía («¡Yo ya he visto todo eso en la televisión!»); se negaba a viajar sola («¡Qué hago yo sola por ahí, lo que faltaba para que me señalen con el dedo!»); también solía negarse a venir con nosotros a las celebraciones y excursiones familiares («¡Id vosotros, yo ya no tengo fuerzas!»); rehusaba dedicarse seriamente a los nietos («¡Soy una anciana enferma, lo daría todo por ellos, pero me cansan mucho!»); no quería saber nada de clubes de la tercera edad («¡Qué hago yo con esos viejos!»); no quería ni oír hablar del psicólogo («¡A ver si ahora voy a estar loca para que me haga falta un psicólogo!»); tampoco quería tener un

pasatiempo («¡Para qué necesito un *hobby*, eso es consuelo de tontos!»); se negaba a restablecer el contacto perdido con antiguos conocidos («¿Qué hago yo con ellos, sin papá?»), hasta que finalmente se resignó con su situación. Con el paso de los años se recluyó en su casa y redujo sus salidas a paseos por el barrio, al mercado, a la tienda, al médico, a la casa de una amiga para tomar un café. Por último, no daba más que un pequeño paseo diario hasta el café del mercado. El empecinamiento en sus posturas respecto a las cosas pequeñas («¡Es demasiado dulce! ¡Al menos para mí! ¡Yo lo prefiero picante, supongo que porque me educaron así!»), su testarudez («¡Ni loca me pondría unos pañales! ¿Acaso soy una anciana desvalida?»), sus exigencias («¡Hoy hay que lavar las cortinas!»), su contundencia («¡En el hospital todos eran viejos y feos!»), su falta de tacto («¡Querida vecina, este café suyo huele mal!»), todo eso eran señales de una angustia profunda que centelleó en su fuero interno durante años, de la sensación constante de que nadie se fijaba en ella, de que era invisible. Llevó la lucha contra esta invisibilidad lo mejor que pudo, con los medios que tenía a su alcance.

Una vez, una tarde de domingo en familia, hice varias instantáneas de los presentes en poses relajadas. La fotografié a ella, a mi hermano, a mi cuñada, a los niños, todos juntos o por separado... Y luego quise hacer una foto de la familia de mi hermano, solo ellos cuatro. Todos se pusieron en fila, y, en el último momento, con una rapidez sorprendente, saltó a la escena también mamá.

—No pensaríais hacerlo sin mí...

Cada vez que tropezaba con esa foto, me quedaba sin aliento. Su rostro que se estampa en la imagen y la sonrisa que refleja victoria y disculpa a la par echaban abajo la pesada puerta de mi zona «prohibida» interior, y me desmoronaba, si el verbo *desmoronar* describe lo que sucedía conmigo en esos instantes. Y, cuando toda mi fuerza, la fuerza de cada uno de mis nervios, se había consumido en sollozos, yo me atragantaba y escupía en la palma de la mano un grumo vivo, no más grande que diez centímetros, con un cráneo redondo, un poco prominente, plantado en una columna vertebral, con los párpados bajados y una sonrisa apenas perceptible, y me quedaba observando ese grumo en la palma húmeda por las lágrimas y la saliva, desde una distancia atroz, sin miedo, como si fuera mi propio hijito.

## EL ARMARITO

Lo primero que me saltó a la vista fue el armarito. Yo lo había comprado casualmente, durante una visita anterior, en el mercadillo de antigüedades de los domingos. Se trataba de un mueble antiguo, corriente y rústico, con uno de los lados inclinado. Habían decapado el viejo barniz y su valor no residía más que en eso: en la madera añeja despojada de pintura. Ahora el armarito, toscamente pintado con una pintura al óleo *beige* sucio, estaba en la habitación como un castigo.

—Esta es la pequeña sorpresa de la que te hablé...

Por teléfono ya me había mencionado varias veces que en la casa me esperaba «una pequeña sorpresa», pero yo no le había prestado demasiada atención. Era uno de sus cebos, a menudo intentaba atraerme con sus «pequeños secretos» y «pequeñas sorpresas», de manera que ya estaba acostumbrada a que estas promesas por lo general no tuvieran mucho fundamento.

—¿Quién lo ha pintado?

—Ala.

—¿Qué Ala?

—Esa pequeña búlgara que me enviaste...

—Creo que se llamaba Aba...

—Es lo que he dicho, Ala, ¿o no...?

—¡No es Ala, sino Aba!

—Vale, vale, no te enfades.

—No me enfado... —moderé mi tono.

En realidad, yo estaba molesta. No por el armarito, sino por toda aquella operación estratégica que ella había realizado solo porque el mueble le ofendía la vista. No podía resignarse con la idea de que esa abominación sin pintar estuviera en su casa, era algo que la sobrepasaba, y no se atrevía a decírmelo. Antes estas cosas no habrían cruzado el umbral de su hogar, pero ahora, teniendo en cuenta su nueva situación, era más transigente. Y, cuando apareció la pequeña búlgara, enseguida se le ocurrió la idea salvadora. Se inventó, supongo, que hacía tiempo que yo quería pintar el armarito, pero no había podido hacerlo; que ella misma lo habría hecho, pero, desgraciadamente, debido a su enfermedad ya no era capaz. Añadió, supongo también, que yo iba a llevarme una agradable sorpresa cuando viera que el armarito estaba pintado tal como yo quería. De este modo, me figuro, logró convencer a la estupefacta invitada para que pintara el mueble, y el resultado fue que no lo había hecho ella, sino Aba; en realidad, las dos habían decidido darme una «pequeña sorpresa»...



—No sé por qué no tengo noticias de ella —dice preocupada.

—¿Por qué debería ponerse en contacto contigo?

—Me ha escrito muchas veces desde que se fue. Y he recibido varias postales...

—¿De veras?

—Incluso me llamó por teléfono...

Aba era una búlgara que, hacía unos meses, se había puesto en contacto conmigo por correo electrónico. Eslavista, supuesta admiradora mía —decía—, leía todo lo que yo escribía, dominaba bien el croata, o el serbocroata, o el croata-bosnio-serbio, y precisamente le interesaba mi opinión al respecto, al fin y al cabo, el idioma era la única herramienta del escritor (¡herramienta!, ¡qué palabra más anticuada!), ¿verdad?, y le encantaría charlar conmigo sobre este lío lingüístico, y acerca de muchas muchas cosas más, por supuesto, si durante el verano estaba en Zagreb. En resumen, esperaba que yo tuviera un rato libre para vernos, ya que ella tendría tiempo de sobra, pues le habían concedido una beca de verano para pasar dos meses en Zagreb y una invitación para que participara en el seminario de eslavística de verano en Dubrovnik. Le gustaría conocerme, soñaba con ello desde que había leído mi primer libro. No, en Zagreb no conocía a nadie, iba a Croacia por primera vez.

Enseguida se me ocurrió que la joven búlgara podría hacerle compañía a mi madre. Mamá se había movido demasiado tiempo en un círculo muy reducido; una persona nueva sería para ella un cambio agradable y le gustaría charlar un poco en búlgaro, le escribí en mi correo. Es más, añadí, si tuviera problemas con el alojamiento, no tendríamos inconveniente en que durmiera en «mi» antiguo cuarto del piso de mamá. Le envié el número de teléfono y la dirección de mi madre. Yo, desgraciadamente, no iba a estar en Zagreb durante su estancia. Por supuesto, mi propuesta no la comprometía a nada y, teniendo en cuenta que mi madre era una anciana, entendía que pudiera sonarle incluso un poco ofensiva, algo que de ningún modo era mi intención.

Resultó, al parecer, todo lo contrario. Mamá se jactó de que Aba la había visitado con mucha frecuencia y de que se habían hecho amigas.

—Ala es maravillosa, es una pena que no estuvieras aquí para conocerla, nunca me he encontrado con una criatura tan encantadora...

Por su voz supe que decía la verdad.

—Es muy agradable, muy muy agradable —dijo emocionada.

La costumbre de pronunciar dos veces la palabra que quería subrayar era nueva, igual que la costumbre de clasificar a las personas en «agradables» y «desagradables». Las agradables eran agradables con ella, por supuesto.

—Mira lo que me regaló...

—¿Quién?

—Pues Ala...

Me enseñó dos peinetas de madera con motivos típicos y una botella de licor de rosas. De una cinta dorada alrededor del cuello de la botella colgaba una tarjeta con el siguiente texto:

—Florece la primavera de mayo, los árboles se adornan de hojitas tiernas, tersas, los campos

se cubren de flores, cantan dulcemente los ruiseñores... Y en medio de todo esto, cual Venus entre sus ninfas, se sonrojan los jardines de rosas... —leí en voz alta.

—¿Por qué te burlas? —pregunta.

—No me burlo...

—Es que era exactamente así —lo defiende con ahínco—. Por doquier florecían las rosas. La abuela hacía todos los años mermelada de pétalos de rosa...

Guardaba en el armario unos manteles bordados a mano. Eran regalos de sus primas y amigas búlgaras, y ella sabía el nombre exacto de cada una de las bordadoras: Dina, Raina, Zhana... La tela estaba ajada y amarillenta en los dobleces, pero los manteles, en opinión de mamá, eran de un valor incalculable...

—¿Sabes cuántas puntadas hay aquí? —me preguntaba, y soltaba una cifra de seis dígitos elegida al azar.

Durante años mantuvo en la pared una lámina horrible en la cual un anciano con el traje tradicional búlgaro fumaba un chibuquí.

—Tira eso, ¿no ves que es horrible?... —solía decirle yo.

—¡Este cuadro se queda! ¡Me recuerda a papá! —decía ella pensando en su padre. El abuelo no se parecía en nada al tipo de la lámina. Más tarde, para quedarse con el cuadro, solía decir que papá (ahora se refería a mi padre) se lo había comprado durante uno de nuestros veraneos en Varna. En cualquier caso, se caía a pedazos y aproveché una de sus estancias en el hospital para tirarlo a la basura. Ni siquiera se dio cuenta de que ya no estaba, o simplemente fingió no percatarse...

Sobre el televisor tenía una muñeca de madera con un traje típico búlgaro. La muñeca se caía a menudo, pero ella, siempre tan terca, volvía a ponerla en su sitio sin cambiarlo.

—Para que me recuerde a Bulgaria... —solía decir.

Al fin y al cabo, la pequeña búlgara cumplió una tarea mucho más importante que la de mantener conversaciones en su idioma: pintó el armarito. Los regalos, que deberían haberle recordado Bulgaria a mi madre, no podían compararse con la satisfacción que le producía el mueble pintado. La casa siempre había sido su reino. Al marcharme de Zagreb, yo me quedé sin piso. Cuando volvía, me alojaba en el suyo. A ella le encantaba que fueran a verla, pero, cuando las visitas se iban, gruñía porque había que fregar las tazas de café. Adoraba a sus nietos, cada vez que se mencionaban sus nombres se le escapaba una lágrima, pero, cuando se marchaban, rezongaba quejándose de que iba a necesitar varios días para ordenar el piso. Cuando salí del país, dejé unas pocas cosas en su casa, sobre todo ropa, que en realidad era lo único que aceptaba guardar. Con el paso del tiempo me di cuenta de que la ropa desaparecía. Resultó que había regalado un abrigo mío a una vecina, una chaqueta a otra y a una tercera unos zapatos...

—Al fin y al cabo, tú no necesitas estas cosas y, sin embargo, esta gente no tiene dinero para ropa tan buena... —se justificaba.

No me importaban las prendas, lo que me enloquecía era su obsesión por la limpieza, su manía de no dejar entrar en su territorio nada que no fuera de su elección o su decisión, lo que en

realidad era el verdadero motivo de su generosidad.

El periódico que yo compraba por la mañana desaparecía ya al mediodía.

—Se lo he dado a Marta, la vecina, para que lo lea. Ella no tiene dinero para comprarse el periódico. Te lo devolverá... Pero de todos modos tú ya lo has leído.

Los alimentos que yo compraba terminaban en casa de los vecinos.

—Ese queso que compraste de todos modos no me gusta... —solía decir—. Se lo he dado a la hermana de Marta.

—Y ¿dónde están los pasteles?

—Los he tirado. No me parecían muy buenos, ni por su aspecto ni por su sabor...

Protestaba si yo accidentalmente colocaba ropa mía en su armario. A mi calzado le cedió el cajón más bajo del zapatero. Mis cosas en el baño ocupaban un rinconcito modesto, y enseguida se rebelaba si por azar se mezclaban con las suyas.

—No he tocado nada desde que te fuiste. Todo está en su sitio —era lo primero que decía cuando yo volvía.

Lo que significaba que se había resistido con todas sus fuerzas al impulso de «limpiar» y «ordenar».

Yo iba a verla con frecuencia. Ella no podía pasar el verano sola, tampoco las Navidades, y mucho menos su cumpleaños, obviamente...

—¡Espero que vengas para mi cumpleaños!

Desde que enfermó, yo iba cada vez más a menudo y me quedaba más tiempo. Al llegar, podía leer en su rostro una emoción sincera. Cuando me marchaba, dejaba escapar una lágrima, como si nos viéramos por última vez. Y yo, no obstante, sabía que, en cuanto cerrara la puerta tras de mí, correría al armario del pasillo, sacaría el aspirador, aspiraría primero «mi» habitación colocándolo todo cuidadosamente en su sitio, entraría al baño, sacaría de allí todas «mis» cositas, el cepillo, la pasta de dientes, las cremas, el champú, y guardaría todo en «mi armarito». Estoy segura de que, mientras lo hacía, se limpiaba los mocos, se secaba las lágrimas y culpaba al cruel destino, que la había condenado a vivir sola a su avanzada edad.

Cocinar empezaba a costarle trabajo, no tenía ni ganas ni fuerzas, por lo que yo me encargaba de preparar la comida. Ella no lo aguantaba. Se presentaba en la cocina, chocaba conmigo en el reducido espacio, fregaba algo, ponía pegas, rezongando sobre el modo en que había que hacerlo, que si de esta manera y no de esa otra, que si yo jamás aprendería esto o aquello. La cocina era el territorio de su autoridad absoluta, y ella lo defendía con sus últimas fuerzas.

Cuando me oía hablar por teléfono con alguien, enseguida entraba en «mi» cuarto, me preguntaba o decía algo, subiendo el tono como un loro dentro de su jaula, de modo que la mayoría de las veces me veía obligada a interrumpir la conversación. Lo hacía de una manera espontánea, como si actuara inconscientemente...

—Tendríamos que llamar a la vieja bruja... —dice al ver que yo sujeto el auricular en la mano.

—De acuerdo, pero déjame que acabe de hablar...

—La he llamado varias veces y no contesta nadie...

—La llamaremos...

—Pregunta a Zorana, ella seguramente sabe algo...

Zorana era la hija de Pupa.

—Lo haré... En cuanto acabe la llamada...

—No lo olvides...

Sigue apoyada en el armarito y me observa.

—Tampoco tengo noticias de Ada...

—De Aba...

—Tampoco me ha llamado...

—Ya te llamará...

—También deberíamos llamar a los nuestros...

Los «nuestros» eran mi hermano y su familia.

—¡Si los hemos llamado esta mañana!

—Abre la puerta del teléfono, el aire en la habitación es asfixiante... —dice y da unos pasitos hacia la puerta.

—La puerta del balcón... —digo yo.

—Ea, ya la he abierto yo...

Lo limpiaba y ordenaba todo con esmero, incluido aquel «espanto de armarito» que había llevado yo al piso, igual que limpiaba y ordenaba toda su vida. Solo en una ocasión, durante una conversación sobre nuestra primera casa, que tenía un gran huerto, llegó a reconocerlo...

—Me ocupaba más de que los bancales estuvieran bien alineados que de las verduras que iba a plantar y de cómo se daban estas.

Llevaba años pagando el seguro de decesos, de manera que los gastos de su entierro y todos los demás trámites funerarios estaban cubiertos. Su territorio mental y sentimental se había achicado, pero dentro estaba todo ordenado como «en una cajita». Allí, en esa «cajita», se revolvían sus dos nietos, mi hermano y su esposa, y dos o tres antiguas amigas (y en este mismo orden ocupaban su lugar en el corazón de mi madre).

Por su supuesto, ahí también estaba yo. A veces me parecía que le gustaban más nuestras conversaciones por teléfono que las charlas cuando estábamos juntas. Como si en las comunicaciones telefónicas se sintiera más «libre».

—Estoy sentada en tu silla —decía pensando en mi silla de escritorio—, contemplo los geranios del balcón y pienso en ti... ¡Si pudieras ver cuántas flores han echado! Como si lloraran por ti...

Y luego, inducida por esta libertad sentimental repentinamente conquistada, añadía en un tono de alegría inapropiado...

—¡Dios mío, qué vacía está mi vida!

No obstante, ella ya había cerrado la mayoría de sus «archivos sentimentales». Solo mantenía uno todavía entreabierto: era Varna, la ciudad de su infancia y juventud. Por eso, a todas luces, había permitido tan gustosamente que la pequeña búlgara desconocida accediera a su territorio.

## EL PEREGRINO POR ENCARGO DE MAMÁ

### I

Las cosas se enmarañaron sin saber cómo. El contacto con los organizadores del encuentro literario «Plumas de oro de los Balcanes» en Sofía resultó ser una conversación entre sordos. Dejaron que me encargara yo de reservar y comprar los billetes de avión. Fue más fácil intercambiar correos electrónicos con Aba que con ellos. De todos modos, el verdadero objetivo de mi viaje era Varna. Las «Plumas de oro de los Balcanes» sirvieron solo como pretexto. Aba contestó enseguida que me acompañaría, si a mí no me molestaba; ella tenía una prima en Varna, a la que no había visto hacía tiempo, y numerosos amigos. Yo no me opuse.

Mamá me había dado cuerda y me había puesto en dirección a Varna, me teledirigía como un juguete y me enviaba a un lugar adonde ella misma no podía ir. En tiempos remotos la gente rica enviaba así en peregrinación al peregrino por encargo o pagaba a un sustituto para que hiciera el servicio militar. Yo era el «peregrino por encargo o sustituto» de mamá. Me pidió que a toda costa encontrara a Petia, su amiga de la infancia y juventud. Petia, supuestamente, había enfermado de alzhéimer y, para mayor desgracia, se ocupaba de ella su hijo, un alcohólico. La dirección de Petia, sin embargo, había desaparecido por arte de magia de la agenda de mamá.

—Infórmate en la Policía... —insistía ella.

—¿Cómo se apellida Petia?

—Su marido se llamaba Gosho...

—¿El apellido?

Una sombra de desesperación le surcó el rostro...

—De acuerdo, me informaré en la Policía, ellos sabrán algo... —añadí rápidamente.

No me pidió que visitara la tumba de la abuela. La abuela y su hermana estaban enterradas en el cementerio municipal de Varna. Mamá había cedido en algún momento el sepulcro para que lo pudieran usar los amigos de la abuela. Al parecer, las sepulturas eran caras, y los fallecimientos se habían producido uno tras otro.

—Qué tonta soy. Les he cedido la tumba, y luego ni me lo han agradecido... —refunfuñaba.

Tampoco mencionaba la tumba del abuelo; no podía hacerlo porque ni siquiera sabía dónde estaba enterrado exactamente. Había recibido la notificación de su muerte demasiado tarde. Corrían tiempos muy duros, dos Estados diferentes, los trámites habituales carecían de humanidad. Salvo a Petia, sumida en la demencia, no tenía a nadie en Varna. El cometido principal de mi misión de «peregrino por encargo» era fotografiar Varna y enseñarle las fotos a mi madre en el

ordenador portátil. La idea de las fotos era mía, y expresamente para este fin había comprado una pequeña cámara digital.

Le pedí a Aba que me reservara el vuelo. En la oficina de Bulgarian Airlines de Ámsterdam me habían dicho que era más barato comprar el billete a Varna en Sofía. Aba contestó que el avión era muy caro y propuso que fuéramos en tren. Lo rechacé, había oído historias espeluznantes sobre los trenes búlgaros, viejos, destartados e infestados de bandas de ladrones locales. Insistí en el avión, ¡quién iba a viajar, por amor de Dios, siete u ocho horas en autobús de Sofía a Varna! Contestó amablemente que el avión era muy caro para ella, por lo que viajaría en autobús y reservaría un billete de avión para mí. Me dio vergüenza. Acepté, naturalmente. Podemos viajar en autobús, ¿por qué no? El interminable traqueteo a través de los paisajes del tardío otoño búlgaro podía tener su encanto. También tuvimos un pequeño rifirrafe acerca del hotel. Aba proponía las opciones baratas. Yo me imaginaba enseguida unos hoteles comunistas abandonados que se caían a pedazos, con calefacción que no funcionaba, y contesté que quería un alojamiento digno en el centro de la ciudad y que el precio no me importaba.

«Tengo muchas ganas de conocerla, no tiene usted ni idea de cuánto significan sus libros para mí», añadía en cada uno de los correos. Insistió en venir a esperarme al aeropuerto. No hace falta, pediré un taxi e iré a casa de la prima de mi madre, le escribí. No, no, yo la recogeré; en algún sitio usted ha escrito que un país extranjero es aquel donde nadie la espera a una a su llegada. No logré acordarme de dónde lo había escrito ni de si lo había escrito siquiera, pero, si lo había hecho, ahora me sonaba extraño.

Y, no obstante, al llegar allí no había nadie. Me di una vuelta por la sala de espera, aguardé un ratito, luego hice cola para cambiar euros en levas, di otro paseo por la sala de espera y por fin reparé en una muchacha menuda encajonada en un rincón, con un ramo de flores, y que con mirada preocupada observaba la salida de viajeros. Por fin, ella también se fijó en mí. Fue a mi encuentro y me besó efusivamente en la mejilla. Ah, que estúpida era, ahora seguro que yo pensaría que era una inútil, pero, ya ves, a ella le había parecido que tenía que esperar precisamente en ese lugar, porque, si se movía, yo iba a salir sin que ella me viera, a pesar de que, desde allí, justo desde aquel sitio, una tenía la mejor vista, lo había estudiado con mucha atención, y a la postre había ocurrido, sin que ella misma supiera cómo, que no se había dado cuenta de que yo había salido...

Era pequeña, delgada, incluso un poco encorvada a causa de su delgadez. Lo primero que llamaba la atención eran las gafas demasiado grandes con una montura muy pesada para su cara diminuta y delicada (¡ratón de biblioteca!). Los ojos vivaces, oscuros, la nariz ligeramente aguileña y esa desdichada montura proporcionaban a su rostro una expresión pajaril. Tenía la piel un poco picada y cubierta de una densa capa de maquillaje líquido, un corte de pelo de media melena con un brillo rojizo de L'Oréal. Una sonrisa muy agradable adornaba su rostro. En resumidas cuentas, era una muchachita, una «pequeña búlgara». Ahora entendía por qué le había gustado tanto a mi madre.

Enseguida preguntó por ella, cómo estaba, qué hacía, si los geranios del balcón aún florecían

(¡mira por dónde, resulta que habían plantado juntas las flores del balcón!), y luego dijo que debíamos telefonar sin falta a mi madre y enviarle una postal. ¿Nosotras? El uso del plural me chocó un poco. Añadió que mi madre era una persona maravillosa, que había sido el único contacto cálido, «humano», que había tenido en Zagreb, y ¡había pasado allí dos meses completos! La «pequeña búlgara» era muy joven, o al menos parecía muy joven; en cualquier caso, podía haber sido mi hija. Su interés por mi madre sonaba sincero y, precisamente por eso, todavía más sospechoso. Qué tenían en común ella y mi progenitora ya medio senil era para mí un misterio.

Tomamos un taxi. Insistió en llevarme a la casa de la prima de mi madre. También insistió en pagar ella al taxista.

—Y ¿usted, adónde va? —le pregunté.

—Pues no lo sé... —dijo ella—. Me iré a casa...

Daba la impresión de que no le apetecía volver a casa y de que tampoco sabía adónde ir... Parecía tan perdida que estuve a punto de proponerle que me acompañara, pero en el último segundo me contuve.

—La llamaré mañana por la mañana... Para ponernos de acuerdo con los siguientes pasos —le dije, cerré de golpe la puerta del taxi, y sentí al instante un vago pinchazo de culpa. El taxi se puso en marcha. Ella me hacía señas con la mano. Sujetaba todavía el ramito de flores, que evidentemente había preparado para mí, pero había olvidado entregarme.

## 2

—El hotel está en el centro —dijo con tono seguro.

—El hotel está junto a la estación de ferrocarril —dijo el taxista.

—Sí, la estación de ferrocarril está en el centro —añadió ella.

El hotel se llamaba Akva y, a juzgar por el pequeño plano impreso en la tarjeta, se encontraba muy cerca de la estación. Aba, que obviamente no había avisado a su pariente de que llegaba, y tampoco a sus amigos, esperaba contrita mientras yo pedía una habitación para las dos, como si esto fuera algo natural. Yo estaba un poco enojada, pero no me quedaba otra. Me había puesto ante un hecho consumado, ni siquiera trató de disculparse. Demonios, tiene teléfono móvil, gruñía para mis adentros, por qué no llama a su prima...

Dejamos el equipaje, separamos las camas que estaban juntas y descorrí las cortinas. En el cielo oscuro se dibujaban negras sombras de grúas. Probablemente estamos cerca del puerto, pensé, pero no podía hacerme una idea de dónde estaba el puerto y dónde la estación de ferrocarril. Le sugerí a Aba dar un paseo y comer algo. El recepcionista nos avisó de que ya era tarde y de que difícilmente íbamos a encontrar un local abierto a esa hora. Miré el reloj. Eran tan solo las diez.

Deambulábamos por las calles desiertas. Ella tampoco sabía dónde estábamos. En mi interior crecía la ira: todo estaba mal; habíamos tardado en el viaje ocho horas en vez de seis, con una parada en todo el camino. Ciertamente, el autobús era bueno, con pantallas en las que durante las ocho horas proyectaron películas que no eran tan malas. En fin, me pasé el trayecto pegada a la

pantalla. Aba contemplaba los paisajes amarillos del otoño tardío que poco a poco se sumergían en el crepúsculo vespertino y al final se durmió. Despertó un poco antes de entrar en Varna.

Fuera soplaba el viento y arremolinaba la basura por las calles. La ciudad tenía un aspecto angustioso. También me atormentaba no reconocer ningún detalle. Y entonces vimos por fin las luces de un pequeño restaurante y nos sentamos. Yo estaba cansada, quería comer algo cuanto antes y volver al hotel. Estaba firmemente decidida a cambiar de hotel al día siguiente, y esperaba que ella se fuera a casa de sus parientes o amigos.

—¿De dónde le viene el nombre, Aba?

Se animó. Su madre era un gran fan de la banda pop sueca Abba, lo que no era nada fácil en la Bulgaria comunista; había muchas cosas que escaseaban en el país, entre ellas los discos. La muchacha nació justo cuando Björn, Benny, Agnetha y Frida actuaron juntos por última vez, quizá precisamente en el instante en que cantaban en algún escenario japonés su *Knowing Me, Knowing You*. Había nacido en marzo de 1980 y su madre decidió llamarla Aba. En el registro civil anotaron el nombre con una *b*, cosa que habrían hecho de todos modos quisiera o no su madre. Por lo demás, su progenitor era de origen húngaro, pero hacía tiempo que sus padres estaban separados...

—Si mi madre hubiera leído a Nabokov, en vez de volverse loca por Abba, yo me llamaría ahora Ada, y no Aba.

—Tanto lo uno como lo otro suenan bien —dije.

Me emocionó la mención a Nabokov, era una observación juvenilmente pretenciosa. Sonreí. También ella sonrió. Sin la sonrisa en el rostro parecía mayor y más tenebrosa, la sonrisa era, obviamente, su as en la manga. Sí, podría haber sido mi hija. Tampoco yo en aquellos años era inmune a Abba.

—¿A qué se dedica? ¿Está trabajando?

—¿Y si nos tuteamos? —dijo impaciente—. O al menos usted debería tutearme...

—¿Estudias Filología Eslava?

—Oh, no. ¡Ya terminé! —dijo dándose importancia.

—Y ¿a qué te dedicas?

—¡No lo adivinarías! —dijo.

Me di cuenta de que había pasado con demasiada facilidad al tuteo.

—¿Entonces?

—Por el momento, estoy matriculada en Estudios Folclóricos.

—Y ¿el doctorado y lo demás...? ¿Ya lo hiciste?

—*Piece of cake!*, o sea, pan comido —respondió sin más.

Si había algo que no soportaba era el folclore y los folcloristas. Los folcloristas eran una suerte de personas inmaduras, unos académicos infantiles. En silencio, sin molestar a nadie, cuchicheaban en sus rincones académicos. En mi época, los folcloristas pululaban por todas estas zonas ricas en folclore —Yugoslavia, Bulgaria, Rumanía—. Y les interesaban solo dos cosas: el folclore y el comunismo en el ámbito folclórico (chistes políticos, *chastushkas* rusas, cantos



regionales arcaicos como las *gangas* típicas de Croacia o Bosnia y Herzegovina, o leyendas comunistas). Hoy no podría jurar que tuvieran intereses más eruditos, pero incluso en aquellos tiempos su interés me había parecido intelectualmente inferior. Los folcloristas nacionales eran nacionalistas encubiertos en la mayoría de los casos, lo que se confirmó más tarde, cuando estalló el odio y luego la guerra. Los folcloristas extranjeros, de Europa Occidental y de América, ejercían su colonialismo académico sin riesgos: no había peligro de que los «indígenas» los metieran en la olla de agua hirviendo y se los comieran de cena. ¿Por qué todos estos extranjeros, dejando al margen la rica literatura local renacentista, la del barroco y la del modernismo, la de la interesante vanguardia, incluso la del posmodernismo, se fijaban precisamente en el folclore?, me preguntaba yo. Cuando Yugoslavia se desintegró, muchos sufrieron una decepción, al considerar la desintegración como una conjura dirigida contra ellos personalmente. De repente desaparecieron aquellos encuentros internacionales, con ríos de aguardiente de ciruelas y corderos que se asaban girando alegremente en el espetón; ya no había pañuelos bordados, pintores naifs, bailes regionales desenfrenados, «etnorrecuerdos» ni intelectuales locales parlanchines que siempre tenían tiempo para todo y para cualquiera. Y, cuando empezó la guerra, ocuparon este campo los nuevos «folcloristas», el odio se convirtió en un terreno atractivo para los estudios antropológicos, etnológicos y folclóricos. De las leyendas sobre el príncipe Marko se pasó a las leyendas de nuevo cuño sobre asesinos, criminales y mafiosos, sobre el «héroe» serbio Arkan y su bella novia Ceca, y sobre el «héroe y *playboy*» croata Ante Gotovina. Como es habitual, las víctimas apenas despertaban interés.

—Bueno, también los Estudios Folclóricos son una ciencia, ¿no es cierto? —dije en tono conciliador.

Había acertado, era un ratón de biblioteca, se había licenciado y doctorado en tiempo récord. Quizá algún día llegara a ser ministra de Cultura de Bulgaria. «Cuando estos países lo necesitan, los folcloristas tienen prioridad...», rezongué para mis adentros.

—Y ¿dónde trabaja?

—Tra-ba-jas... —me corrigió—. Por el momento me encuentro en estado transitorio —dijo recalcando las palabras de su respuesta. Se trataba de una señal dirigida a mí, como si con la cita quisiera granjearse mi simpatía. En alguno de mis textos, yo había mencionado los eufemismos de nuevo cuño de nuestra época. Encontrarse en estado transitorio significaba estar sin trabajo. Fingí no haber captado la señal. Me ponían nerviosa sus citas, las usaba en un tono inoportuno.

—Y ¿ahora buscas trabajo?

—Pues sí...

—¿En Sofía?

Fue una pregunta sin sentido, yo no hacía más que estirar la conversación como si fuera un chicle. Afortunadamente llegó la comida que habíamos encargado. Me di cuenta de que Aba había pedido lo mismo que yo.

Al salir del restaurante por fin logré reconocer un detalle de la ciudad. Ante nosotras se hallaba una plaza desierta con una fuente en medio, no me había fijado en ella antes, probablemente a causa del cansancio. En la plaza se erigía el teatro y un horrible edificio de arquitectura comunista, la municipalidad o algo así. De paso, mi ojo captó también el anuncio fluorescente del

City Hotel, y me apresuré en esa dirección. Al hotel se entraba por una calle lateral.

—¿Tienen ustedes habitaciones libres? —pregunté a la joven recepcionista.

—Tenemos...

—Quiero una habitación para mañana, ¿tengo que reservarla ahora mismo?

—No es necesario...

—Vendré mañana por la mañana —dije.

La recepcionista asintió amablemente, meneando la cabeza de derecha a izquierda como suelen hacer los búlgaros.

Aba y yo regresábamos a nuestro hotel Akva. Por las calles débilmente iluminadas merodeaban perros callejeros. Aba se detenía de vez en cuando para acariciarlos. Los animales le lamían sumisamente la mano. Yo casi me desmayo, tanto de miedo como de cansancio.

### 3

Al día siguiente nos trasladamos al pequeño hotel en la plaza de la Independencia. No conseguía acordarme de si ese era el nuevo nombre de la plaza o de si antes también se llamaba así. Cogí otra vez una habitación doble. De pie, a un lado, justo como si estuviera allí en el papel de policía que me había traído al hotel, Aba me dejaba tramitar las formalidades en la recepción. Seguía sin mostrar la más mínima intención de llamar a su pariente o a sus amigos. En mi interior brotó la rabia, pero no fui capaz de soltarle algo del estilo de: «¿No crees que ya es hora de que llames a tu prima?». O: «Sabiedo que estás en Varna, tus amigos seguramente estarán preocupados por que no los llames». No me molestaba tanto que otra vez fuéramos a compartir habitación, y menos aún que no se hubiera ofrecido a compartir los gastos. Quizá no tenía amigos, quizá la pariente ni siquiera existía, quizá ella misma nunca había estado en Varna, quizá no tenía dinero, quizá se lo había inventado todo para viajar conmigo... Podía entender todo eso. No: lo que más me irritaba era su presencia constante, que no me diera a entender claramente que, en algún momento, a no mucho tardar, se despegaría de mí. «¿Qué diablos estoy haciendo de acá para allá con esta niñata? ¿Dónde diablos está tu dichosa prima, dónde están tus amigos? ¡Yo estoy aquí en “misión especial” —me decía gruñendo para mis adentros— y, sometida a tu vigilancia, no logro recordar ningún detalle de esta ciudad que tantas veces he visitado! ¡Ciertamente, he estado aquí cuando era joven, pero esta *fucking Nezavisimost Square* que tengo delante de mis narices la he cruzado sin duda una decena de veces! ¡Y esta palangana de fuente, que tiene pinta de que alguien se la dejó olvidada hace tiempo en mitad de la plaza, tenía el mismo chorro débil e imprevisible que ahora!»

—Vamos a dejar las cosas en la habitación, y luego podemos ir a tomar un café. Tenemos que comprar un plano de la ciudad... —dijo ella.

Resoplé. El uso del plural me enloquecía. También me rechinaba ese «tenemos que comprar un plano de la ciudad». ¡Ella estaba ahí «en su casa», para qué necesitaba un plano!

### 4

Nos sentamos en un restaurante al lado del hotel y tomamos café. El restaurante formaba parte de una nueva cadena, con platos rápidos y sabrosos, en fin, una variante búlgara del McDonald's incommensurablemente mejor. Con el café nos trajeron la versión búlgara de las galletas de la suerte chinas. Se trataba de mensajes sin galletas, que de paso anunciaban la marca Lavazza. La nueva invención publicitaria se llamaba *kismetseta*, algo así como «fortunita».

Aba encontró en su «fortunita» la máxima de Winston Churchill que sonaba como el verso de una canción turbo-folk: «¡Nunca nunca nunca te rindas!».

—Y ¿qué pone en el tuyo?

—«Debes saber que la tormenta en el vaso de agua solo hunde barcos de cerillas».

—¿Quién es el autor?

—Kukishu...

—¿Quién es?

—Ni idea. Supongo que un japonés...

Yo la observaba. Fumaba con gestos de mujer adulta, segura de sí misma. Hablábamos en búlgaro. A decir verdad, mi búlgaro era torpe, tal como lo había aprendido en la adolescencia, cuando venía aquí a veranear. Su búlgaro me parecía, con razón o sin ella, un poco encorsetado. Como si fuera una pinza de madera, sujetaba con el lenguaje un contenido que revoloteaba alegremente en alguna parte, pero cuyos contornos yo apenas lograba vislumbrar.

—Y ¿qué se está preparando de succulento en la cocina de la autora? —me preguntó de repente.

El tono inoportuno, de nuevo usaba el tono inoportuno...

—¡Una sopa en la que flotan grasientos dedos de niños! —dije con fingida severidad y llamé al camarero para que me cobrara.

Se rio. No la ofendió que yo evitara responder.

Supongo que, como pareja en la calle, las dos causábamos una impresión bastante rara. En una ciudad que los turistas habían abandonado, íbamos con nuestras cámaras a la caza de imágenes interesantes. Yo iba en busca de las mías, mejor dicho, de las que suponía que le podrían gustar a mi madre, y Aba en busca de las que hacía yo. Fotografíe el anuncio en el escaparate de un restaurante en el que ponía que los martes tenían en el menú dos cochinitos asados y los jueves, dos corderos. Eso divertirá a mamá, pensé. Aba fotografió lo mismo. Fotografíe una panadería en cuyo escaparate había expuestos pasteles salados, o sea, *bureks*, recién horneados, diferentes tipos de rosquillas, con y sin sésamo, cuernecitos rellenos de queso, *mekitsi* o tortas búlgaras de yogur y *banitse*, también con relleno de queso. Aba hizo la misma foto. Retraté a unos desdichados ancianos que en el asfalto de la calle —para ganarse un dinerillo— vendían lo que tenían: calcetines de punto, miel casera, una cestita de manzanas, unos pocos pepinos, una cabeza de repollo, un manojo de perejil... También Aba retrató esta escena. Fotografíe un local donde servían los enormes *čevapi* búlgaros. Aba se compró un *čevap* y le hice una foto con él en la mano. Fotografíe las fachadas en tonos pastel que se desconchaban. También a Aba le pareció que las fachadas que se desconchaban eran visualmente interesantes... «Qué pelma, es una lapa —gruñí para mis adentros—, esta muchacha sufre de “ecolalia mental”, y yo soy su actual víctima.»

Por la calle Kniaz Boris nos movimos lentamente en dirección al mar. La vía estaba abarrotada de

puestos de madera en los que se vendía todo tipo de cosas. Torcimos por la calle Slivnica, que llevaba a un parque a orillas del mar y a la playa municipal. El feo edificio de hormigón del hotel Chernomore —antaoño alojamiento de lujo de arquitectura comunista— aparecía ahora cubierto de anuncios publicitarios. El hotel estaba ocupado, obviamente, por gente a la que no la molestaba la estética comunista: ladrones enriquecidos durante la transición, delincuentes, mafiosos, contrabandistas y prostitutas. Igual que los policías, los guardaespaldas de los mafiosos llevaban «uniforme». Se paseaban entre los coches caros delante del hotel con sus trajes negros, sus camisetas negras, las gafas negras en la nariz, con cadenas de oro alrededor del cuello, con los móviles y los cables finos de los auriculares que brotaban de sus orejas. Desde la fachada nos perseguía la tenaz publicidad de la agencia inmobiliaria Bulgarian Property Dream.

Por el camino nos sentamos en una cafetería.

—Todo eso es horrible... Supongo que no tienen dinero para reformarlos y por eso cubren los edificios con paneles publicitarios —dije con la mirada fija en la fachada atestada de anuncios, como una página web pornográfica.

—¡Pues también Nueva York es un enorme anuncio! —dijo Aba siguiendo mi mirada.

Yo estaba segura de que nunca había estado en Nueva York...

—Sí, pero allí ha surgido de manera paulatina y natural —repliqué.

—Con el paso del tiempo también aquí se fundirán con el entorno...

—Antaoño esto era una ciudad hermosa. Ahora se ha convertido en un asentamiento de buscadores de oro en tiempos de transición. Todo está abandonado, en decadencia, y parece vulgar...

—La transición en sí misma es vulgar —dijo ella convencida.

Me sulfuraba su seguridad en sí misma. Más aún porque yo estaba en estado comatoso.

La camarera, al traer los cafés y un pastel para Aba, demostraba una nueva amabilidad, muy del estilo «Have a nice day».

—*Kak ekler, no vkusneie* —dijo Aba en ruso y clavó el tenedor en el dulce alargado cubierto de chocolate y relleno de crema. Obviamente era su manera de alegrarme. De nuevo me citaba. Yo había utilizado esta frase en alguno de mis textos. Fingí no darme cuenta. Desenvolví mi *kismetcheta*—. ¿Qué pone? —preguntó ella.

—«*De nihilo nihil*». Lucrecio. Y ¿qué pone en el tuyo?

—«Estrecho es el mundo y vasta la inteligencia. Los pensamientos se coordinan en el cerebro con facilidad, pero los objetos se entrechocan unos con otros en el espacio».

—¿Quién es el autor?

—Friedrich Schiller.

Me inquieté. Aba, ahora sí que lo tenía claro, simplemente me sacaba de quicio. ¡Me irritaba esta mezcla suya de supuesta modestia y presuntuosidad intelectual! ¡Una empollona!

—Vámonos a la playa. Estoy deseosa de ver el mar —mascullé entre dientes.

—*Varietas delectat!* —dijo alegremente y se levantó enseguida de la mesa.

Tampoco reconocí la entrada a la playa municipal. El gran edificio por el que antaoño se accedía a

la zona de baño se había derretido como un helado. En la plataforma de piedra, desde donde la escalera bajaba hacia la arena, estaba grabado el año 1926.

—Ese año nació mi madre...

—Lo sé... —dijo ella.

«¡Vaya, sabes incluso esto!», bufé en mi fuero interno y sentí que me inundaba una mezcla de pesadumbre y desesperación. Pasamos al lado de varias filas de cabinas y por fin apareció ante nosotras el mar. La playa de arena que antaño me había parecido inabarcable ahora estaba abarrotada de tenderetes levantados a toda prisa con toldos de plástico, unos sobre otros, sin orden ni concierto, como si las olas hubieran arrojado a la orilla todo ese montón de basura. La playa parecía una suerte de maqueta de las favelas brasileñas. Salvo un viejo pescador y nosotras dos, no había nadie más. El mar y el cielo se habían fundido en una mancha de color gris oscuro. En el horizonte, pequeños como barquitos de juguete, permanecían inmóviles dos petroleros. Unas gaviotas nerviosas cortaban el cielo.

El paisaje entero tremolaba de velado nerviosismo. Mientras yo buscaba con la mirada un detalle consolador, Aba alimentaba a un perro callejero con el *cévap* comprado para la fotografía.

De repente empezó a soplar un viento fuerte y el cielo se oscureció aún más. Nos apresuramos a coger un taxi. En cuanto montamos en el coche, empezaron a tamborilear en los cristales del vehículo gotas gruesas. A través de la luna empañada no dejaba de llamar mi atención, como si fuera una insistente señal mística, el anuncio gigante de BULGARIAN PROPERTY DREAM. Esta ciudad no era propiedad mía, sino de mi madre, pensé. Ella había cedido su propiedad, igual que había cedido la tumba de mi abuela a otros. Aquí ya nada era suyo, salvo el sueño, y también este había empalidecido con los años. ¿Por qué crecía entonces en mi interior la desesperación y me llenaba como la espuma una jarra de cerveza?, me pregunté. ¿Acaso porque había aceptado ser el peregrino por encargo de mamá?

## 5

Estalló una gran tormenta. Yo observaba a través de la ventana cómo el viento arrancaba las ramas de los árboles. Montones de bolsas de plástico volaban por el aire como pequeños fantasmas. La lluvia azotaba los cristales de las ventanas con tanta fuerza que parecía que fueran a estallar. En la habitación del hotel hacía un frío espantoso. Estaba destemplada. Me puse un jersey. Me envolví con el edredón, y poco después me metí tiritando en la cama.

—Por favor, baja a recepción y pídeles que nos den más mantas. ¡Y que enciendan de una vez por todas la calefacción!

Aba decidió que la encendería ella misma. Durante un largo rato estuvo manipulando el calefactor de la pared, pero no tuvo éxito. Luego inspeccionó cada rincón de la habitación para encontrar las mantas de reserva. Me echó por encima su edredón. Pero nada, a mí me seguían castañeteando los dientes. Estaba segura de que la causa de que le diera largas al momento de acudir a recepción radicaba en su recelo a enfrentarse al personal del hotel, un reflejo de los tiempos del comunismo: el miedo a que la despacharan groseramente, a una posible humillación.

Por eso, supongo, tenía esa expresión de triunfo en la cara cuando regresó. Nadie la había ofendido, es más, había salido victoriosa, traía en las manos dos mantas de lana, y tras ella entró un joven que logró encender la calefacción.

—¿Mejor ahora? —preguntó presuntuosamente.

Pronto el calefactor empezó a expulsar aire caliente y yo me hundí en el sueño, mascullando que al día siguiente me largaría de este lugar hostil y tormentoso en el primer medio de transporte que encontrara.

Desperté y vi a Aba, que, sentada delante del espejo, se untaba crema en el pelo. Fuera la tormenta continuaba, pero había dejado de llover.

—¿Aba?

—¿Sí?

—¿Vive todavía Lili Ivanova?

—Oh, sí. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada en particular... —farfullé.

—¿Cómo se te ocurrió?

—Era la estrella pop búlgara más famosa de mi juventud...

Me incorporé. En la habitación hacía tanto calor como en un baño turco. En la mesita que Aba tenía delante había un montón de frascos, tubitos y cremas...

—¿Qué estás haciendo?

—Últimamente se me está cayendo el pelo.

—¿Cómo que se te está cayendo el pelo?

—De veras, se me está cayendo...

—A mí me parece que tienes bastante pelo...

—No, antes tenía mucho más...

—¿Has ido al médico?

—¿Para qué? Simplemente se me está cayendo... Me unto el cuero cabelludo con pomadas y tomo vitaminas B y E.

—A veces estas cosas ocurren a causa del estrés... Pero mejorará, estoy segura. Solo las mujeres viejas sufren de calvicie.

—Yo soy una mujer vieja...

—Tú aún eres un bebé.

—Los bebés son viejos.

—Vale, eres un bebé calvo. ¿Acaso hay algo más bonito?

—Lo hay.

—¿El qué?

—Un bebé con largas trenzas.

Evidentemente no le faltaba sentido del humor, pero tenía que apetecerle hacer gala de él. Miré el reloj. Eran las ocho y media. Me pregunté cómo acortar el tiempo hasta la hora de dormir. Me levanté de la cama y eché un vistazo por la ventana. Fuera no se podía estar. Salvo que hiciéramos un esfuerzo y corriéramos hasta el restaurante, que estaba justo al doblar la esquina...

—¿De veras nos marchamos mañana? —me preguntó mientras ojeábamos el menú. Otra vez lanzaba su dichoso plural.

—No tiene sentido que me quede aquí más días —contesté con un singular muy llamativo—. Y menos con este temporal...

—Tal vez mañana luzca el sol...

—La probabilidad de que mañana luzca el sol es muy pequeña...

Aba llevaba una gorra de lana para que no se le viera el pelo graso. Cuando se quitó las gafas por un momento, advertí que era un poco cejijunta. Se adornaba el cuello con una cinta de cuero de la que pendía una piedrecita redonda gris.

—¿Qué es eso? —pregunté.

—Nada. Me encontré esta piedrecita con agujero no sé dónde y me hice un collar...

Pedimos unas *banitse* calientes con queso y miel, una sopa de cordero servida en cuencos de cerámica y queso feta de oveja horneado en papel de pergamino. Fuera la tormenta arreciaba, en el restaurante hacía un calor agradable, y mi firme decisión —sobre todo al pensar que al día siguiente tendría que viajar ocho horas en autobús— se debilitaba.

—Aba, ¿tienes novio?

De nuevo forzaba un poco la conversación. Era la clase de bobadas que les planteaban los adultos a los niños. Al hacer la pregunta utilicé la palabra *gadzhe*, que pertenecía a la jerga que se hablaba en mi adolescencia.

Aba sonrió...

—¿Qué pasa? ¿Es que ya no se utiliza *gadzhe*?

—Sí, sí, todavía se dice...

—Entonces, ¿tienes *gadzhe*?

—¿Te puedo contar un cuento?

—¿Te refieres a un cuento verdadero?

—Sí.

—Vale.

—Es un cuento ruso... La Zar-doncella e Iván, hijo de comerciantes, se enamoran.

—¿Zar-doncella?

—Pues sí, se llama precisamente así, Zar-doncella... Y resulta que, cada vez que acuerdan un encuentro, Iván se queda dormido como un tronco y no llega a la cita. Iván tiene una madrastra malvada y celosa, que domina un truco: en cuanto pincha una aguja en el traje de Iván, este se duerme. A la postre, la Zar-doncella se enfada y se marcha a su reino. Y su reino se encuentra detrás de siete montañas, siete bosques y...

—¡Y siete mares!

—Iván va en busca de la doncella, recorre todo ese camino, la alcanza, pero no conquista su corazón. Para lograrlo, Iván debe cruzar un mar. En la otra orilla crece un roble, encima del roble hay un arcón, y en el arcón una liebre, dentro de la liebre un pato, en el pato un huevo. Dentro de este huevo se encuentra el amor de la Zar-doncella.

—Y ¿luego?

—Ni siquiera eso basta. La muchacha primero debe comerse el huevo. Tan solo cuando se lo

come el amor por Iván torna a su corazón...

—Y ¿se comió el huevo?

—Sí. Aunque gracias a un engaño.

—¡Dios mío, qué proeza!, recorrer un camino tan largo, cruzar un mar y encaramarse a un roble... ¡Y, para remate, el huevo! Seguramente un huevo duro. ¡Qué asco!

—Justo. De eso se trata —dijo Aba en tono jocoso.

—¡Ahora sé por qué te interesa el folclore!

—¿Por qué?

—Porque te enseña a tener criterios elevados.

Las dos soltamos una carcajada. Me gustaba el modo en que había empaquetado su respuesta. Por primera vez la conversación entre nosotras era relajada, y ahora toda la situación adquirió el tono rosáceo de una excursión de dos colegialas. Quizá también contribuyó a ello el mal tiempo, la inesperada tormenta; quizá, en realidad, era yo y no ella la que desde el principio había estado tensa, insistiendo en las reglas de un «género» autoimpuesto, obligándola así a que se adaptara. ¡Dios mío, qué joven era! Intenté ponerme en su papel: sí, la «niña» procuraba adaptarse a mí todo el tiempo y, a decir verdad, se adecuaba a la situación con más estilo que yo. Una excursión de dos colegialas, por qué no; por lo demás, ¿cuándo había sido la última vez que tuve ocasión de hacer algo así? ¿Tal vez valía la pena prolongar la estancia y emprender el viaje de vuelta más tarde? Al fin y al cabo, faltaban todavía varios días para que comenzaran las «Plumas de oro de los Balcanes» en Sofía...

—De manera que mañana acaba nuestra novela... —dijo con cierta ironía.

La frase resonó como el estallido de una copa de cristal. Usó la expresión búlgara *nashiat s tebe roman*. En ruso se dice lo mismo. La palabra *roman* significaba dos cosas: novela como género literario y una relación o aventura amorosa, un romance. La frase «tener una novela con alguien» significaba estar liado con alguien, estar enamorado. Fue una torpeza por su parte, se había enredado en un juego de palabras, quería aprovechar irónicamente los dos significados, o quizá quiso decir algo gracioso sin más. Yo podía entenderlo, no me molestaban las implicaciones semánticas. Fue otra cosa la que me rechinó. El tono. ¡Din-don-dan! Ese tono...

Así sonaba el hambre. Yo reconocía ese tipo de hambre. Era el hambre de amabilidad que se adhiere como un imán al mismo tipo de hambre de amabilidad y se alimenta de ella; el hambre de atención que atrae la misma hambre de atención, un hambre ciega que desea ser guiada por un ciego, un hambre tullida que busca aliados entre los tullidos, el hambre del sordomudo que enternece a los sordomudos.

Aba había dado en el blanco por pura casualidad: sí, ella era una niña vieja. Había nacido con el estigma invisible de niña no querida en la frente. Y no importaba en absoluto si realmente la habían querido o no, y si algún día la iban a querer o no; el hambre nació con ella, y con ella desaparecería. Siciar semejante hambre era casi imposible; en el intento de aplacarla, muchos habían desfallecido. ¿Quizá Eresictón, el rey de la mitología griega, que falleció royendo sus propios huesos, fue castigado precisamente por esta hambre, y no por el hambre verdadera?



Aba y mi madre habían encontrado enseguida un idioma común, un idioma secreto. Tal vez estaban hechas del mismo material, tal vez se habían reconocido sin que ellas mismas lo supieran. Las unía un idéntico miedo a la desaparición, un deseo inconsciente de dejar huella, de perpetuarse. Para conseguirlo, no les importaban ni los medios ni la superficie, cualquier cosa les servía: la piel de sus propios hijos, la mano de un desconocido... Y no era por su culpa ni se debía a un error que hubieran cometido. Parecía como si un hada malvada les hubiera encasquetado al nacer una caperuza que las tornaba invisibles, un gorro de invisibilidad. La sensación de ser invisibles tenía un efecto semejante al del ácido gástrico, no hacía más que estimular el hambre. Un hambre que nada podía saciar, ni las lupas más enormes ni los reflectores más fuertes ni toda la atención que uno pudiera brindarles. Un hambre que gimo teaba en el estómago como un perro abandonado, astuta, glotona, y que a veces rechazaba orgullosamente la comida; un hambre pícara, que se las ingeniaba para que no la descubrieran; miedosa, que no se atrevía a atentar contra sí misma; mentirosa y falsa, que sabía cómo transformar el gimoteo de su boca en un canto de sirena. Y dejaba su rastro de baba por doquier...

Yo la observaba. Una carita amable con una ligera sombra de melancolía, que instantáneamente suscita en el observador sensación de culpa. Hace todo lo posible para que los demás la quieran. Quiere a sus padres, si los tiene, a sus amigos, que sin duda tiene. Porque ella es la que nunca se olvida de los cumpleaños ajenos, ella es la que envía cartitas, postales y correos electrónicos amables; ella es la que primero descolgará el auricular y marcará tu número. Nunca le ha hecho mal a nadie; nunca le ha dado a nadie una patada en la espinilla; nunca ha copiado en el colegio; siempre ha sido buena alumna y buena estudiante; ha ayudado a los demás; nunca, o casi nunca, ha mentido; siempre ha sido afable con todo el mundo; y siempre, en este regateo de sentimientos, se ha sentido perdedora. Me observaba. Le interesaba el funcionamiento de mi mecanismo de relojería, y para descubrirlo estaba dispuesta a aplastar el reloj. Porque ¿cómo era posible que todos los demás en este mundo marcaran la misma hora, estuvieran en la misma sintonía, y solo ella usara el tono inoportuno y desentonara?

Reconocí el gimoteo, al fin y al cabo, hacía tiempo que alimentaba el hambre de mi madre. Y, además, ¿acaso no estaba sirviendo en ese preciso momento de peregrino por encargo para una y de bocado potencial para la otra? Sí, el amor se encuentra en la otra orilla del ancho mar. Allí se alza un gran roble, en el roble un arcón, en el arcón una liebre, en la liebre un pato, en el pato un huevo... Y el huevo, para que el mecanismo de los sentimientos se ponga en marcha, hay que comérselo.

## 6

El día siguiente amaneció tranquilo y gris. Por la recepcionista nos enteramos de que la tormenta de la noche anterior había provocado grandes daños: se habían caído líneas de alta tensión, muchas casas se habían quedado sin tejado, algunas de las carreteras comarcales estaban bloqueadas...

Mantuve mi decisión de marcharme. El autobús de la tarde salía a las cuatro y media.

—Tú puedes quedarte si quieres —dije—. Y pasar unos días con tu familiar... —añadí cautamente.

—No, para qué, de todos modos, hace años que no nos vemos...

Lo dijo sin afectación. Ya no había necesidad de fingir que había ido allí por su prima.

—Bueno, me voy... Quiero buscar la calle donde vivían mis abuelos...

—Te acompaño —dijo ella. En su voz resonaba una obstinación infantil.

—No —repliqué.

Hizo un mohín de enfado. Tanto más porque estaba claro que esta vez íbamos a prescindir de *nuestro* café matutino. Nos separamos delante del hotel, acordando encontrarnos de nuevo a las tres de la tarde. No le pregunté adónde pensaba ir.

—*Priatno snimane!* —gritó con tono de niña abandonada. Tal vez en búlgaro esta frase era habitual, pero también me rechinó: *Have a nice snapshotting?*

Sentí un alivio repentino. Tan solo ahora, cuando por fin me liberé de la presencia de Aba, tuve la sensación de haber llegado a Varna. Me encaminé por la calle Vladislav Varnenchik (¿antes también se llamaba así?), intentando arrancarle alguna imagen viva a mi memoria. Por este camino iba a la playa municipal y regresaba tostada por el sol y cansada, arrastrando los pies por el asfalto caliente. Sin embargo, reconocí únicamente el edificio de la sede central de correos, todo lo demás me pareció confuso. Los abuelos vivían en la calle Dospat, una de las callejuelas que doblaban a la izquierda. Antes habían tenido una casa con jardín, junto al lago. Mamá pasó en esa casa su infancia y los primeros años de su adolescencia. En el lago había una estación de ferrocarril, en la que trabajaba el abuelo. Mamá la recordaba con ternura singular. Durante las tardes de verano, los niños del vecindario se reunían allí. «Nos juntábamos en la estación al anochecer, cuando todos los trenes ya habían pasado...» Recuerdo esta frase —«al anochecer, cuando todos los trenes ya habían pasado»— porque, probablemente, la repetía. Apropiándome de la frase, pinté con mis colores la imagen que evocaba. Crepúsculo, luciérnagas, una estación abandonada, raíles calientes que brillan en la oscuridad, un croar de ranas, la luna en el cielo y el corazón joven, robusto, de mi madre, que palpita agitado...

Me preguntaba cómo era posible que, a pesar de haber visitado a los abuelos tantas veces, nunca hubiéramos ido a ver la estación y su antigua casa. Cuando el abuelo se jubiló, él y su mujer se trasladaron a la escuela, donde trabajaron como conserjes. Vivían en una pequeña vivienda situada en el patio escolar; tenía solo dos habitaciones, pero el patio era enorme y una parte estaba techada, por lo que en verano se podía estar fuera incluso cuando llovía. En verano la escuela se quedaba vacía; había espacio de sobra.

Encontré la escuela. La puerta estaba cerrada. No recordaba la tapia de ladrillos, probablemente la habían construido después. Recordaba una verja metálica. En la puerta, pintada de un feo color verde, estaba escrito con letras negras «*Kotelno*», sala de calderas. Presioné el picaporte. Estaba cerrada. Me inquieté. En mi interior creció el pánico de sobra conocido, esa sensación que me embarga a veces cuando no consigo salir de algún lugar. Me quedé inmóvil delante de la puerta

como si estuviera hipnotizada. ¡Qué pequeño me parecía todo! El tejado de la casita adosada a la tapia de ladrillos estaba ruinoso, el muro exterior tenía grietas y en la parte inferior se extendía una mancha de humedad. ¡Y el patio —aquel vasto patio soleado con un gran trozo de cielo azul—, qué pequeño se había vuelto! Y ¿cómo cabíamos por aquel entonces todos nosotros en ese lugar? ¿Papá, mamá, mi hermano y yo? Cuando estábamos allí, ¿dormían los abuelos en la casita de sus amigos al otro lado de la calle? ¿O en alguna de las aulas de la escuela, sobre camas improvisadas?

Yo no reconocía la antaño pintoresca callejuela con sus casitas y jardines. Ahora la calle se había convertido en una enorme obra, acá y acullá se erigían nuevos edificios de viviendas. Rodeé la escuela, encontré la entrada principal y en el pasillo me topé con un hombre y dos mujeres. Les expliqué que me gustaría ver el patio, al que había intentado entrar por el lado exterior, pero que la puerta estaba cerrada.

—¿Por qué le interesa el patio? —me preguntó el hombre.

—Allí vivían tiempo atrás mis abuelos...

—No se puede pasar. Está la sala de calderas.

—Solo me gustaría echar un vistazo al patio...

—¡Señora, no hay patio! ¡Allí no hay nada! Solo está la sala de calderas. Y, por lo que yo sé, siempre ha estado ahí...

Las mujeres lo corroboraron meneando la cabeza de derecha a izquierda.

Salí de la escuela y regresé a la puerta verde, que se alzaba ante mí como una contraseña olvidada. Si al menos pudiera entreabrir la, pensé, seguramente me acordaría de todo. No obstante, algunos recuerdos empezaban a aflorar: la dinámica figura de la abuela siempre ocupada —cocinando, limpiando, lavando, planchando— y la figura estática del abuelo sentado a la mesa del patio mientras fumaba. Todo lo demás revoloteaba turbiamente en la sala de calderas, al otro lado de la puerta verde.

Eché un vistazo a la casita de enfrente, que milagrosamente no habían derribado. En esta casa, de visita a unos amigos que tampoco seguían vivos, murió mi abuela. Estaban juntos viendo la tele, de repente la abuela preguntó inquieta: «¿Por qué se ha puesto tan oscuro de golpe?», y murió. Bueno, esa era la versión más reciente de mi madre sobre las últimas palabras de la abuela.

Respirando con dificultad, volví a la calle principal y cogí allí el taxi salvador. El trayecto tuvo un efecto sedante instantáneo, pero de todos modos decidí completar la ruta de aquel peregrinaje absurdo y penoso.

—Vamos a la antigua estación de ferrocarril —dije.

—¿Por qué? —se extrañó el taxista—. ¡Si allí no hay nada!

Delante, al otro lado de una maraña de raíles oxidados, se extendía el lago. Las líneas de alta tensión entretejían una red en el cielo, la hierba envolvía los raíles. La hierba era verde oscuro; el cielo y el lago, gris azulado. El lugar era feo, aunque no carecía de cierto atractivo. Este atractivo residía en la sensación de completo abandono que emanaba de todos lados. Me di la vuelta. Enfrente, en la otra orilla de la carretera, donde debería alzarse la casa con jardín, aquella que

nunca habíamos visto, se hallaba una loma con varias chozas en la cima. En una parte se había producido un corrimiento de tierra, y parecía que las chozas fueran a rodar pendiente abajo en cualquier momento. Al pie de la loma, junto a la carretera, se alineaban unas cuantas barracas con letreros: «Taller de coches», «Cambiamos aceite» y mensajes similares.

—¡Mira, alma mía, ya te dije que aquí no había nada! Nada más que espectros, salvo que necesites una pieza de recambio para el coche... ¡Y para un coche muy antiguo, por si fuera poco!  
—dijo afablemente el taxista.

Al girar para volver al centro, eché una última mirada al lago. Me pareció advertir en el aire un temblor azul apenas perceptible: sobre el lago titilaban pequeños espectros.

## 7

Caminando hacia el hotel divisé a Aba, que alimentaba a las gaviotas delante de la fuente. Detrás de ella, el agua saltaba en chorros que parecían más vivos que por la mañana. Iluminados por el sol que se abría paso a través de las nubes, los chorros reverberaban con los colores del arcoíris. Y las gaviotas..., las gaviotas, como si hubieran enloquecido, hacían acrobacias en el aire, agitaban las alas y luego, lentamente, como paracaídas, descendían a las palmas de las manos de Aba —que ella había juntado para crear una plataforma natural— y picoteaban trocitos de pan.

Los transeúntes se paraban y observaban la escena: había algo maravillosamente acrobático y a la vez natural en aquel espectáculo. Aba encajaba a la perfección en el espacio que la rodeaba. Aquella vez no «desentonaba». Y, aunque emitía algún tipo de mensaje, ese mensaje, con toda seguridad, no iba dirigido a nosotros, los observadores de la plaza.

No me acerqué, odio a las criaturas con plumas, contemplé la escena desde un lado. Aba me vio, tiró los restos del pan al aire como si fueran una baraja de naipes, se sacudió las migajas de las manos frotándose una palma contra la otra y se dirigió hacia mí.

Sacamos el equipaje que habíamos dejado en la recepción por la mañana. Mientras esperábamos el taxi delante del hotel, le pregunté cómo había pasado el tiempo.

—Nada en particular. He *surfeado* por la ciudad...

Luego me miró fijamente y dijo...

—Ah, sí, también he estado en la calle de tu abuela... La calle Dospat, ¿no es cierto?

Había clavado su garra pequeña y afilada en mi carne intencionadamente, de eso no había duda. En mi interior brotó la ira por un instante. Sin embargo, me chupé con tranquilidad la sangre del rasguño invisible y dije...

—¿Para qué? Si allí no hay nada.

En aquel momento llegó el taxi.

## TAL COMO LLEGARON, SE FUERON

—¡Tengo muchas ganas de que vengas y me cuentes cómo te fue en Varna! Estoy impaciente — repetía agitada cada vez que hablábamos por teléfono. En su voz reconocía la emoción rutinaria que siempre acompañaba a la frase tantas veces repetida: «Tengo muchas ganas de que vengas»...

En mi cabeza rebobinaba varias versiones de mi informe. Quizá lo mejor sería decirle que pasé dos días en Varna, que hacía mal tiempo, algo que además era cierto, y que no había logrado llevar a cabo casi nada de lo que me había pedido. O contarle la patraña de que, a pesar de todo, con la ayuda de un amable policía de Varna, había conseguido encontrar a su Petia, que estaba bien, que tenía buen aspecto, que le enviaba recuerdos, pero que, por desgracia, no podía escribirle, porque le costaba demasiado esfuerzo. Su hijo Kostia, que, dicho sea de paso, había dejado de beber, se ocupaba con devoción de ella. Y Varna, Varna estaba preciosa, pero no me habían salido las fotos, algo había apretado mal en la nueva cámara digital...

—No reconozco nada... —dijo mirando las fotos en la pantalla del ordenador—. ¿De veras es Varna?

Se mostraba sorprendentemente serena y fría. De la tapia que separaba el patio escolar de la calle dijo:

—No, esa tapia de ladrillos no estaba allí. Es nueva...

Cosa extraña, las escenas grises de la playa municipal no la decepcionaron tanto como a mí.

—La playa municipal nunca fue bonita. Acuérdate de que siempre preferíamos ir a Asparuhovo y a Galata. Allí el agua estaba mucho más limpia...

Cuando al cabo de un tiempo fui otra vez a verla, la convencí para volver a repasar las fotografías. Parecía haberse olvidado por completo de que ya las habíamos visto. Sus comentarios fueron idénticos, y su indiferencia me resultó desagradable. No recibía los «honorarios» esperados, la recompensa sentimental, por mi misión de «peregrino por encargo». Y tal vez no me la merecía. Porque, evidentemente, había hecho mal mi tarea y no le había llevado ningún recuerdo de la peregrinación. Y por eso no recibía nada a cambio. No sé si borró de su memoria el archivo «Varna» o si lo guardó en alguna parte, pero sí estaba segura de que tanto ella como yo tardaríamos mucho tiempo en volver a abrirlo.

Esta vez me saltó a la vista que había cambiado su forma de andar. Procuraba caminar un poco más erguida mientras empujaba el andador, y levantar el pie un poco más a cada paso.

—Me lo ha dicho Jasminka, que levante un poco más el pie...

Jasminka era su fisioterapeuta.

Íbamos a tomar café, como era habitual, a su cafetería preferida en el mercado. Pasaba dentro con el andador, se negaba tozudamente a dejarlo fuera («¡No quiero que me lo roben!»). La gente tenía que levantarse y apartar las sillas para dejarle espacio. Creo que era consciente de que su entrada en el café con el andador suponía una molestia para todos los parroquianos.

—Cuando tú no estás conmigo, me ayudan los camareros. Todos son muy amables, muy muy amables. La gente en general es muy amable, sobre todo cuando me ven con este carrito... —decía.

Pedía siempre lo mismo, un capuchino, y yo o Kaja le traíamos de la panadería que se encontraba a pocos pasos del café un «triangulito», un bollo relleno de queso. Sin el triangulito ritual y el capuchino, el día era impensable. Si hacía mal tiempo y ella misma no podía salir, alguien le traía el triangulito, y el capuchino se preparaba en casa.

Después de pasar un rato sentada, por lo general tenía que ir al retrete. Regresaba indignada de allí...

—¡Que esto me ocurra a mí! ¡A la abuelita más guapa del barrio! —refunfuñaba al volver.

Se negaba a llevar compresas para la incontinencia con la misma tenacidad con la que rechazaba llevar zapatos planos ortopédicos para gente mayor («¡No puedo, siempre he llevado zapatos de tacón!»). Alguien le había dicho que era la abuela más guapa del barrio. Unos pocos años atrás se habría tomado mal semejante observación, pero ahora la repetía encantada: «¡Todos dicen que soy la abuelita más guapa del barrio!». Ciertamente, lo decía con una ironía apenas perceptible en la voz. Utilizaba esta frase como excusa para sus torpezas y reclamar que se respetara su «excepcional» estatus relacionado con la edad. La incontinencia era la peor ofensa que su propio cuerpo le infligía. También la enfadaba la senilidad («¡No, no es cierto que lo haya olvidado!»), pero de todos modos se plegaba ante ella («¿Será posible que de veras lo haya olvidado?»), y a la postre se acababa resignando («No es de extrañar que a veces se me olvide algo. ¡Al fin y al cabo, tengo ochenta años!»).

—Si esto sigue así, lo mejor será que me suicide cuanto antes... —dijo, pidiendo de manera indirecta que la consolara.

—¡A tu edad es normal! Míralo por el lado positivo. Has sobrepasado los ochenta, todavía puedes andar, no te duele nada, vives en tu propia casa, sales cada día y tienes contacto con la gente. Tu mejor amiga, con la que todos los días tomas café, es diez años más joven que tú. Jasminka te visita tres veces a la semana. Kaja te trae todos los días el desayuno, el almuerzo y la cena, además es una excelente cocinera y se ocupa de tus revisiones médicas. Tienes la consulta a cinco minutos a pie de tu casa, tus nietos te visitan regularmente y te quieren, yo te vengo a ver con mucha frecuencia... —solté mi letanía.

—Ah, si al menos pudiera leer... —suspiró, a pesar de que para la lectura, salvo para hojear el periódico, ya carecía de paciencia.

—Venga, mujer, si puedes leer, aunque te cueste un poco...

—Si pudiera leer una vez más mi *Tess*...

Se refería a *Tess, la de los d'Urberville*, de Hardy.

—En cuanto tú lo digas, vamos a que te operen. La operación de cataratas es una pequeñez...

—A mi edad nada es una memez...

—He dicho «pequeñez», no «memez». ¿Quieres que te compre una lupa?

—¿Cómo voy a leer con una lupa?

—¿Quieres que yo te lea *Tess*? Cada día un capítulo...

—No es igual cuando alguien te lee que cuando lees tú mismo...

A todos mis intentos de animarla, ella respondía con sus refunfuños pertinaces e infantiles. Transigía solo por momentos («Tal vez sea así, sí...»), pero enseguida se aferraba a un nuevo detalle («¡Ah, todo sería diferente si pudiera andar más rápido!»).

—He cambiado tanto. Ni yo misma me reconozco ya.

—Pero qué dices, no tienes ni una sola arruga en la frente...

—Tal vez, pero a cambio me cuelga la piel del cuello...

—Las arrugas de tu cara son tan diminutas que apenas se notan...

—Tal vez, pero ya ves qué encorvada voy...

—Sigues estando tan esbelta...

—He echado barriga... —se quejaba.

—Un poco, pero no se ve... —la consolaba.

—He cambiado... Es que ni me reconozco...

—¿Acaso conoces a alguien que con tus años no haya cambiado?

—Pues no... —cedía.

—Y ¿qué es lo que quieres?

—No lo sé...

—Tu Ava Gardner, por ejemplo...

—¡Ava era la mujer más bella del mundo! —dijo tajante, pero también con cierta dosis de melancolía en la voz, como si lo expresado se refiriera a ella misma.

—Ava murió a la edad de sesenta y ocho años...

—¿De veras?

—Sí, sufrió un derrame cerebral. Se quedó con la mitad de la cara paralizada. Al parecer, se pasó los últimos años de su vida sin dinero, y Frank Sinatra tuvo que pagarle el tratamiento...

—¿Ella? ¿Sin dinero? No me lo puedo creer...

—Sí, dejó los Estados Unidos y se fue a vivir a Londres. Allí llevó una existencia solitaria, probablemente ya no era capaz de ganarse la vida. Las últimas palabras que, cuando agonizaba, le dirigió a su criada Carmen fueron: «Estoy cansada»... *I am tired!* —dije repitiendo la última frase de Ava en inglés, supongo que para que fuera más convincente, y continué con la animación...—: Cuentan que Frank Sinatra, al enterarse de la muerte de Ava, se encerró en una habitación y no salió durante dos días. Dicen que lloraba sin parar...

—¡No esperaba menos! —dijo—. Un tipo tan pequeño, tan raquítrico... ¡Al lado de Ava parecía un renacuajo!

—Y ¿Mickey Rooney?

—¿Por qué Mickey Rooney?

—Ese fue su primer marido.

—¡Pues lo mismo! ¡También ese Rooney era un tipo raquítrico! Semejante belleza, y no tenía más que enanos a su alrededor...

—Ava era solo cuatro años mayor que tú...

—¡Ava fue la mujer más bella del mundo! —repitió, haciendo oídos sordos al dato sobre la diferencia de edad.

—Y mira a Audrey Hepburn...

—¿Esa pequeña, flaquita?

—Sí. Murió con sesenta y cuatro años.

—No lo sabía...

—E ¿Ingrid Bergman?

—¿Qué pasa con Ingrid Bergman?

—Que falleció con sesenta y siete años...

—Era un poco torpe, pero muy guapa, sí, eso sí...

—Y ¿Marilyn Monroe? ¡Marilyn era un bebé de dos meses cuando tú naciste! ¡Y murió con treinta y seis años!

—¿Que Marilyn era mi *coañera*?

—¿Quieres decir «coetánea»? Ambas nacisteis en el veintiséis.

El hecho de compartir el año de nacimiento con Marilyn Monroe pareció dejarla indiferente.

—Y ¿Elizabeth Taylor? —preguntó.

—Acaba de celebrar su setenta y cinco cumpleaños. Lo comentaron en los periódicos hace unos días...

—No me puedo creer que Liz sea más joven que yo...

—¡Nada menos que seis años!

—También ella era una belleza —dijo—. Hoy ya no hay mujeres así.

—¡Uf, pues si la vieras ahora!

—¿Por qué?

—Le han hecho una foto en la silla de ruedas para su cumpleaños.

—¿Cuántos años más que ella tengo yo?

—Seis años.

—Cinco y medio —me corrigió.

—Acuérdate solo de cuántas veces la han operado... —añadí.

—Tenía problemas con la espalda...

—Y con el alcohol, con los matrimonios fracasados...

—¿Cuántas veces se ha casado?

—Nueve. Y a propósito de la celebración de su cumpleaños ponía que quizá se iba a casar por décima vez.

Mamá sonrió.

—¡Bien por ella!

Ahora por fin conversábamos. Hablábamos de Liz como dos buenas amigas sobre una tercera. Supongo que a mamá le gustaba comparar los datos. Liz tenía setenta y cinco años y le habían



hecho fotos en una silla de ruedas. Ella iba a cumplir dentro de pocos meses ochenta y uno, caminaba, no estaba atada a una silla de ruedas. Y ni siquiera estaba gorda...

—Ya ves de qué sirven la belleza y la fama... —dijo con resignación.

La expresión de su rostro dejaba ver que esta vez estaba satisfecha con el balance de su vida.

—¿Sabes qué dijo Bette Davis?

—¿Qué?

—*Old age is no place for sissies.*

—¿Qué significa?

—Que la vejez no es para los blandengues...

—Y no lo es —dijo, envalentonada por un instante.

A menudo se veía a sí misma con menos años de los que tenía. En uno de estos descensos a una edad más joven, se dirigió a mí llamándome «abuelita».

—¿Qué pasa, abuelita, te duermes? —dijo con guasona voz infantil.

Se deslizaba en el tiempo. Ya no sabía con exactitud cuándo habían ocurrido las cosas. La infancia era donde más le gustaba entretenerse, no porque considerara esa época de su vida la región más feliz de su biografía, sino porque en ese territorio sus recuerdos estaban «seguros», formulados hacía tiempo, sellados, reproducidos en numerosas ocasiones, seleccionados para formar parte de un repertorio que siempre podía ofrecer a sus oyentes. Contaba los pequeños detalles y anécdotas de la niñez siempre de la misma manera, con el mismo vocabulario, acabándolas con la misma ocurrencia o, en la mayoría de los casos, sin ocurrencia alguna. Era un repertorio cerrado que ya nada, al menos es lo que parecía, podía corregir o cambiar, y al mismo tiempo su única coordenada temporal firme. Solo a veces emergían a la superficie imágenes sobrias que yo oía por primera vez.

—Siempre les he tenido miedo a las serpientes.

—¿Por qué?

—Una vez fuimos de excursión a un bosque y nos topamos con una serpiente horrible... Papá la mató...

—Seguro que no era venenosa.

—Era una *esculapa* de esas...

—¿Quieres decir «una culebra de Esculapio»?

—Sí, era una serpiente espantosa y papá la mató...

Antes llamaba «papá» a mi padre, su marido, mientras que a su propio padre solía llamarlo «abuelo». Ahora este «papá» se refería a su padre.

Desde su «diagnóstico feo» habían pasado exactamente tres años. ¿Cuántos más pasarían...? ¿Uno? ¿Dos? ¿Cinco? El regateo con la muerte le iba bien («¡Solo espero vivir hasta que nazca mi nieto!», «¡Solo espero poder ver a mi nieto ir al colegio!», «¡Ea, solo espero ver también a mi nieta yendo a párvulos!»). No obstante, una cosa era segura: ella había cumplido, lo había ordenado todo, lo había dejado «limpio», lo había arreglado. Estaba sentada en la vida como en la sala de espera de un médico, reluciente y medio vacía: nada le dolía, nada en particular la motivaba, aguardaba a que la llamaran, y no le preocupaba cuándo sería eso. Solo le importaba el

ritmo diario: a las siete y media llegaba Kaja, desayunaba mientras veía el programa matutino de la televisión croata *Buenos días, Croacia*, luego se vestía e iba al café cercano para tomar un capuchino y el triangulito de queso, regresaba a paso lento hacia casa charlando aquí y allá con gente del vecindario, luego tocaba esperar a que alrededor de la una y media Kaja llegara con el almuerzo, después una siesta y, alrededor de las seis y media, el regreso de Kaja con la cena, que tomaba viendo su programa preferido de televisión, *Tribunal popular*, seguido de las noticias de la noche, y por último se acostaba. Kaja acudía tres veces al día y salía con ella a dar un paseo y tomar café. Jasminka iba tres veces a la semana, hacía con ella unos pequeños ejercicios y la ayudaba a bañarse; las vecinas la visitaban todos los días; una vez a la semana veía a los nietos, por lo general los domingos. Yo la llamaba al menos tres veces a la semana y me escapaba a menudo a Zagreb, durante varios días.

Dormía cada vez más. A veces su sueño era tan profundo que ni los timbrazos interminables del teléfono ni mis golpes en la puerta lograban despertarla. Cuando se tumbaba, adoptaba la misma postura que en sus tomografías, con la cabeza un poco hacia fuera. Dormía tranquila, relajada, con una sonrisa apenas perceptible en los labios. Sentada en el sillón, solía hundirse en un sueño corto y profundo, como si estuviera en una bañera llena de agua caliente. A veces la encontraba durmiendo sentada delante del televisor encendido, con la cabeza descubierta y un plumero en la mano. Entonces abría los párpados, enarbolaba lentamente el largo palo del plumero, envuelto en un paño suave, y limpiaba el polvo de la pantalla de la televisión. Luego, al ver una mancha en el suelo, se levantaba y arrastrando despacio los pies se iba al baño, mojaba el paño, envolvía de nuevo el plumero con él, regresaba, se sentaba en el sillón y desde esta posición limpiaba la mancha...

—Cómprame esos esfinteres, son los mejores paños —decía.

—Swiffer, quieres decir...

—Sí, ya no quedan en casa...

Yo traía cajas con los milagrosos paños suaves que eran la muerte para el polvo («¡Estos paños son la muerte para el polvo!»). Ella rondaba por la casa sujetando en la mano el ligero palo de plástico, con el paño-swiffer en el extremo, enganchado en un soporte cuadrado, y limpiaba con movimientos ralentizados el polvo de las paredes, de los muebles, del suelo... El sol penetraba con fuerza a través de las rendijas de las persianas bajadas y salpicaba la habitación de manchas doradas. Con la redonda cabeza rapada, la cara pálida, los ojos marrón claro levemente rasgados y los labios que, curiosamente, no habían dejado de ser carnosos, se quedaba plantada en mitad de la habitación inundada de manchas de luz solar como si fueran monedas de oro. En el aire a su alrededor titilaban millones de luminosas partículas de polvo. Agitaba suavemente el palo para ahuyentarlas, pero las partículas doradas continuaban flotando en el aire. Luego se sentaba en el sillón y de nuevo se sumía en el sueño. El enjambre de polvo dorado seguía rodeándola. Así recostada bajo el haz de manchas solares, vencida por el sueño, parecía una suerte de diosa ancestral.

Una de esas veces, despertándose de repente, dijo somnolienta...

—¿Sabes lo que me contó mamá una vez?

—¿Qué?

—Cuando me estaba dando a luz, al lado de su cama había tres mujeres... Dos estaban vestidas de blanco y la tercera de negro...

—Quizá eran las hechiceras, ya sabes, las hadas que predicen el destino —dije cautelosa.

—¡Tonterías! —respondió—. Mamá seguramente estaba exhausta por el parto y alucinaba... Dos blancas y una negra... —murmuró y se hundió de nuevo en el sueño.

En aquellos quince días de marzo del año 2007, los amaneceres eran tan esplendorosos e intensos que todas las mañanas nos veíamos obligadas a bajar las persianas. El aire olía a primavera. El pequeño balcón de mamá estaba descuidado; la tierra de las macetas, seca.

—Hay que comprar tierra fresca y plantar flores —dije.

—¡Nosotras seremos las primeras en tener flores en nuestro edificio!

—Sí, las primeras...

—Sí, geranios...

En la barandilla del balcón se posaban los gorriones. Era una buena señal, mamá estaba convencida de que ese año no habría una invasión de estorninos.

—Ya no están los asquerosos... —dijo.

—¿Quién no está?

—Pues ellos, los estofados...

—¡Querrás decir los «estorninos»!

—Eso es lo que he dicho, estofados.

—Los estorninos son pájaros, y el estofado es un plato...

—Pues es lo que he dicho...

—¿Qué has dicho?

—Que ya no están los asquerosos...

Y luego añadió de manera un tanto enigmática...

—Tal como llegaron, se fueron...

SEGUNDA PARTE

PREGUNTA, PERO RECUERDA  
QUE LA CURIOSIDAD NO SIEMPRE ES BUENA

## PRIMER DÍA

### I

Cuando divisó en la puerta del hotel las tres figuras que se aproximaban al mostrador, el recepcionista Pavel Zuna sintió un ligero pinchazo que partía del dedo gordo del pie izquierdo y le llegaba a la espalda. O, al contrario, partía de la espalda hacia el dedo gordo del pie izquierdo. Pavel Zuna no era reumatólogo, sino recepcionista, y era recepcionista, y no poeta, de manera que no se perdió en reflexiones sobre esta extraña sensación, sobre todo porque las figuras que se acercaban, con su aspecto pintoresco, requirieron toda su atención. En una silla de ruedas, iba sentada una viejecita con las piernas metidas en una enorme bota peluda. Dificilmente se podía llamar ser humano a la anciana, era más bien un desecho de ser humano, una ciruela pasa humanoide. Era tan pequeña y tenía tantas arrugas que la bota impresionaba más que ella. Su rostro menudo se componía del cráneo y de la piel envejecida que lo revestía como una media de nailon. Tenía el pelo canoso, espeso y corto, y sus ojos azulados irradiaban un brillo vivaz. La viejecita sujetaba sobre las rodillas un bolso de piel bastante grande. La segunda, la que empujaba la silla, era esbelta, de una estatura insólita, y lo asombroso era que se mantenía muy erguida para su avanzada edad. Aunque Pavel Zuna no pertenecía precisamente a la categoría de varones de baja estatura, estimó que no le llegaba ni al hombro. La tercera era una rubia pequeña, que respiraba con dificultad y tenía el pelo destrozado por oxigenarlo en exceso, llevaba grandes aros de oro en las orejas y el peso de sus pechos enormes tiraba de ella hacia delante. La trayectoria profesional de Pavel Zuna como recepcionista no era corta ni carecía de éxito y mucho menos de momentos interesantes; en otras palabras, él había visto de todo en su vida, incluyendo cabelleras violeta y aros todavía más grandes en las orejas. No obstante, Zuna no recordaba haber visto jamás, fuese detrás del mostrador de recepción o fuese en la vida en general, unos pechos femeninos más grandes que los de la rubia jadeante.

Pavel Zuna era un recepcionista experimentado con un don especial. Como si tuviera dentro un escáner, que por lo menos hasta el momento se había mostrado infalible, Zuna era capaz de adivinar a la primera a qué clase social pertenecía determinada persona y cómo le iba económicamente. Si a Pavel Zuna no le hubiera gustado tanto su profesión de recepcionista, lo podría haber contratado cualquier agencia tributaria del mundo, tan infalible era a la hora de valorar lo abultado de las carteras ajenas. En resumidas cuentas, Zuna podía jurar que el extraño trío simplemente se había confundido al entrar en su hotel.

—Buenos días, señoras, ¿qué puedo hacer por ustedes? ¿Se han extraviado, quizá? —dijo Zuna

con ese tono tutelar con el que el personal de los hospitales y de las residencias de mayores hablan con los pacientes ancianos.

—¿Este es el Grand Hotel N? —interpeló la señora alta a Zuna.

—En efecto, lo es.

—Entonces no estamos perdidas —dijo la señora y le tendió a Pavel Zuna tres pasaportes.

Pavel Zuna sintió de nuevo el pinchazo en la pierna, esta vez tan fuerte que lo dejó sin aliento. No obstante, Zuna sonrió con la acostumbrada amabilidad del profesional de primera y se puso a comprobar los nombres en el ordenador. El rostro de Pavel Zuna iluminado por la luz de la pantalla empezó a palidecer, en parte por el dolor, en parte por la sorpresa. Las dos *suites* mejores y más caras del hotel estaban reservadas a los nombres que figuraban en los pasaportes.

—Disculpen, ¿cuánto tiempo piensan quedarse? Aquí no veo la fecha de salida... —dijo Pavel Zuna con el tono de un hombre al que acaban de machacarle su orgullo profesional.

—Dos días, quizá... —resopló la viejecita.

—O quizá cinco —dijo secamente la señora alta.

—O quizá para siempre —gorjeó la rubia.

—Entiendo... —dijo Zuna, a pesar de no entender absolutamente nada—. Una tarjeta de crédito, por favor.

—¡Pagamos en efectivo! —dijo la rubia de pechos grandes y chasqueó los labios como si acabara de tragarse algo.

La viejecita de la silla de ruedas confirmó en silencio la credibilidad de la declaración de la rubia tirando de la cremallera del bolso que descansaba fofo sobre sus rodillas. Pavel Zuna se inclinó un poco y vio en el bolso los euros, en billetes ordenados en gruesos fajos.

—Entiendo —dijo Pavel Zuna sintiéndose mareado—. Las señoras de cierta edad pagan siempre en efectivo...

En el escáner interior de Pavel Zuna evidentemente se había producido un grave fallo, y eso lo afectó mucho. Zuna hizo una seña discreta y al momento aparecieron tres jovencitos con el uniforme del hotel.

—Muchachos, ayudad a las señoras a instalarse. *Presidentské apartmá! Cisarské apartmá!* —ordenó Zuna entregando las llaves.

Rodeadas del personal masculino del hotel, las tres figuras femeninas se deslizaron hacia el ascensor. Pavel Zuna, antes de que sus ojos se nublaran, alcanzó a ver que una brisa repentina arrancaba los pétalos del exuberante arreglo floral en el jarrón chino que había en el mostrador de la recepción. El dolor salió disparado con toda su fuerza del dedo gordo del pie izquierdo hacia arriba. El recepcionista Pavel Zuna sintió un pinchazo tan atroz en la espalda que se desplomó sin más.

Arnoš Kozeny había seguido toda la escena por el rabillo del ojo, cómodamente arrellanado en uno de los sillones del vestíbulo. Arnoš Kozeny, abogado jubilado, casi formaba parte del inventario del Grand Hotel N. Iba todas las mañanas allí a tomar su capuchino, hojeaba la edición matutina del periódico y fumaba su puro. Alrededor de las cinco de la tarde, Arnoš Kozeny aparecía de nuevo en el hotel, pero en el café del Grand N, y por la noche rondaba por el casino

del hotel. Arnoš Kozeny era un señor de setenta y ocho años bien conservado. Vestía un traje de color arena, una camisa azul recién planchada y pajarita de tono azul, y calzaba zapatos de tela que conjuntaban con el color del traje.

Hojeando el periódico, Arnoš reparó en que unos veterinarios checos habían encontrado un virus no identificado de la gripe aviar en dos granjas cerca de la localidad de Norin, a unos trescientos kilómetros de allí. Los veterinarios confirmaron que se trataba del virus H5, pero no estaban seguros de si en realidad estaban ante el H5N1, el cual, en caso de no tomar a tiempo las medidas necesarias, podría ser tan letal para las personas como la gripe española de 1914. Durante el último año, pudo leer, el virus había aparecido en una treintena de países. En lo que a la República Checa se refería, según Josef Duben, portavoz del servicio veterinario checo, todavía no se había decidido si descontaminarían o no las dos fincas en las que se había detectado el virus H5. Por el momento se había declarado la cuarentena en un radio de tres kilómetros.

La noticia llamó la atención de Arnoš porque en Norin vivía Jarmila, su primera mujer. Hacía más de un año que no hablaba con ella. He aquí una buena ocasión para charlar un poco, pensó Arnoš Kozeny, y exhaló gustosamente el humo de su cigarro...

Y ¿nosotros? Nosotros avanzamos. ¡Mientras que de la vida se nos escapa su significado, lo único que el cuento quiere es ser contado!

## 2

Beba estaba en la bañera y lloraba amargamente. No, no rompió a llorar en cuanto accedió a la *suite*, porque le tomó un tiempo producir la cantidad de lágrimas que iba a derramar. Lo primero que hizo al entrar en la *suite* fue recorrer lentamente cada detalle con la mirada, cual buceador que explora con la vista el fondo del mar. Pasó la mano por las sábanas blancas como la nieve del dormitorio, abrió los armarios, entró en el baño, retiró la banda de desinfección de la tapa del inodoro, revisó los artículos de tocador, acarició el albornoz blanco de esponjosa felpa rizada... Luego recorrió las cortinas de la ventana y ante sus ojos se abrió una magnífica vista sobre la localidad balnearia y las colinas boscosas a su alrededor... En ese instante, Beba se acordó de repente de un bosniaco al que tiempo atrás había encargado que le pintara el piso completamente de blanco. Al terminar el trabajo, el bosniaco dijo: «¡Ea, patrona, ahora tu piso parece un cisne!».

Y he aquí que todo se había comprimido en ese momento en aquella estúpida palabra, *cisne*. La palabra se le había atragantado en la garganta como el hueso de una gran ofensa, y entonces Beba rompió a llorar. Pero ¿qué había sucedido en realidad? En aquel hotel de fachada blanca que abría sus alas por encima de la localidad como un cisne, en el dúctil espacio de la *suite* imperial que la envolvía como un valioso abrigo de piel, a Beba le afectó intensamente la repentina certeza de que su vida era fea. Como bajo la potente luz de los reflectores de la policía, ante sus ojos surgió de pronto la imagen de su piso de Zagreb. La cocina diminuta en la que se había movido y trajinado durante años, el frigorífico con el tirador roto y su interior de plástico, que se había vuelto gris de lo viejo que era, las sillas desvencijadas, el sofá y los sillones deslucidos que cubría con colchas

y cojines para que parecieran «más alegres», la alfombra roída por las polillas, el televisor, delante del cual, cada vez con más frecuencia y durante más tiempo, permanecía sentada con la mente alhelada... Por no hablar de la limpieza y del cuidado de todos los trastos y del temblor ante la idea de que alguno de ellos pudiera estropearse —el televisor, la nevera, el aspirador—, porque ella ya no podía permitirse comprar casi nada. Su pensión apenas le bastaba para los gastos corrientes y la comida, y los pocos ahorros que tenía desaparecieron con la quiebra del Ljubljanska Banka, quince años atrás, cuando el Estado se desmoronó y todos se apresuraron a robarse unos a otros. Si hubiera querido, podría haber extraído de todo aquello una satisfacción amarga: en comparación con las de muchas otras personas, sus pérdidas eran insignificantes, porque a decir verdad apenas poseía nada.

De repente, todo era feo. La gente que la rodeaba se había vuelto fea, primero de odio, luego de autocompasión y también por la certidumbre de que la habían engañado. A todos se les puso cara de rata, incluso a los jóvenes, esos que entretanto crecían respirando el aliento venenoso de sus progenitores.

Beba lloraba porque no lograba recordar cuándo se había ido la última vez de vacaciones. Antes lo hacía en verano y en invierno. Sobre todo, las vacaciones de invierno eran muy baratas en la costa. Ahora aquello estaba fuera de discusión, ahora todo estaba fuera de discusión. Contaban que los extranjeros adinerados y los ricachones locales se habían apoderado de la costa.

Cuando Beba abrió la maleta para colocar sus cosas en el armario y de ella salió rodando el salchichón de la marca Gavrilović, envuelto en papel de plata —que se había llevado «por si acaso»—, de nuevo brotaron las lágrimas. Con aquel salchichón, Beba parecía un ser tragicómico de otros tiempos que por error hubiera ido a parar a la época actual. Al mirar sus botecitos de cremas, el cepillo y la pasta de dientes (¡sobre todo el cepillo de dientes usado y ajado!) que había llevado, comparándolos con los que la esperaban en el baño del hotel, Beba experimentó debajo del diafragma un dolor punzante. Y Beba, justo como si cometiera una suerte de asesinato ritual, tiró todos sus botecitos —uno por uno— a la papelera del baño. Incluido el salchichón envuelto en papel de plata. ¡Bang! ¡Bang! ¡Bang!

Aunque se había llevado lo mejor que tenía, su ropa en ese momento le parecía pobretona y basta. Es cierto, estaba acostumbrada a la pobreza, la había sobrellevado con serenidad, como si se tratara de un chaparrón ineludible; además, en aquellos tiempos no había muchos que vivieran mejor. Era la hija de unos pequeños artesanos del barrio de Trnje, que, en vez de aprender el oficio de peluquera o de comerciante, se empeñó en matricularse en la Academia de Bellas Artes. Y consiguió licenciarse, pero por un cúmulo de circunstancias tuvo que buscarse un empleo. Trabajó durante años en la Facultad de Medicina de Zagreb, como dibujante de láminas anatómicas para los profesores, los estudiantes y los manuales de medicina. Por aquel entonces aún no había ordenadores y, cuando aparecieron, todo cambió. Beba pasó a realizar tareas administrativas, y luego la jubilaron. Gracias a su trabajo en la Facultad, obtuvo un pisito de cuarenta metros cuadrados.



Beba estaba en la bañera envuelta en un encaje de espuma de gel. No lograba recordar cuándo fue la última vez que alguien la había tratado con más calidez y ternura que aquella bañera de hotel. Era una certeza dolorosa, después de la cual las personas sensibles suelen dispararse una bala en la sien, o al menos buscan un lugar lo suficientemente resistente como para poder colgar la soga. Ahora la decisión de irse con Pupa y Kukla de vacaciones le parecía errónea. Habría sido mejor quedarse en su guarida. Todavía más porque no veía claro el sentido de aquel viaje. ¿Quién pasa las vacaciones con una anciana octogenaria que ya tiene un pie en la tumba? Pupa se había obstinado en ir «lo más lejos posible». Podrían haber ido a un balneario esloveno, pero a Pupa no le pareció lo bastante lejos. Podrían haber ido a Austria o a Italia, pero en un momento dado Pupa se empeñó en que fueran precisamente a este lugar. Ciertamente, el viaje había transcurrido sin mayores complicaciones, es más, Beba incluso había tenido la sensación de que una mano invisible gestionaba todo para ellas y las guiaba hacia el destino... No obstante, Beba se preguntaba de dónde había sacado su amiga tanto dinero. Pupa era doctora, ginecóloga, jubilada desde hacía mucho tiempo, y las pensiones no habían subido, más bien al contrario, disminuían de año en año. Beba se contuvo varias veces para no llamar a Zorana, la hija de Pupa, e informarla de todo. No lo hizo porque le había prometido a Pupa que iba a mantener la boca cerrada. Pupa les había rogado que no le dijeran a nadie adónde iban y, aunque era un poco extraño, había una explicación: la paranoia senil de Pupa. Y, de todos modos, incluso si hubiera querido presumir o quejarse, Beba no tenía a nadie, y eso era lo más triste de todo.

Beba se sobresaltó cuando junto a su oído sonó el teléfono. Y, al comprender que el auricular en la pared no era una ducha adicional, sino un teléfono («¡Dios mío! ¿Un teléfono en el baño?»), Beba rompió a llorar otra vez...

—¿Sí...? —dijo con la voz rota.

—Nos vemos dentro de una hora. Para ir a cenar. —La voz de Kukla fluyó a través del auricular.

—Nos vemos... —dijo Beba, poco convencida, y se volvió a sumergir en la bañera.

Para suicidarse siempre habría tiempo. Primero la cena, y luego ya ajustaría cuentas consigo misma. Por el momento lo más sensato sería dejar de torturarse, intentar disfrutar por lo menos un poco en este «cisne», que el diablo se lo lleve, y dejar de lloriquear cuanto antes, puesto que tendría tiempo de sobra para ello cuando llegara a casa...

Así reflexionaba Beba. Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante. Mientras la vida discurre por un sendero accidentado, el cuento navega hacia el mar azulado.

### 3

El estadounidense Mr. Shake era un «hombre de su tiempo», uno de esos tipos que siempre están en el momento preciso en el lugar indicado, un fenómeno que hoy en día abunda en nuestro mundo; una de las numerosas estrellas y estrellitas, artistas, cantantes pop hombres y mujeres, vendedores de humo y tramposos, gurús que a diario nos dan gato por liebre, profetas, embaucadores y «diseñadores» de nuestras vidas a los que nos entregamos voluntariamente.

Tiempo atrás, este septuagenario, con su pequeña herencia, le había comprado a un chino una *drugstore* venida a menos con un montón de preparados vitamínicos caducados. Mr. Shake pegó en los frascos etiquetas nuevas muy llamativas que atrajeron la atención, con lo que las vitaminas empezaron a venderse como rosquillas. Mr. Shake no se podía creer al principio que la gente fuera tan ingenua, pero, después de oír el alegre tintineo del primer dinero, Mr. Shake no solo empezó a confiar en ella, sino que también empezó a creer que tenía una misión importante en este mundo. Y la misión de Mr. Shake se puede resumir en un sencillo eslogan: *Pump it up!* En pocas palabras, Mr. Shake acabó convirtiéndose en el rey de la industria de los polvos y brebajes mágicos, que llevaban la etiqueta de «suplementos alimenticios». En lo que respecta a esa clase de productos, las autoridades competentes habían comprendido hacía tiempo que era mejor que se vendieran legalmente, porque en caso contrario habría mercado negro. Mr. Shake pasó de las vitaminas caducadas a las mezclas de suplementos nutricionales; en otras palabras, pasó de la ficción a la ciencia ficción, de la gramática a las matemáticas, de la física a la metafísica. Como cualquier comerciante exitoso, Mr. Shake en realidad vendía humo ideológico, en este caso el humo de la metamorfosis. Sus productos sugerían a las ranas que iban a convertirse en princesas. Sus clientes creían que el cuerpo es un templo divino, que el polvo mágico era la hostia consagrada y que solo el cuerpo transformado era un visado válido para la vida en el paraíso y en la tierra. Los eslóganes publicitarios de los productos de Mr. Shake contenían las palabras *nutrition, transformation, form, re-reform, shape, re-shape, model, re-model, tone and tighten*, sugiriendo así que el cuerpo humano es un montón de bloques Lego, y por lo tanto el dueño puede convertirlo en su juguete favorito. Mr. Shake activó los puntos acupunturales del sueño arquetípico latente en cada uno de nosotros, el sueño en el que, con ayuda de una poción mágica, el durmiente puede hacerse más pequeño que una semilla de amapola, pasar por el ojo de cualquier cerradura, volverse invisible, transformarse en un gigante, vencer al horrible dragón y conquistar el corazón de la hermosa princesa. Más por casualidad que intencionadamente, Mr. Shake había descubierto la obsesión fundamental de nuestra época, y de ahí su éxito. Con la desaparición de todas las ideologías, a la imaginación humana le quedaba el cuerpo como único refugio. El cuerpo humano es el único territorio que su dueño puede controlar, hacer adelgazar, empequeñecer, inflar, aumentar, moldear, endurecer y adaptar a su ideal, llámese este ideal Brad Pitt o Nicole Kidman.

Sí, Mr. Shake había sabido ordeñar la vaca de la obsesión con mucho éxito.

Mientras la composición de los preparados de Mr. Shake causaba admiración (monohidrato de creatina, fosfato de creatina, ácido alfa lipoico, glutamina, taurina, arginina, aminogen), sus denominaciones provocaban respeto: AD, CEE-250, Power Maxx, Amino Maxx, MyoMax, Trans-X, Volumass 35, Scipro, Isopro, WPC, Ultra Amino, GLM, ALC, CLA, HMB, HMB Ultra, Carni Tech, Mega Mass, UniSyn, Yohimbe, Gro Pro, Carbo Boost, CytoForce, HyperMass, CytoPro, AminoMax, CytoBurn, DailyVit, Animal Pak...

El imperio de Mr. Shake empezó a derrumbarse lentamente cuando aparecieron en los periódicos unas cuantas notas que inspiraban dudas sobre sus productos, seguidas de unos artículos más serios que afirmaban que, si bien sus polvos tal vez contribuían a inflar los músculos, sus componentes hormonales disminuían la potencia sexual. Mr. Shake contemplaba con

desesperación desinflarse como un globo aquello que había levantado durante años. Por eso mismo se encontraba allí, para matar dos pájaros de un tiro: calmar los nervios y de paso olfatear el mercado postcomunista; ver si había oportunidades para él y, si las había, entonces forzar a los «del Este», tumefactos por la cerveza, amarillentos de fumar e hinchados por el alcohol, a transformar sus cuerpos incompatibles en algo compatible con el mercado.

Y, ya que hablamos de compatibilidad, había otra preocupación más que le producía desasosiego. Esta preocupación se llamaba Rosie. Mr. Shake era viudo y Rosie era su hija. Y la hija, de la que esperaba que un día heredara su imperio, constituía una suerte de burla constante a las ambiciones de Mr. Shake. No se puede decir que no fuera guapa, pero, para el estilo de vida americano, simplemente estaba demasiado gorda. Y, lo que era peor, parecía que eso no le importaba en absoluto. Mr. Shake conocía la fama de este balneario y su centro de bienestar, el spa dirigido creativamente por el doctor Topolaneck, y por ello esperaba poder refrescar allí el cerebro con nuevas ideas empresariales, y que Rosie perdiera algún kilo... Y, respecto a las ideas empresariales, había un detalle más que alentaba su imaginación. De boca de conocidos que recientemente habían pasado allí sus vacaciones, Mr. Shake había oído que en el centro de bienestar trabajaba un joven masajista que no solo era físicamente atractivo, sino que también poseía un talento sexual nunca visto. Si pudiera persuadir a este muchacho para que se convirtiera en la potente imagen publicitaria de sus productos, Mr. Shake volvería a navegar viento en popa a toda vela.

Mr. Shake hilaba estos sueños mientras estaba sentado en el restaurante del hotel. Y, cuando divisó a la alta y esbelta señora de su edad, flanqueada por otras dos mujeres, en su fuero interno empezó a revolotear otro sueño: el de envejecer en pareja. Era muy probable que todo aquel mundo de energía física chisporroteante y explosiva que durante años lo había rodeado hubiera perjudicado sus nervios a pesar de todo. Por eso, una sola mirada a aquella señora de movimientos pausados tuvo sobre él el efecto del buen y acreditado Valium.

Un poco más tarde, Mr. Shake reunió valor, se acercó a la mesa de las tres damas e invitó a bailar a la señora calmante. Para su gran sorpresa, la señora no lo rechazó. Y, para que la cosa fuera todavía mejor, resultó que hablaba un inglés bastante aceptable.

Ea, por el momento, esto es todo sobre Mr. Shake. Y, en lo que respecta a nosotros, nosotros seguimos adelante. Mientras el cocinero espera a que termine la cocción, el cuento corre para llegar a su conclusión.

#### 4

Pupa tenía una gracia con la que las desarmaba y constantemente las empujaba a ser sus sustitutas. Ciertamente, no utilizaba esta palabra, pero sí decía: vosotras bebed, y con ello yo me emborracharé. Vosotras comed, y yo lo saborearé en mi boca. Vosotras id a daros un masaje, y mis huesos rejuvenecerán. Vosotras bailad, y yo lo disfrutaré... Ella misma, la pobrecita, ya no tenía fuerza para nada. Por lo general pasaba el tiempo dormitando en su silla de ruedas y de vez en

cuando abría los párpados solo para «controlar la situación».

—Solo estoy controlando, para ver si os lo pasáis bien...

Y, mira por dónde, apenas habían transcurrido unas pocas horas desde su llegada, y Kukla ya había encontrado una pareja de baile. «¿De dónde saca toda esa energía?», pensaba Beba, procurando disimular la ofensa que acababa de recibir. Un tipo ya entrado en años había ido después de la cena a buscar a Kukla, y no a ella, Beba, algo que resultó ser un golpe bajo para su, ya de por sí dañada, autoestima. Aunque Kukla era diez años mayor que Beba, el tipo la había elegido. Bueno, al menos, el tipo no le gustaba nada a Beba; ese fue su único consuelo.

—¿Qué hacen? —dijo Pupa, despertando de la duermevela.

—Bailan —dijo Beba.

—Ajá... —dijo Pupa sumiéndose de nuevo en el sueño.

Beba, sin embargo, se animó de repente cuando vio que hacia su mesa se aproximaba un hombre ya entrado en años, mucho más apuesto que el tipo que bailaba con Kukla...

—Permítame que me presente. Doctor Topolanek —dijo el hombre y estrechó enérgicamente la mano de Beba—. Espero que no le moleste si le hago compañía.

—No, tome asiento, por favor —dijo Beba cordialmente.

Pupa despertó del sueño y con los párpados entreabiertos miró hacia el visitante...

—Permítame presentarme, doctor Topolanek —repitió el hombre.

Pupa solo sonrió. No le dio la mano. Sabía que era tan vieja que ya nadie esperaba nada de ella, y que tenía todo perdonado de antemano, como los niños. Por eso se relajó en su papel y ni siquiera dijo: «Encantada», sino que volvió a dormirse.

El doctor Topolanek era el director del centro de bienestar del hotel. Por supuesto, vivir la vida no es lo mismo que cruzar un campo, como diría Boris Pasternak, el escritor favorito del doctor, con cuyo héroe, el doctor Zhivago, Topolanek se había identificado en su tierna juventud. Naturalmente, vivir la vida no es lo mismo que cruzar un campo, pero, como el cuento siempre hace valer su voluntad, nosotros, para satisfacerla, diremos algo sobre el doctor Topolanek.

Cuando se produjo la Revolución de Terciopelo checa, el doctor Topolanek sintió que había llegado su momento. Ciertamente, la Revolución llegó con bastante retraso, pero todavía a tiempo, por lo menos en lo que a él se refería. Con el paso de los años, se había hartado de los comunistas, y todos los que conocía eran comunistas, y luego también se cansó enseguida de los anticomunistas, y todos los que conocía eran anticomunistas. Los unos y los otros desvariaban, nadando en la misma salsa. La Revolución amaneció como un pavo real, al menos eso es lo que le parecía al doctor Topolanek. Resultó ser una increíble feria de vanidades revolucionarias hasta entonces ocultas, y lo primero que salió a flote fueron la avaricia y la estupidez. Topolanek se hizo el firme propósito de sacar tajada en medio de los codazos que se dieron en la transición. Por eso sus compañeros, excelentes profesionales, languidecían ahora en hospitales con sueldos modestos, y él, que había comenzado su carrera sin ambiciones, como médico generalista de un balneario, había llegado a ser el director del spa más conocido del país, cuya fama se extendía fuera de sus fronteras. Sí, era una suerte de surfista aficionado, se deslizaba sobre las olas. A ciertas personas

las ayudan los genes, las puedes golpear todo lo que quieras y aguantarán, y a otras las ayuda el carácter. Topolanek no sufría de un exceso de carácter y ese pequeño defecto le salvó la vida. Flexible como la hierba, se inclinaba del lado del que soplara el viento. Las tormentas solo abaten robles, pensaba poéticamente el doctor Topolanek, y mientras tanto la hierba sigue creciendo sin la menor dificultad...

El doctor Topolanek sabía bastante acerca de estas cosas, acerca de la flora y de la supervivencia, sus padres habían sido intelectuales y disidentes, y parte de ello lo afectó también a él. Y entonces llegó la hora de la libertad y, mira por dónde, la libertad se comportó como un Santa Claus caprichoso y no les trajo a sus padres absolutamente nada. Para ser exactos, no tenían nada, por lo que nada podía serles restituido, y nada recibieron. Lo que más les dolió, sin embargo, fue que ni siquiera se les rindiera reconocimiento moral. Ya nadie mencionaba la lucha clandestina en la que ellos habían participado durante años. Lo único que les quedaba era enfrentarse diariamente a los resultados de la libertad por la que habían sacrificado su juventud. El entorno había cambiado, mientras que ellos seguían igual: en un piso pequeño, con una pequeña pensión, con los dos o tres amigos que les quedaban, perdedores igual que ellos. Habían luchado y vencido al Gran Hermano, y ahora veían el *Big Brother Show* todos los días en la televisión. Los rusos emprendieron la segunda ocupación de una manera suave, no con tanques como antaño, sino con dinero contante y sonante. Los rusos, por lo demás, carecen de importancia en toda la historia, la pasta no tiene nacionalidad, solo la gente la tiene, y suele ser gente que habitualmente no posee nada más. A los padres de Topolanek solo les quedaban los quejidos seniles y se hundieron en ellos como en arenas movedizas. Se quejaban de sus antiguos compañeros de lucha, disidentes que, supuestamente, lo habían obtenido todo, cuando ellos no habían conseguido nada; se quejaban de los amigos que habían sabido apañárselas en los nuevos tiempos, de los emigrados que habían vuelto, de los extranjeros que habían inundado la República Checa, de los eslovacos, a los que, supuestamente, les iba mejor, en fin, se quejaban de todos y de todo. La libertad por la que habían luchado había demostrado ser letal. Los había destruido como el oxígeno destruye unos frescos que, habiendo estado profundamente enterrados, de repente quedan al descubierto.

En este primer frenesí capitalista, Topolanek comprendió que la manera más fácil de ganar dinero era apostando por la vanidad humana, y que además, con ello, no se hacía mal a nadie. Los clientes estaban contentos, y su spa daba muchos más beneficios que el propio hotel. Eran competitivos, vendían el esplendor de la europeidad centroeuropea, que sobre el fondo del antiguo comunismo parecía más atractiva que la Europa Occidental. Las instalaciones médicas, heredadas del régimen anterior, servían como una buena base: se podían ofrecer otros servicios médicos con precios más bajos que en los países occidentales, y además allí mismo, sin necesidad de que el paciente se desplazara.

El doctor Topolanek no formaba parte de los cínicos de la transición, también él albergaba su sueño revolucionario, solo que su revolución, a diferencia de la revolución de sus padres, tenía lugar en un terreno más rentable, más bonito y más suave: en el cuerpo humano. El doctor Topolanek se dedicaba a la teoría y práctica de la longevidad. Por eso se acercó a la mesa de la

vetusta señora en silla de ruedas y su simpática amiga. Topolanek consideraba su deber saludarlas, e invitarlas a que utilizaran los servicios de su spa y a que asistieran, si lo deseaban, a su serie de conferencias sobre la teoría y práctica de la longevidad.

Mientras Beba escuchaba al doctor Topolanek con gran interés, Pupa dormitaba.

—Y ¿por qué no inventa usted algo para que los viejos la palmen fácilmente, en vez de fastidiarlos con el alargamiento de la vejez? —preguntó Pupa despertándose del duermevela.

—Disculpe, no entiendo...

—¡Y una mierda! ¡Qué alargamiento de vejez ni qué bobadas! ¡Alargue usted la juventud, y no la vejez!

El doctor Topolanek no podía creer que estas palabras tan contundentes salieran de un cuerpo tan diminuto y ruinoso. Pero, precisamente cuando se disponía a decir algo en defensa de su teoría y práctica, se aproximaron a la mesa la señora alta y su acompañante.

A Mr. Shake le encantó conocer al doctor Topolanek. Prometió visitar el centro de bienestar al día siguiente y asistir a la conferencia. Pupa y Beba se enteraron de que la pareja de baile de Kukla se llamaba Mr. Shake, de que era estadounidense, de que había llegado ese mismo día, igual que ellas, y de que estaba alojado en el mismo hotel. Sin embargo, ya era bastante tarde, de manera que Kukla dijo que había que despedirse.

—¡Hasta mañana! —dijeron Beba y Kukla al doctor Topolanek.

Beba le estrechó la mano a Mr. Shake.

—*See you, die!* —dijo.

El americano retrocedió. Se produjo un silencio incómodo.

Aquí, sin embargo, hay que aclarar que Beba tenía inclinaciones extrañas; una de ellas eran los *lapsus linguae*. Por eso no entendía por qué Kukla le pedía disculpas al americano, si ella solo se había despedido de él con el habitual: «*See you, bye!*».

Kukla agarró la silla de ruedas de Pupa y sin proferir palabra se dirigió hacia el ascensor.

—¿Qué pasa? —preguntó Beba corriendo para alcanzar a Kukla—. ¿Por qué estás enfadada? ¿Qué he hecho mal ahora?

Pupa despertó por un instante y preguntó...

—¿Se ha ido el doctor Farolero ese?

Se refería al doctor Topolanek.

Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante. Deseamos dulces sueños a Pupa, Kukla y Beba, pero nos quedaremos despiertos, para que el cuento no se nos escape dejándonos boquiabiertos.

## SEGUNDO DÍA

### I

Las chicas permanecieron indiferentes ante las seductoras ofertas del centro de bienestar. Pupa era como una antigua taza de porcelana que se hubiera roto varias veces y cuyos pedazos se hubieran pegado otras tantas, una taza que, para conservarla entera, había que tener a buen recaudo y «usar» lo menos posible. Kukla, a diferencia de Pupa, se mantenía en una forma física envidiable, y Beba no lograba entender sus reservas. Kukla, que compartía la *suite* con Pupa para poder prestarle ayuda de inmediato si, Dios no lo quisiera, lo necesitaba, ponía a Pupa como excusa para no ir. Sea como fuere, ambas animaron a Beba a que aprovechara la oferta. Y ella, de todos modos, tenía pendiente intentar firmar la paz con su propio cuerpo, con el que había vivido demasiado tiempo en mutua enemistad. Pero, como la vida se vive lentamente y el cuento, sin embargo, se cuenta enseguida, nosotros aquí queremos acelerar un poco, y ya ralentizaremos más tarde el ritmo para contar la breve historia de la enemistad entre Beba y su cuerpo.

Al echar una ojeada a la lista de masajes con nombres vistosos, Beba excluyó por completo la «Horca dulce», un tratamiento en el que el masajista, al menos según ponía en la oferta, colgado de una cuerda, se balanceaba de vez en cuando y correteaba con ligereza por la espalda del cliente, que estaba tumbado encima de la mesa de masaje («¡Lo que me faltaba, que un Tarzán cualquiera utilice mi espalda como trampolín!»). Beba paseaba la vista por el masaje tailandés con piedras calientes, el tratamiento «Dulces sueños», y por fin se decidió por el «Masaje de Suleimán el Magnífico». Eligió a «Suleimán» porque, en el marco de la cultura balnearia checa y su renovación turística postcomunista, este masaje sonaba de lo más estrafalario. La fotografía del folleto promocional atraía su mirada: semejante a un bizcocho de soletilla sumergido en nata, se exhibía un cuerpo femenino desnudo cubierto de una nube de espuma de jabón. Pupa y Kukla aprobaron la elección de Beba. También a ellas «Suleimán» les parecía muy estimulante.

Una mujer en bata blanca introdujo a Beba en una pequeña sala alicatada con motivos orientales, en cuyo centro había una mesa de masaje de piedra. La mujer pidió a Beba que se quitara la ropa y se tumbase boca abajo en la mesa.

—Me congelaré en esta piedra...

—No se preocupe, es una mesa especial con calefacción incorporada —dijo amablemente la mujer.

Beba se encaramó a la mesa por una pequeña escalera, pero tumbarse boca abajo obviamente no le fue posible. Con una expresión de disculpa en la cara, Beba se señaló con el dedo los

enormes pechos....

—¡No se preocupe! —dijo la mujer, comprensiva, y apareció enseguida con un dispositivo especial en forma de montículo recubierto de goma espuma, con dos aberturas en medio. Beba pudo echarse boca abajo, y sus pechos encajaron en las aberturas sin estar oprimidos dolorosamente contra la mesa.

Beba abrazó el montículo. La postura era cómoda. De unos altavoces invisibles surgía una música de influencia oriental suave y agradable. Encima del montículo, Beba se sentía como un caracol gigante encima de una seta.

La mujer en bata blanca sacó de debajo de la mesa un aspersor, parecido a los que se utilizan en los lavaderos de coches, y salpicó el cuerpo de Beba con una olorosa nube de espuma de jabón.

—No se preocupe, ahora vendrá el *pan* Suleimán, el señor Suleimán —dijo retirándose.

¿El *pan* Suleimán? Cubierta de espuma caliente, Beba esperaba el siguiente paso.

Entró un joven en la sala. Llevaba puesto un turbante de seda con los colores del arcoíris y, salvo por un chalequito muy corto, iba desnudo de cintura para arriba. En vez de pantalones normales, vestía unos de estilo oriental, de seda, anchos y ceñidos alrededor del tobillo. El muchacho tenía un cuerpo varonil, músculos bien formados en los brazos, el vientre plano y la piel aterciopelada. Su rostro era oriental, o al menos a Beba le pareció oriental, con una nariz notable, dientes bellos y labios carnosos, grandes ojos castaños y un bigote finito, que parecía un poco anticuado, pero que justo por eso resultaba atractivo.

—*Hi, mey naim is Suleimán. Ayam yor maser!* —dijo el joven en un inglés de principiante.

—*Hi! My name is Beba!* —dijo Beba.

En ese momento, la cabeza de Beba, que asomaba de la nube de espuma, se encontró cerca de los pantalones del joven, o mejor dicho los pantalones del joven se encontraron delante de la cabeza de Beba, y ella se confrontó con aquella parte que se hallaba diez centímetros por debajo del ombligo del muchacho. La cara de Beba se cubrió de rubor. Aquella parte subumbilical de los pantalones del joven sobresalía como un toldo. «¡Hay que ver con lo que sueña la vieja!», se regañó a sí misma Beba.

—*Rilex* —dijo el joven pasando las manos por el cuerpo de Beba. Beba sintió que un hormigueo la recorría de arriba abajo, justo como si hubiera recibido una descarga eléctrica. El joven, hundiendo las manos en la espuma, empezó a masajearla.

La sala se llenó de silencio. La música oriental que llegaba de los altavoces invisibles apenas era audible. Beba pensó que el muchacho era taciturno solo porque su inglés era malo.

—Mmmmmm —gimió Beba de placer.

En ese instante, el joven rozó casualmente con la parte abultada de los pantalones la cadera de Beba y entonces —por lo menos en lo que a Beba se refería— no quedó ninguna duda. «¡Dios mío! ¿Qué sucederá ahora?», pensó.

—*Rilex* —dijo el joven.

Beba no lograba recordar cuando había sido la última vez que un cuerpo masculino atractivo,



joven, medio desnudo, armado para la batalla se había parado delante de ella. Una sonrisa soñadora iluminó su cara. Se pegó al montículo recubierto de gomaespuma blanda y lamió con la lengua el jabón oloroso. Su cuerpo ardía de expectativas. El joven daba vueltas alrededor de la mesa mientras la masajeaba y de nuevo se colocó junto a su cabeza para alcanzar fácilmente la nuca. Beba pudo ver entre los párpados entornados sus abdominales lisos. La parte abultada seguía igual de tensa... «¡Un Gustav Aschenbach femenino! ¡Qué vergüenza!», se fustigaba a sí misma Beba en sus pensamientos.

Tal vez aquí haya que añadir que Beba, que se consideraba inculta —y tampoco es que su entorno más próximo se hubiera desvivido por convencerla de lo contrario—, a menudo elegía símiles intelectualistas sin darse cuenta y, cuando se daba cuenta, no tenía ni idea de dónde sacaba estos conocimientos. Sea como fuere, nosotros tenemos que avanzar. Porque en la vida todos tenemos nuestros embrollos y la tarea del cuento es eliminar los escollos.

—*Uer yu from?* —preguntó el joven.

—*From Croatia* —masculló ella sin ganas. El inglés horrible del muchacho tenía sobre el ánimo soñador de Beba el efecto de una ducha gélida.

Las manos del joven se detuvieron.

—¡Somos vecinos! —exclamó asombrado.

—¿Eres de los nuestros? —preguntó Beba asombrada.

—Por supuesto que soy de los nuestros, qué otra cosa iba a ser, ¿qué pensabas tú?

—¡Que eras turco! —dijo Beba, aunque en realidad había pensado que el joven era un checo disfrazado.

—¡Nada de eso, alma de cántaro, soy de Bosnia!

—¿De dónde?

—*From Sarajevo!* —soltó el muchacho poniendo el acento en la *e*, imitando obviamente a los corresponsales extranjeros de Sarajevo.

—Y ¿qué haces aquí?

—Pues dar masajes, mujer. ¿No lo ves?

—Quiero decir, ¿cómo llegaste aquí?

—Como refugiado.

—¿Cuándo?

—Un poco antes de la Operación Tormenta y de los Acuerdos de Dayton...

—Entonces ¿cuánto tiempo llevas aquí? ¿Doce años?

—Más o menos...

—Y ¿cuántos años tienes?

—Veintinueve... Pero, mujer, ¿te doy el masaje o qué?

—No lo sé, me da vergüenza, podría ser tu madre... —dijo Beba e intentó levantarse de su montículo. El joven se apresuró a ayudarla.

—¿Por qué iba a darte vergüenza, mujer? Por mis manos han pasado todo tipo de cuerpos desde que trabajo aquí. Somos antiguos compatriotas...

—De todos modos... —farfulló confusa Beba.

Sin saber cómo, Beba se incorporó y se sentó en la mesa, pero el dispositivo se le quedó encajado entre los pechos. Viendo a Beba en la nube de espuma de jabón, con las dos mamas que asomaban por las aberturas como dos melones, el joven soltó una carcajada. Al darse cuenta de la ridícula situación en la que se encontraba, también Beba se echó a reír haciendo que la espuma volara por todas partes...

—¡Pobrecita mía, pareces un yeti! —dijo el joven reprimiendo la risa.

El muchacho ayudó a Beba a quitarse el dispositivo y le trajo un albornoz. Envuelta en la felpa suave, Beba se quitó la espuma del rostro con la toalla.

—¿Echamos uno? —preguntó el joven con el típico acento bosniaco.

—¿Cómo?

—Que si quieres que echemos un pitillo.

—¿Aquí?

—¿Quieres o no quieres?

—Pues venga...

—Yo aquí soy el rey, nadie se mete conmigo... Y qué clase de Suleimán sería si a mi alrededor no olierá a tabaco, ¿no te parece?

Beba y el joven encendieron un cigarrillo cada uno.

—¡Ay, mujer, hace años que no recuerdo haberme reído tanto! De veras —dijo cordialmente el joven.

—Ay, Suleimán mío... —suspiró alegremente Beba.

—¡Yo no me llamo Suleimán!

—Si no, ¿cómo?

—Mevludin.

—¿Eres musulmán?

—¡Que va, mujer! Yo soy como la antigua Yugoslavia, como la olla bosniaca, tengo de todo un poco. Mi padre es bosniaco y mi madre, mitad croata, mitad eslovena. Y en la familia ha habido de todo. Montenegrinos, serbios, macedonios, checos... Una de mis abuelas era checa...

—Ay, Mevludin...

—Para ti soy Mevlo. Y aquí me llaman señor Mevlička, *pan* Mevlička... «Suleimán» es mi nombre profesional. Han sido estos checos los que me han puesto los pantalones turcos, según dicen, el masaje turco les encanta a los turistas... No tienen ni idea, ellos no estuvieron quinientos años bajo el yugo turco como nosotros...

—¿Así que eres una especie de actor?

—En efecto, mujer, soy actor. Y, sin embargo, de formación soy fisioterapeuta. Dicen que tengo manos de oro...

—De veras las tienes... —dijo en tono serio Beba.

—Y para lo que me sirven... —suspiró el joven y frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que de qué me sirven si me falta otra cosa...

Beba no sabía qué decir. Por lo que ella había podido apreciar, al joven no le faltaba nada. Es más, tal vez incluso le sobraba...

—La tengo siempre como el palo de la bandera, pero de qué me sirve, mujer, si yo permanezco frío, como un carámbano... Ella es para mí como una pata de palo para un inválido. Puedes hacer con ella lo que quieras, darle golpecitos, suena hueca...

—Espera, ¿de qué me hablas...?

—Pues de la polla, mujer, seguramente ya te has dado cuenta tú misma...

—No... —mintió Beba.

—Ocurrió después de una explosión. Desde que estalló la granada serbia, me cago en sus madres, desde entonces la tengo constantemente empalmada. Mis bosniacos me tomaban el pelo diciendo: «Oye, Mevlo, tú sí que te has beneficiado de la guerra. No solo has salvado la vida, sino que te has agenciado una polla tensa como la cuerda de un arco». ¡Yo un especulador de guerra! Un inválido de guerra, eso es lo que soy...

El joven se quedó compungido. Beba, curiosa, vio por el rabillo del ojo que aquella parte de los pantalones continuaba igual de animada.

—Lo siento —dijo ella.

—Me oculto bajo estos pantalones, finjo ser turco, y espero a ver si me curo. Incluso he consultado a unos médicos, me han examinado, se reían, decían: «Está todo en orden con tu polla, *pan* Mevlička». Así de triste es la vida, hermana, a todo el mundo le gusta el mete y saca, pero a dar cariño y consuelo no se presta nadie. Yo volvería con mucho gusto a mi Bosnia, yo estaba allí muy bien, incluso durante la guerra, pero mis conocidos se pitorrearían de mí, Mevlo el Supermán, Mevlo la Polla de Oro, ya sabes cómo es nuestra gente... Eso acabaría conmigo. Así que no puedo volver, no soy ni hombre ni mujer, soy un desastre... Aquí incluso algunas mujeres me han perseguido, actrices y otras, ya sabes cómo es trabajar en un hotel, tienes que estar las veinticuatro horas pendiente del servicio de habitaciones, cualquiera piensa que puede molestarte... También me han acosado para que ruede películas porno: alemanes, rusos, americanos... A uno de ellos lo molí a palos, le rompí todos los huesos, me gané mala fama, pero al menos me dejaron en paz... Si fuera maricón, tal vez todo me sería más fácil, ¿qué piensas tú?

—Lo más importante es que tengas buen corazón... —dijo Beba cariñosamente, y en ese momento creía de verdad en sus propias palabras.

—Tengo el corazón más grande que una mezquita, pero de qué me sirve...

Beba sonrió.

—Y estoy segura de que también eres inteligente...

—Pues inteligente no soy —se animó el joven—. Mira, mujer, soy un cabeza de chorlito, y quien nace siendo cabeza de chorlito también muere siendo cabeza de chorlito.

—Todo se arreglará de alguna manera, estoy segura... —dijo compasivamente Beba.

—¡Que Dios te oiga! Bueno, si al menos la pitón de ahí abajo volviera a funcionar como antes... ¡Ya hasta me da asco verla! Como si la granada serbia me hubiera hechizado, me cago en la leche...

El joven miró a Beba y una sonrisa afable se derramó por su cara.

—Oye, disculpa que diga tantas palabrotas.

—No importa...

—Disculpa también por abrumarte con mis penas... Ojalá alguien me quitara el hechizo... Sueño con ello día y noche, hermana.

Llamaron a la puerta. Entró en la habitación una mujer en bata blanca.

—*Pan* Suleimán, fuera esperan ya dos clientas...

El joven ayudó a Beba a bajar de la mesa y la acompañó hasta la puerta.

—¿Cuánto te quedas todavía? —preguntó.

—No lo sé...

—¿Me visitarás otra vez?

—Sí...

—Vuelve. No lo olvides. Lo mejor sería después del trabajo, y nos vamos a tomar una cerveza. Soy fácil de encontrar, vivo aquí, en el hotel. Solo pregunta por el *pan* Mevlička... Todos me conocen.

—¡Vale!

Y luego se dirigió en un checo fluido a la mujer de la bata blanca...

—*Napište masáž teto damy na moj učet.*[1]

Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante. Mientras la vida trata al hombre como una tirana, el cuento lanza la flecha y acierta en la diana.

## 2

El doctor Topolanek estaba de pie delante de una foto a todo color proyectada en la pantalla. La anciana del retrato estaba sentada en un sillón, vestía un trajecito, una camisa de cuello y puños blancos que asomaban por debajo de las mangas de la chaqueta, así como un jersey de colores vivos juvenilmente echado sobre los hombros como si fuera un chal. La mujer tenía el pelo rizado y canoso, unos ojos azules muy hundidos en las cuencas y la boca completamente retraída. Lo más llamativo eran las manos de la anciana, con los dedos abultados, retorcidos, muy similares a garras.

«Vaya, podían haberle puesto unos guantes de ganchillo», pensó Beba observando la fotografía.

El doctor Topolanek repartió entre los presentes en la sala una lista de personas que habían cumplido más de cien años. Junto a los nombres figuraban la raza, el sexo, la nacionalidad y la edad alcanzada.

—Ustedes se preguntarán —empezó el doctor Topolanek— quién es esta mujer de la fotografía. Si echan un vistazo a la lista, encontrarán su nombre entre los primeros. A Jeanne Calment la declararon la persona más longeva del mundo. ¡La señora Calment murió a la edad de ciento veintidós años y ciento sesenta y cuatro días! «¡Nunca he tenido más que una arruga y estoy sentada encima! (*Je n'ai jamais eu qu'une ride et je suis assise dessus*)», declaró para la prensa la señora Calment, una mujer que montó en bicicleta hasta que cumplió cien años.

El doctor Topolanek continuó...

—Sarah Knauss, Lucy Hannah, Marie-Louise Meilleur, Maria Capovilla, Tane Ikai, Elizabeth

Bolde, Carrie C. White, Kamato Hongo, Maggie Barnes, Christian Mortensen, Charlotte Hughes, para no seguir enumerando, todos son nombres de gente corriente, héroes de la longevidad. O, mejor dicho: heroínas. Miren atentamente la lista... ¡Noventa de las personas que figuran en ella son de sexo femenino, y solo diez son varones!

Topolanek observó significativamente al público...

—A los varones nos llaman el sexo fuerte... Y ¿alguna vez se le ha ocurrido a alguien que solo en apariencia somos más fuertes que las mujeres porque simplemente, en lo más profundo de nuestro ser, se halla instalada una alarma biológica, la certeza de que abandonaremos este mundo mucho antes que nuestras compañeras? El futuro pertenece a las mujeres: tanto metafórica como literalmente. Y, cuando ya no nos necesiten para la reproducción, cosa que sucederá muy pronto, todo el sexo masculino acabará definitivamente en el basurero de la historia...

Mr. Shake era el único varón entre un público ya de por sí escaso: junto con Beba, Kukla y Pupa, que dormitaba en su silla de ruedas, había unas cuantas ancianas más, entre las que Mr. Shake definitivamente estaba en minoría. Y, cuando el doctor Topolanek le explicó de manera tan gráfica que pronto lo tirarían al basurero de la historia, Mr. Shake se levantó y abandonó en silencio la sala.

—Si ese caballero, afectado por el futuro de su sexo, no hubiera abandonado la sala, podría haber oído el dato consolador de que en la mitología la cosas son completamente diferentes. Ahí los longevos son solo los varones, lógico, puesto que los creadores de la mitología eran hombres. De manera que a Matusalén, la criatura más vieja de la historia en la imaginación humana, se le atribuye una vida de novecientos sesenta y nueve años. Nuestro primer padre Adán vivió novecientos treinta años, su hijo Set, novecientos doce y el nieto de Adán, Enoc, novecientos cinco años.

—Sobre Eva y su edad, la Biblia no nos da información —subrayó el doctor Topolanek—. Eva nació de una costilla de Adán. Este dato mitológico dio a Eva y a todo el sexo femenino un estatus secundario, por lo que desde Eva hasta nuestros días se ha tratado a las mujeres por lo general como meras costillas...

Se oyó una risita entre el público. Era Beba, que encontraba muy divertidas la dramática actuación y las observaciones sobre mujeres-costilla de Topolanek...

—Noé alcanzó la edad de novecientos cincuenta años, lo que supone la primera confirmación de que en la longevidad los genes desempeñan un papel importante —continuó Topolanek—. Noé era nieto de Matusalén, y probablemente el último hombre longevo en la historia de la humanidad. Después del diluvio universal, la edad del hombre ya no se calcula según la escala divina, sino según la medida humana, es decir, la referencia ya no eran los dioses, sino los hombres. El diluvio universal separó definitivamente ambos mundos: a partir de ese momento, el mundo divino solo pertenecerá a los dioses y el otro, a los hombres. En el mundo humano, la longevidad quedará reservada para personas importantes, santos, profetas y gobernantes. Así Abraham alcanzó la edad de ciento sesenta y cinco años, y Moisés llegó a los ciento veinte, mientras que la gente corriente

vivía su breve vida humana...

—Y la idea de la longevidad —continuó el doctor Topolanek— se trasladó a las utopías y las leyendas sobre el paraíso en la tierra, aguas curativas, fuentes de la juventud, aguas de la vida y de la muerte, el árbol de la juventud, razas, tribus, islas y lugares muy singulares que se hallaban por lo general en regiones remotas del globo terráqueo. Existen leyendas sobre la «edad de oro» y los hombres que vivían despreocupados y lozanos a lo largo de muchos años, y, cuando llegaba el momento de emprender el viaje al más allá, simplemente se sumían en el sueño. Existe la leyenda sobre los egipcios, que, según Heródoto, eran las personas más bellas y altas del mundo, vivían de media unos ciento cincuenta años, con gran felicidad, alegría, y relacionándose de una manera muy amistosa con sus dioses. Los antiguos griegos creían que en la India había hombres con cabezas de perro, cinocéfalos, que vivían hasta doscientos años, a diferencia de los pigmeos, que, según los antiguos griegos, vivían apenas ocho años. Otras leyendas hablan de unos habitantes longevos de África que se llamaban macrobi, y de los hiperbóreos, que vivían en el lejano norte y podían alcanzar mil años. El griego Yambulo divulgó una de las leyendas más divertidas en este ámbito. Arrastrado por el mar, fue a parar a una isla en medio del océano Índico, donde vivían unos hombres hermosísimos que medían dos metros. Los isleños hablaban el idioma de las aves, y eran capaces de mantener una conversación con dos personas a la vez, porque sus lenguas eran dentadas como tenedores. No conocían la monogamia, compartían las mujeres, se ocupaban juntos de los niños, y vivían felices y alegres más de ciento cincuenta años...

—Este doctor nuestro apenas ha empezado. Para cuando llegue al yogur búlgaro, al bótox y al antioxidante, todos nos habremos convertido en esqueletos... —le susurró Beba a Kukla.

En ese instante se despertó también Pupa.

—¿Nos largamos o nos quedamos? —preguntó.

—¡Nos largamos! —coincidieron las tres.

Kukla se disculpó ante el doctor Topolanek, inventándose un pretexto por el que no podían quedarse a su conferencia.

—De acuerdo —dijo el doctor—. Pero vendrán mañana, ¿verdad?

—¡Por supuesto! —dijeron amablemente Pupa, Beba y Kukla al unísono.

En cuanto salieron fuera, Pupa dijo de manera resoluta...

—¡Por supuesto que no!

Aquí debemos añadir que Pupa, Beba y Kukla fueron injustas con el doctor Topolanek y que realmente fue una pena que abandonaran la sala. Porque se perdieron muchas cosas interesantes; no se enteraron, por ejemplo, de lo que decía Platón sobre un mundo más feliz que surgiría cuando todo el universo empezara a moverse en dirección contraria. En vez de nacer del acto sexual, la gente brotaría del suelo como las plantas, y además en su forma adulta, y luego paulatinamente se irían haciendo cada vez más jóvenes, para finalmente regresar a la tierra. La vida tal vez no sería más larga que la nuestra, pero en cualquier caso sería más feliz porque ya no existiría el miedo a envejecer y a morir. Pupa, Beba y Kukla también desaprovecharon la oportunidad de oír la interesante historia de Medea, que, para rejuvenecer al padre de Jasón, realizó la primera

transfusión de sangre de la historia de la medicina. Medea seccionó con la espada la garganta del anciano, dejó que se desangrara y luego le llenó las venas con una mixtura propia que se componía de muchas especias, plantas, raíces, semillas, hígado de ciervo y entrañas de hombre lobo. El pelo canoso del anciano se oscureció, sus arrugas se alisaron, los miembros cobraron vida, el corazón empezó a latir más rápido y su cuerpo se desembarazó del fardo de unos cuarenta años...

Sí, las tres viejas muchachas se perdieron muchas cosas, y nosotros, desgraciadamente, debemos avanzar. Mientras que el hombre suele llorar por lo perdido, el cuento de otra manera se ha fraguado y nada le ha faltado.

### 3

El hijo de una paciente le contó a Pupa que en una ocasión había sacado a su madre en silla de ruedas para que estuviera un rato delante de la casa y respirara aire fresco. Era finales de noviembre, por lo que la envolvió bien en mantas para que no cogiera frío. Luego regresó por un instante a la vivienda a buscar tabaco, pero se le olvidó lo que estaba haciendo, así que encendió un cigarrillo y se acomodó... Entretanto empezó a nevar. Y, cuando anocheció y la viejecita estaba cubierta de nieve como un almiar, el hijo se acordó con espanto de que la anciana seguía fuera. La mujer estaba tan senil que no se había enterado de nada de lo sucedido y había disfrutado observando los copos de nieve, sin cogerse siquiera un resfriado.

Pupa soñaba a menudo lo bonito que sería que alguien la llevara así a Groenlandia y, una vez allí, se olvidara de ella, la perdiera como se pierden el paraguas o los guantes. Había llegado a una etapa en la que era una completa inútil. Era como un ficus, una planta de interior a la que trasladaban de acá para allá; la sacaban al balcón para que respirara aire, la metían dentro para que no se congelara, la regaban y le limpiaban regularmente el polvo. ¿Cómo puede un ficus tomar decisiones y suicidarse?

Todas las culturas primitivas sabían cómo enfrentarse a la vejez. Las reglas eran sencillas: cuando los viejos ya no eran capaces de contribuir a la economía familiar, los dejaban morir o los ayudaban a abandonar este mundo. Como en esa película japonesa en la que el hijo mete a la madre en una cesta y la lleva a la cima de una montaña para que muera allí. Incluso los elefantes son más listos que los humanos a este respecto. Cuando llega su hora, se separan de la manada, se van a su cementerio, se tumban sobre los huesos de otros elefantes y esperan a convertirse ellos mismos en huesos. Y, sin embargo, los hipócritas de hoy en día, que se escandalizan por el primitivismo de las antiguas costumbres, aterrorizan a sus ancianos sin sentir una pizca de remordimiento. No son capaces de matarlos, ni de ocuparse de ellos, ni de construirles unos establecimientos apropiados, ni de organizarles un servicio de cuidados digno. Los abandonan en dispensarios de muerte, en residencias de ancianos, o los que tienen influencias alargan su estancia en las unidades gerontológicas de los hospitales, con la esperanza de que los viejos la palmen antes de que alguien se dé cuenta de que su estancia allí carece de sentido. Los dálmatas tratan con más cariño a sus burros que a sus ancianos. Cuando los borricos envejecen, los llevan

en barca a unos islotes deshabitados y los dejan morir allí. Pupa estuvo una vez en uno de estos cementerios de burros...

Ella, que había ayudado a tantos niños a venir al mundo, que había cortado incontables cordones umbilicales, que había oído tantas veces el primer suspiro y el primer llanto infantil, al menos ella se había merecido que alguien comprensivo la *apagara*, tal como se apagan las luces en la casa para no gastar electricidad inútilmente. Ea, eso era lo que todo el tiempo intentaba explicarle a Zorana, pero Zorana había decidido seguir el mandato médico, y no el mandato humano.

Zorana no la entendía. Y eso que precisamente era Zorana la que había acusado a Pupa toda su vida de no ser comprensiva. Al principio Pupa se rebelaba, luego se defendía, durante mucho tiempo se sintió culpable, para finalmente confesarse a sí misma que Zorana tenía razón al menos en una cosa: no la entendía, no la entendía en absoluto. Pupa no podía comprender, por ejemplo, que su hija aceptara vivir con un marido que era un reputado canalla. Dieciocho años atrás, ese miserable había oído de repente la llamada de su sangre croata. Respaldó abiertamente al Gobierno de entonces, pregonó a voz en cuello que había que matar a todos los serbios y, de paso, insinuó que los musulmanes y los judíos tampoco le resultaban simpáticos. De la noche a la mañana se volvió anticomunista y un meapilas, les colgó a Zorana y a los niños cruces católicas alrededor del cuello, y, en la pared, el retrato de un antepasado que había sido un carnicero *ustacha* y, mira por dónde, sus locuras le resultaron provechosas. Lo nombraron director de su hospital, hábilmente se involucró en unos fraudes financieros, y ellos —Zorana y él— pronto empezaron a formar parte de la nueva élite croata, la misma que Pupa, mientras aún podía, solía ver en la tele pavoneándose en las recepciones de Año Nuevo organizadas por el presidente de la República, en conciertos, en inauguraciones de exposiciones... Y el canalla iba tan lejos que incluso acusaba a Pupa de tener la culpa de todos los males habidos y por haber, «ella y sus cerdos comunistas», y de que todo aquello era el «resultado de una conspiración judía». Y, cuando en una ocasión hizo una observación irónica sobre el padre de Zorana, llamándolo «mi estúpido suegro serbio, que tiene la suerte de estar en la tumba», Pupa lo echó de su casa. Desde entonces, ya han pasado más de quince años, el canalla no ha vuelto a cruzar el umbral de su piso.

A veces le parecía que Zorana la castigaba, que la mantenía viva para que por fin «abriera los ojos» y comprendiera que las cosas habían cambiado mucho y que su vida y sus valores ya no guardaban ninguna relación con la nueva realidad. Y a Pupa la salvó de la «gran revelación» una simple catarata. De todos modos, ya no podía leer ni ver la tele; de todos modos, vivía en un pozo. Y no solo se volvió invisible el mundo a su alrededor, también ella se volvió invisible.

Estaba sentada en su silla de ruedas imaginando que nevaba a su alrededor. Observaba los gruesos copos en el aire y, por extraño que pareciera, no tenía frío. Los copos caían y caían, y ella imaginaba cómo pasaría el letargo invernal debajo del manto blanco, hasta que llegara la primavera, hasta que regresara el calor, hasta que se derritiera la nieve... Y ya podía ver cómo de la nieve derretida empezaba a asomar el montoncito de sus propios huesos, niveos también.



Beba y su cuerpo vivían en un estado de enemistad mutua. Beba no lograba recordar cuándo había sucedido el primer incidente hostil. ¿En el momento en que engordó los primeros cinco kilos? Tal vez por aquel entonces el cuerpo ya había tomado el control y nada podía impedirle que siguiera conspirando contra ella. Y ella, sin embargo, pensó que deshacerse de esos cinco kilos sería un juego de niños y que empezaría a hacerlo el lunes siguiente. Y, cuando un día se puso delante del espejo y se enfrentó a su propia imagen, Beba constató con gran asombro que se encontraba en un cuerpo que no era el suyo y, peor aún, en un cuerpo que en adelante tendría que soportar como un castigo. Sus pechos, que no eran ni grandes ni pequeños, aumentaron, y luego se hicieron tan enormes que a veces le pasaba lo que esa mañana cuando salió del masaje, que un tétrico rufián ruso con el pelo de punta, rodeado de dos rufianes iguales, le espetó: «*Ay, maaaaaa, titki kak u gipopotama!*», [2] convencido de que el «hipopótamo» no lo entendería. Pero Beba lo entendió, los insultos no necesitan traducción.

Sus hombros se deformaron por el peso del pecho y desarrollaron unas profundas hendiduras; sus brazos se volvieron voluminosos como los de un estibador y arrastraron tras ellos el cuello, un cuello que precisamente siempre había sido bastante largo, y que ahora de repente había desaparecido. La parte superior del cuerpo empezó a hincharse, y alrededor de la cintura se formó un grueso cinturón de grasa, semejante a los antiguos flotadores; por la parte superior de este cinturón asomaba el gran torso de Beba, mientras que la parte inferior del cuerpo, de la cintura para abajo, perdía fuerza. Beba obtuvo también un nuevo trasero, uno de esos traseros tristes, aplastados, por los que era imposible diferenciar a una mujer vieja de un hombre viejo. Lo único que no le cambió fueron las pantorrillas y los antebrazos. El rostro de Beba, que unos pocos años atrás resultaba muy atractivo, ¡ah, también él se vengaba! Alrededor de los ojos se le formaron unas bolsitas adiposas y las pupilas azules, antaño tan vivaces, se le hundieron apáticamente en la grasa subcutánea. Se le cayeron las comisuras en la mandíbula inferior, arrastrándole la boca hacia abajo. El pelo de Beba enraleció y los pies le crecieron dos números: del treinta y ocho pasó al cuarenta. De lo único que aún se ocupaba más o menos era de las uñas, ya que, si no se hubiera hecho la pedicura con regularidad, sus pies se habrían convertido en pezuñas. Y ¿los dientes? ¡El sufrimiento que le provocaban! Se había pasado la vida en la silla del dentista con el deseo encomiable de conservar los dientes sanos, pero ni siquiera eso le salió bien. Sí, su cuerpo se tomaba una horrible venganza, ya nada era suyo...

Es cierto que seguía esforzándose por mejorar la situación. Empezó a llevar un sujetador *minimizer* que reducía el pecho, grandes pendientes, llamativos chales largos, grandes broches, grandes anillos, todo con la intención de desviar la mirada crítica del observador de sus pechos a otros detalles. Por eso rara vez se separaba de su collar, una cinta de la que colgaba una piedra enorme, redonda, plana, con un agujero en medio. Y el truco funcionaba, por lo general todos fijaban la vista en la piedra... Sí, poco a poco se estaba convirtiendo en aquello que tanto la horrorizaba: una de esas viejas de pelo corto oxidado, con la cara requemada en esos centros de bronceado baratos, las manos surcadas de venas hinchadas y manchas de la edad, adornadas con

llamativos anillos de poco valor y gruesas pulseras de *strass*. Por no hablar de las orejas, esas orejas tristes, alargadas, que se habían estirado por llevar demasiado tiempo pendientes pesados.

Por otra parte, ¿qué otra cosa pueden hacer las mujeres cuando les llega la vejez? ¿Son escasas las afortunadas que poseen los genes de un superhombre, como esa viejecita hitleriana, Leni Riefenstahl, que llegó a la edad de ciento un años y mostró a todo el mundo lo que significaba el triunfo de la voluntad. ¡Esta mujer trepó por las montañas y esquió hasta cumplir los cien, empezó a hacer submarinismo con noventa, recorrió África, fotografió a los pobres nuba, durmió con ellos, les chupaba la sangre y eso la mantenía en forma! Y ¿cuáles son las otras variantes más dignas? ¿Jessica Fletcher? ¿Gloria Swanson en la película *El crepúsculo de los dioses*? ¿Bette Davis y Joan Crawford en *¿Qué fue de Baby Jane?*? A la mayoría no les queda más que ese aburrido *look* de «vieja con salud de hierro». Son esas abuelas desexualizadas que llevan cortes de pelo masculinos, cazadoras y pantalones deportivos de colores claros, que no se diferencian en nada de sus coetáneos varones y en las que uno se fija solo cuando van en grupo. Sí, tal vez aquí está la solución, tal vez hay que mimetizarse, hacerse pasar por el tercer género, un género sin sexo, y vivir una vida discreta, paralela: escalar montañas, practicar la marcha nórdica, hacer viajes organizados con los amantes de la ópera, los amantes de los vinos alsacianos, los amantes de los quesos mediterráneos... Porque ¿qué otras variantes existen en la tipología de mujeres viejas? ¿Las ancianas chifladas que se rodean de gatos y que un día, después de forzar la puerta, los vecinos encuentran muertas entre apestosas meadas gatunas? ¿Las viejas ávidas, de apetito sexual insaciable, que cada primavera visitan lugares en los que los jóvenes locales están acostumbrados a prostituirse por dinero? ¿Las viejas ricachonas que se someten históricamente a tratamientos —*liftings* de cara, liposucciones, terapias hormonales, terapias con caca si es necesario— solo para detener un poco el inevitable proceso de envejecimiento? ¿No es el balneario el lugar donde se cultiva la ilusión de que el envejecimiento puede retrasarse? Sí, el balneario es el ambiente natural para las viejas, un género específicamente suyo, solo que antaño se llamaba balneario, y ahora —la misma mierda con distinto envoltorio— se llama centro de bienestar.

Con el albornoz blanco echado por encima del cuerpo desnudo, Beba se observaba en el espejo. Todo colgaba, todo había envejecido, todo estaba deformado, y solo el «matorral» ahí abajo, salpicado de canas, se mostraba todavía exuberante... Vaya, ¿a qué se debía de repente ese estúpido orgullo por la frondosidad del «matorral»? ¿Como si se tratara de un tesoro! ¿Como si las otras partes del cuerpo —policías, contables, porteros— existieran solo para servir al tesoro! Pero ¿qué era esto, por qué esta repentina protesta moralista? ¿Acaso el «matorral» no había sido durante muchos años su «tesoro»? ¿Acaso durante una buena parte de su vida no había girado todo alrededor del sexo? Cuando era más joven, habría vendido su alma al diablo por la simple mecánica del botón a presión... «Los hombres y las mujeres son como botones a presión», le había dicho uno de sus amantes. Ya no recuerda su nombre, pero recuerda la frase. Por aquel entonces, la imagen le pareció increíblemente graciosa. ¡Clic-clac! ¡Clic-clac! Y ahora le parece inapropiada... Pero, si lo pensaba mejor, ¿acaso existía algo más que el clic-clac? ¿No es todo lo demás una cortina de humo que atenúa la verdad, para que la mecánica humana del botón a presión

no resulte tan atterradoramente simple? Por supuesto, todo es cuestión de perspectiva. Ahora le parece que es así; antes, cuando era más joven, pensaba lo contrario. Por aquel *botón a presión* demoniaco estaba dispuesta a morir...

Beba se pellizó apáticamente el «matorral». Y, cuando quiso dirigirse al baño, durante un segundo le pareció ver, en vez del «matorral» seco y grisáceo, un penacho de plumas negras resplandecientes. Beba se pegó al espejo y, mira por dónde, le pareció que desde aquel punto la observaba un ojo de ave, es más, que el brillante ojo malicioso le hacía guiños. «¡Largo de aquí, demonio...!», masculló Beba, se ciñó el albornoz y se dirigió al baño.

Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante. Mientras la vida a menudo nos trata como a un canalla, el cuento se aleja de los lugares en los que encalla.

## 5

Mr. Shake —que estaba tumbado en la mesa de piedra de masaje, cubierto de espuma de jabón como un coche en el lavadero— se fijó enseguida: el joven parecía hijo de Clooney. La piel de color oliváceo, ojos grandes y oscuros, pero los labios más carnosos y mejor formados, una sonrisa natural, que no terminaba, como en el caso de Clooney, en un abanico de arrugas en las sienes... ¡Y era mucho más alto que Clooney! De todos modos, ¿por qué insistía tanto en Clooney? El joven era simplemente guapo y podría gustarles tanto a las mujeres como a los hombres, al margen de su edad, algo que desde el punto de vista comercial era clave. Y esos anchos pantalones orientales, impresionantemente tensos en el lugar adecuado, auguraban que los rumores sobre el potencial sexual del muchacho podrían ser ciertos...

—*Hi, mey naim is Suleimán. Ayam yor maser* —masculló entre dientes el joven.

—*Hi! I'm Mr. Shake* —dijo cordialmente el americano y tendió la mano al joven, pero no recibió el apretón. El muchacho lo clavó en la mesa con un movimiento del brazo.

—*Rilex!* —dijo el joven.

El espantoso inglés del mozo no sería un problema, pensó Mr. Shake, es listo, aprenderá el idioma... Mr. Shake se revolvía nerviosamente en la mesa de masaje. Lo ahogaba la espuma, y dentro de todo aquel perifollo jabonoso se sentía más que incómodo...

—*Where you from?* —le preguntó.

—*From Sarajevo* —contestó secamente el muchacho.

El dato alentó la imaginación comercial de Mr. Shake. ¡Era bosniaco, había que aprovecharlo! Porque Havel y los checos, por ejemplo, ya no le decían nada a un americano medio. Mientras que Sarajevo todavía resonaba en los oídos americanos. Mejor dicho, Mr. Shake tenía la esperanza de que todavía resonara...

—Oiga... —Mr. Shake intentó levantarse, pero el muchacho lo clavó de nuevo en la mesa.

—*Rilex!* —dijo y empezó a masajear las vértebras cervicales del americano.

En un momento de descuido del masajista, Mr. Shake se revolvió como un atún y se sentó en la mesa...

—Oiga, joven, creo que no me ha entendido, yo no he venido aquí por el masaje, sino para ofrecerle un trabajo...

El muchacho escuchaba con asombro a aquel hombre entrado en años. No entendía nada. «¿Será marica?», pensó. Lo único que logró comprender del aluvión de palabras fueron las cifras: *tuenti tausend*, luego *fifti tausend*, luego *handrd tausend*, luego *handrd tuenti tausend*...

—¡Vaya, idiota! ¡No te entiendonada, hombre! —gruñía el muchacho—. ¿Me oyes, tío?... Este no escucha, para qué escuchar, los yanquis no escuchan a nadie, sino que van a lo suyo... Déjame en paz, hombre, ya lo intentaron los de la Viagra... ¡Pero, tío, eres como la OTAN, no te rindes! ¿Por qué no viniste cuando bombardearon mi Sarajevo, y cuando me cayó una granada encima? No, entonces no, pero ahora vienes para darme la lata...

—*I have to find an interpretor! Yes, interpretor*... —dijo enérgicamente Mr. Shake, saltó de la mesa, por poco no resbaló, y salió corriendo de la sala de masajes.

—¡Vaya espectáculo! Ay, pobre Mevlo mío, lo que te espera aún por vivir entre estos corpachones... —suspiró el muchacho.

Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante... Mientras la vida a muchos trata con mimo y cuidado, el cuento avanza resuelto y determinado.

## 6

Kukla bajó un momento a la sala de Internet del hotel para echar un vistazo a la prensa croata. También podría haberlo hecho en la habitación, pero le apetecía estirar un poco las piernas. En casa se entretenía todos los días hojeando los periódicos nacionales y extranjeros. De los croatas solía repasar el *Jutarnji list*. Todo seguía como siempre: fraudes, corrupción, peleas entre los partidos y los adversarios políticos, artículos sobre «héroes croatas» injustamente condenados en el Tribunal de La Haya, escándalos financieros relacionados con personas que aprovechándose de la guerra y del patriotismo croata habían ganado un pastón. Kukla hizo clic en la sección de cultura y se sorprendió al ver una reseña bastante larga sobre la nueva novela de Bojan Kovač, *La rosa del desierto*.

«La novela *La rosa del desierto*, de Bojan Kovač, decepcionará a todos los que piensan que la obra de Kovač guarda relación con el *Desert Rose* de Sting y de Cheb Mami o con las populares novelitas de amor —decía la reseña. Kukla no tenía ni idea de quiénes eran Sting y Cheb Mami, por lo que sus nombres por un instante le sonaron como una amenaza, pero la continuación de la crítica la alentó—. *La rosa del desierto* es el mayor acontecimiento de la literatura croata en los últimos quince años o más —decía la reseña—. Con este libro, este clásico croata fallecido prematuramente se ha ganado el derecho a una segunda vida y un lugar en la cima de la literatura croata. Una novela de estructura insólita, que recuerda a una rosa, y surge a partir de estratos de tiempo, biografías de gente corriente, de la realidad y de los sueños, de partes de ensayos y ficción que tematizan sucesos de nuestro pasado bélico reciente, de la realidad croata actual y de los tiempos de la Segunda Guerra Mundial. Esta novela póstuma de un escritor que ha vivido en la sombra, lejos de los focos de la pasarela literaria, es una gran lección para los productos

instantáneos de la industria de los libros de entretenimiento. Esta obra insólita es como una rosa solitaria que ha florecido en el desierto de la literatura croata.»

El periódico *Večernji list* anunciaba que la reseña sobre «la obra capital de Bojan Kovač» se publicaría en el suplemento dominical, y un semanal hacía publicidad de esta «obra maestra de la literatura croata digna de la novela *Cien años de soledad* de García Márquez».

—Bla-bla-bla —murmuró Kukla y se desconectó de Internet. Al pasar por el vestíbulo vio a Beba y a un señor mayor en el café del hotel. Beba le hizo señas invitándola a unirse a ellos. Kukla lo rechazó, porque le había prometido a Pupa que la iba a sacar en la silla de ruedas a dar un paseo por la localidad. A las dos les vendría bien un poco de aire fresco antes de cenar.

Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante. Mientras que el hombre anhela la gloria, el cuento solo quiere una cosa: completar la historia.

## 7

Arnoš Kozeny adoraba el Grand Hotel N. Para él ni siquiera era un hotel, sino una metáfora de la interacción del hombre con otros hombres. El hotel permanecía firme en su sitio, todo lo demás cambiaba: los tiempos, las modas, los regímenes políticos, la gente. Las habitaciones del hotel eran oídos atravesados por mil y una historias humanas, ninguna de las cuales tenía un final: no eran más que ruidos emocionantes de vidas humanas. Mientras estaba sentado en el vestíbulo del hotel, Arnoš Kozeny solía cerrar los ojos por un instante y aguzar el oído. Regresaba a la infancia y al momento en el que giró por primera vez el botón de la radio y sintonizó los ruidos del mundo: diferentes idiomas, tonos, sonidos, frituras... Y, cuando abría los ojos, le parecía que sujetaba en la mano el mando invisible de una televisión. En la mayoría de los casos el sonido estaba apagado y Arnoš Kozeny detenía su mirada en una escena: dos personas en la recepción que hablaban de algo, un gordinflón enfrente que leía el periódico y tomaba su coñac, una pareja joven en el restaurante cuyos perfiles se reflejaban en los cristales, el ajetreado personal del hotel que salía fuera para recibir a algún personaje importante, el personaje importante que entraba y sin mirar se dirigía a la recepción... Arnoš captaba con su zum un gesto, un movimiento, un detalle, una sombra, la mano, la sonrisa de alguien, el rayo de sol que de repente descubría el brillo de una dentadura postiza, un lóbulo del que colgaba un pendiente, un tacón alto, la línea de una pierna, una boca, el borde de una taza de café con una mancha de carmín... Arnoš Kozeny leía los signos, las señales y los gestos tal como había leído los libros en su juventud, completamente abismado en ellos. Y esa lectura lo colmaba de la misma emoción juvenil de antaño.

Desde que se había jubilado, una vida sin hotel le parecía inimaginable. En comparación con la intensa satisfacción que experimentaba pasando el tiempo en el hotel, todas las demás opciones de gastar la suma modesta de días que aún le quedaban por vivir le parecían insípidas. En algún momento de su vida, Arnoš Kozeny había comprado un piso pequeño en la localidad balnearia. Este piso, que en otra época le había servido de refugio secreto, se había convertido en su domicilio habitual. Todas las propiedades que había acumulado a lo largo de su vida de abogado

fueron a parar a sus mujeres e hijos. Arnoš se había casado y divorciado varias veces y el pisito de soltero era lo único que le quedaba. Arnoš Kozeny no se quejaba, en realidad no necesitaba nada más.

Ahora estaba sentado en una mesa con tres señoras, las cuales de inmediato le habían resultado simpáticas. Conocía su país, ciertamente cuando este país aún no estaba dividido. Con frecuencia pasaba sus veranos familiares, y no solo familiares, en el mar Adriático. Opatija (¡la fabulosa Opatija!) era uno de los tópicos relevantes en el modesto mapa geográfico de la, en general, rica biografía amorosa de Arnoš.

—Qué desgracia —dijo Arnoš Kozeny—. ¿Saben ustedes que durante días seguí todo lo que ocurría en su desdichada tierra?... ¡Qué desgracia! Bueno, qué se le va a hacer, el país se desmoronó, pero tal vez pasó lo que tenía que pasar. Tal vez no servía...

—¡El país servía, vaya que si servía, solo la gente era una mierda! —lo cortó en seco Pupa.

—Lo que nos demuestra que, a pesar de todo, la historia no es la maestra de la vida, como nos enseñaban nuestros mayores... —dijo en tono conciliador Arnoš Kozeny.

—En efecto, no lo es —dijo Beba y se sonrojó.

«Dios mío —pensó—, ¿por qué tengo que soltar siempre estas tonterías?»

—... Y ¡quizá sea lo mejor, porque de lo contrario no habría vida! —dijo animado Arnoš Kozeny.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Kukla.

—Pues es muy simple... Mucha gente no tiene experiencias precisamente felices con sus padres y, no obstante, siguen procreando, ¿no es cierto?

—No es una cuestión de decisión, sino del código biológico. Nosotros existimos solo para reproducirnos... —dijo Pupa, que salió por un instante del duermevela.

—Y ¿el amor? ¿Dónde está en todo esto el amor? —preguntó Beba.

—Una pregunta complicada —dijo Arnoš.

—¡En el huevo! —exclamó Kukla.

—¿En qué huevo? —se animaron Beba y Arnoš.

—¿No conocéis ese cuento ruso...? Ese es el que Iván se enamora de una doncella, pero, para que ella le corresponda, Iván debe descubrir donde está escondido su amor. Así que recorre siete montañas y siete valles, y llega al mar. Allí en la orilla crece un roble, encima del roble hay un arcón, y dentro del arcón hay una liebre, en la liebre un pato, y dentro del pato un huevo. Dentro del huevo está escondido el amor de la doncella, que debe comerse el huevo. Y, cuando se lo coma, en su corazón prenderá la llama del amor por Iván...

—El mensaje de ese cuento es que el amor no existe. Porque nadie tiene ni fuerza ni tiempo para recorrer semejante camino —dijo Beba.

—Por eso la gente practica el sexo —dijo Arnoš.

—El sexo es amor al instante —dijo Beba.

—El sexo es una lotería rápida, una búsqueda abreviada del huevo —replicó Arnoš.

—Ah, no me hable de ello, si yo soy hija de la revolución sexual —dijo Beba y se mordió la lengua.

—Pues la revolución sexual no te pilló precisamente de niña... —observó con cierta malicia

Kukla.

—Todas las revoluciones devoran a sus hijos —dijo Arnoš.

—Yo soy una víctima de la revolución sexual —se corrigió Beba.

—No parece precisamente una víctima —dijo Arnoš amablemente.

—¿Qué sabrá usted de víctimas y de sacrificios? Es un hombre. El sacrificio pertenece al dominio de las mujeres —objetó tranquilamente Kukla.

—Tal vez... Pero, ya que ha mencionado los cuentos rusos, he aquí otro ejemplo ruso. El poema de Pushkin *Ruslán y Liudmila*. Ya conocen el contenido: el valiente Ruslán se marcha en busca de la hermosa Liudmila, que ha sido raptada por el hechicero Chernomor... A mí, sin embargo, siempre me ha atraído más una historia secundaria que aparece en el poema... —dijo Arnoš Kozeny.

—¿Qué historia? —preguntó Beba, que de todos modos no tenía ni idea de Pushkin ni de su poema.

—En su camino, Ruslán halla una cueva —continuó Arnoš— y, dentro de la cueva, un sabio anciano, que le cuenta la historia de su vida. Cuando era un joven pastor, se enamoró de una hermosa muchacha, Naína. Pero Naína rechazó su amor. Desesperado, el pastor abandona su tierra natal, reúne un puñado de valientes, se hace a la mar y guerrea en tierras lejanas durante diez años. Y luego, torturado por el anhelo amoroso, vuelve y le lleva a Naína regalos: su espada ensangrentada, perlas, oro y corales. Pero Naína lo rechaza otra vez. Humillado, nuestro «ávido y empedernido buscador de amor», como dice Pushkin, decide conquistar a Naína por medio de artes mágicas y por eso pasa largos años estudiando en soledad el secreto arte de la hechicería. Y, cuando por fin descubre «los más ocultos y terribles arcanos de la naturaleza», estalla un trueno, se produce un horrible torbellino, la tierra tiembla bajo sus pies y ante sus ojos aparece una vieja de cabellos grises, con ojos hundidos y joroba, «símbolo de la más triste decrepitud», dice Pushkin. Aquella mujer era Naína —dijo Arnoš e hizo una pausa llena de significado.

—Y ¿qué ocurrió a continuación? —preguntaron con impaciencia Kukla y Beba.

—Horrorizado, el anciano prorrumpe en llanto y pregunta si es posible que sea ella, dónde estaba su hermosura, si era posible que los cielos la hubieran cambiado tanto y cuánto tiempo había pasado desde su último encuentro. Naína responde:

«¿Cuánto?... Pues cuarenta años justos —me contestó ella—. Hoy he cumplido los setenta... ¡Qué se le va a hacer! —prosiguió con su voz cascada y ronca—. El tiempo vuela. Ha pasado ya tu primavera y la mía también... Los dos nos hemos hecho viejos... Pero escúchame, querido mío, todo esto no tiene importancia... Claro que ahora yo tengo canas... También me siento menos animada que en otros tiempos... No tengo tantos atractivos... Pero te confesaré una cosa: ¡soy bruja!»[3]

Arnoš recitaba en ruso con un fuerte acento checo. Quizá por ese acento Kukla y Beba no tenían problema para entenderlo.

—Y ¿qué ocurrió después? —preguntaron.

—¿Después? Hummm... —dijo Arnoš—. Después, tenemos una situación psicológica de lo más convincente. Naína dice que solo ahora ha comprendido que «el corazón está hecho para pasiones tiernas» y quiere abrazarlo. Al anciano, sin embargo, le asquea profundamente el aspecto

físico de su «diosa de cabellos grises».

La diosa de cabellos grises ardía con una nueva pasión por mí. Con una sonrisa —una horrible mueca— que le torcía los labios, con voz hueca como si llegara de ultratumba, me declaró su amor tardío.

—El viejo rechaza enfrentarse a la realidad —continuó Ar-noš—. Huye de Naína y prefiere vivir como un ermitaño. Además, acusa vilmente a Naína ante Ruslán de haber convertido la llama del amor tardío en terrible maldad.

Arnoš exhaló el humo de su cigarro de una manera un tanto teatral.

—¡Sí, sí, la vieja bruja! —dijo Pupa interrumpiendo su duermevela.

Todos se rieron. Excepto Beba...

—Naína se disculpa por su fealdad. ¡Y el tipo no se ve a sí mismo ni feo ni viejo! —dijo.

—¡Cuánta misoginia! —dijo Kukla.

También ella, evidentemente, se había tomado en serio la historia de Naína.

—Estoy de acuerdo —dijo Arnoš.

—¡Las mujeres son más compasivas que los hombres!

—Tiene usted razón —dijo Arnoš.

—¡Qué bribón! —dijo amargada Beba, rumiando todavía en sus pensamientos la figura del anciano sabio.

—¡No le quedaba otra salida que convertirse en bruja! —dijo Kukla, que protestaba para sus adentros en nombre de Naína.

—Toda nuestra vida es una búsqueda del amor, que usted, Kukla, tomando como ejemplo un cuento ruso, definió como un huevo. Las numerosas trampas que nos aguardan en el camino dificultan nuestra búsqueda. Una de las más peligrosas es el tiempo. Basta retrasarse un segundo y habremos perdido la posibilidad de ser felices.

—Ese segundo decisivo se llama muerte, querido Arnoš, un orgasmo del que ya no despertamos. Porque la lógica del amor es culminar en la muerte. Y, como ninguno de nosotros acepta esta opción, tenemos que cargar con las consecuencias. La vejez es solo una de ellas —dijo Beba.

Todos se quedaron asombrados por la elocuencia de Beba.

—Solo nos queda el arte de envejecer dignamente —apostilló Arnoš.

—¡Envejecer dignamente es una porquería! —declaró Pupa y puso fin a la conversación.

Ya era tarde y la pequeña compañía decidió dispersarse. Arnoš Kozeny acompañó a las señoras al ascensor, besó la mano a cada una y, antes de que la puerta del ascensor se cerrara, les envió también un beso al aire.

En el ascensor Beba dijo...

*On obolstil meniá, neschastny!*

*Ya otdalás liubovi strastnoi...*

*Izménnik! Izverg! O pozor!*

*No trepeschí, devichi vor!*[4]

Kukla y Pupa escuchaban sorprendidas.



—¿Tú sabes ruso? —preguntó Kukla.

—No. ¿Por qué lo decís? —preguntó Beba.

Beba acababa de citar unos versos del poema *Ruslán y Liudmila* de Pushkin. Esta era, además de los *lapsus linguae*, otra de las peculiaridades de Beba, es decir, soltar de vez en cuando algo en idiomas que desconocía. A Beba, estos ataques le venían de repente, como en sueños, y por eso Kukla y Pupa no la despertaron.

Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante. Mientras que en la vida todos anhelan la alegría encontrar, el cuento anhela el final abrazar.

## 8

Al lado de la pequeña fuente municipal había una muchacha. Con la cabeza girada hacia la fuente, apoyaba todo el peso del cuerpo en una de sus caderas. El joven podía ver su piel resplandeciente; la oreja rosada, que le parecía fresca como un gajo de naranja; el rizo de color cobre que se enroscaba alrededor de la oreja como un extraño pendiente. La muchacha llevaba un sencillo vestido floreado sin mangas. El vestido dejaba al descubierto los hombros redondeados de la chica salpicados por una herrumbre de pecas, las fuertes caderas y unas piernas con pantorrillas regordetas.

Alrededor, en las copas de los viejos plátanos, cuyas hojas se habían vuelto de un color gris verdoso pálido a causa del sol abrasador, piaban los pájaros. El joven rodeó la fuente y se paró frente a la muchacha. Ahora podía ver su carita, bien proporcionada, redonda, casi infantil, los ojos verde claro, un poco separados. A través del escote del vestido el joven podía vislumbrar unos pechos llenos por cuya hendidura sombreada las pecas desaparecían cual ejército de hormigas naranjas. La muchacha lamía el helado de un crujiente cucurucho. Su lengua recorría el borde del barquillo, como si creara un pequeño surco, luego atrapaba metódicamente las gotitas que se deslizaban por la parte exterior de la galleta y, después de empujar la crema espumosa hacia arriba, chupaba la punta con los labios carnosos y rojos. La chica lamía el helado con la misma devoción y concentración que si se estuviera dedicando a resolver un difícil ejercicio matemático. De vez en cuando sacaba el pie derecho de la chancleta y se rascaba con él la pantorrilla de la pierna izquierda. Luego volvía a calzarse y sacaba el izquierdo para repetir el gesto en la pantorrilla derecha. Y todo ello sin desviar en ningún momento su atención del helado, como si este fuera una fierecita que acabara de cazar. Jugaba con el helado como el gato con el ratón...

El crepúsculo teñía el aire de rosa, en las copas vecinas descoloridas por el sol piaban los pájaros, el agua de la fuente municipal salpicaba con unos chorros ridículamente cortos. Todo estaba adormecido por el calor que lentamente se posaba sobre el suelo, no había ni un soplo de viento, las hojas de los plátanos parecían petrificadas. Y, no obstante, el chico tuvo la sensación de que soplabla una ligera corriente de aire. En un momento, ella alzó la vista y la dirigió hacia él. Sus ojos rasgados de color verde claro se encontraron con los del joven. En el labio de la

muchacha se derretía una pequeña bolita de helado. Él tuvo de repente el deseo de ser esa bolita.

---

- [1]. «Apunte el masaje de esta señora en mi cuenta.» (*Salvo que se indique lo contrario, todas las notas son de los traductores.*)
- [2]. «Tiene las tetas como un hipopótamo.»
- [3]. Parte de la traducción de los fragmentos de la obra de *Ruslán y Liudmila*, de Aleksandr Pushkin, proceden de la edición de NoBooks, de 1974, cuyo traductor no aparece en los créditos. Otros fragmentos de la misma obra los hemos traducido directamente del ruso, aunque sin respetar la forma en verso del poema original. Igualmente, en las citas posteriores de los cuentos de hadas rusos, a veces hemos utilizado traducciones que se recogen en la biografía, que se puede consultar en la parte final del libro, y a veces hemos traducido directamente del ruso, teniendo en cuenta que muchas de esas traducciones se han hecho a partir de otros idiomas o se han quedado obsoletas.
- [4]. «Me sedujo, el miserable, y consiguió mi amor apasionado. ¡Traidor! ¡Monstruo! ¡Ay, infeliz de mí! Pero tiembla, raptor de doncellas.»

## TERCER DÍA

### I

Kukla medía casi un metro ochenta, era esbelta, tenía la espalda insólitamente recta y una manera de caminar pausada, lo que la hacía aparentar ser más joven de lo que era. En su rostro de rasgos regulares destacaban los fuertes pómulos, unos ojos oblicuos, que la gente suele llamar «almendrados», y una sonrisa tímida. También esta sonrisa era poco común para su edad. Tenía unos hombros anchos y huesudos, como si en su juventud hubiera practicado la natación, aunque desdeñaba cualquier tipo de deporte excepto caminar. Al refinamiento de su apariencia contribuía también su «uniforme». Así denominaba Kukla su sencilla vestimenta: falda estrecha y oscura, blusa de seda de color claro, blanca por lo general, y una delicada rebeca de lana, casi siempre gris. Alrededor del cuello llevaba un pequeño collar de perlas auténticas. Tenía el cabello oscuro, salpicado de abundantes canas, con un corte de media melena, que solía recoger en la nuca con una sencilla peineta. La única parte discordante de su cuerpo eran los pies. Gastaba un número masculino, el cuarenta y cuatro, y cuando era más joven le costaba encontrar calzado, hasta que un día, sin más, empezó a comprar zapatos de hombre. Disimulaba este inconveniente con su grácil modo de andar. Kukla, al contrario que muchas mujeres de su edad, no temía a la muerte. Suponía que iba a tener una vida larga, ya que todas las mujeres de su familia habían llegado a los cien años... Y otro detalle: a las personas que estaban a su lado a veces les parecía sentir una ligera corriente de aire, una especie de brisa o algo similar...

Pero, como el cuento cuida la dirección en que camina, aquí vamos a tener que interrumpir, desgraciadamente, el relato sobre Kukla para contar otra cosa... En una de las mesas del café del hotel, Kukla estaba sentada con Mr. Shake y Mevlo.

—Explíquele —decía Mr. Shake— que estoy dispuesto a asumir todos los costes, es decir, los gastos del viaje, los del alojamiento en el hotel durante su estancia en Los Ángeles y los del curso intensivo de inglés. El doctor Topolanek me ha asegurado que concedería al señor Mevlička unas vacaciones no pagadas si, por supuesto, el señor no decide quedarse en los Estados Unidos...

Kukla tradujo todo aquello a Mevludin.

—Mujer, pregúntale qué pinto yo allí... —dijo Mevlo.

Mr. Shake se explayó en la aclaración del sentido y la importancia de su industria de preparados y polvos, y luego dijo que el trabajo del señor Mevlička consistiría en anunciar sus productos. Contaba con un equipo entero de expertos publicitarios, los cuales convertirían al señor Mevlička en una gran estrella que aparecería en anuncios, carteles, páginas web y demás

material publicitario.

—Ay, mujer, dile que nunca me dejaría fotografiar por dinero, sea cual sea la cantidad —dijo Mevlo, pero Kukla lo interrumpió.

—Y ¿cuáles serían los honorarios del señor Mevludin? —le preguntó a Mr. Shake.

—Mil dólares por hora de rodaje —dijo Mr. Shake y añadió—: Es una tarifa muy alta, espero que lo entienda...

Kukla tradujo todo aquello a Mevludin.

—Comunícale que no quiero —dijo Mevlo.

—¡Tres mil! —dijo Mr. Shake.

—No quiero, de qué me sirven los dólares, mujer. Pero míralo, qué pesado, dale que dale...

—Cinco mil...

—¿Es que estás sordo, tío, o necesitas lavarte los oídos? ¡No quiero, tío, y punto!

Mevlo se dirigía ahora a Mr. Shake, que buscaba con la mirada la ayuda de Kukla. Kukla, por supuesto, no tradujo todo lo que Mevlo decía.

—Dice que la oferta lo asusta —dijo ella.

—¡Siete mil! —dijo Mr. Shake y añadió en tono medio enfadado—: Dígale al señor Mevlička que de esto le pueden surgir otras oportunidades. Que yo tengo buenos contactos en Hollywood. Estoy seguro de que, con su físico, el señor fácilmente puede hacer carrera también en el cine...

—¡Ni carrera ni leches! Yo no quiero fotografiarme, tío, para que luego me vea mi gente en Bosnia y se muera de risa a mi costa.

Mevlo no daba su brazo a torcer.

—¡Diez mil! —dijo enfadado Mr. Shake—. ¡Por todos los santos, ni siquiera a Naomi le dan más!

—¿Qué Naomi? —preguntó Mevlo.

—Naomi Campbell, la modelo... —explicó Kukla.

—Naomi, tío, no se levanta de la cama por menos de veinticinco mil —dijo Mevludin indiferente.

—Y ¿usted cómo lo sabe? —dijo Mr. Shake, ahora ya presa de la rabia.

—Me lo contó Whoopi...

—¿Qué Whoopi? —preguntó Kukla.

—Whoopi Goldberg...

Sonaba increíble, a pesar de que el nombre de Whoopi Goldberg había llamado la atención de Mr. Shake cuando estudió la lista de huéspedes célebres del Grand Hotel N.

En aquel instante se acercó a la mesa una muchacha que llevaba un veraniego vestido de flores y unas chancletas. Tenía la cara redonda, pálida, salpicada de pecas naranjas, y un pelo exuberante de color cobre cuyos rizos vivaces le caían por el cuello. Sujetando en la mano un cucurucho de helado, la chica se sentó y, abriendo un poco las piernas, se rascó con el pie izquierdo la pantorrilla de la pierna derecha...

—Mi hija, Rosie —dijo malhumorado Mr. Shake. Por la expresión de su cara se veía que su flota de esperanzas empezaba poco a poco a hundirse...

La muchacha, fijándose en el helado que chorreaba por los bordes del cucurucho más que en los

presentes, se lo cambió de mano y tendió la derecha a Kukla y luego a Mevludin. Una gotita de helado se deslizó del cornete y cayó en la mano de Mevlo. Este se paró, miró fijamente la gotita como si fuera una moneda de oro que le hubiera caído del cielo directamente, luego la lamió con cuidado y sonrió...

—Dile que... —dijo tranquilamente—, que acepto...

Y luego acercó la cara a la de Mr. Shake y repitió...

—*Ay em in!*

Mr. Shake sacó rápidamente su chequera, firmó un talón por un anticipo considerable y se lo entregó a Mevludin. La verdad es que lo hizo para impresionar a Kukla más que al testarudo joven bosniaco.

Y ¿nosotros? Nosotros tiramos hacia delante... Mientras que la vida a menudo nos aprieta y ahoga, el cuento solo por sí mismo aboga.

## 2

Después del tratamiento cosmético del rostro, Beba decidió probar algo más de la rica oferta del balneario. El folleto publicitario ofrecía un baño de heno de los prados, un baño de papilla de copos de avena («Debe de ser algo asqueroso», pensó Beba), un baño de algas de mar, además de diferentes tipos de masajes... Finalmente Beba eligió los «Sueños dulces», un tratamiento especial que consistía en un remojón en un baño de chocolate caliente, seguido de un masaje. Antes, por supuesto, le preguntó a Pupa si lo podía cargar a la habitación. Pupa no tenía inconveniente; al contrario...

—Tú remójate. ¡Cuando salgas serás como una tarta Sacher! —dijo.

La joven en bata blanca introdujo a Beba en un cuarto que parecía un decorado de película. El espacio no era muy amplio. En el centro había una bañera de cobre de diseño anticuado. Las paredes estaban tapizadas con seda verdosa, de una pared colgaba una reproducción del cuadro de Renoir *Mujer con periquito*, y debajo de él, en una antigua peana para floreros, había unos helechos. «Qué kitsch», pensó Beba. ¿Cómo se le había ocurrido al diseñador combinar el tapizado verde, la bañera y su uso con aquella reproducción en la pared?

Aquí tal vez hay que añadir que la presencia de la pintura clásica en los espacios del centro de bienestar era más que llamativa y obedecía a la decisión del doctor Topolanek, el cual opinaba que una educación agradable y discreta, igual que unos ejercicios físicos moderados, ralentiza el proceso de envejecimiento, de manera que ordenó literalmente «forrar» el spa con reproducciones de lienzos famosos, sobre todo de la pintura clásica. A la entrada había colocado, por ejemplo, una reproducción de *La fuente de la eterna juventud*, de Lucas Cranach el Viejo, cuadro que representaba simbólicamente los resultados de los esfuerzos profesionales de Topolanek.

Así que ahí estaba Beba, recostada en una bañera llena de chocolate caliente. De los altavoces llegaba esa irritante música *new age* que supuestamente sirve para relajarse y ella tenía la vista clavada en la reproducción de la pared. Y, fíjate, el helecho de la peana parecía imitar al helecho

que aparecía en el rincón izquierdo del lienzo de Renoir. También le pareció que la seda de la pared armonizaba con el tono verde azulado del tapizado del cuadro. ¡Y la jaula dorada del lienzo de Renoir, gracias a la imaginación exuberante del diseñador del hotel, había adoptado en la realidad la forma de una bañera de cobre! La joven mujer en su suntuoso vestido negro, con un largo lazo rojo a la espalda, tenía el pelo oscuro y una cara juvenil y simplona. En un dedo de la mano derecha sujetaba un periquito, y con la izquierda lo alimentaba. El cuerpo entero de la mujer se inclinaba hacia el ave, y a Beba le dio la sensación de que estaba completamente embrujada por el pájaro.

Mientras observaba el cuadro, a Beba de pronto le vino a la mente una palabra en croata que odiaba por encima de cualquier otra: *pipica!* Los niños tienen *pišo* y las niñas, *pipica*. Y todo habría estado bien si Beba de niña no hubiera pasado un tiempo en un pueblo de la región de Zagorje, en casa de una pariente que tenía gallinas en el huerto: «¡Pi-pi-pi!», llamaba la mujer a sus gallinas para darles de comer. De paso, para el almuerzo, sacrificó un gallito, que allí llaman *picek*, y hubo *sopita* y *asado*. *Picek* y *pipica*... *Gallo* y *gallina*... ¿Cómo no se le había ocurrido antes todo aquello? ¡Que en la imaginación masculina toda la actividad sexual estaba relacionada con la ornitología! En la historia de la fantasía sexual masculina el papel de las mujeres consiste en trajinar con pájaros y pajarracos. Ya Zeus se benefició a Leda transformado en cisne. ¡Y, en los siglos XVII, XVIII y XIX, el cisne —este inequívoco compañero de la mujer— se convirtió en un acompañante más discreto y pequeño: un loro!

En la cabeza de Beba, obnubilada por el dulce aroma del chocolate, empezaron a pasar diapositivas. El célebre cuadro de Tiepolo con la beldad medio desnuda y el loro... La bella mujer tiene una piel maravillosa que parece estar hecha de leche, nácar y sangre... Alrededor del cuello lleva un collar de perlas, pero muy arriba, casi toca los huesos de la mandíbula, de manera que parece más un valioso grillete que una gargantilla. Una rosa se entrelaza con su cabello y un tirante se le ha caído de los hombros dejando al descubierto uno de sus senos. La joven sujeta en el regazo un loro de color rojo cobre. Grande como una gallina, el pájaro se agarra a la mano de la mujer y su pico afilado se acerca peligrosamente al pezón de brillo nacarado.

¡Luego aquel holandés del siglo XVII, Quirijn van Brekelenkam! En segundo plano está sentado a una mesa un joven que tañe el laúd, ensimismado en su música, y delante de él, en primer plano, está una mujer joven que sujeta un loro en un dedo. La mujer se sienta con la espalda más recta que una vara y posa la mano izquierda relajada sobre el regazo cubierto por un largo delantal blanco, mientras que en la otra mano sostiene al loro, que se aferra con sus garritas al dedo y observa a la mujer, que a su vez observa al laudista. Abajo, en el suelo, junto a los pies de ella, hay una jarra. No queda claro si la mujer está tan rígida por el pájaro que tiene en el dedo, por la música que escucha o por el joven intérprete.

Y ¿Courbet? ¿Aquel cuadro de Courbet con el voluptuoso cuerpo femenino desnudo en una cama revuelta? La mujer tiene las piernas entreabiertas, su exuberante pelo castaño está desparramado generosamente sobre el lecho. La mujer está relajada, exhausta, parece como si su amante apasionado acabara de abandonar la habitación. En el fondo hay una percha de loro, con un

recipiente para agua en el extremo y barras transversales. Mientras la mujer está tumbada, el loro ha volado desde su atalaya —la percha— a la mano de su ama. El pájaro, como si se hallara en un estado de éxtasis, abre las alas de par en par. Y de nuevo un enigma: tal vez ni siquiera había un amante, tal vez el loro es el amante perfecto, un pene volador, un accesorio de la imaginación masculina del pintor, que ha complacido a la mujer y ahora, satisfecho, extiende las alas.

En el cuadro de Delacroix, una beldad desnuda está sentada en un sofá, aunque da la impresión de que está sentada sobre fardos de seda desplegada. El loro pasaría inadvertido si la bella mujer no dirigiera una mano y la cara soñadora con los párpados entornados hacia abajo, hacia la base del sofá, hacia el pájaro que permanece acurrucado en la sombra oscura. La joven desnuda juega obviamente con él y parece que se dispone a acariciarle el penacho. Y otra vez no queda claro: ¿el loro es un juguete, un consolador vivo, un sustituto del amante, o es el verdadero amante? O tal vez la mujer juega con sus genitales personificados en el loro.

Y ¡la célebre *Mujer con loro* de Manet, pintada el mismo año que el cuadro de Courbet! La mujer está enfundada de pies a cabeza en una bata de estar por casa de aspecto casi ascético, de color melocotón rosado. En una percha alta reposa su acompañante, un loro gris. El pájaro tiene la cabeza gacha, parece abatido. La mujer sujeta en la mano un ramillete de flores, que acaba de apartar, o puede que sea al revés, que se lo esté acercando a la nariz. Sus ojos miran directamente al observador. En la base de la percha del loro está tirada una naranja a medio pelar, el único detalle sensual en el cuadro. ¿Quién es el loro en la imagen? ¿El sexo gris y abatido de la mujer o el compañero insatisfecho, cuyo rival es el loro extasiado de Courbet? ¿O los dos pintores — Manet y Courbet— se están enviando el uno al otro mensajes ocultos sobre la longitud de sus penes?

Y tenemos también a Marcel Duchamp, que toma de Courbet el motivo de la mujer con medias blancas y dibuja a una mujer con las piernas abiertas, pero Duchamp, al contrario de Courbet, coloca el loro inequívocamente justo a la entrada de la vagina de la mujer.

¡También Frida Kahlo utiliza loros como detalles decorativos! En un cuadro se coloca un loro verde en el hombro, como un pirata; en otro lienzo se pinta a sí misma con cuatro loros, uno en cada hombro y dos en el regazo, a la vez que sujeta en la mano un cigarrillo.

Y ¿René Magritte? En el cuadro aparece una mujer joven con el pelo suelto de color rojo cobrizo y un vestido con cuello de encaje blanco ricamente trabajado, al igual que el encaje de los puños a guisa de pulseras. La mujer está al lado de un árbol, en el que se posan los pájaros. Uno de ellos, con un espléndido penacho rojizo y un pico largo y estrecho, impresiona particularmente. La mujer tiene un pájaro en las dos manos y lo come como si fuera un higo maduro. ¡Se ven las entrañas de color rojo oscuro del ave, el corazón, el hígado, pero asombrosamente no hay ni una gota de sangre! El encaje del cuello y de los puños sigue siendo de un blanco increíble. La joven tiene una expresión voluptuosa en la cara, y el cuadro lleva un título inequívoco: *Placer*.

*Pipice...* Las mujeres y su fascinación por los pájaros. Excepto la andrógina Frida Kahlo, una mujer que en la pintura parece en realidad un hombre con bigote y cigarrillo en la mano, los

autores de estas orgías erótico-ornitológicas disimuladas en los cuadros son todos varones. Y, si se hubiera preguntado a las mujeres cuál era su ave favorita, la elección seguramente no habría sido el loro, sino ¡Superman! Es un pájaro, es un avión...

Beba se sentía algo débil a causa de la proyección de diapositivas en su cabeza y el olor del chocolate. Por eso se levantó de la bañera y se fue a buscar la ducha. De paso captó su imagen en un espejo y se estremeció. Parecía un gigantesco búho de chocolate...

—Señora, y ¿el masaje? —gritó tras Beba la mujer de la bata blanca.

—El masaje lo dejamos para la próxima vez —dijo Beba y se metió bajo la ducha. En vez de animarla, el baño había tenido el efecto contrario. Experimentaba la sensación de haber salido de un remolino que le había chupado toda la energía.

Apresurándose para contarle a Pupa cómo era el estúpido tratamiento «Sacher», Beba casi tropezó en la salida con Mr. Shake. Al ver a aquella mujer antipática que despedía un desagradable olor dulzón, Mr. Shake frunció el ceño.

—*Have a nice lay* —dijo amablemente Beba.

Mr. Shake no respondió, solo puso los ojos en blanco y aceleró el paso.

«¡Dios mío, qué tipo más desagradable!», pensó Beba. Porque Beba, sabiendo que Mr. Shake y Kukla aquella tarde iban a jugar al golf, lo único que había querido era desearle un buen día.

Y ¿nosotros? Nosotros corremos hacia delante. Mientras que la vida a menudo nos pisotea, el cuento como un pájaro por el aire revolotea.

### 3

Sí, el hombre ha desarrollado una horrible hambre de vivir. Desde que existe la certeza de que en el cielo no lo espera otra vida, de que los criterios para obtener un visado para el infierno o el paraíso resultan cada vez más dudosos y de que la reencarnación en jabalí o rata no es precisamente un golpe de suerte, el hombre ha decidido aguantar lo máximo posible ahí donde está o, dicho de otra manera, está dispuesto a masticar el chicle de su vida el mayor tiempo posible y a divertirse entretanto haciendo globos. Si se puede creer en las estadísticas, la diferencia es de veras impresionante: a principios del siglo XX, la esperanza media de vida rondaba los cuarenta y cinco años, a mitad de siglo subió a sesenta y seis, para elevarse hoy en día, a principios del siglo xxi, a la bonita cifra de setenta y seis. En un intervalo de solo cien años la esperanza media de vida se ha alargado casi en un cincuenta por ciento. Ciertamente, este auge estadístico se ha producido en las zonas del mundo más tranquilas y ricas. Porque, en la actualidad, en África la gente muere como moscas, probablemente a mayor velocidad y con mayor eficacia que nunca.

El doctor Topolanek estaba sentado solo en la sala de conferencias del hotel y reflexionaba. En la pantalla titilaba la fotografía de Iósif Vissariónovich Stalin. Ese día, el doctor Topolanek pensaba decir algo sobre la idea comunista de la longevidad, pero no tenía a quién decírselo. La sala de conferencias estaba vacía.



Sí, los comunistas eran grandes maestros... El hombre nuevo comunista debía vivir mucho, colectiva y laboriosamente, con la fuerza de su voluntad, y no gracias a la herencia genética. Porque la herencia no se admitía, ni siquiera la genética. Las enfermedades, las depresiones, los suicidios, las debilidades físicas, todo eso lo había inventado la burguesía, los derrotistas y los desertores del frente de la vida. La fe en un mañana híbrido, mejor, impregnaba todos los poros de la sociedad comunista. Michurin y Lysenko velaban para que las frutas que las masas comunistas comieran en el futuro fueran mejores y más grandes. Más tarde todos se rieron de ellos. Y hoy en día todo el mundo devora esas fresas enormes, apestosas e infladas de gas, pero extrañamente ya nadie se ríe, nadie lo cuestiona. ¡Por no hablar de las berenjenas blancas holandesas, que parecen haber salido del huerto de Michurin! Durante el comunismo vivió el célebre caucásico Nicolái Chapkovski, que llegó a la edad de ciento cuarenta años. Los centenarios brotaban en aquella época como setas después de la lluvia, sobre todo en el Cáucaso, respaldando con su longevidad la idea de que su compatriota Stalin viviría si no larga, al menos, eternamente. No vivió ni larga ni eternamente. Oleksandr Bogomólets, el autor del libro *Cómo alargar la vida*, inventó el famoso suero que lleva su nombre. El suero más las transfusiones regulares eran su receta para el rejuvenecimiento. También se rieron de él más adelante, considerando que todo aquello formaba parte de una fantasía megalómana comunista. Hoy brotan a mansalva clínicas de transfusión sanguínea total, y solo los que tienen la cartera bien abultada se pueden permitir el tratamiento del cambio de sangre. También los sueros, un poco mejorados, se encuentran en el menú del día de quienes se lo pueden permitir. Gerovital, la crema de placenta, solo se pudo inventar en el comunismo, donde el aborto era el medio anticonceptivo más popular, y en relación con esto hay que rendir homenaje a la rumana Ana Aslan. Si realmente se elaboraba a partir de placenta o no, no se sabe, pero Charles de Gaulle, Pablo Picasso, Konrad Adenauer, Salvador Dalí, Charlie Chaplin, John F. Kennedy, Omar Sharif y muchos otros peregrinaban a la clínica de Ana Aslan, sin que el comunismo fuera un inconveniente para ellos. La humanidad siempre ha estado obsesionada con la muerte, la inmortalidad y la longevidad. Desde tiempos inmemoriales se han reñido batallas en ese territorio y se siguen riñendo sin que la actividad decaiga. Un enorme ejército de gente —del sector de la medicina, de las farmacéuticas, de la cosmética— atiende a otro ejército cuya aspiración es vivir tanto como sea posible manteniendo el buen aspecto. Tanto unos como otros están estrechamente ligados, como un donante de órgano y su receptor.

Todo estaba en orden con la «teoría» de Topolanek. Pero, como siempre, lo único que la refutaba era la práctica de la vida, impertinente, desobediente e imprevisible. ¡Aparte de la sala ofensivamente vacía, la práctica se presentó en ese momento en la puerta en la figura de una visitante inesperada, una anciana alta y aturullada, que exigía, más con gestos que con palabras, que el doctor Topolanek la acompañara urgentemente al campo de golf! El doctor Topolanek apagó el proyector, agarró su maletín de médico, que siempre tenía a mano, y fue detrás de la alterada visitante.

Y ¿nosotros? Nosotros los seguiremos a toda prisa... La vida está llena de vacilaciones y sospechas, y el cuento alrededor de la fábula acecha.

Mientras caminaban hacia el campo de golf, Mr. Shake le explicaba animadamente a Kukla el sentido de su existencia. Parecía el cajón de un tocador femenino del que saltaban nubes de polvos. Mr. Shake se ahogaba en la polvareda de sus propias palabras, y a Kukla le daba pena, igual que se la daba toda la gente que basaba la razón de su existencia en el trabajo. Ese hombre jadeante, esa máquina humana que producía palabras, movimientos y gestos, a Kukla le resultaba simpático hasta que la conversación se detuvo en Rosie, la hija de Mr. Shake...

—Rosie, desgraciadamente, es incompatible...

—¿Qué quiere decir con incompatible? —preguntó Kukla.

—Es nuestro deber convertirnos en seres mejores y más perfectos de lo que Dios nos hizo, ¿cierto? —dijo Mr. Shake.

—Yo no veo que a su hija le falte nada... —dijo Kukla.

—Por desgracia, no le falta nada, al contrario, le sobra...

—Es una moza rolliza, nada más...

—Y eso podría ser la fuente de su futura infelicidad. Desafortunadamente, vivimos en tiempos en los que un pequeño sobrepeso determina nuestra trayectoria vital...

No podía decirse que Mr. Shake no se preocupara de su hija. Se trataba, sin embargo, de la preocupación por un producto, y Rosie era, en opinión de Mr. Shake, aunque por supuesto nunca lo reconocería, una suerte de mercancía defectuosa.

—Y ¿su mujer?

—Mi difunta mujer... Era perfecta... Como usted... —dijo Mr. Shake.

Era perfecta hasta que se estropeó. Naturalmente, Mr. Shake no utilizó la palabra *estropearse*, dijo «enfermó», pero pensaba «se estropeó». El mecanismo ya no funcionaba como era debido y Mr. Shake había hecho todo lo que estaba a su alcance para arreglarlo. Por desgracia, no lo consiguió.

—Qué extraño... —dijo Mr. Shake.

—¿Qué es extraño?

—Con usted me siento como si estuviera al lado de un ventilador... —dijo y añadió—: En un caluroso día de verano, por supuesto...

Mr. Shake se animó extraordinariamente cuando llegaron al campo de golf, y era obvio que eso se debía a que el papel de maestro era un halago para su vanidad. Kukla no tenía ni idea de golf y Mr. Shake le explicó las reglas del juego. Aunque a Kukla siempre le había parecido absurdo — pasear por el césped con un palo en la mano y lanzar bolitas dentro de un hoyo—, ahora le encontró un sentido, pero este sentido consistía exclusivamente en pasar un rato al aire libre.

Eran una pareja incompatible. La mujer, alta y huesuda, enarbolando un palo de golf, caminaba con sus grandes pies por el césped soleado como una suerte de caballero medieval femenino. Su compañero de juego, un hombre más bien bajo y de respiración corta, recorría resueltamente la superficie verde como si fuera una máquina cortacésped. Kukla lo observaba: él comentaba algo, blandía el palo, gesticulaba, le enseñaba los movimientos, la obligaba a repetirlos, agitaba los

brazos y golpeaba la bola con el palo...

Mientras que Mr. Shake estaba obsesionado con la idea de que habría que convertir todos los cuerpos incompatibles en compatibles, Kukla siempre había pensado que había demasiado ruido en este mundo y se divertía imaginando qué hermoso sería tener el poder de controlar el ruido, de apagar a los parlanchines como si fueran radios, de poner amortiguadores en los sonidos estridentes, de subir el gorjeo de los pájaros y bajar las sirenas de las ambulancias... Cuando esperaba la luz verde en los semáforos, fantaseaba que paraba por un momento el tráfico y cruzaba tranquilamente la calle. Eran fantasías infantiles, sus *day dreamings*, sus salidas de emergencia... A veces estas ensoñaciones diurnas eran tan fuertes que le parecían reales. Cuando era niña, la fuerza de la imaginación era tal que realmente sucedían cosas a su alrededor: algo se movía, chirriaba, se volcaba, caía al suelo... Con el paso del tiempo aprendió a moverse con cautela por el mundo, como si pisara huevos, silenciosa y taciturna como una sombra, acompañada por unas corrientes de aire cuyos orígenes desconocía.

Vamos, decía Mr. Shake, golpee la bola. A Kukla le parecía que se encontraba mucho más lejos de lo que realmente estaba. Por Dios, vamos, gesticulaba el hombre en el horizonte verde, y Kukla por fin levantó el palo, golpeó la bola, la bola empezó a girar en el aire y voló. El hombre saltó de alegría, bravo, un golpe perfecto, apretó el puño y señaló hacia Kukla con el pulgar levantado, alabándola por el buen golpe. La bolita se detuvo por un instante en el aire, o tal vez solo fuera la impresión de Kukla, y luego aceleró con toda su fuerza y se clavó en la boca abierta de par en par del hombre, que cayó al suelo como derribado.

Cuando Kukla llegó hasta él, Mr. Shake yacía inmóvil en la hierba. La bola había chorreado de su boca como si fuera saliva y ahora estaba inerte al lado de su cabeza como una suerte de monumento sepulcral en miniatura. La muerte de Mr. Shake había estado agazapada en una inocua bola de golf.

Kukla salió disparada hacia el hotel para buscar al doctor Topolanek. Juntos regresaron al lugar donde yacía el cuerpo de Mr. Shake. A Kukla le pareció que entretanto el cuerpo había empequeñecido. Durante esos diez minutos, el tiempo que necesitó para avisar al doctor Topolanek, el cuerpo de Mr. Shake se había encogido y, si es cierto que existe un alma que se separa del cuerpo después de la muerte, entonces el alma de Mr. Shake pesaba como una cincuentena de bolas de golf.

—¡Infarto! —constató el doctor Topolanek.

Y luego —arreglándose con la mano el cabello, que tenía revuelto como si un secador invisible lo hubiera despeinado— se volvió hacia Kukla y añadió...

—Espero que este desagradable detalle no le haya quitado para siempre las ganas de jugar al golf. El golf es un deporte realmente bonito...

Y ¿nosotros? Nosotros, sin pararnos, seguimos adelante. Mientras que en la vida todos podemos estar en el punto de mira de algún chalado, el cuento vuela cual Hermes con su casco alado.

Mientras que el cuento discurre fácil y rápidamente, la realidad no suele tratarnos de un modo tan placentero. Esta vez, sin embargo, la realidad superó en rapidez y facilidad al cuento. Y he aquí cómo sucedió... Antes del viaje, Beba había cobrado su pensión, había sacado unos pequeños ahorros que tenía en el banco y lo había cambiado todo en euros. En la sucursal le dieron un billete de quinientos euros y algo de calderilla. Sin pensarlo más Beba cogió el billete. Cómo iba a imaginarse las dificultades que iba a tener en un país miembro de la Unión Europea para cambiar el maldito billete de quinientos euros.

En la recepción le dijeron que lo intentara en la oficina de cambio, y en la oficina de cambio del hotel le aconsejaron que lo intentara en los bancos locales. Recorrió dos o tres sucursales, y todos le dieron la misma respuesta: que lo cambiara en la sucursal de su banco.

—¡Pero mi banco está en Zagreb!

—Y ¿por qué no lo ha cambiado allí?

—Fue allí donde me dieron este billete...

—Y ¿por qué no usa su tarjeta de crédito?

—No tengo...

—¿Viaja y no tiene tarjeta de crédito?

—¿Desde cuándo todo el mundo tiene tarjeta de crédito?

—Menos mal que nos lo ha dicho, porque quizá le habríamos cambiado el billete, pero únicamente presentando una tarjeta de crédito...

—Tengo pasaporte.

—El pasaporte ya no es un documento relevante. Ya sabe, ¡hoy, pagando, cualquiera consigue ilegalmente un pasaporte!

—Y ¿qué debo hacer?

—Inténtelo en la oficina de cambio...

Beba lo intentó en varias oficinas de cambio. Le dijeron que los billetes de quinientos euros tienen mala fama.

—¿Por qué?

—Han aparecido falsificaciones...

—Pero tendrán ustedes esos aparatos que verifican la autenticidad de los billetes.

—Tenemos, pero no sirven, desde que han aparecido las falsificaciones norcoreanas...

Beba quiso preguntar qué relación tenía ella con Corea del Norte, pero desistió. Estaba claro que no serviría de nada.

Y todo había empezado porque Beba quería comprar tinte para el cabello, para teñir las canas que de repente había visto centellejar en el espejo del spa al terminar el baño de chocolate. Para una nimiedad como esa realmente no podía pedir dinero a Pupa. Además, Beba quería tener algo de dinero propio, para sus pequeños caprichos, para un café y un zumo, o para tinte...

En fin, de camino al hotel sin haber conseguido su propósito, Beba entró más por casualidad que premeditadamente en el casino del hotel. En la puerta, la sacudió un fuerte rumor de voces

humanas mezclado con los sonidos metálicos de la ruleta. Beba tuvo por un instante la sensación de estar en una jaula de monos, pero, como se consideraba a sí misma una persona a la que nada humano le es ajeno, se detuvo junto a la primera mesa de ruleta, inmediatamente a la entrada, para ver en vivo lo que antes había visto solo en películas.

La mayoría de los jugadores ponían billetes de cincuenta euros en la mesa. Bueno, algunos ponían también billetes de cien euros. El crupier recogía el dinero y lo metía en una ranura, donde los billetes desaparecían a la velocidad del rayo. Luego repartía a los jugadores unas fichas redondas de plástico de muchos colores, y los jugadores las colocaban encima de diferentes números. Después el crupier hacía girar la ruleta con una bolita dentro, decía algo en francés y pasaba la mano sobre la mesa sin tocarla como si limpiara unas migas invisibles. Eso significaba que a partir de ese momento ya nadie podía poner fichas en los números ni cambiarlas de sitio. La ruleta iba frenando poco a poco y la bolita acababa en una casilla con un determinado número.

A Beba le gustó el asunto, y se le ocurrió que también podía probar suerte y de paso cambiar el dichoso billete de quinientos euros. Enfrente, al otro lado de la mesa, estaba sentado el hosco rufián ruso de pelo revuelto que se había mofado de ella en el spa. Sujetaba en la mano una copa y mordisqueaba un habano. Beba, que se había situado en un segundo plano porque no quería llamar la atención, susurró discretamente al crupier que le gustaría comprar fichas por valor de cincuenta euros y le rogó que le devolviera el importe restante en efectivo. Depositó su billete en la mesa. El crupier asintió con la cabeza, cogió el billete, lo metió en la ranura y el billete desapareció a la velocidad del rayo. Al contrario de los otros jugadores, que habían recibido un montón de fichas, Beba, para su gran decepción, recibió solo una. La colocó en el número 32. Fue el primer número que se le pasó por la cabeza, sin un significado concreto, era el número de su portal en el bloque donde vivía. Y, cuando Beba pensaba que el crupier le iba a devolver el resto del dinero, este hizo girar la ruleta y barrió la mesa con la mano sin tocarla, diciendo algo en francés. La bolita rodaba y rodaba, y finalmente se detuvo en el número 32. En vez de las fichas redondas multicolores, Beba recibió un fajo de fichas de plástico cuadradas, también de colores muy vivos. Las personas que observaban el juego comentaban lo ocurrido, pero Beba no las entendía. A causa del rumor que rompía contra ella como una ola, sintió un leve mareo. Y realmente, como si algo les hubiera sucedido a sus oídos, oía todo como a través de algodón. Beba seguía atentamente las manos del crupier con la esperanza de que le devolviera el resto del dinero. Le susurró otra vez al oído que le diera las vueltas y el crupier asintió con la cabeza, Beba colocó sus fichas de plástico multicolores de nuevo en la 32. En aquellas circunstancias realmente no se le ocurría otro número, y además lo tenía delante de sus narices. Y de nuevo, sin que le diera tiempo a pensárselo ni a intercambiar palabra con el crupier, este barrió la mesa con la mano como si limpiara unas miguitas invisibles y dijo algo en francés. La bolita rodaba en la ruleta y, cuando la rueda se paró, la bolita estaba de nuevo en la casilla del número 32. Beba estaba completamente ensordecida por el rumor y los gritos, y seguía sin entender nada. El crupier le entregó un fajo todavía mayor de fichas de plástico multicolores de forma cuadrada. Beba las recogió antes de que terminaran de nuevo en la mesa y le dijo al crupier, ahora en voz alta, que le devolviera sus cuatrocientos cincuenta euros. El crupier le dijo que podía recoger el dinero en la caja... Me lo podía haber

dicho inmediatamente, dijo Beba y, apretando las fichas en la mano, intentó, en el barullo generalizado, encontrar la caja, pero a medio camino la interceptó un señor que llevaba una bandeja con una botella de champán. El señor insistía en entregarle el champán, pero Beba decía que no había pedido nada. Aquí solo quieren birlarte el dinero, pensó, y le preguntó al señor dónde estaba la caja. El señor fue muy amable porque la acompañó hasta allí. La mujer de la caja le pidió a Beba las fichas multicolores y luego le enseñó a cambio un montón de billetes, pero Beba le dijo que quería sus cuatrocientos cincuenta euros.

—¿Quiere que depositemos el resto en su cuenta? —preguntó la señora de la caja.

—Pero mi cuenta está en Zagreb... —dijo Beba.

—Podemos transferir el dinero a su cuenta, si lo desea —dijo la señora.

Beba temía quedarse otra vez sin su dinerillo para café y zumo, y dijo que prefería el dinero en efectivo.

—En tal caso, señora, yo le recomendaría depositar el dinero en la caja fuerte del hotel —dijo amablemente la mujer de la caja.

—Hagan lo que quieran —dijo—, pero le ruego que me den mis cuatrocientos cincuenta euros...

Y entonces el señor que todavía sujetaba la bandeja con la botella de champán le dijo algo a la cajera y esta le dio a Beba un formulario con cifras, que Beba tuvo que firmar enseñando su pasaporte. Beba suspiró aliviada cuando la señora por fin le entregó los cuatrocientos cincuenta euros. El señor le endosó la botella de champán y le estrechó la mano, lo que le pareció más que extraño.

Beba sentía todo el tiempo cierto malestar. Había ensordecido un poco, como si acabara de bajar de un avión. Algo marchaba mal también con su sentido del equilibrio, se balanceaba como si estuviera borracha. Es más, le parecía que en cualquier momento iba a desplomarse. Y justo cuando estaba a punto de desmayarse apareció a su lado Arnoš Kozeny y la cogió del brazo.

—Venga, vamos a sentarnos... Aquí, en el restaurante... ¡Está blanca como la tiza! ¿Se encuentra bien?

—Estoy *tutiplén*, no se *reocupe*... —dijo Beba.

Arnoš llamó al camarero y pidió dos coñacs franceses que el camarero trajo a la velocidad del rayo.

—Bébaselo de un trago, se sentirá mejor —le ordenó Arnoš.

Y Beba se lo bebió de un trago, y realmente se sintió un poco mejor. Si no por otra cosa, al menos porque se le destaparon los oídos...

—¡Pues la felicito de todo corazón! —dijo Arnoš; luego levantó su copa y la chocó contra la de Beba.

—¿Por qué? —preguntó Beba.

—¿Cómo que por qué? ¿Cuánto se ha llevado?, ¡confíese!

—No sé de qué me habla...

—Pues se dice que le ha sacado al casino medio millón de euros y que ha arruinado al ruso...

—¿Qué ruso?

—Lo llaman Kotik, uno de los rufianes y mafiosos locales...

Beba sintió de nuevo una espantosa flojera.

—¿Es cierto lo que me *contenta*...?

—Es usted una mujer pudiente, querida mía —dijo Arnoš.

—¿Yo? ¿*Ardiente*?

—Mire en su bolsito, supongo que le dieron un comprobante...

Beba abrió el bolso, sacó un papel y se lo enseñó a Arnoš. En el papel estaba el sello del casino del hotel, unas firmas, entre otras también la de Beba...

—¡Pues sí! —dijo Arnoš—. Es lo que pensaba, más de medio millón... Exactamente 612 500 euros, libres de impuestos...

—¿Cómo *aconterrió* eso? —dijo Beba en tono lastimero, como si acabara de sucederle una desgracia.

—No lo sé. En todo el tiempo que llevo rondando por este casino, nunca he visto que alguien se llevara tanta pasta de una manera tan rápida, tan eficaz y tan estúpida. ¿No ha visto que todos estaban fuera de quicio?

—¿Por qué iban a estar fuera de *auspicio*?

—Querida niña, usted está en grave estado de *shock*, no sabe lo que dice... —dijo conmovido Arnoš y le devolvió el papel a Beba.

—Guárdese esto, y recuerde el dicho latino: «*Dantur opes nunc nisi divitibus!*». Venga, la acompañe hasta la habitación, porque veo que apenas se tiene en pie...

Beba, completamente exhausta, se apoyó en Arnoš. Le agradecía que hubiera estado ahí ayudándola. Ya tendría tiempo de reflexionar al día siguiente sobre todo lo ocurrido, la almohada era una buena *conejera*...

Aquí tal vez habría que decir que, aparte de su propensión a pronunciar mal las palabras en los momentos de agitación, Beba a veces también soltaba series de números. Por supuesto, sin ser consciente de ello. En una ocasión en que mantenía una relación con un tipejo, este le propinó un sopapo, a saber por qué motivo, y, en vez de devolverle el golpe o romper a llorar o decir algo, Beba empezó a recitar conmovida una serie de números. El tipo era un bribón, un vago, pero no le faltaba imaginación, de modo que anotó los números para jugar a la lotería al día siguiente y, mira por dónde, ganó una buena suma de dinero, cosa que, por supuesto, no le comentó a Beba. Desde entonces la relación empezó a ir cuesta abajo, porque el tipejo la abofeteaba, la asustaba o insultaba con frecuencia, con la esperanza de obtener otra combinación ganadora. Al poco tiempo Beba lo echó de casa, pero el tipo no la dejó en paz hasta que ella inició otro romance, también breve, con un policía.

Y ¿nosotros? Nosotros avanzamos a toda máquina. Mientras que la vida no sabe dónde está babor y dónde estribor, el cuento surca las olas sin ser presa del sopor.

Quién sabe qué es lo que traza el patrón de nuestras biografías. Las vidas pueden ser así o así; sin embargo, la vida de Kukla era simplemente como una película mala. Incluso muy mala. Tal vez lo

que determinó la futura trayectoria de su vida fue un incidente que tuvo lugar mucho tiempo antes, cuando Kukla era una muchachita. Y lo que ocurrió fue cómico o trágico o quizá banal: las valoraciones de este tipo dependen siempre de si uno es protagonista o espectador. En resumidas cuentas, durante su primera relación sexual con un joven, igual de inexperto que ella, Kukla experimentó lo que en medicina denominan un espasmo vaginal. A Kukla, que más tarde aprendió algo sobre el tema, no la consoló en absoluto que el fenómeno no fuera tan estrambótico ni tan raro como la gente pensaba. Y sucedió en una época en la que los psicoterapeutas y terapeutas sexuales apenas existían. Sea como fuere, Kukla enterró este desagradable episodio en las profundidades de su subconsciente y se olvidó de él. El episodio, sin embargo, no se olvidó de Kukla y continuó inmiscuyéndose y escarbando en su vida. Y, para empeorar las cosas, Kukla se casó con el desdichado joven, los unía la vergüenza por el desagradable suceso, pero después de la boda resultó que el muchacho padecía leucemia, y Kukla muy pronto quedó viuda. Una viuda muy joven, además.

Kukla se licenció en Lengua y Literatura Inglesas, encontró empleo como profesora de Inglés en una escuela secundaria y se quedó estancada durante toda su vida laboral en la misma escuela, hasta jubilarse. El segundo marido de Kukla era quince años mayor que ella, un importante político, pero poco tiempo después de la boda sufrió un derrame cerebral, y Kukla se pasó los siguientes diez años cuidando de un marido reducido más o menos a una planta de interior exigente. Muy exigente, incluso.

Después de la muerte del segundo marido, Kukla se casó por tercera vez, en esa ocasión directamente con un inválido, un escritor famoso, que tras caer por una escalera se había quedado atado para siempre a una silla de ruedas. El escritor era un poco mayor que ella y, a la edad de sesenta años, Kukla enviudó por tercera vez.

Kukla era una persona silenciosa y serena, irradiaba tranquilidad, nunca hablaba de sí misma y nunca se había quejado de nada, de manera que no había motivo alguno para que la gente no la quisiera. No tenía hijos. Bien es verdad que estaban los hijos de su segundo y de su tercer marido, nacidos de matrimonios previos, pero ya eran adultos, vivían su propia vida y no se relacionaban demasiado con ella.

Aunque Kukla nunca lo habría reconocido, los maridos le servían de escudo: siendo una mujer casada, tenía una prueba fehaciente de que con ella todo estaba en orden. Pero también ella les servía de escudo a sus maridos, aunque habría jurado hasta la saciedad que no era cierto: estar casado con una mujer semejante era una muestra más que palpable de que con ellos todo estaba en orden. Si lo hubiera deseado, Kukla se podría haber casado cincuenta veces, sus cualidades, las que transmitimos a los demás sobre nosotros mismos, se cotizaban mucho en el mercado de imágenes. Era una mujer perfecta, una mujer cobertura, una mujer prótesis, una mujer disfraz. Y además se conformaba con este papel, no tenía exigencias ni intentaba llamar la atención. Era femenina, pero no provocativa, abierta hasta cierto límite, amable, pero no empalagosa. Y, lo más importante, a pesar de su estatura superior a la media, Kukla parecía frágil y enseguida despertaba en los hombres un instinto protector. Y luego, quizá precisamente por su estatura, y por el hecho de



que elegía a los inválidos como protectores, rápidamente se producía un intercambio de papeles, y los hombres encontraban en Kukla una protectora, una enfermera, una madre, una amazona, una mujer subrogante y quién sabe cuántas cosas más, y todo en el mismo paquete.

En lo que respecta a la propia Kukla, ella veía las cosas de la siguiente manera: las hadas que predicen el destino le habían deparado uno basado en una «broma de mal gusto», y ella hacía todo lo posible para que esta «broma» no saliera a la luz del día. Había enterrado a tres maridos y, casi en sentido literal, seguía siendo virgen. Se torturaba a sí misma, se subestimaba y en general se percibía como una «sepulturera». Le parecía que todo lo que tocaba se convertía en piedra, o bien ya estaba muerto. ¡Cuidadas por sus manos, ni siquiera prosperaban las flores del balcón! Estaba convencida de que bajo su mirada perecían incluso los cactus en el alféizar de la ventana. Por algún motivo, a Kukla le afectaban particularmente aquellos cactus secos en el alféizar...

Y, entonces, un día apareció el joven... Escribía una tesis doctoral sobre el marido de Kukla, el escritor Bojan Kovač. Le interesaban muchos detalles, la vida de aquel hombre «enigmático» estimulaba su imaginación juvenil. Lo que más despertaba su curiosidad era si había textos póstumos del «gran escritor». Lo perseguía la idea de lo no expresado, en lo que, según su opinión, se basaba la obra de Kovač, tanto más porque él escribía precisamente su tesis doctoral sobre eso, sobre lo que no se terminaba de expresar como elemento constitutivo de la novela. «Kovač es la Mona Lisa de la literatura croata —afirmaba el joven—. La sonrisa misteriosa de su prosa es clave para la lectura de su obra.»

Kovač no había dejado absolutamente nada, y Kukla lo sabía mejor que nadie. Los últimos años de su vida no había podido escribir por culpa de la enfermedad. Vivieron del sueldo de Kukla y de sus casi inexistentes derechos de autor. Difícilmente podría haber escrito algo, porque a su invalidez con el tiempo se sumó una diabetes, y luego también el alzhéimer... «¿Es posible que no haya dejado nada?», preguntó el joven. «¿Por qué piensa que no ha dejado nada? Al contrario, ha dejado... muchas cosas...», dijo Kukla. «Puedo ayudarla a ordenar el archivo», se ofreció amablemente el joven. Había mucho material; en los últimos años, Kovač no había sido capaz de escribir por sí mismo debido a la artritis, por lo que dictaba y ella lo escribía en el ordenador, dijo Kukla. Había sido la mecanógrafa de Kovač, trabajaban una media de diez horas al día, sobre todo al final, porque Kovač se empeñaba en concluir... esa novela, añadió. «¿Qué novela? ¿Puedo verla?» «Por supuesto, pero no inmediatamente, necesitará tiempo para ordenar el manuscrito...» «¿Me puede decir el título de la novela?» «Oh, sí —dijo Kukla—, *La rosa del desierto* es el título provisional...» «*La rosa del desierto*, hummm, un título raro, femenino, se adapta más a una novelita de amor barata que a Kovač», comentó el joven.

Y así fue como Kukla empezó a escribir. Más tarde se le ocurrió que el legado de Kovač podría contener muchas más cosas, digamos una breve novela de amor, o una novela ensayo muy interesante que había escrito tiempo atrás, anticipando acontecimientos que todavía no habían sucedido. Sí, Kukla sabía que el derecho de Kovač a una segunda vida estaba en sus manos, que dependía solo de ella.

Pero entonces, cuando apareció el joven, Kukla no tenía más que una cosa en mente: retener tanto como fuera posible su atención. Y lo consiguió, solo por un tiempo, ciertamente, aunque con eso le bastó. Aquel joven era inteligente, se doctoró sin haber visto la obra póstuma de su escritor favorito, y luego obtuvo una beca, se fue a los Estados Unidos, y allí se le perdió el rastro.

Teniendo en cuenta que la vida de Kukla de todos modos se parecía a una película muy mala —o al menos así lo creía ella—, esperamos que aguante esta pequeña observación: Kukla nunca olvidó el interés del joven. Su interés fue como el rocío que se posaba sobre una rosa del desierto y la introducción a la segunda vida de Kukla.

Y ¿nosotros? Bueno, mientras que las historias de la vida se dilatan y enmarañan, las nuestras sin pausa al final se desentrañan.

## 7

No es verdad que Mevludin no supiera nada de inglés. Sabía, por supuesto que sabía, y mucho. Por eso le dijo a la muchacha que lloraba amargamente delante de él...

—*I am sorry. I understand the full extent of your damage...*

Mevlo sabía el inglés de la BBC y de la CNN y era capaz de pronunciar elocuentemente frases como esta: *There has been no let-up in the fighting in Bosnia. Heavy shelling continued throughout the night...* Mevlo sabía un montón de cosas, lo que era una *peace negotiation*, y qué era un *ceasefire*, y el significado de *the ceasefire appears to be holding...* Además, sabía qué es un *sporadic gunfire, progress toward a settlement, explosion, wail of sirens of ambulances, horror of the early morning blast*, sabía qué significaba *a pool of blood, reminders of horror* y muchas, muchas cosas más.

Por eso le dijo a la muchacha...

—*Stay calm but tense...*

Mevlo recordó la frase *The atmosphere on the city remains calm but tense as the ceasefire appears to be holding*, y estaba seguro de que sus palabras la iban a consolar. La muchacha lo miró horrorizada, como si tuviera enfrente unos calcetines apestosos, y continuó con sus lloriqueos...

Mevlo pensaba en lo que podía hacer para consolarla. Entonces se acordó de aquel cheque que le había dado Mr. Shake, y lo sacó del bolsillo de la chaqueta, tocó el hombro de la joven y le dijo...

—¡Mira! *Take it...*

La chica le lanzó la misma mirada, como si tuviera unos calcetines apestosos delante de la nariz, plantó los codos en la mesa, cruzó los brazos y posó la cabeza en ellos como si fueran almohaditas y continuó llorando.

—*Look...*

Mevludin rompió el cheque en pedacitos y los tiró al aire como confeti. La muchacha, con asombro, miró un instante los papelitos que volaban por el aire, dejó de llorar, pero luego se

acordó de que estaba llorando, de manera que volvió a posar la cabeza en los brazos cruzados como una almohada sobre la mesa y continuó gimoteando.

Mevludin observaba sus bonitos hombros redondos, que temblaban por los sollozos. Se sintió impotente.

—No sigas así, mujer, deja de llorar, te desharás en lágrimas. ¿Qué me quedará de ti? ¡Un charco de agua!

Y entonces Mevlo pensó que la muchacha tenía hambre, seguramente no había comido en todo el día, y él tenía en la bolsa su desayuno, del que se había olvidado, un huevo duro y una rebanada de pan. Mevlo puso delante de la chica el huevo duro y la rebanada de pan. Ella sacó por un instante la cara de la cabellera cobriza, y luego apoyó de nuevo la frente en los brazos. Los gemidos, al menos así se lo parecía a Mevlo, eran ahora un poco más débiles.

Mevlo cogió el huevo y empezó a pelarlo. Y, mira por dónde, mientras pelaba el huevo, como un relámpago en medio de un cielo despejado, a Mevlo le vino a la mente el recuerdo salvador. Un cliente había exigido que le pusieran durante el masaje su canción favorita, y de paso le explicó los versos y así Mevlo los memorizó. Al despedirse, el cliente le regaló incluso el CD...

—*You're my thrill...* —recitó Mevlo.

Los sollozos cesaron, pero la chica no se movió.

—*You do something to me...*

La chica se quedó silenciosa como un ratoncito.

—*Nothing seems to matter...*

Ella seguía callada.

—*Here's my heart on a silver platter...* —dijo él ofreciéndole el huevo.

La muchacha despegó la frente de la mesa y, sin mirar a Mevlo, cogió el huevo con sus sonrosados dedos infantiles. Primero mordió apáticamente un extremo, y luego continuó mordisqueándolo, con la mirada fija en un punto imaginario delante de ella. Mevlo desmigaba el pan con los dedos. Como bajo una lupa, vio que en el labio de la joven temblaba una pizca de yema de huevo. Del ojo de la muchacha se deslizó una lágrima rezagada y se detuvo en la pizca de yema. Mevlo arrancó un cachito de pan, recogió el trocito de yema junto con la lágrima y se lo metió en la boca... La muchacha lo miraba con los ojos abiertos de par en par...

En ese mismo instante, Mevlo sintió que esa tensión localizada unos diez centímetros por debajo del ombligo disminuía. Como si una carga muy pesada se hubiera desprendido de él y hubiera caído imperceptiblemente al suelo. Mevlo sabía muy bien lo que había pasado... Igual que aquella granada desgraciada lo había hechizado, la muchacha con el huevo en la mano lo había librado del hechizo.

—*Where is my will, why this strange ceasefire...* —susurró Mevlo.

La muchacha sonrió. Las pecas de cobre en su cara relucieron con un brillo extraño, y sus ojos verdes un poco separados fulguraron como dos lagos...

## CUARTO DÍA

### I

A la mañana siguiente, Beba acudió rauda al centro de bienestar para invitar a Mevludin a la pequeña celebración.

—¡Enhorabuena! Ya me he enterado... —dijo Mevludin cordialmente—. Y ¿qué vas a hacer ahora, pobrecita? —añadió con preocupación, como si la ganancia en el casino fuera una gran desgracia.

—Ni idea. Y tú ¿qué tal? —preguntó Beba a Mevludin, que en realidad esperaba su pregunta con ansiedad.

—¡La polla ha caído! —dijo alegremente.

—¿Cómo que ha caído?

Y Mevlo le contó a Beba lo ocurrido la noche anterior cuando consolaba a Rosie.

Beba quiso decir algo como «felicidades», pero le pareció inapropiado, y solo dijo...

—Ahora ya no te falta nada...

—¡Que te lo has creído! Justo ahora me falta... —suspiró el joven.

—Vente a la piscina y hablamos... —dijo Beba.

El doctor Topolanek había sido sumamente comprensivo con la idea de las tres clientas, tanto más porque dicha comprensión había resultado premiada con un respetable fajo de billetes. Topolanek ordenó que se colgara un cartel con el aviso de que la piscina estaría cerrada por la reparación de una avería repentina, de modo que las tres viejas damas tuvieron todo el espacio solo para ellas. El personal del hotel, entre risas burlonas, traía jarrones con flores, elucubrando sobre cómo iban a divertirse en la piscina aquellas tres ninfas envejecidas. En cuanto Beba les puso una considerable propina en la mano, todos adoptaron de repente un semblante serio y empezaron a acarrear las flores con solemnidad, como si fueran a un entierro. También trajeron un flotador especial, en forma de tumbona, pensada para personas mayores e incapacitadas. Beba encontró en la tienda local un traje de baño de niña de una pieza, con un estúpido estampado de los Teletubbies, pero aquello era mejor que nada, pensó, así que problema resuelto. Embutieron a Pupa en el bañador infantil, la envolvieron en el albornoz y la llevaron en la silla de ruedas hasta la piscina. Pupa insistió, tozuda, en no quitarse las medias blancas hasta la rodilla, ya que no podía entrar en el agua con la bota peluda. El personal acomodó a Pupa cuidadosamente en la tumbona en forma de letra S horizontal, y luego la empujaron para que flotara en el agua. Beba encargó champán y una rica selección de dulces de la pastelería del hotel, y todo se dispuso en

bandejas al borde de la piscina. En el recinto quedó solo un joven camarero, que abrió la botella de champán, llenó las copas y se retiró discretamente.

—¡Pues a nuestra salud! —dijo Beba con una sonrisa. Las tres brindaron. El agua estaba agradablemente caliente, el champán frío. Beba cogió de una de las bandejas en el borde de la piscina un pastelito redondo de chocolate y se lo metió en la boca.

—¡Chicas, esto es fantástico!

Luego colocó en un platito de porcelana unos pastelitos para Pupa.

—Mmmmmm... —murmuró Pupa con placer y se zampó en pocos segundos todos los pastelitos.

A Beba y a Kukla les asombró el repentino entusiasmo de Pupa por los dulces. Si alguien mostraba un entusiasmo constante por la comida, esa era Beba...

Durante unos instantes Beba se entristeció. Por primera vez experimentaba en sus propias carnes el poder del dinero. Nunca en su vida había tenido más que su sueldo, vivía de mes en mes, por lo que no tenía motivos para reflexionar sobre el dinero. El dinero es como un caro abrigo de pieles, pensó. A una mujer con abrigo de pieles la gente la trata de manera muy distinta que a otra en chándal, y nadie podía convencerla de lo contrario...

—El dinero es como una varita mágica —dijo Beba.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kukla.

—¡En cuanto enseñas la pasta, la gente que hasta entonces te había mirado como basura de repente te trata como si fueras Kate Moss!

—*Ich deck mein Schmerz mit mein Nerz!*[5] —dijo Pupa.

—La gente, sencillamente, te respeta más —continuaba Beba con sus mantras.

—¡El dinero es una mierda! ¡Las personas son como moscas! ¡Y qué es lo que más atrae a las moscas sino la mierda! —Y así Pupa zanjó la conversación.

Al principio Beba se ofendió un poco porque Pupa y Kukla no se mostraban particularmente alegres por su éxito en los juegos de azar. Tuvo la idea de organizar esta pequeña celebración para agasajarlas, pero ellas permanecían indiferentes, o eso era lo que a Beba le parecía. Y luego se le ocurrió que aquel dinero de todos modos no era mérito suyo, sino un premio fortuito. Entonces, ¿por qué tendrían que felicitarla y elogiarla? ¿Por un estúpido golpe de suerte?

En aquel instante irrumpió en la piscina Mevludin, que obviamente se había escapado del trabajo, porque llevaba su «traje de faena».

—¡Míralas! Pero, mujeres, ¿cómo habéis empezado la juerga sin mí?

—Ven, te estábamos esperando... —gritó alegre Beba.

Mevlo se acercó al invisible camarero, cogió una copa de champán y luego, quitándose las chanclas, entró despacio en el agua con sus pantalones orientales, su chalequito y el turbante en la cabeza...

—Bueno, señoras, ahí estáis, remojándoos en la piscina como pepinillos en vinagre... ¡Va por vosotras, bellezones! También brindo por mi abuela. Precisamente hace unos días le envié dinero para que se haga una dentadura nueva y buena, para que no vaya por ahí chocando diente con diente como unas castañuelas —parloteaba Mevludin. Y entonces se detuvo estupefacto...

Al toparse con la pequeña anciana flotando en la tumbona, con sus calcetines blancos hasta la rodilla y un bañador desde el que lo observaban los Teletubbies, a Mevludin le pareció por un instante encontrarse frente a una divinidad ancestral...

—Discúlpeme, señora, por ser tan parlanchín —dijo Mevludin.

La señora le tendió con gracia casi juvenil su pequeña mano descarnada. A Mevludin lo conmocionó esa mano semejante a una garra de ave, y se sintió aún más avergonzado por su verborrea.

—Oh, Mevlo, querido, qué alegría verte —dijo Beba alegremente, decidida a hablar con Mevlo con la familiaridad con que se trata a los paisanos.

—Queridas señoras, no os falta de nada: a remojo en la piscina y tomando champán. — Mevludin abrió de nuevo la boca, pero esta vez se dirigió sobre todo a Beba.

—Pero tú también bebes y te bañas —dijo Beba.

—Quizá me esté dando un remojón, pero no lo disfruto...

—Y ¿por qué? —preguntó con gran curiosidad Pupa.

—Ella lo sabe... —dijo Mevludin y señaló con el dedo hacia Beba.

—¿Quieres que se lo diga? —preguntó Beba.

—Díselo, mujer, no tengo nada que ocultar. Se ocultan las cosas buenas, pero la desgracia patatea por salir a la luz y mostrarle a todo el mundo su trasero desnudo.

—Mevlo se ha enamorado —explicó Beba.

—¿De quién? —preguntó Pupa.

—Pues ya sabes, de la pequeña americana, te lo contamos...

—Ya veo, ¡se lo has cascado a todo el mundo! —se enfadó Mevlo.

—¡No es verdad, te lo juro por mi madre, nadie lo sabe excepto nosotras tres!

—Lo sabe también Kukla...

—Pues eso son tres, ¿o no...?

Las mujeres se rieron a carcajadas.

—Eso es, desternillaos, y ¿yo qué? —dijo Mevlo.

—¡En serio, no me parece bien troncharnos de risa mientras la muchacha acaba de perder a su padre! —dijo Beba.

—Que en paz descanse el difunto Mr. Shake... —dijo Mevlo.

—¿Cuándo ha sido? —preguntó Pupa.

—Ayer.

—¿Cómo?

—Estiró la pata...

—¿Cómo?

—Lo asfixió una bola de golf...

—¡Qué graciosa manera de morir! —dijo Pupa.

Kukla apuraba silenciosamente su champán mientras Mevlo, Beba y Pupa comentaban la «graciosa» muerte de Mr. Shake y filosofaban sobre el tema de que «hoy estamos aquí, y mañana ya no». Parecía que la conversación no le interesaba demasiado. No obstante, se estremeció un poco cuando llegó a sus oídos el comentario de Pupa...

—Qué bien. ¡Ahora nada se interpone en su camino a la felicidad! —decía Pupa retorciendo su largo cuello y dirigiendo su mirada clara hacia Mevludin.

«¡Cómo ha revivido de repente!», pensó Kukla, preocupada por la inopinada locuacidad de Pupa, quien, por lo general, se limitaba a dormitar y callar. Esta repentina vivacidad no presagiaba nada bueno...

—Yo, yo me interpongo en el camino como un tronco... —respondió Mevlo.

—Mevlo piensa que no es suficientemente bueno para la muchacha, que no sabe inglés, lo cual es cierto, y que le falta delicadeza —aclaró Beba.

En ese instante Pupa se alzó un poco en su tumbona y preguntó en tono serio:

—¿Se hurga usted la nariz en presencia de la muchacha?

—¡Pues claro que no, se lo juro por mi abuela! —exclamó, estupefacto por la pregunta.

—¿Es usted tacaño? —continuó Pupa.

—No lo soy, se lo juro por mi madre...

—¡Recuerde, no hay cosa peor que un hombre tacaño!

—No soy tacaño, se lo juro por Tito...

—¿Habla sin parar en presencia de la muchacha?

—Bueno, a mí me gusta parlotear, no lo puedo negar, pero me controlo. Y además no hablo inglés —respondió Mevlo con sinceridad.

—Es guapo como Apolo, no se hurga la nariz, no es tacaño y no habla demasiado. ¡A usted no le falta nada! —dijo Pupa con el tono de un médico seguro al cien por cien de su diagnóstico.

A Beba le dio un ataque de risa. También Kukla se rio, pero como alguien que está empezando a aprender el arte de reír. Lo que salía de su garganta era un ruido parecido a un relincho.

—¿Quién es este Apolo? —susurró Mevlo a Beba.

—Solo quiere decirte que eres muy guapo, y que no ve dónde está tu problema...

—De qué me sirve, si tengo un cerebro de mosquito... —dijo Mevludin, dirigiéndose a Pupa.

—¡Tu cerebro está en las manos! —lo defendió Beba.

—Beba tiene razón. ¿Sabe usted cuántos niños he traído yo al mundo con estas manos mías? —dijo Pupa y por algún motivo extendió la palma de una mano.

Mevludin contemplaba con profundo respeto a esa viejecita en su tumbona que le recordaba a una gallina sagrada, ya que por un momento había tenido la sensación de que, en vez de abrir la mano, la anciana había extendido una de sus alas...

—Pues no sé qué decirle, señora, enséñeme usted cómo mejorar mi situación. Usted es mayor, más sabia, tiene estudios, y, digo yo, seguramente recuerda algo de lo que aprendió —dijo Mevlo, evidentemente maravillado por el personaje que tenía delante.

Beba se apartó durante unos instantes y observó la escena. Sumergido en la piscina hasta la cintura, el joven con los anchos pantalones orientales, el chalequito sobre el torso desnudo y el turbante en la cabeza miraba inmóvil y con respeto a la viejecita con el bañador infantil de los Teletubbies, que flotaba en la tumbona en forma de S horizontal. La ancianita parecía una gallina y el joven, un héroe de *Las mil y una noches*...

—Y ¿si pedimos otra botella de champán? —propuso Beba.

Aquí hay que añadir que en la realidad los acontecimientos se desarrollaban con más lentitud. La realidad del cuento, sin embargo, rara vez se corresponde con la realidad de la vida. O dicho de otra manera: en la vida el gato suda para cazar a su presa, mientras que el cuento, como una bala, va directo a la diana sin sorpresas.

Mevlo hizo una seña al invisible camarero para que trajera otra botella de champán. Llenaron las copas, tomaron un sorbo, y entonces Beba, que había decidido firmemente ayudar a Mevlo, propuso con solemnidad:

—Veamos: ¡que cada una de nosotras elija y describa al hombre perfecto! Así Mevlo verá con más facilidad qué es lo que le falta.

Las mujeres se miraron. Quién sabe cuándo habían mantenido por última vez una conversación semejante. ¿En el patio del colegio? Beba, era evidente, había tomado demasiado champán y se había vuelto infantil. Y, no obstante, ocurrió algo completamente contrario a las expectativas de todos los presentes. Aunque nadie había esperado de ella una respuesta, y mucho menos inmediata, Pupa dijo...

—El hombre ideal es Superman.

—¿Por qué Superman? —preguntó Kukla

—¡Porque Superman es el mejor medio de transporte, el más rápido, el más barato y el más cómodo! —dijo Pupa, y sus ojos grises chispearon con brillo juvenil.

—¿Solo porque vuela? —preguntó Beba.

—Y también porque es un *handyman*...

—¿Qué es esto de los *handimen*? —le preguntó Mevlo a Kukla.

—Un manitas, una persona que tiene manos de oro y puede reparar cualquier cosa en el hogar.

—Superman puede soldar una tonelada de acero con una mirada, así que ¿cómo no va a arreglar un horno, una batidora o un desagüe atascado? También te puede servir como centro de diagnóstico privado, para que no tengas que fastidiarte con las colas en los hospitales. ¡Cuando te mira con esa mirada de rayos X suya! —parloteaba Beba.

—Hay algo más —dijo Pupa.

—¿Qué?

—Superman es el manitas del mundo. Lucha contra el mal...

—¡Igual que Tito! —agregó Mevlo.

Aquí hay que aclarar tal vez que Mevludin era de esos bosniacos que apreciaban a Tito, el presidente de la antigua Yugoslavia hacía ya tiempo fallecido, y que estaban convencidos de que, si Tito hubiera estado vivo, no habría estallado la guerra en Yugoslavia, por lo tanto, tampoco en Bosnia, ni habría caído la desgraciada granada que había cambiado su vida de golpe.

Mevlo se entristeció.

—No estoy cualificado...

—¿Por qué? —preguntó con voz seria Pupa.

—Un grifo que gotea se lo arreglo enseguida, puedo cambiar una junta, puedo desenroscar y cambiar una bombilla, pero lo que no puedo es arreglar el mundo. Cuando estalló la guerra en



nuestro país, ¿qué hice yo para detenerla? ¡Nada!

—Tienes manos de oro, piensa un poco —dijo Beba.

—Es lo que dicen.

—Pues ahora imagínate que, en vez de estar en el Tribunal de La Haya, Karadžić y Mladić estuvieran en tu mesa de masaje.

—¡Les retorcería el cuello en el acto!

—Ya ves, unas manos apropiadas albergan un gran poder —dijo Beba, aunque no estaba del todo segura de que el ejemplo con la mesa de masaje fuera el más inteligente.

—Y tú, Beba, ¿cuál es tu elección? —interrumpió Kukla la cháchara de Beba.

—Hummm... Una pregunta difícil.

—Vamos, mujer, di algo —dijo Mevludin.

—¿Todos sabéis quién es Tarzán? —dijo animadamente Beba.

—¡Lo sabemos! —dijeron Kukla, Pupa y Mevludin a la vez.

—Y ¿sabéis cuál es su nombre verdadero?

—Tarzán —soltó sin pensar Mevlo.

—¡El verdadero nombre de Tarzán es John Clayton, lord Greystoke! —dijo triunfante Beba.

—Y ¿qué?

—¡Mitad mono, mitad lord! ¡Ese es mi ideal de hombre! —disparó Beba.

Ahora las tres se desternillaban, Pupa con risa jadeante, Kukla relinchando y Beba a voz en cuello. Mevlo puso otra vez mala cara...

—Ni para eso estoy cualificado, mujer...

—¿Por qué?

—¡Un mono ya lo soy, pero nunca seré un lord! —dijo.

Aquí de nuevo hay que subrayar que, en la realidad, concretamente en esta realidad balnearia, todo sucedía mucho más despacio. Pero, mientras que en la vida el hombre vagabundea sin rumbo ni tregua, el cuento anda con botas de siete leguas.

—¡Ahora te toca a ti, Kukla! —dijo Beba.

—No sé...

—Vamos, dilo, no es justo para los demás...

Todos esperaban con ansiedad la respuesta de Kukla. Kukla se puso seria, frunció un poco el ceño, tomó un traguito de champán y luego dijo lentamente...

—El diablo...

—¿Cómo que el diablo?

—El diablo es el hombre ideal —dijo tranquila Kukla.

—¿Por qué? —preguntaron todos a la vez, incómodos.

—En la historia, el diablo era siempre el rival más peligroso para los hombres corrientes. Superman no puede ser el hombre ideal. Y mucho menos Tarzán. El diablo es un hombre con una larga, poderosa y convincente biografía de seductor. El diablo es el único rival del mismísimo Dios, que, como sabemos, también es un hombre.

Todos enmudecieron porque les parecía que en la respuesta de Kukla había mucha verdad.

—Pues para eso también quedo descalificado... —soltó Mevlo rompiendo el silencio.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué, mujer? ¡Tengo el alma más floja que el más suave aguardiente de ciruela bosniaco, uno no puede ser diablo con un alma así!

—¡Pero el diablo quiere a las mujeres! —dijo Beba.

—Y ¿qué?

—¡Tú también quieres a las mujeres!

—¡Sí, mujer, os quiero a todas! —dijo Mevlo.

—¡Por el solo hecho de querer a las mujeres, estás cualificado para ser el hombre ideal! —sentenció Beba.

No está de más señalar de nuevo el hecho de que en la realidad todo se desarrollaba mucho más despacio. Porque mientras que la vida aúlla, retumba y relampaguea, el cuento, cual moscardón, bordonea.

—¿No te parece extraño? —dijo pensativamente Beba.

—¿El qué, mujer?

—Pues que en realidad casi nadie nos quiere, nadie quiere a las mujeres...

—¿Qué quieres decir? —preguntó Kukla.

—¡A nosotras solo nos quieren los travestis! —dijo con amargura Beba, y luego añadió alegremente—: ¡Y Mevlo!

Los tres —Beba, que tenía alguna que otra copa de más, Kukla y Mevlo— ni siquiera se habían fijado en que la tumbona de Pupa se había alejado. Y, cuando se dieron cuenta de que Pupa no estaba junto a ellos, se volvieron y vieron la tumbona en el otro extremo de la piscina. La cabeza de Pupa reposaba sobre el pecho, un poco ladeada, y ella tenía más aspecto de gallina que nunca.

—Se ha vuelto a dormir —dijo Beba.

—¿Por qué tiene la mano un poco levantada? —preguntó preocupada Kukla.

—¿Por qué no?

—¿Duerme con la mano levantada?

En efecto, Pupa dormía en una postura extraña, con la mano un poco levantada y el puño apretado.

Kukla, Beba y Mevlo depositaron las copas en el borde de la piscina y se precipitaron hacia Pupa. Al llegar cerca, vieron que su puño mostraba una higa.

—Quizá se ha emborrachado un poco y nos hace una higa —dijo Beba.

—Quizá ha entregado el alma, mujer —soltó Mevlo.

—¡Dios mío, Mevlo, llama al médico! —gritó Beba.

El doctor Topolanek llegó enseguida. Los enfermeros sacaron a Pupa de la piscina. El doctor Topolanek le tomó el pulso, le presionó la carótida, le abrió los párpados. No, no había ninguna duda, Pupa se había ido definitivamente al más allá.

—Ochenta y ocho es un buen número —dijo el doctor Topolanek.

En realidad, quiso añadir que eso no era nada en comparación con Emma Faust Tillman, que había muerto a los ciento catorce años, pero se dio cuenta de que su entusiasmo por la longevidad en esta ocasión estaba fuera de lugar. Por eso solo añadió...

—Que en paz descanse...

## 2

Quién sabe en qué estaba pensando Pupa mientras flotaba en la tumbona hacia el extremo contrario de la piscina. ¿Tal vez en un momento se dio cuenta de que las voces cálidas y alegres que la rodeaban se iban alejando, y de que luego se desvanecieron por completo, y ella de repente se encontró sumida en un silencio sordo como de algodón? Las manchas multicolores —los rostros de Kukla, Beba y el joven con el turbante— fueron desapareciendo y ella se halló en un mundo sin color, donde tuvo la sensación de que ya había muerto y de que la niñera Muerte la mecía en el cálido río Leteo. Quizá su memoria se había estirado súbitamente como un juguete, un matasuegras que al soplarlo enseña su larga lengua y luego se enrosca suavemente formando una cinta de Moebius, y, fíjate, ella recordó claramente que ya había estado allí, en el mismo lugar. Era al principio de los setenta, cuando por fin, después de mucho esperar, obtuvo su primer pasaporte. Checoslovaquia era por aquel entonces un país único del que después surgieron dos, igual que Yugoslavia era un país único, y ahora hay seis... Los habían invitado a Kosta y a ella a un simposio de ginecólogos en esta ciudad, y se alojaron en este mismo hotel, solo que entonces se llamaba hotel Moscú.

Pupa se deslizaba por la cinta de Moebius como si descendiera en un trineo y, fíjate, lo veía todo de una manera ordenada, todos los acontecimientos de su vida, tanto los que habían sucedido como los que iban a suceder, aunque ella ya no estuviera. Se sintió ligera, de repente desapareció la vergüenza, sobre todo la vergüenza por la longevidad que el destino le había deparado. Alrededor de ella se desplazaban como estrellas los cuerpecitos de los niños que había ayudado a nacer, decenas y decenas de bebés recién nacidos... Dios mío, se extrañaba, deslizándose por la cinta, hay muchos, ¿cómo era posible que ella trajera tantos niños a un mundo que, para ser sincera, le gustaba cada vez menos? Y, quién sabe, quizá precisamente por eso cerró el puño derecho, dejando que su pulgar osificado asomara entre el índice y el corazón cerrados, levantó un poco la mano y mostró al mundo la higa, acusadora y alegre a la vez.

Pero tal vez era otra cosa. Tal vez había vuelto al cabo de tantos años para buscar una cosita, un pendiente, que había perdido durante aquella visita en los setenta, en esta misma piscina. Se trataba de unos pendientes de ónice y plata que le había regalado Aron y que rara vez se quitaba. Una nimiedad, una fruslería, y, no obstante, le había dolido durante mucho tiempo, es más, a veces tenía la sensación de que le escocían los lóbulos a causa de la pérdida del pendiente... Por eso ahora aspiró profundamente y saltó, esbelta, joven y elástica como la cinta de Moebius. Inspeccionó con atención el fondo de la piscina, encontró la joya incrustada en la rejilla de un orificio en el suelo. Tuvo que emerger tres veces y tomar aire para liberarla. Y por fin lo

consiguió. Aferró el pendiente con firmeza, para que no se le escapara, y, una vez que había encontrado lo que buscaba, no había ningún motivo para salir de nuevo a la superficie.

### 3

Junto con el alma de Pupa se esfumó también el discreto tufo a orina que había aparecido con la vejez y se arrastraba tras ella como la cola de un vestido de novia. El cuerpo contraído de Pupa yacía delante de ellas, pero el olor —como si la muerte hubiera servido de papel secante— había desaparecido. Tenía razón la «vieja bruja», la muerte no tiene olor. ¡La vida es una mierda!

Estaba acostada boca arriba, en la misma postura en que la habían sacado de la tumbona, con las rodillas dobladas y un poco separadas, como los pavos americanos del día de Acción de Gracias preparados para el horno. La mano derecha, ligeramente levantada, doblada con el gesto inequívoco de la higa, también conservaba la misma postura con la que Pupa, desde la tumbona flotante en forma de S horizontal, había enviado un último saludo a sus amigas o tal vez al mundo, quién podría saberlo. A diferencia de la mano derecha, que enviaba el mensaje vulgar, la izquierda yacía relajada, como si todavía acariciara el borde de la tumbona inexistente. La vista de las piernas y los pies de la difunta les producía un leve escalofrío a los presentes. La piel de las piernas estaba cubierta de una red de capilares reventados y venas hinchadas que, como los tentáculos de un pulpo, le envolvían las pantorrillas delgaditas. De las rodillas para abajo todo se había fundido en un horripilante color de carne podrida. Las uñas de los pies estaban tan osificadas y deformadas que parecían garras. «¡Dios mío!», se santiguó Beba, turbada por la escena.

Dos enfermeras —una pequeña, ágil, pelirroja, y la otra de tez blanca, alta y recia— hacían su trabajo. La ágil intentaba bajar la mano derecha de Pupa, poniendo un empeño particular en el dedo. Sin embargo, ni el dedo ni la mano cedían, como si estuvieran petrificados.

—¡Despacio! La va a romper —protestaba Beba.

—¡Que Dios me perdone, no he visto en mi vida nada así, y hace más de veinte años que trabajo! —dijo Ágil y se santiguó por algún motivo.

Recia puso las manos en las rodillas de Pupa y empujó con todo su peso, como si Pupa fuera un paraguas plegable y no un ser humano, ciertamente ahora ya difunto. Las rodillas oponían una resistencia increíble.

—Esta parece de hierro —murmuró Recia, se remangó y se preparó para otro intento.

—¡Paren! ¡No puedo aguantarlo más! —gritó Beba.

Recia se encogió de hombros indiferente, hizo girar la lengua por el interior de la boca como si fuera un camello y luego escupió una pregunta importante.

—Y ¿cómo piensa meterla así esparrancada en el féretro?

—Eso, ¿cómo? —añadió con un tono injustamente agresivo Ágil.

—Pero ¿tendrán, supongo, ataúdes?

—Tienen suerte, nos queda uno. De niño. Obra de nuestro difunto carpintero, Lukas. Hacía todos los ataúdes demasiado cortos y demasiado estrechos. A sus muertos había que embutirlos

como sardinas...

—Era en la época del comunismo, cuando se ahorraba en todo —dijo Ágil.

—Lukas ahorraba en todo excepto en la bebida —dijo severamente Recia.

—Y ¿por qué no la ponen de lado? —preguntó Beba.

—¿Quiere decir en posición fetal? —dijo con profesionalidad Recia y midió más o menos con la palma de la mano a Pupa—. Hummm, no va a ser posible —negó moviendo la cabeza.

—¡Cuerpo pequeño, problema grande!... ¡De veras, nunca he visto nada igual!... —exclamó Ágil santiguándose.

—Ahora bien, si ustedes permitieran que la apretáramos un poco, tal vez lo conseguiríamos —añadió Recia.

—¿Hay en la ciudad alguna funeraria? —preguntó Kukla.

—La hay, la hay. La funeraria es el carpintero Martin. Pero no le hará un ataúd de la noche a la mañana. Yo tuve que esperar quince días para el de mi madre —dijo Recia.

—Y ¿dónde la conservó mientras tanto?

—Aquí, en la cámara de refrigeración...

—Nosotras somos personal del centro de bienestar, tenemos preferencia —aclaró Ágil.

—Y ¿un crematorio? —preguntó Beba.

—En Praga. Pero también allí los difuntos suelen ir al horno dentro de un ataúd. Nadie los quiere incinerar envueltos en una sábana...

—Envueltos en una sábana incineran solo a los indios... —dijo Ágil.

—Hindúes —la corrigió Recia.

—Qué más da, indios o hindúes —se enfadó Ágil.

—Pero, demonios, ¿es que aquí nadie se muere? —preguntó Beba.

—¡Somos un centro de bienestar!

—¡Yo aquí ya no entiendo nada! Lukas, Martin, indios e hindúes... —dijo furiosa Beba.

—Tampoco nosotras las entendemos a ustedes. ¿Cómo se les ocurre arrastrar consigo a una anciana sin tener en cuenta que tal vez podría palmarla? ¡Y además a un país extranjero!

Ágil, probablemente, quería decir «qué asco» o algo parecido, pero en el último instante se contuvo y dijo en vez de eso...

—¡Yo ni muerta arrastraría a mi madre por el mundo si tuviera esta edad! —dijo.

—No les vendría mal un poco de amabilidad, que lo sepan —dijo Beba.

—¡Si fuera amable, hace tiempo que habría reventado! —disparó Ágil.

—En las condiciones en las que vivimos, seguramente... —dijo Recia sin concretar.

—¡Esto es para volverse loca! Ustedes, señoras, realmente saben cómo ayudar a la gente —rezongó Beba.

—Vámonos, ya pensaremos en algo —dijo Kukla, tirando de la manga de Beba.

—¡Pero piénsenlo rápido! Nuestra cámara de refrigeración tiene una capacidad reducida. Hoy es jueves. La podemos guardar como máximo hasta el lunes por la mañana, también muere otra gente, que lo sepan —dijo Recia y se mordió la lengua—. Quiero decir que de vez en cuando ocurren cosas como esta —añadió.

—¡Somos un centro de bienestar! —intervino Ágil, que por algún motivo pronunciaba «centro

de bienestar» con reverencia, como si se tratara de una ley divina.

—¡*Fuck you* y su centro de bienestar! —gritó irritada Beba, que soltaba tacos solo en inglés, y de los ingleses solo sabía el *fuck you*.

Aquí hay que añadir que tuvimos que traducir esta conversación a un idioma comprensible para todos, porque en realidad se había desarrollado en una mezcla de checo y croata: es decir, Recia y Ágil hablaban checo, y Kukla y Beba, croata. Kukla, a decir verdad, intentó poner en marcha sus olvidados conocimientos de ruso, pero de su boca salía solo un croata rusificado. A Recia y a Ágil las ponía de los nervios incluso esta variante. Evidentemente, estaban hasta las narices de los rusos.

Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante. La vida pesa como una losa, mientras que el cuento acelera para no terminar en la fosa.

#### 4

La mirada al público que estaba sentado en la sala suscitó en el doctor Topolanek un acceso de ira primero y luego de autocompasión. Él, que se esforzaba por proporcionar a todo ese negocio de la salud un aura oficial de metodología científica, no podía creer lo que veía. En el público no estaban sentados los clientes del hotel, sino tres viejecitas lugareñas que él conocía muy bien.

El doctor Topolanek, que siempre llevaba encima un pequeño silbato, se lo metió en la boca y chifló enfadado. Las ancianas despertaron y aplaudieron. Topolanek hizo un pequeño test: leyó en voz alta la lista de la compra que su mujer le había endosado por la mañana. Las ancianas se quedaron dormidas nada más empezar a leer, más o menos entre el «kilo de pan» y el «litro de leche». Topolanek se puso de nuevo el silbato en la boca. Las viejecitas se sobresaltaron.

—Señora Blaha, ¿qué hace usted aquí?

—¿Puedo ser sincera, doctor? —preguntó la vieja.

—Dígame... —dijo irónicamente Topolanek.

—Los chicos me tienen tan fatigada con la cocina y la casa que he venido aquí para descansar un poco... Además, ustedes tienen este *er kondishn*...

—¡Aire acondicionado! —dijo Topolanek—. Y usted, señora Vesecka, ¿por qué está usted aquí?

—Yo he venido con ella —dijo la señora Vesecka señalando con el dedo a la señora Blaha.

—Y ¿usted, señora Čunka?

La señora Čunka roncaba.

—¡Señora Čunka!

La señora Čunka se sobresaltó...

—Le pregunto por qué está usted aquí.

—Señor doctor, esa lista que ha leído hace unos instantes... Cuando vaya a comprar tomates... El señor Šošovický tiene hoy tomates mejores y más baratos que los del supermercado.

Topolanek se sentó sujetándose la cabeza con las dos manos. A pesar de que su derrota era más

que evidente, el doctor, por suerte, no era un perdedor nato. Topolanek tal vez no se distinguía por un exceso de carácter, pero no era malicioso y, a pesar de todo, había una cosa sin la que no podía vivir: los sueños... Topolanek era hijo de tiempos de transición, de manera que no se le podía reprochar que sus sueños estuvieran centrados en manejar bien el dinero o al menos que se esforzara por hacerlo. Sí, llenaría la sala con lugareños. Y, en general, habría que incluir a la población local en el turismo de bienestar. ¡Una vez al mes cada lugareño tendría un tratamiento gratuito en su centro de bienestar! Si en el sur de China habían hallado recientemente ancianos de ciento veinte años a los que les habían salido unos terceros dientes, ancianas que volvían a tener la menstruación y las caras surcadas por acné pubescente, ¿por qué entonces no podría suceder también aquí, en esta ciudad balnearia checa, un milagro de la tercera edad? Al día siguiente, sin más dilación, fundaría un club local para la lucha contra el envejecimiento que se llamaría «Terceros dientes». Ya se imaginaba los titulares en los periódicos internacionales más importantes sobre la fuente de juventud, que se había vuelto a hallar en el corazón de la antigua Europa... Y un museo, sin falta había que abrir un pequeño museo local... Un Museo de la Historia de la Longevidad... Fundaría también una compañía teatral de aficionados. La compañía representaría cada verano el drama de Čapek *El caso Makropulos*. El drama alentaría discusiones públicas, si se debería haber quemado la receta de Makropulos para la longevidad o no... Sí, gracias a él, el doctor Topolanek, pronto brotarían en el balneario flores todavía más bellas y coloridas...

Mientras observaba a las tres figuras del público, al doctor Topolanek lo inundó una inesperada ola de ternura.

Y, mira por dónde, el pelo ralo y canoso de la señora Blaha empezó a oscurecerse, las arrugas en la cara de la señora Vesecka se retiraron como si nunca hubieran existido y la dentadura postiza de la señora Čunka se le cayó de la boca, porque le empezaban a crecer nuevos dientes. En el público se sentaban tres mujeres jóvenes, lozanas, en posturas relajadas, y roncaban ruidosamente...

Y ¿nosotros? Mientras que la vida está llena de cicatrices, moretones y bofetadas, el cuento procura llegar a casa antes de que acabe la jornada.

## 5

A última hora de la tarde, Kukla y Beba se encontraron en el vestíbulo del hotel con la intención de dar un paseo por la localidad y despejarse un poco. A la salida del hotel, Beba, que iba distraída, chocó con un hombre joven que entraba con su hija pequeña de la mano. El joven era inglés, y se disculpó amablemente con las dos, como si la culpa fuera suya. Mientras Kukla, que era la encargada de hablar en inglés, le presentaba sus disculpas al hombre, Beba, involuntariamente, captó con la mirada algunos detalles: el joven era guapo, alto, elegante, tenía ojos grises, pelo color ceniza y una sonrisa que desarmaba, y la niña, la niña era..., hummm, probablemente chinita..., y observaba a Beba con los ojos abiertos de par en par, como si viera un milagro, a la par que estrujaba un perrito entre los brazos.

—¡Si es que andas por ahí como un pollo sin cabeza! —gruñía un poco después Kukla.

—¡De todos modos, no lo he derribado! —se defendía Beba.

—Eres peor que un carro de combate...

—Y ¿qué? ¡Tampoco le he hecho daño! —dijo Beba y añadió sarcásticamente—: ¡Además, al menos elijo bien a quién derribo! ¡Siempre son hombres jóvenes y apuestos, y no setentones desgastados!

—Sí, sí, lo sabemos... —respondió irónicamente Kukla.

Por la pequeña localidad sumida en el atardecer púrpura caminaban dos figuras insólitas. Una, alta y esbelta, cortaba con pasos pausados el aire como si sujetara en la mano una lanza invisible. La otra, rechoncha y pesada, correteaba sin aliento tras la primera, como si fuera su escudero.

—Y ¿ahora qué hacemos nosotras dos? —preguntó preocupada Beba.

—Lo más importante es el papeleo, el certificado de defunción y todo lo demás...

—¿Por qué?

—¿Cómo vamos a cruzar la frontera con el cadáver si no?

Beba se sintió de repente completamente desbordada por la situación.

—También hay que enterarse de la reglamentación para el traslado de un difunto... —añadió Kukla.

—Ni siquiera había pensado en eso...

—Y ¿qué hacemos con el dinero?

—¿Por qué?

—El dinero lo hereda la hija de Pupa. Ella podría acusarnos con todo el derecho de que le hemos robado el dinero de Pupa. Y luego pasar por la aduana... Se trata, al fin y al cabo, de dinero en efectivo... También para eso existen leyes.

—Vaya, tampoco había pensado en eso...

—Y ¿qué pasa con el dinero que has ganado en el casino? ¿Te has informado de cómo se puede cruzar la frontera con ese tipo de ganancias?

En su fuero interno, Beba se enfadó de repente con Kukla, y luego también con Pupa. ¿Cómo había podido meterlas en este lío y luego dejarlas tiradas para que se las apañaran solas? Y también se enfadó consigo misma, por haberse lanzado al lío como un pollo sin cabeza.

—Y ¿por qué volver? Podríamos quedarnos un tiempo aquí...

—Y ¿qué hacemos con Pupa?

—Nos vamos a Praga y la incineramos en el crematorio...

—Estas cosas las decide la hija...

—¡Como si a ella le importase!

—En resumen, tenemos un gran problema.

—¡Dios mío, qué tonta soy! ¡Cómo he podido meterme en esto! —se quejaba Beba, sin pensar por un momento que también Kukla, sin haberlo comido ni bebido, estaba metida en el mismo lío.

Caminando a paso acelerado, las dos mujeres ni siquiera se dieron cuenta de que toda la ciudad se había sumido en un color púrpura. La puesta de sol pesada como el brocado había teñido de rojo el pequeño río de la localidad y sus esplendorosas fachadas. Los cristales de las ventanas se



enviaban unos a otros reflejos rubíes. Las copas de los árboles se habían hundido en la calma de la última hora de la tarde y exhalaban una neblina de vapor saturada y embriagadora.

Beba y Kukla caminaban concentradas en la conversación hasta que de pronto se detuvieron atónitas. Las dos mujeres se quedaron boquiabiertas. Ante ellas se había aparecido un huevo gigante. Sí, exactamente, se había aparecido, como si el dedo del destino lo hubiera hecho rodar hasta allí para que Beba y Kukla se dieran de bruces con él. ¡Dicho con más precisión, ante ellas se hallaba un amplio escaparate que exhibía un huevo de madera gigante! Ya habían visto este tipo de huevos antes, aunque de tamaño natural; solían encontrarse en los mercadillos de Zagreb, donde, llegados de Rusia, Ucrania, Polonia, se amontonaban en los puestos, junto con cajitas, cucharas y muñecas de madera lacada...

—¡Dios Santo, vaya King Kong de huevo! —dijo casi devotamente Beba.

El huevo estaba pintado de colores vivos y brillantes con motivos de la flora y de la fauna revueltos. Beba y Kukla deslizaban su mirada por los prados floridos sobre los que volaban mariposas enormes como helicópteros; por campos de florecientes amapolas rojas, acianos azules y trigo dorado; se sumergían con la vista en el verdor, entre enredaderas, helechos y árboles en cuyas ramas se mecían monos y pájaros. Luego bajaron la mirada hacia los arbustos: debajo de uno de ellos se ocultaba una familia de liebres; debajo de otro, Adán y Eva; debajo del tercero, ciervos. El huevo estaba rodeado por matas de frambuesas y zarzamoras, al pie de las cuales crecían setas, por cuyos sombreros paseaban caracoles y pululaban mariquitas. Los paisajes pantanosos impresionaban particularmente, con nenúfares opulentos en los que se mecían las ranas, con aves de pantano que asomaban entre el cañaveral y el fondo del agua en el que merodeaban peces enormes. Finalmente Beba y Kukla dirigieron la mirada hacia la alta palmera a cuya sombra avara reposaba un camello. En el aire, encima del rumiante, acomodada en una cáscara de huevo, como si fuera un barquito, se veía una pequeña familia: una mujer, dos niños y un hombre con gafas en la nariz y un pincel en la mano. En fin, se trataba de un jardín del Edén realizado por un pintor aficionado. El tipo con las gafas en la nariz y el pincel en la mano era obviamente el autor de la grandiosa obra. El huevo tenía dos mitades, y las bisagras metálicas y el espléndido cierre con gancho en medio señalaban que el huevo se abría como un arcón.

Eso no era todo. Alrededor del gigantesco huevo madre había desparramados huevos de tamaño natural: huevos de pascua de madera pintados, huevos de cristal de Swarovski, imitaciones logradas y menos logradas de los célebres huevos de Fabergé, nuevas series de los huevos de Fabergé... Los huevos diseminados alrededor del huevo madre centelleaban mágicamente en tonos azulados, violetas, dorados, verdoso-dorados, blanquecinos como el cristal, lechosos plateados, y todo junto formaba una escena que inevitablemente dejaba sin aliento a cualquier observador.

La propia tienda llevaba un nombre inequívoco: Nuevos Rusos. El espacio interior parecía más una galería de arte que una tienda. Las paredes eran blancas y estaban casi vacías. En dos o tres sitios colgaban enmarcadas en cristal fotografías artísticas de huevos. Detrás del elegante mostrador blanco estaba sentada una muchacha, y a su espalda se alzaba una vitrina blanca con las

piezas expuestas...

—¿Cuánto cuesta el huevo grande del escaparate? —le preguntó Beba a la muchacha en inglés.

—¡Lo siento, no está a la venta! —respondió amablemente la chica.

—¿Por qué lo exhibe, entonces?

—Por motivos promocionales, para atraer la atención...

—Y ¿cuánto costaría si estuviera a la venta?

—Nosotros no somos una tienda de recuerdos corriente. Somos una galería especializada... —

La muchacha eludía la respuesta.

—¿Especializada en qué?

—Pues en huevos...

—Y los demás huevos están a la venta...

—Sí...

—¿Cuánto cuesta ese «Pedro el Grande»?

—Tres mil quinientos...

—¿Tres mil quinientos qué?

—Dólares. Nuestros compradores son mayoritariamente rusos, ya sabe...

—¿Rusos ricos?

—Pues... —se rio la chica.

—Y ¿cuánto cuesta el... «Czar Alexander Caviar Bowl»...? —Beba leía los cartelitos en la vitrina.

—Seis mil dólares...

—Y ¿un huevo de Fabergé auténtico?

—¡Mejor no pregunte! —dijo cordialmente la muchacha.

—De todos modos, si vendieran el huevo grande, ¿cuánto costaría?

La joven miraba estupefacta a las dos mujeres.

—¿Ustedes son rusas?

—¡No, pero nos gustaría comprar el huevo ruso!

—En realidad, no es ruso —dijo la chica—. Es obra de nuestro artista local, Karel...

—Karel Gott... —dijo al buen tuntún Beba, más bien hablando consigo misma.

—¿Cómo lo sabe?

—No lo sé. Lo dije así, sin más. Karel Gott, el cantante, el Ruiseñor Dorado... Fue hace tanto tiempo...

—*Zlaty slavik!* —dijo amablemente la chica—. Pero este es nuestro Karel Gott local. Creo que tiene algún parentesco con el famoso cantante...

—Entonces, dígame el precio...

—Lo siento. No está a la venta —dijo disculpándose la muchacha.

Cuando Beba, Kukla y la chica tuvieron la impresión de estar dando vueltas en círculo y las dos mujeres se disponían a marcharse, irrumpió en la galería un hombre ceñudo de pelo desgreñado. Beba lo reconoció enseguida. Era aquel bribón, el ruso del casino. El hombre, sin prestar atención a las visitantes, se dirigió directamente a la trastienda.

Por algún motivo, la muchacha bajó la voz...

—Es el propietario de la galería. Esperen un momento, le preguntaré —susurró confidencialmente, y se fue detrás del hombre a la trastienda.

Se oyeron voces en el cuarto, y luego el hombre asomó por un instante la cabeza para ver quiénes eran los potenciales compradores del huevo. Beba y Kukla esperaban de pie modestamente junto al mostrador. Al principio el hombre no reconoció a Beba y, luego, cuando lo hizo, se sobresaltó. Beba pudo leer en su cara señales de un conflicto interno. Obviamente se preguntaba si debía demostrar que la había reconocido o fingir que no la había visto nunca. El hombre ceñudo desapareció detrás de la pared tan rápidamente como antes había asomado la cabeza. Los resultados de su lucha interior no estaban muy claros. Sin embargo, se podía escuchar su voz levantada, hablando en ruso, interrumpida por las réplicas confusas de la muchacha...

—Véndeles a las viejas esa mierda... Nadie va a comprar esa basura... Ese idiota tuyo, Karel, nos hará uno nuevo... Que las viejas paguen veinte mil. Por veinte mil dejaría que la vieja bruja me despellejara.

Al cabo de un rato salió de la trastienda la joven amable, con el rostro un poco más sonrojado, y dijo...

—Tienen suerte...

—¿Cuánto? —preguntó Beba.

—Veinte mil... —profirió cautamente la muchacha.

—¿Incluida la entrega?

—¿Adónde?

—Al Hotel N.

—¡Oh, eso está al lado! Sin ningún problema. ¿Pagan en efectivo o con tarjeta? —preguntó todavía presa de la incredulidad la muchacha.

—¡En efectivo! —soltó Beba—. ¡Volvemos enseguida! ¿Cuándo cierran?

—Dentro de una hora. Las esperaré...

—¿Cómo se llama? —le preguntó Kukla.

—Marlena... —dijo la muchacha.

En ese instante salió de la trastienda el hombre ceñudo de pelo desgreñado y se dirigió a toda prisa hacia la puerta de salida. Y, a pesar de su evidente decisión de no mirar ni a diestra ni a siniestra, la vista se le escapó del control y se detuvo por un instante en Beba. En ese segundo, Beba consiguió hacerle una seña con la mano y decirle graciosamente:

—*Spasibo, Kotik!*

Y ¿nosotros? ¡Seguimos nuestro viaje! En la vida uno puede muchas cosas postergar, pero el cuento la meta debe alcanzar.

## 6

Ya era muy tarde cuando dos jóvenes hoscos de la galería Nuevos Rusos trajeron el huevo y lo depositaron en la *suite* de Pupa.

Beba, cansada, se había echado en el sillón, llenando todo el espacio con su cuerpo, como si fuera masa con levadura en un molde de pasteles. Kukla, con las manos juntas, andaba de puntillas arriba y abajo. Y por fin se detuvo.

—¿No lo vamos a abrir?

Beba se levantó del sillón y caminó contoneándose hasta el hueco. Abrieron juntas el cierre. Un agradable olor a madera de pino fresca se expandió por la habitación.

—¡Quién diría que iba a ser tan espacioso! —dijo Beba.

—Tenemos que comprar suficientes bolsas de hielo en el supermercado —dijo secamente Kukla y cerró el hueco.

Mariposas nocturnas entraban volando por la ventana abierta en la *suite* iluminada.

—Y ¿la bota? —añadió Kukla.

—¿Qué bota?

—También deberíamos meter en el arcón la bota de Pupa, ¿no crees?

—Pues métela...

—Creo que a Pupa le gustaría que la bota estuviera limpia...

—Podemos mandarla a la tintorería —dijo Beba, y contoneándose fue hasta el teléfono y llamó al servicio de habitaciones—. Ahora mismo enviarán a alguien —añadió y se dirigió hacia la puerta. Beba ya había tenido suficiente por ese día. Le faltaban fuerzas para más palabras...

Cuando entregó al empleado del hotel la bolsa con la gran bota peluda de Pupa, este abrió los ojos de par en par y alzó las cejas, pero la interrogación que surgió por un instante en su frente desapareció enseguida, como es habitual en un profesional de la hostelería al que nada humano le es extraño. Kukla se retiró a su parte de la *suite* y cerró la puerta con cuidado, igual que si Pupa aún estuviera en su habitación. Luego salió al balcón. La noche era cálida y suave, como de terciopelo, y en el cielo relucía una luna llena enorme. De los árboles, al menos a Kukla se lo parecía, se levantaba una bruma apenas perceptible. El calor que se había acumulado durante el día se evaporaba de las hojas. Kukla respiraba el aire fragante y tibio, por las fosas nasales captaba el dulce aroma del sauco... Y entonces se abrió de sopetón y ruidosamente la puerta del balcón vecino y una voz femenina metálica, cortante, desgarró el silencio nocturno.

—¿Por qué demonios cierras esta puerta? ¡Nos vamos a asar aquí dentro!

—Yo no la he cerrado. Además, tenemos aire acondicionado —respondió una voz masculina serena.

—¡Como si no supiéramos quién cierra las puertas en casa constantemente! —gruñó la mujer.

—¡Entonces ábrela! —dijo la voz masculina.

—¡Ya la he abierto! ¡Donde sea que estemos, en casa o de viaje, contigo siempre estamos impregnados de malos olores!

Kukla permanecía acodada en la barandilla del balcón. Las voces arañaban brutalmente el suave terciopelo de la noche. Y entonces Kukla cerró los ojos, como la primera vez, cuando aún no sabía lo que hacía, como muchas otras veces hasta ahora, y apuntó con todos sus pensamientos en una dirección. La puerta del balcón vecino se cerró con estrépito.

Un poco después se oyó de nuevo la voz femenina.

—¿Por qué has abierto la puerta?  
—¿Qué puerta? —preguntó la voz masculina.  
—La de la entrada.  
—¿Por qué iba a abrir la puerta del pasillo?  
—¡Porque la puerta del balcón se ha cerrado de golpe! ¿No lo has oído?  
—¡Válgame Dios! ¡Tú estás loca!...  
—La puerta del balcón se ha cerrado de golpe, y fuera no hay ni una pizca de viento.  
—Y ¿qué?  
—¡Pues que has abierto la puerta del pasillo adrede para que haya corriente y portazos!  
—Déjame en paz, mujer. ¿Qué demonios te pasa?  
—¿Qué demonios te pasa a ti! —se desgañó la voz metálica.  
Kukla cerró una vez más los ojos, y la puerta del balcón vecino se cerró de nuevo con estrépito.

Kukla seguía en el balcón, con la mirada clavada en la luna. Una sonrisa le surcó el rostro. Las copas de los árboles en el parque de enfrente estaban iluminadas por el claro de luna y por unos focos ubicados al pie del tronco. Parecía que las copas no tenían peso y que en cualquier momento podrían separarse del tronco y empezar a surcar el cielo como suntuosos zepelines verdes. Unas cornejas grandes se agitaban entre las hojas. Kukla no las podía ver, pero sabía que estaban allí... Y ¿nosotros? Nosotros, desgraciadamente, debemos seguir adelante. En la vida hay mucho titubeo y desesperación, y el cuento lo único que quiere es llegar al final sin distracción.

## 7

Cuando volvió a su *suite*, a Beba la venció un cansancio indescriptible. Aún vestida, se dejó caer en la cama, todavía llegó a ver la luna llena en el cielo a través de la puerta abierta del balcón, y luego se hundió en un sueño pesado...

Beba soñaba que entraba en un suntuoso salón del trono. Como si fuera una reina, a pesar de que se presentaba en camión y bata. Estaba descalza y no había llegado a ponerse su sostén *minimizer*, circunstancia que notó enseguida, porque los senos le dolían por el peso. Por eso los apuntaló con las palmas de las manos. Con la mano izquierda sujetaba la mama izquierda y con la derecha, la mama derecha. Así se adentró en el salón como una suerte de luchador de sumo, lo que debía suscitar el respeto de los presentes. Ante Beba, entre dos hileras de figuras, se extendía una alfombra roja que ella evidentemente debía recorrer. Al final, al fondo del salón, se erigía un estrado y encima se hallaba el trono real rojo y dorado. ¡Pero, asombrosamente, las hileras no las formaban personas, miembros de la corte y dignatarios, sino huevos!

Como había visto montones de películas con «escenas reales» parecidas, Beba decidió tratar a los huevos como cortesanos, dignificarlos con su atención real y detenerse un instante ante cada uno de ellos. Y, en efecto, en cuanto Beba se paraba, cada uno de los huevos hacía una reverencia en señal de profundo respeto y profería su nombre: Huevo de Cuco, Huevo de Renacimiento, Huevo de Flor de Lis, Huevo de Zarévich, y dejaba ver elegantemente su interior. Beba observaba

maravillada el interior de cada huevo, y este enumeraba los materiales valiosos de los que estaba hecho: oro, platino, rubíes, zafiros, esmeraldas, perlas, diamantes... ¡Dios mío, cuántos huevos hermosos había! Y todos se inclinaban ante ella, Beba, con gran reverencia, ¡y luego abrían gentilmente su interior! Algunos se alzaban sobre patitas de oro, otros tenían bases elaboradas de un material más delicado, los terceros se mecían en platitos dorados, los cuartos estaban firmemente incrustados en soportes de plata y oro, los quintos estaban sentados en lujosos tronos en miniatura, pero, cuando Beba se paraba frente a ellos, los huevos se deslizaban del trono y hacían una reverencia. Beba no cabía en sí de gozo. Le pareció que su vista había mejorado, porque se fijaba, para su gran asombro, en los detalles más minúsculos, justo como si le hubieran implantado unas potentes lentillas en los ojos...

Y entonces, tal vez precisamente por las lentillas, la abatió el cansancio. Le fatigaba tener que sujetar sus pesados senos; además, la distancia hasta el trono parecía no haber disminuido en absoluto. Y los huevos que se extendían ante ella ya no eran bonitos. Uno de ellos, mientras enseñaba su interior, en el que había un altavoz diminuto, dijo con voz metálica: «Una cajita chiquita, blanca como la cal: todos la saben abrir, nadie la sabe cerrar». Beba quiso pasar de largo e ignorar al huevo feo, pero, cuando intentó avanzar, una fuerza invisible se lo impidió. La frase que el huevo había pronunciado era, obviamente, una adivinanza, y la fuerza invisible no la dejaría pasar hasta que resolviera el acertijo. Beba pensó durante largo rato, los senos le pesaban tanto que le empezaron a doler las manos y los brazos, y entonces por fin se le ocurrió y dijo: «¡El huevo!». Y, en efecto, la fuerza invisible la dejó avanzar. Y luego otro huevo, igualmente ordinario, dijo: «¡En la barrica dos clases de vino, y ningún cincho!». Y Beba contestó de nuevo: «¡Un huevo!», y, en efecto, la fuerza invisible la dejó otra vez pasar. El siguiente huevo dijo: «¡Vengo de padres cantores, aunque yo no soy cantor, traigo los hábitos blancos y amarillo el corazón!». «¡Esto ya no tiene ningún sentido! ¿Un cantor? ¿Qué cantor?», gruñía para sus adentros Beba, pero de todos modos contestó obedientemente: «¡El huevo!», y, en efecto, la fuerza invisible abrió la barrera invisible y dejó pasar a Beba.

Sí, los huevos eran ahora diferentes, «verbales», algo que se confirmó cuando Beba se encontró frente a un huevo gris que se inclinó ante ella, dijo su nombre, Huevo Castaña, y mostró su interior. ¡En el interior del huevo había una castaña! Beba comprendió inmediatamente en sueños que el huevo representaba la expresión *parecerse como un huevo a una castaña*. Beba nunca utilizaba esta expresión. Tal vez porque nunca la había entendido.

Toda la ceremonia se volvió cansina y absurda, y Beba se preguntó qué sucedería si pisoteaba todos aquellos huevos tan molestos. ¡Al fin y al cabo, ella era la reina y, además, todo formaba parte de su sueño! Y, mira por dónde, como si hubieran adivinado los pensamientos de Beba, de repente los huevos se dispersaron y se escondieron en alguna parte. Salvo uno. Al final de la alfombra roja la esperaba un huevo dorado. Al acercarse Beba, el huevo le hizo una graciosa reverencia, igual que habían hecho los anteriores, y se abrió mostrando el interior. Beba sintió un fuerte pinchazo y el dolor le cortó la respiración por un instante. En un diminuto féretro de oro yacía en posición fetal un hermoso joven desnudo. Ella se agachó, tomó el huevo entre las manos,

observó sin aliento el cuerpecito dorado, y luego de su pecho salió desbocado un sollozo desgarrador. ¡El huevo se le escurrió de las manos, cayó en el suelo y, hop, hop, hop, saltó a la bota de Pupa! Tan solo entonces Beba se dio cuenta de que al lado del trono estaba la bota peluda de Pupa...

El sueño era horrible y Beba se despertó. Temblaba, las mejillas le tiritaban bajo las lágrimas y el corazón le latía aceleradamente. Todavía sollozando, Beba se levantó, fue hasta la nevera de la habitación y sacó una botella de champán. Se quedó un largo rato sentada en el borde de la cama, tranquilizando su propio corazón, tomando el champán a sorbos pequeños y rápidos, como si fuera agua, y mirando fijamente la luna redonda. ¡Ah, qué pesadilla! Beba intentó desenredar los intrincados hilos del sueño, pero cada vez estaban más enmarañados. Semejante a un medallón resplandeciente, titilaba ante sus ojos el cuerpo dorado de su hijo, acurrucado en posición fetal. La luna había palidecido volviéndose casi transparente cuando Beba, embriagada por el champán y exhausta a causa de los repetidos sollozos, por fin se durmió.

---

[5]. «Tapo mi dolor con visón.»

## QUINTO DÍA

### I

Beba y Kukla se sorprendieron agradablemente cuando al día siguiente durante el desayuno vieron al elegante joven que Beba casi había derribado la víspera al salir del hotel. La sorpresa fue aún mayor cuando el hombre se levantó de su mesa, se acercó a la de ellas y les preguntó si podía hacerles compañía. Kukla y Beba quedaron boquiabiertas cuando constataron que el joven hablaba croata, con acento inglés ciertamente, pero bastante fluido. Resultó que el joven era abogado de profesión, vivía en Londres, y que su hijita en aquel momento estaba en la piscina con el profesor de natación del hotel. El joven, evidentemente, no era de esos tipos que se andan con rodeos; las que se andaban con rodeos eran Kukla y Beba, pues, si no le hubieran preguntado primero por su lugar de residencia, su profesión y su hijita, se habrían enterado enseguida de lo que vino a continuación. Y la revelación, que, como un rayo en el cielo despejado, cayó en aquella mesa con mantel de lino blanco como la nieve y servilletas bordadas, con tazas de café y platos de la más exquisita porcelana, con cubiertos de plata, con rosadas lonchas de salmón ahumado recubiertas de nata sobre crepes crujientes, con una cestita llena de panecillos frescos, con mantequilla en un recipiente de porcelana hundido en hielo picado, con frambuesas, moras y arándanos servidos en una fuentecita de porcelana, tan frescos que parecía que acababan de recogerlos en el jardín, fue que el joven ¡era ni más ni menos que nieto de Pupa!

—¿Nieto?

—Sí, nieto... —dijo el joven.

—¿Lo puede probar? —preguntó precavidamente Kukla.

—Oh, sí, puedo mostrarles todos los documentos necesarios. De todos modos, pronto volveremos a este asunto... —dijo amablemente el muchacho.

—De modo que ¡usted afirma ser nieto de Pupa! —dijo estúpidamente Beba, es probable que para ganar tiempo. Sin embargo, fue un tiempo inútil porque solo se le ocurría repetir lo que acababa de decir.

—Sí —dijo escuetamente el joven.

Kukla, que obviamente sabía manejar mejor las sorpresas que Beba, dijo...

—Gracias a Dios que ha aparecido... Su abuela falleció ayer...

—Es lo que me imaginaba... —dijo el joven, sin mostrar la más mínima sorpresa.

El viento sopla y luego se calma, pero los tormentos de Pupa habían durado toda su vida. Mientras la vida transcurre despacio, un cuento se narra deprisa, de manera que relataremos aquí todo lo



que el nieto de Pupa les contó a Kukla y a Beba.

Pupa Milanović, de soltera Singer, se matriculó en la Facultad de Medicina de Zagreb en el año 1938. Durante el primer curso se enamoró de Aron Pal, un compañero de carrera. Pupa pronto quedó embarazada, la joven pareja se casó y en 1939 Pupa dio a luz a una niña, Asja. Los padres de Aron, que se dieron cuenta de que se avecinaban malos tiempos en toda Europa, se marcharon en 1940 a Londres gracias a contactos familiares, aprovechando la breve luz verde que las autoridades británicas habían dado y uniéndose a los judíos polacos y alemanes. Como Pupa y Aron decidieron quedarse en Zagreb, los progenitores de Aron propusieron llevarse a Asja, lo que a la joven pareja le pareció una solución sensata.

—¿Cómo aceptaron separarse de un bebé tan pequeño? —interrumpió Beba, que, igual que Kukla, escuchaba por primera vez aquella historia.

—Ellos también eran conscientes de la situación y de que las puertas de los países europeos se estaban cerrando para los judíos. Pero en Zagreb los aguardaban unos estudios que había que acabar y la esperanza de que, a pesar de todo, allí no se iba a producir la infamia... Yo difícilmente puedo responder a esa pregunta. Solo sé que gracias a su decisión estoy sentado con ustedes a esta mesa... —dijo el hombre y las desarmó con una sonrisa.

En abril de 1941 se aprobó en Croacia la ley racial denominada «Decreto sobre la protección de la sangre aria y el honor de la nación croata». También se estableció la obligación de llevar una estrella amarilla, y poco después empezó la persecución contra los judíos. A los padres de Pupa y a su hermano menor los deportaron al campo de Jasenovac, donde los asesinaron en 1943. Pupa y Aron huyeron a los bosques y se unieron a los partisanos a finales de octubre de 1941, después de que en Zagreb demolieran la sinagoga judía con el beneplácito de las nuevas autoridades *ustachas*.

—Entre los partisanos hubo, dicho sea de paso, muchos judíos de Croacia, de Serbia y de Bosnia. Pero eso seguramente lo saben ustedes mejor que yo... —dijo el joven.

—¡Dios mío!, ¡qué historia! ¿Por qué nunca nos la contó? ¿Tú sabías algo de esto? —le preguntó Beba a Kukla.

Kukla negó con la cabeza. Ella también estaba afectada profundamente por la historia, igual que Beba.

Aron murió en el campo de batalla en 1944 y Pupa, que entretanto había enfermado de tuberculosis, vivió lo suficiente para ver la liberación. Se curó, continuó sus estudios interrumpidos y, luego, gracias a sus contactos de los tiempos en las filas partisanas, logró obtener un visado y viajar a Inglaterra. En la primavera de 1947 se presentó en Londres con el propósito de llevarse a Asja consigo a Zagreb. Los padres de Aron ya no tenían intención de volver. La niña, sin embargo, tuvo un ataque de histeria tan fuerte que todos coincidieron en que sería mejor retrasar su regreso. Pupa tenía la esperanza de que podría obtener permiso para una estancia más larga en Londres la vez siguiente, pasar más tiempo con Asja y convencerla de que volviera con ella a Zagreb.

—Eso es terrible —dijo Beba con la voz ahogada por las lágrimas.

—Sí, lo es, pero así ocurrió. Muchas mujeres que lucharon en las filas partisanas dejaron a sus hijos en hogares infantiles y orfanatos, al cuidado de parientes o en familias campesinas, en pueblos donde durante la guerra había una paz relativa. Conozco varios casos similares —dijo Kukla.

Pupa regresó de Londres y continuó sus estudios de Medicina. Trabajaba hasta el agotamiento, estudiaba y hacía voluntariado en hospitales de Zagreb y consultorios médicos en provincias. Se graduó, y entonces llegó 1948 y los tiempos oscuros y horribles del Kominform. En 1950 Pupa acabó en la isla cárcel de Goli otok, más exactamente en Sveti Grgur, en la cárcel de mujeres presas políticas. Igual que todos los demás presos, si lograron sobrevivir, por supuesto, Pupa nunca llegó a saber ni por qué había acabado en la cárcel ni el nombre de su denunciante. Al salir estaba claro que las fronteras estaban cerradas para Pupa, lo que significaba solo una cosa, que no iba a ver pronto a Asja. Pupa se casó de nuevo en 1955, con un compañero médico, y en 1957 dio a luz a su hija Zorana.

«Increíble cómo, iluminadas por una luz ligeramente distinta, las cosas que desde siempre conocíamos se tornan de repente diferentes y ajenas», pensó Kukla. El «compañero médico» era Kosta, el hermano de Kukla. Fue entonces cuando ella conoció a Pupa. Enseguida se hicieron amigas, pero Pupa, por extraño que parezca, nunca le mencionó ni Goli otok ni a Aron, ni a Asja... A decir verdad, todos los antiguos prisioneros de la isla tenían algo en común: jamás hablaban de lo allí vivido. Cuando salían de la cárcel, tenían estrictamente prohibido hablar con nadie sobre su experiencia carcelaria. De todos modos, Goli otok, el gulag yugoslavo, fue un tema tabú hasta que levantaron el veto alrededor de los años setenta. Los propios prisioneros habían adquirido durante su estancia la costumbre de callar sin más, porque allí, en Goli, incluso el comentario más inocuo llegaba a los oídos de los guardias, y el preso pagaba caro su descuido. Sí, fueron tiempos sombríos. La gente acababa en la cárcel por nada, con la grave acusación de haber traicionado a la patria y, supuestamente, simpatizar con Stalin. Todos denunciaban a todos. Los yugoslavos combatían a Stalin con métodos estalinistas. Quién sabe si Kosta estaba enterado. Seguramente que sí, solo que a ella, Kukla, no le dijo nada. La coacción carcelaria de mantener la boca cerrada afectaba también a los cónyuges y miembros de la familia. De aquello simplemente no se hablaba. Hoy en día es difícil explicarlo... Y, cuando por fin anularon la prohibición, muy poca gente mostró interés por las historias remotas del presidio. Kukla intentó evocar la imagen de la joven Pupa, pero por más que se esforzaba no lo conseguía. Se preguntaba cómo el nieto de Pupa —hijo de una cultura diferente y de otra época— había logrado componer el rompecabezas, algo de lo que ni ella, tan próxima a Pupa, ni Beba no solo no eran capaces, sino que ni siquiera habían intentado. Es espantosa la invisibilidad con la que vivimos unos al lado de otros, pensó Kukla...

El padre de Aron murió en 1952, cuando Pupa salió de la prisión, y la madre de Aron, en 1960. Un poco después, en el mismo año, Asja Pal se casó con Michael Thompson y cuatro años más tarde dio a luz a David, y a continuación a Miriam. Asja nunca había estado en Croacia, y jamás había tenido deseos de hacerlo. Pupa siguió siendo para ella un monstruo, una mujer que había

renunciado a su hija para unirse a los comunistas. El segundo marido de Pupa, Kosta, murió en 1981. La hija de Pupa, Zorana, se graduó en Medicina y encontró empleo en un hospital de Zagreb.

«¡En el hospital de la calle Vinogradska! ¡En el que transcurrió toda mi vida laboral!», le soplaban Beba en sus pensamientos a David. Beba había conocido a Pupa a través de Zorana y al final resultó que Beba y Pupa se hicieron amigas. Zorana estaba a veces un poco celosa... «¿Cómo es que tú haces tan buenas migas con mi madre, mientras que yo siempre acabo peleándome con ella?», solía decir... Quién sabe, tal vez la cuestión es que las hijas son demasiado exigentes con sus madres. Las madres se sienten culpables, y se ponen a la defensiva por las acusaciones y las expectativas impuestas. La misma mezcla de culpabilidad e ira sienten también las hijas. Y todo empieza a girar en un círculo vicioso. Ah, la vida es tan confusa... Y las historias como esta caen como un rayo en el cielo despejado y ponen del revés la imagen que tenemos de los demás... Quizá por eso la gente se aferra con pánico a sus pequeñas verdades tozudas, porque, si se viera todo el contexto, como en ese momento, la gente no lo aguantaría. Es horrible, aunque cierto, que todo lo que sabemos de los demás quepa en un paquetito vergonzoso...

Pupa pugnó por ponerse en contacto con Asja, pero no lo consiguió. Viajó otra vez a Londres, cuando por fin pudo hacerlo. Asja accedió a encontrarse con ella de tan mala gana que Pupa volvió a casa completamente desesperada. Por eso, más tarde, David resultó ser un bálsamo para su herida nunca cicatrizada. Aprendió croata y visitaba a Pupa siempre que podía. Los dos, Pupa y él, se convirtieron en aliados secretos. Pupa lo adoraba. Cuando abrió su propio despacho de abogados y empezó a ganar dinero, David se dedicó a buscar el rastro de las propiedades de las dos familias judías, los Singer y los Pal. Y milagrosamente logró recuperar la casa familiar de los Singer en Opatija. Para Pupa esto no tenía demasiada importancia, y enseguida se ofreció a dejarle el inmueble. Él lo rechazó. Luego, con su ayuda, vendió la casa. La mayor parte del dinero de la venta se ingresó en el banco a nombre de Pupa. Recientemente Pupa lo había llamado para pedirle que introdujera unos pequeños cambios en su testamento...

—Supongo que no se lo dijo... O sea, Pupa destinó una parte bastante considerable del dinero de la venta a ustedes dos —dijo David.

Beba, presa de una turbia sensación de culpabilidad, empezó a enumerar en qué se había gastado hasta ahora el dinero, parte en masajes, parte en cosmética, algo también en ropa, y entonces decidió cambiar el billete de quinientos euros, pero nadie en la localidad quería cambiárselo, de manera que se metió en el casino del hotel porque pensaba que allí le cambiarían el billete, y eso que necesitaba solo cincuenta...

—Pupa les dejó una suma que les garantizará una vejez segura y tranquila —repitió David porque no comprendía a qué venían los balbuceos azarados de Beba...

—Yo no necesito el dinero. Tengo mi pensión —dijo Kukla, en voz baja.

—¡Yo también tengo la mía! —dijo Beba, sonrojada. Todavía no le entraba en la cabeza que el dinero guardado en la caja fuerte del hotel fuera suyo.

—Me he traído todos los papeles. Pupa los firmó antes de partir hacia acá —dijo.

—Así que usted ¿lo sabía todo? ¿Adónde íbamos y todo eso? ¡Nos ha engañado a todos, la vieja bruja! —exclamó Beba, exaltada.

—Así la llamábamos... Vieja bruja... —dijo Kukla, disculpándose en su propio nombre y en el de Beba.

—¡Las viejas brujas ponen huevos buenos! —dijo David.

Kukla pensó que el croata del joven no era tan bueno como había pensado al principio. Quién sabe de dónde había sacado esa frase tan torpe...

—No entiendo, ¿qué quiere decir?

—Es un antiguo dicho polinesio. Significa que las mujeres viejas hacen buenas obras.

Parémonos aquí por un instante y digamos que la vida es un campo por el viento barrido, y el cuento, ora se contrae, ora se expande sin un quejido.

En ese momento entró en el restaurante Mevlo con la chinita de la mano. La pequeña tenía el perrito en los brazos y daba brincos, y Mevlo irradiaba una sonrisa amplia... Cuando se acercaron a la mesa, Beba le espetó, limpiándose las lágrimas...

—Y tú ¿desde cuándo eres profesor de natación?

—Yo, mujer, soy un todoterreno... ¡Si me dicen nada, yo nado! ¡Si me dicen masajea, yo masajeo!

Mevlo se sentó a la mesa, colocó a la niña a su lado, cogió la fuentecita de frambuesas, moras y arándanos, cubrió las frutas con nata y depositó la fuente delante de la niña...

—¡Vamos, pequeña, come, que te vas a chupar los dedos! —dijo Mevlo de una manera tan natural que parecía que la niña fuera su propia hija.

—¿Cómo se llama la pequeña? —preguntó Beba a David.

—Wáwá... —dijo David.

—¿Wáwá? —dijo Beba.

—Y otra cosa... —dijo David con cautela—. Ella no es mi hija, sino su nieta...

En el mundo hay todo tipo de gente, buena y mala. Beba tenía el corazón tan ancho como una sartén y un cerebro que su entorno no consideraba digno de destacar. Entre el corazón de Beba y su cerebro se produjo un cortocircuito. Beba sencillamente no era capaz de asimilar la cantidad de novedades que le habían caído encima como un alud. Por eso puso los ojos en blanco, se balanceó en la silla, gritó algo como: «¡Awaw!» y, tirando del mantel, se estrelló contra el suelo. En el restaurante se extendió la inquietud, los camareros acudieron en bandadas como gaviotas, recogieron los cubiertos, limpiaron la leche derramada, corrieron tras los panecillos que rodaban por el suelo. A los pocos segundos aparecieron dos enfermeros. Colocaron a Beba en una camilla. Detrás de la camilla se apresuraba Kukla, detrás de ella David, luego Mevlo y, siguiendo a Mevlo, iba dando brincos la niña con el perrito en los brazos. En esta procesión acelerada, solo la pequeña no mostraba señales de preocupación en la cara...

—¡Mírala! ¿Por qué te ríes, mujer? —gruñía Mevlo.

—*Old ladies are funny!* —dijo la cría.

—Mi amiga se ha desmayado, y a ti te parece *fani*... ¿Qué hay de *fani* en esto, criatura?

—¡Awaw! ¡Awaw! —canturreaba la pequeña, saltando alegremente de un pie a otro.

—¡Wau! ¡Wau! —se hizo notar por primera vez el perrito.

Mevlo sacó del bolsillo una pequeña cuchara de palo decorada con motivos populares checos que había comprado al pasar por un puesto de recuerdos.

—Ten, para que te tranquilices...

Maravillada, la niña cogió la cuchara.

—*Why?*

—*Guai, guai, guai!* Para que cuando crezcas me prepares la comida, ahí tienes el *guai*.

La niña soltó una sonora carcajada.

Aquí hay que añadir que a Mevlo no le parecía nada extraño el hecho de que, pese a que la niña hablaba inglés y él bosnio, se entendieran perfectamente. Mevlo únicamente no entendía por qué la niña repetía: «¡Awaw! ¡Awaw!». Y lo que ella hacía no era otra cosa que pronunciar su nombre, Wáwá, pero al revés, igual que había hecho Beba cuando se desmayó. Era una de sus peculiaridades, es decir, en los momentos en que las cosas se ponían del revés, también pronunciaba las palabras del revés...

Y ¿nosotros? Nosotros seguimos adelante. Mientras la vida a cada poco se detiene, guiña y bizquea, el cuento hacia su final corretea.

## 2

Mr. Shake, Pupa, el nieto de Pupa, ¡este *nepos ex machina*...! ¡Por Dios, cuántas cosas habían ocurrido y, además, a qué velocidad! Kukla todavía no había tenido tiempo de asimilarlo como es debido ni de reflexionar serenamente sobre ello, y he aquí que ya estaba arrastrando consigo a una niña desconocida a la que debía entretener de alguna manera hasta que Beba volviera en sí y se repusiera... Luego la noticia de que el hijo de Beba había muerto de sida, de que su pareja había rechazado hacerse cargo de la niña y de que la tutela recaía sobre Beba, porque no había nadie más que la asumiera... Todo aquello era demasiado, demasiado incluso para una novela muy mala, pensó Kukla. Pero, por otra parte, las cosas suceden y, de todos modos, la vida nunca se había caracterizado por tener un gusto muy refinado. Cada una de ellas, Pupa, Beba y Kukla, había tenido su propia existencia, cada una había acumulado durante esa travesía un gran bagaje, y cada una cargaba con su propio fardo. Ahora, depositado en un montón, este bagaje se había derrumbado bajo su propio peso, las maletas se habían abierto y los trastos viejos habían salido a la luz del día...

En cuanto Kukla abrió la puerta de la *suite*, la mirada de la niña recayó en la bota de Pupa. Permanecía allí desde que el personal del hotel la había traído de la tintorería. Al principio, la chiquilla observó la bota maravillada, luego se acercó prudentemente y echó un vistazo dentro. A continuación, levantó despacio un pie, luego el otro y se metió en la bota. Primero se quedó quieta investigando con la vista el espacio que la rodeaba y luego, con un hábil movimiento, se introdujo más adentro y se sentó sin soltar al perrito.

—¿Tienes hambre? —preguntó Kukla.

La pequeña negó meneando la cabeza.

—¿Tienes sed?

—A-a-a... —fue su respuesta ambigua.

—¿No tienes sed?

La pequeña meneó otra vez la cabeza.

Kukla se quedó un poco perpleja. Obviamente, el trato con los niños no era su fuerte. La pequeña asomaba por la bota, siguiendo atentamente cada uno de los movimientos de Kukla. Cansada, Kukla se sentó en el borde de la cama y clavó la vista en la cabecita.

—A ver, ¿qué hago contigo? —preguntó.

La pequeña se encogió de hombros.

—¿Te gusta la bota?

—Ajá...

—En esa bota se calentaba mi amiga los pies —dijo Kukla porque no sabía qué más decir.

La pequeña seguía mirándola inmóvil.

—Se llamaba Pupa...

—Apup abamall es... —dijo la niña.

Kukla la miraba alhelada: eso con toda seguridad no era chino. La pequeña observaba con alegría a Kukla, sabiendo que había atraído la atención de la mujer.

—Pu-pa... —repitió Kukla.

—¡Apup! —dijo la niña.

—Kukla...

—Alkuk —dijo la pequeña.

«¡No, no puede ser!», pensó Kukla. La niña es demasiado lista para sus años, ni un adulto es capaz de pronunciar anagramas con tanta velocidad. Kukla se estremeció por un instante. Y ¿qué pasa si los anagramas son el síntoma de una enfermedad grave?

—¡Mamá prepara la comida, papá lee el periódico! —Kukla dijo lo primero que se le ocurrió, sabiendo que era una estupidez.

—¡Mamapapá prepara la comida y lee el periódico! —dijo la niña.

—¿Quién es mamapapá? —se asombró Kukla.

—Filip... —dijo la niña y se escondió en la bota.

Se hizo el silencio... Kukla otra vez no sabía qué decir.

—¿Qué haces metida en esa bota? —preguntó después de un tiempo.

La niña callaba.

—¿Dónde estás? No te veo...

—Yo a ti te veo... —dijo ella.

—Eres como un ratón... Como un ratón travieso dentro de una rueda de queso...

—Yo soy una niña...

—Entonces, sal de la bota...

—No puedo...  
—Y ¿qué haces ahí?  
—Vuelo —dijo la niña.  
—Más bien flotas —puntualizó Kukla.  
—Más bien vuelo —replicó ella.

Dios mío, Kukla estaba asombrada. Ciertamente, no tenía ninguna experiencia con niños, pero le parecía que las niñas de cuatro años no solían expresarse de esa manera...

—Oye, asómate, quiero preguntarte algo...  
—¿Qué? —preguntó la niña, pero sin asomar la cabeza.  
—¿Sabes cuánto son dos más dos?  
De la bota emergió la mano de la pequeña mostrando cuatro dedos.  
—Y ¿cuántos años tienes?

La niña mostró de nuevo cuatro dedos.

—Y ¿tú? —se oyó la vocecita de la bota.

Kukla se levantó, buscó papel y lápiz, apuntó en el papel con cifras grandes el número 80 y lo volvió hacia la niña.

—¡Sal fuera, para que lo veas! —dijo Kukla.

La niña asomó la cabeza...

—¡Ochenta! —dijo.

—En realidad todavía falta, cumpliré ochenta en diciembre...

—Tú eres veinte veces mayor que yo —dijo la niña.

—Es decir, que tú eres veinte veces menor que yo —dijo Kukla.

De nuevo Kukla se preocupó. Se preguntaba si la chiquilla no era demasiado lista para su edad. Tendría que comentárselo a Beba. Pobre Beba, seguro que estaba en su habitación desesperada. David no estaba disponible, no le podía preguntar, no paraba de correr de acá para allá tramitando los asuntos relacionados con Pupa...

—Oye, pequeña, ¿qué te parece si nosotras dos pedimos que nos traigan de la pastelería algo dulce?

La niña asomó de la bota y asintió.

—¿Helado o pasteles?

—Lo primero —contestó.

Kukla respiró aliviada. A pesar de todo era una niña. Una niña pequeña y dulce.

—Y ¿Toto?

—¿Quién es Toto? —se extrañó Kukla.

Wáwá señaló con el dedo al perrito.

—Hummm... Pues vámonos de paseo, compraremos galletas de perro para Toto, y nosotras dos nos sentamos en algún sitio y nos comemos un helado... ¿Te parece?

La cría salió de la bota y alegremente le tendió la mano a Kukla... Kukla se fijó en las cejitas oscuras, un poco juntas, de la niña, que en su cara redonda parecían el dibujo infantil de un ave en

vuelo.

### 3

Todo se había caído a pedazos. Como si el armario de su pequeño cuarto de la Facultad de Medicina, donde toda su vida había dibujado unos bosquejos que hoy en día nadie necesitaba, se hubiera venido abajo y los dibujos enrollados y cubiertos de polvo hubieran rodado por el suelo desplegándose como alfombras. Como resortes fuera de control, saltaban ante los ojos de Beba los fragmentos: huesos, músculos, nervios, glándulas, órganos reproductores, el tracto urinario, el sistema cardiovascular, el corazón, las venas, las arterias, el hígado, los oídos, el conducto auditivo, el sistema nervioso, el bazo, el estómago, el intestino grueso y el delgado, el recto, el ano, los pulmones, la tráquea, el esófago, el ojo... Ese era el campo de Beba, el *Guernica* de Beba. En esta vorágine de papeles deambulaba el hijo perdido de Beba...

Sí, Beba tenía un hijo, Filip. Había heredado de ella el talento para dibujar y en cuanto se licenció en la Academia de Bellas Artes se marchó al extranjero, primero a Italia, luego a Londres... Allí conoció a su pareja (¿pareja?, ¡qué palabra más torpe!). Filip, según las palabras de David, en algún momento deseó tener un hijo; corriendo de acá para allá, invirtió toda su energía y su tiempo en los trámites para la adopción de un niño. Finalmente, la suerte se puso de su lado, y ellos, Filip y su pareja, pudieron adoptar a una niña de pocos meses. Y luego a Filip lo empezó a obsesionar la idea de qué iba a ser de la niña si a él le ocurría algo. Y no se tranquilizó hasta que David le redactó un testamento según el cual, en caso de fallecimiento, la tutela de la niña recaería en Beba. Al morir Filip de sida, sucedió justo lo que él había temido. La pareja le dejó la niña a David y desapareció llevándose los cuadros de Filip. Eso fue todo lo que Beba logró averiguar a través de David... Pero ella seguiría preguntando y haciendo averiguaciones... Porque, después de que Filip se marchara de Zagreb, apenas había tenido noticias de él. De vez en cuando le enviaba una carta, más a menudo postales, tan solo para que supiera que estaba vivo. No dejaba ninguna dirección. No tenía contacto con su padre. A decir verdad, tampoco tenía motivos. Su padre biológico nunca había mostrado ningún interés por él, y, si lo hubiera hecho, se habría producido el enfrentamiento en cuanto el padre se hubiera enterado de la inclinación sexual de Filip.

Por supuesto, ella tenía la culpa de todo, y no estaba bien acusar al desdichado padre. Fue ella la que lo apartó declarándolo «biológico», y luego «hipotético», con el único fin de tener a Filip en exclusiva. Su pasión atrajo la desgracia. Dios, ahora que lo pensaba... Le había comprado ropa como si fuera su amante, y no su madre. Cuando era pequeño, lo vestía como si fuera su muñeca y, cuando creció, como al amante que nunca había logrado tener. Cuando no estaba en casa, solía entrar en su cuartito, se paraba un buen rato en el umbral y respiraba su olor. Ella tenía la culpa. Y, cuando se fue, pasó días soñando con su regreso. Sí, deseaba tenerlo en exclusiva, y fingía para que nadie descubriera sus deseos. Ocultaba sus sentimientos, actuaba, salía con hombres para demostrar que tenía su propia vida, que era una mujer independiente que disfrutaba al máximo. No obstante, el amor le rezumaba por todos los poros y cerraba las fisuras, las grietas y orificios, semejante a la masilla con la que se sellan las ventanas. No pudo engañarlo, el ambiente en el piso



era irrespirable, el aire se había vuelto demasiado denso. Iba detrás de él como un perro, forzaba su compasión con su simple presencia, y luego también su asco.

Y entonces, un día en que volvió antes del trabajo, entró en su habitación y lo sorprendió en la cama con un joven. Se paró en la puerta como petrificada, él gritaba algo, pero ella no entendía el contenido de sus palabras. Se quedó inmóvil, sin aliento, sin pensamientos, sin reproches. Él se levantó y le dio con la puerta en las narices. Y ya al día siguiente hizo las maletas y se marchó. Al principio se torturaba, no podía entender por qué se había enfadado tanto. Porque ella era inocente, si esa era la palabra adecuada, su error no había durado más que un segundo, por Dios, un único segundo. La había hechizado la escena, la imagen del cuerpo masculino que ella había parido, era la sangre de su sangre, la carne de su carne... Se había olvidado de sí misma, obnubilada, había ignorado las reglas de la decencia y por eso la habían castigado justamente. Podría haber cerrado la puerta, haberse avergonzado, disculpado, pero no lo hizo. Era culpable, ella lo había echado de casa. ¡Ay, Dios mío, ¿cómo no se le había ocurrido antes?! Las ganancias del casino no eran más que el anuncio de la horrible pérdida...

Se oyeron unos golpecitos tímidos en la puerta. Beba no contestó, no tenía fuerzas ni para levantarse.

Mevludin entró en la habitación. Beba no se movió. Tenía los labios secos, y el maquillaje se le había derretido, formando unos finos riachuelos que le surcaban la cara.

Mevludin se dirigió sin decir palabra al cuarto de baño, mojó una toalla pequeña en agua fría y empezó a limpiar las mejillas de Beba...

—Pobrecita...

Beba rompió a llorar otra vez...

—Tómate esto. Y no llores más, mujer, tienes el depósito de lágrimas ya en la reserva —dijo Mevlo y le tendió a Beba un vaso de agua. Beba lo apuró de un trago y sintió que recuperaba la respiración.

—Ten, fúmate un cigarrillo, te sentirás mejor —dijo Mevlo, pasándole a Beba un pitillo ya encendido.

Beba y Mevludin callaban y fumaban...

—No me lo tomes a mal —dijo Mevlo al cabo de un rato.

—¿El qué?

—Lo de haber hecho el ganso... Ya sabes, pensé que sería más divertido.

—Y así ha sido.

—Pero tenía que decirlo...

—Lo sé...

—Entonces seguramente también sabes que creo que eres estupenda... Y que no te olvidaré...

—Lo sé...

—Pues, ya que está todo aclarado, me voy...

Mevlo se levantó y se dirigió hacia la puerta...

—Espera —dijo Beba.

Beba se levantó y de la caja fuerte de la habitación sacó un sobre...

—Por si lo necesitas... —dijo dándole el sobre.

En el sobre había un fajo de billetes...

—No puedo aceptarlo...

—Es mi regalo para ti... Lo necesitarás para arrancar, para que te compres el billete a América y tengas algo de dinero hasta que puedas apañártelas...

—No puedo...

—¿Quién de nosotros dos es mayor y más tonto?

—Tú —sonrió Mevlo.

—Pues entonces te toca obedecer... Dentro tienes también mi dirección... Y si un día pasas por Zagreb...

—Te llamaré.

El joven y la corpulenta mujer entrada en años se abrazaron. Una vez más Beba rompió a llorar. Mevlo le dio unas palmaditas en los hombros y refunfuñó...

—Vosotras, las mujeres, estáis hechas de agua. La de lágrimas que lleváis dentro, es increíble... Habría que enviaros a todas al desierto y aprovecharos para regar...

Mevlo sacó un cigarrillo de la cajetilla y se lo colocó a Beba detrás de la oreja.

—Por si lo necesitas —dijo y abandonó la habitación.

#### 4

El doctor Topolanek, al crear su nuevo baño caliente, se acordó de su abuela, a cuya casa iban a comer los domingos. Temiendo no acabar a tiempo los guisos, la abuela empezaba a preparar el almuerzo a primera hora de la mañana y, cuando ellos, la familia Topolanek, llegaban, en la mesa ya estaba todo frío. Cada domingo la abuela se enfadaba, y cada domingo su padre la consolaba...

—¡Vamos, Agneza, tranquilízate, tú misma sabes que no hay nada mejor que unas albóndigas frías y la cerveza caliente!

Topolanek tituló su nuevo libro *La abuela Agneza*. Sonaba muy checo, y a la vez un poco enigmático, porque la gente seguramente se preguntaría quién era Agneza, por qué Agneza, la Agneza de quién... Aparte de su justificación personal, Topolanek tenía también una justificación real para elegir el nombre de la abuela: Agneza había vivido noventa y un años, un buen número...

Recia había preparado la noche anterior una montaña de albóndigas que estaban en una fuente redonda en el borde de la piscina, y Ágil había traído pepinillos en vinagre y mostaza. Con este gesto culinario las muchachas conmovieron hasta las lágrimas al doctor Topolanek. Ahora ellos tres se remojaban desnudos en el gran jacuzzi del hotel convertido en una enorme jarra de cerveza. Topolanek había ordenado que se llenara de cerveza y disminuir el burbujeo al mínimo para que no se ahogaran en la espuma cervecera. Aun así, la espuma volaba por todas partes.

Era una escena digna de Lucas Cranach el Viejo y, si estuviera vivo, podría pintar en ese momento *La fuente de la eterna juventud*, segunda parte. Salvo que, en la mesa de la esquina superior

derecha del cuadro, en vez de una bandeja de pescado estarían las albóndigas de la abuela Agneza.

Las mujeres estaban desenfundadas. Ágil se hacía una barba de espuma cervecera y Recia, una peluca. También Topolanek era presa del frenesí cervecero. Perseguía a Recia y a Ágil por la pequeña piscina redonda repitiendo...

—Foquitas, venid con papá, foquitas...

Y las foquitas se acercaban, sorbían del jacuzzi un poco de cerveza y empezaban a frotar sus cuerpos contra el de Topolanek. Ambas eran suaves, resbaladizas y ligeras, justo como las focas en la piscina del zoológico. Topolanek, gritando «¡ale hop!», arrojaba pedacitos de carne a la boca de una y luego a la de la otra. Las foquitas comían de su mano. Ágil mojaba una albóndiga en la espuma cervecera afirmando que así era más sabrosa que con mostaza. Y luego buceaban, brincaban, jugaban al pillapilla, chapoteaban en la cerveza, montaban batallas con bolas de espuma, se toqueteaban, se acariciaban y se besaban y, de vez en cuando, canturreaban una canción que se había inventado Recia...

*¡Alegres como moscas nadamos en cerveza,  
es tan rica que no nos da ninguna pereza!*

Topolanek se sentía magníficamente, como un gran reformador, como un científico después de un descubrimiento revolucionario. Aunque no hubiera descubierto la fórmula de la longevidad, al menos, con *La abuela Agneza*, había escrito una oda a la mayor gloria de la vitamina B y había mostrado otra manera de vivir la vida relajada y alegremente, y, en estos tiempos nuestros tristes y llenos de preocupaciones, eso podía considerarse una contribución capital, ¿o no?

Y ¿nosotros? ¡Mientras que la vida está llena de dientes postizos e implantes, el cuento es descartado, y no se achanta ante cosas semejantes!

## 5

—No puedo... Sencillamente no puedo —repetía Beba como presa de un delirio.

Beba y Arnoš Kozeny estaban sentados en el bar medio vacío del hotel y tomaban coñac a sorbitos.

—De veras, la comprendo... —dijo Arnoš Kozeny, paladeando su habano.

—¡Una nieta! ¡Ni siquiera la conozco...! —dijo Beba.

—¡Por Dios!, y ¿cómo iba a conocerla? Hace pocas horas usted ni siquiera sabía que era abuela...

—Y la asesina de mi propio hijo —dijo Beba con amargura.

—Vamos, no exagere, al fin y al cabo, todos somos asesinos. Primero matamos a nuestros padres y, luego, a nuestros propios hijos...

—No sé... Solo sé que el autor del guion de mi vida era bastante chapucero.

—Todos ellos son chapuceros...

Seguramente Arnoš tenía razón en su apreciación. Pocas personas pueden jactarse de tener un guionista a su gusto. Quién sabe, tal vez las oficinas burocráticas del señor Destino se parecen a Hollywood o a Bollywood, tal vez allí, en vez de millones de funcionarios diligentes, trabajan millones de chapuceros, que copian, reelaboran, machacan y emborronan el papel. Tal vez incluso existen departamentos, y unos se ocupan del argumento, otros de los diálogos y los terceros de los personajes, y quizá por eso nuestras vidas parecen un mejunje indescriptible. En cuanto nacemos, a todos nos ponen en la mano un paquetito invisible con las pistas, y todos empezamos a explorar nuestras vidas como *boy scouts*. Cada uno con sus coordenadas invisibles en la mano. Y tal vez de ahí, de este correteo nervioso, viene nuestro monstruoso desconocimiento de las vidas ajenas, de las vidas de las personas que más queremos...

—Y ¿por qué no interviene? —preguntó Arnoš.

—¿Cómo?

—Pues, por ejemplo, podría volver a la habitación del hotel y enfrentarse a las nuevas circunstancias de su vida, a su nietecita. Y luego sacar de ello el mayor partido...

—¿Cómo?

—Cuando llegue el momento lo sabrá...

Quizá Arnoš también tiene razón en este punto... Quizá intervenir en el guion es lo único que nos queda. Ofrecer en el momento preciso a alguien nuestro hombro para que se desahogue, ofrecerle un pañuelo, indicarle una calle... Porque la gente a menudo ignora las cosas más básicas. Beba una vez hacía cola en un banco cuando un hombre preguntó: «Por favor, ¿dónde está aquí a la derecha?». Todos lo oyeron y se desternillaron de risa. Solo Beba sintió simpatía por el hombre confuso. Mostrar al hombre dónde está la derecha y dónde la izquierda, tal vez esto era la intervención de la que hablaba Arnoš. Y tampoco podemos hacer mucho más, aunque quisiéramos... Por ejemplo, Pupa... Desde que la conocía, Pupa había sido taciturna y comedida. Si decía algo, por lo general, eran comentarios breves. Siempre había pensado que esta menuda mujercita era fuerte como un roble. Ahora, sin embargo, recordó una escena que ya había olvidado. En una de sus visitas a casa de Pupa, la puerta estaba abierta, ella entró sin hacer ruido y se encontró con su amiga de rodillas y sollozando... Era una imagen terrible, y Beba quiso escabullirse silenciosamente, desaparecer del escenario de la desgracia ajena. Entonces comprendió por primera vez que el hombre es capaz de tragarse cualquier cosa, al fin y al cabo, ella misma había visto de todo en el hospital —vientres abiertos en canal e intestinos que salían a borbotones— y todo eso se podía aguantar, solo hay una cosa difícil de digerir: ser testigo accidental del dolor ajeno, la mirada al alma que se escurre imparable del cuerpo como un chorro de orina... Ante una escena de este tipo quedamos hipnotizados como el conejo ante una pitón. En aquella ocasión, Beba se sentó calladamente en el suelo, separó las piernas, metió a Pupa en su regazo rodeándola con los brazos y las piernas, estrujándola como una almohada, y quién sabe cuánto tiempo permanecieron así, en silencio, pegadas una a la otra como dos cucharas sin decir palabra... Posteriormente nunca comentaron lo ocurrido, Beba no le preguntó, y Pupa nunca le dijo el motivo de su llanto. Quizá ni siquiera era algo grave. Quizá le había subido hasta la garganta una pena interior y se le atragantó allí como una espina de pescado. Beba la ayudó a

escupirla. Y eso fue todo. Con la edad, lloramos cada vez menos. Para llorar se necesita fuerza. En la vejez, ni los pulmones ni el corazón ni las glándulas lacrimales tienen fuerza para grandes desgracias. La vejez es una suerte de sedante natural, quizá porque la vejez en sí es una desgracia...

—¿Cómo voy a saberlo? Fui una madre inútil... He malgastado mi propia vida. No estoy capacitada para ser abuela —dijo Beba.

—¡Eche un vistazo a su alrededor, mire cuánta gente ha apostado por usted!

—¿Cómo?

—¡Su hijo, por ejemplo, ha apostado por usted! ¡También la ruleta estuvo de su parte! Y su difunta amiga, ella también le ofreció una oportunidad. Y yo, conversando ahora con usted, apuesto por usted. Ciertamente, se trata solo de una monedita, pero la he apostado por usted, y no por otra persona...

—Usted es un buen hombre, Arnoš...

—Tal vez, pero en su momento fui un mal marido, un mal padre y un mal abuelo. Solo me importaban en la vida las mujeres. Yo, querida mía, soy un veleta. Y me sigue acompañando la suerte. Poca gente se puede permitir a mi edad semejante lujo...

—No sé... Tengo setenta años, no he aprendido nada en la vida y a veces me parece que lo mejor sería suicidarme... —dijo pensativamente Beba.

Arnoš la miró y recitó alegremente:

*Si se va a suicidar, elija bien el modo,  
Igual que se elige un aderezo sabroso.  
Hágalo en un barril de vino oloroso,  
Con un manojito de romero. Aunque precoz y penosa,  
Su muerte no debe ser fea, sino fragante y hermosa.*

*Si se va a suicidar, elija bien el modo.  
Coja una soga de seda. De flores: blancas rosas.  
De esa manera la muerte aderezará su vida asombrosa  
Y su recuerdo perdurará para siempre y por encima de todo.*

*Si se va a suicidar, elija bien el modo,  
Cuando piense que ya es suficiente, salte de un puente.  
¡Pero hágalo rápido, de cabeza y con decisión!  
¡Y llévese algún que otro bombón!  
Para salir del paso en la triste travesía  
En la que no habrá ambrosía.*

—¿De quién son estos versos?

—Míos. Soy autor de un montón de versos sin ningún valor. ¡Y para no caer en la tentación de recitarle alguno más, brindemos por las buenas noches y la alegre y soleada mañana que nos aguarda! —dijo animadamente Arnoš Kozeny.

Y ¿nosotros? Mientras la vida deambula por el bosque y entre malezas, el cuento ya ha superado la mitad de su camino con grandes proezas.

## 6

Un joven y una muchacha estaban sentados en un banco del parque municipal, debajo de un gran castaño cuya copa exuberante los envolvía como una corona verde. El césped a su alrededor estaba húmedo y blando. Daba la impresión de ser un extraño campo ritual cuyas señales paganas nadie era capaz de descifrar. Los pájaros del lugar mudaban las plumas y las había por doquier. Desde lejos parecía que la joven pareja en el banco estaba protegida por una red de plumas, una enorme «trampa de sueños» de los indios americanos. Los pájaros escondidos en la copa frondosa del castaño se callaron para oír el gorjeo humano...

—*You are my pudding, my fruit pudding...*

La muchacha escuchaba sin aliento, pero posaba la mirada en sus pies, que de vez en cuando se frotaba uno contra otro.

—*You are my peach melba, my cream alpine, my blueberry anglaise, my floating island, my chocolate éclair, my choux chantilly, my kirsch buchette... You are my kirsch puff...*

—*What?!* —se rio enternecida ella.

—*You are my crocumbouche, my brioche, my brioche aux sucre, my almond cookie, my baba au rhum, my biscuit..., my biscuit de Savoie, mi profiterol...* —Mevlo susurraba al oído femenino, rosado como un gajo de naranja.

—Ah, Mellow... —murmuró la muchacha y se estremeció a causa del hormigueo que le sacudió el cuerpo rollizo.

—Mevlo... —la corrigió él.

—Mellow... —repitió la chica mirando a Mevlo con los ojos abiertos de par en par.

—*My name is Mevlo...* —repitió Mevlo sumergiéndose en los laguitos verdes de la muchacha.

—Mellow... —dijo graciosamente la chica.

—Vale, pequeña mía, ya veo que no lo aprenderás nunca... —suspiró Mevlo resignado.

Mevlo había cogido el menú en la pastelería del hotel y se había pasado la noche estudiando los nombres de los dulces. Fue el consejo más inteligente que alguien le podía haber dado. Y ese alguien no era otro que el señor Arnoš Kozeny.

—Bueno, joven —dijo Arnoš Kozeny cuando Mevlo, desesperado, se quejó de que no sabía inglés y no tenía ni idea de cómo explicarle a la muchacha que ella le gustaba—, lo de no saber inglés es una ventaja. Porque, si supiera inglés, podría equivocarse. De esta manera, da igual lo que diga, puede recitar fórmulas químicas o piezas de un coche... De todos modos, las parejas en la primera fase de enamoramiento no hablan. Gorjean...

—¿Como los pájaros?

—Como los pájaros, joven —dijo Arnoš Kozeny y añadió enigmáticamente—: No solo gorjean, sino que sus plumas revolotean a diestra y siniestra...

—*You are my truffle, you are my black forest cake, you are my gâteau basque, my guadeloupe,*

*my nian gao with one hundred fruits, my vassilopitta efkoli, my tremolat, my black devil, my gianduja ganache, my sachertorte, my caramel, my marzipan, my marquise, my mousse au chocolat, my passion fruit cream, my passion fruit, my fruit, my passion...*

—Ah, Mellow...

—*You are* mi pastelito de manzana, mi pasta de nuez, mi rosquilla...

—*I am feeling mellow...*

—Ah, Rosie, Rosita mía, Rosita...

La pareja estaba tan ensimismada en sus cuchicheos amorosos que no se percató de la leve brisa que de repente se había levantado y que había dispersado las plumas por el prado verde que la rodeaba. Las copas de los viejos castaños susurraban, y las plumas revoloteaban por el aire a diestra y siniestra...

## SEXTO DÍA, EPÍLOGO

El recepcionista Pavel Zuna tampoco este sábado se perdió sus ejercicios matutinos en la piscina de agua caliente del hotel. Sobre todo porque en la ejecución lo ayudaba Jana, una joven estudiante de la Escuela Técnica de Fisioterapia, que, gracias a los contactos de su padre, realizaba sus prácticas de un mes en el mejor lugar posible, en el Grand Hotel N.

A las órdenes de la bella Jana, Pavel Zuna realizaba obedientemente los ejercicios. Un-dos-dos-dos-dos-tres... El estado de Zuna había mejorado visiblemente en los últimos días, y ese nervio, hasta hacía poco tenso como una cuerda de violín, había cedido. Sumergido en la pequeña piscina de agua caliente, como un verdadero profesional de hostelería que reconoce a otro futuro profesional, Pavel Zuna repetía...

—*Vý jste velice talentovana, Jano, velice talentovana...*[6]

Aquella mañana de sábado, a su hora habitual, Arnoš Kozeny estaba sentado en un sillón del vestíbulo del hotel, tomaba un capuchino, paladeaba su habano y ojeaba las últimas noticias en la prensa local. Su mirada se detuvo en la noticia de que, en dos granjas en los alrededores de Norin, donde se había detectado el virus H5N1, dos días atrás se había llevado a cabo exitosamente la descontaminación, y se habían sacrificado setenta mil pollos. El virus H5N1 había sido descubierto a finales de junio en Alemania y Francia, y los Gobiernos de estos países habían tomado todas las medidas preventivas necesarias. El portavoz del Servicio Veterinario Checo Josef Duben declaró que se habían sacrificado setenta y dos mil pollos más, a pesar de que en las granjas inspeccionadas no se había detectado el virus H5N1, un virus que hasta el momento había matado aproximadamente a doscientas personas de las trecientas que se habían infectado en total, en su mayoría asiáticas. A pesar de que entre las víctimas no había ningún europeo, por lo tanto tampoco ningún checo, el Servicio Veterinario Checo había tomado la decisión de sacrificar otros setenta y dos mil pollos por motivos exclusivamente preventivos. Las compensaciones de la Unión Europea por los animales eliminados ascendían a un millón cincuenta mil euros...

Arnoš Kozeny cerró el periódico con una expresión de aburrimiento en la cara y pensó en Jarmila, su primera mujer, que vivía en Norin y poseía allí una pequeña casa con jardín. Hacía más de un año que no habían hablado, he aquí la ocasión perfecta para llamarla. «Me llamarás cuando te acojones ante la muerte, viejo cerdo, para que yo te entierre, porque ya no te quedará nadie más», solía gruñir Jarmila. Quién sabe, quizá tenía razón, por lo demás, ella nunca se equivocaba. Pero hasta la hora de la muerte aún quedaba tiempo, pensó Arnoš Kozeny, sobre todo cuando vio que había entrado en el vestíbulo una señora de mediana edad que arrastraba tres caniches blancos.



Como si fuera un viejo soldado, Arnoš Kozeny enderezó automáticamente los hombros y metió barriga, se puso en la cara la máscara reservada para estas situaciones estratégicas —la máscara de un veterano moderadamente interesado en el campo de la oferta y la demanda sexual— y exhaló placenteramente al aire el humo de su habano.

A Mevludin lo despertó aquella mañana de sábado el sol intenso que invadía la habitación. Su mirada cayó en el hombro de Rosie, que, salpicado de pequeñas pecas, resplandeció como el ojo de un tigre. Rosie estaba tumbada de costado y dormía tranquilamente chupándose el dedo meñique. Mevludin le sacó con ternura el dedo de la boca. La joven se revolvió y frunció los labios. «Eres más bella que un huevo de codorniz», susurró Mevludin mientras observaba maravillado a la muchacha. Y luego se levantó y corrió las cortinas. Después volvió a la cama, suspiró profundamente y se hundió en la mata de cabellos cobrizos.

—Ah, Mellow... —murmuró en sueños la joven.

Aquella mañana de sábado, el Grand Hotel N se bañaba en un sol exuberante. En la habitación 313 una voz masculina ronca —que revelaba que, la última noche, el dueño había regado sus cuerdas vocales con abundantes cantidades de alcohol— regañaba a una persona cuyo nombre era Marlena...

—Marlena, si me dejas, te mataré, sinceramente, no te rías, te mataré, perra, solo mírame, te lo estoy diciendo, no me fastidies, te digo que me escuches, tengo los nervios destrozados, ay, perra, te quiero...

Aquella mañana de sábado, Ágil, Recia y el doctor Topolanek yacían, en armónica composición, en la cama *king size* de la *suite* que Topolanek, como empleado del hotel, tenía a su disposición. Alrededor de sus cabezas revoloteaban moscas del vinagre. De pronto el doctor Topolanek sintió una necesidad imperiosa de vaciar la vejiga y, cuando se incorporó para ir al baño, experimentó en la espalda un dolor espantoso. El doctor gritó y se desplomó en la cama. Ágil y Recia se despertaron.

—¿Qué pasa?

—¡Es el lumbago!

—¡Un *Hexenschuss*, así lo llaman los alemanes! —dijo tranquilamente Recia.

—¡O sea, un garrotazo de bruja! —dijo Ágil.

—Y ¿qué hacemos ahora? —clamó el doctor Topolanek, aunque sabía de sobra lo que lo esperaba.

—¡Reposo! —dijo tranquilamente Recia y bostezó.

—Tal vez una inyección de Voltaren... —dijo Ágil y bostezó también.

Las mujeres formaron un ovillo alrededor del doctor Topolanek y se hundieron de nuevo en el sueño.

El doctor Topolanek no llegó a ofenderse por esta traicionera falta de atención de Ágil y Recia, porque pensaba obsesivamente en una única cosa: en cómo vaciar la vejiga. Y, cuando ya no pudo más, chilló:

—¡Orinaaaaaa!

Aquella mañana de sábado, cuando el coche de David abandonaba la célebre localidad balnearia, el cielo era azul, la hierba verde, los árboles de copas frondosas proyectaban afiladas sombras, y, entre ellas, como si saltaran por encima de cuerdas invisibles, brincaban unas cornejas negras de gran tamaño. David reflexionaba sobre todo aquel cúmulo de circunstancias extrañas, sobre las vidas, la de Asja, la de Pupa, la de Kukla y la de Beba, sobre la casualidad que lo había llevado a conocer incluso a Filip, el hijo de Beba, luego también un poco sobre su propia existencia... Todos se habían unido por un instante como imanes. Pensaba en Pupa. Las vidas pueden ser así o asá, la mayoría de nosotros vive su vida de manera chapucera, pero al menos habría que planificar a tiempo esa famosa bajada del tren metafórica y esforzarse para que discurriera de manera decente. De nuestra llegada al mundo no somos responsables, pero de nuestra marcha tal vez sí. Pupa golpeó en el último momento la bola que depositaron delante de ella (en lo que David también tuvo parte del mérito), y la bola primero salió disparada en la dirección esperada —hacia los nietos, los hijos de Zorana y de Asja—, pero al final rodó hacia donde nadie contaba, y lo más importante, hacia donde al caer produciría un efecto más vivo y útil: hacia Kukla, Beba y Wáwá...

«¡Qué joven! ¡Qué joven tan maravilloso!», pensaba Kukla acomodada en el asiento trasero del coche. David no solo había arreglado todo, sino que además las conducía a casa, a Zagreb, mientras Pupa en aquel momento volaba dentro de su huevo en la línea Praga-Zagreb, donde ya la esperaban en el aeropuerto para trasladarla al tanatorio. También en esto había pensado David. Y había logrado organizar desde allí el funeral de Pupa, que tendría lugar dentro de dos días. Había encontrado las direcciones necesarias en Internet y acordado todo tras unas pocas conversaciones telefónicas. El dinero que Pupa había legado en su testamento a Kukla y a Beba ya estaba transferido a una nueva cuenta común de las dos. El dinero que Beba había ganado en la ruleta también lo habían transferido a la cuenta común, ya que Beba había insistido en ello. Toda la documentación estaba firmada, no se había olvidado ningún detalle. Asimismo, se había abierto una cuenta especial con fondos dedicados exclusivamente a los futuros estudios de Wáwá. El resto se dejó a cargo de Beba y de Kukla, a cuya disposición David prometió estar en todo momento.

A través del cristal del coche, Kukla observaba las nubes ligeras y blancas como claras de huevo montadas. En sus pensamientos rebobinaba de nuevo la lista de cosas que debía hacer. Tenía que comprar un nuevo ordenador y empezar a recorrer colegios. Sería un reto enterarse de cuáles eran los mejores. Y, además, quizá Wáwá querría apuntarse a clases de ballet, y luego aprender a tocar un instrumento, e ir a patinaje sobre hielo, ¡ah, había tantas cosas! Kukla decidió que vendería su piso y pondría todo el dinero junto, y luego convendría con Beba qué hacer con ello y cómo... Porque quién sabe cuánto tiempo le quedaba aún para echarle una mano a Wáwá. Si había heredado los genes de la longevidad, y al parecer así era, estaría todavía algún tiempo en este mundo, ocupada con la nueva, maravillosa y única tarea que se le había encomendado: ¡Wáwá! Sería la tía de Wáwá, la tía Kukla de Wáwá... Y, si lo pensaba un poco mejor, quizá ni siquiera era tan importante que ella y Beba planificaran todo de antemano... Quizá había que inculcarle a Wáwá algo distinto, unos conocimientos que la hicieran sabia, algo que ninguna escuela del mundo podía darle...

También Beba hacía una lista en sus pensamientos. Tendría que poner cuanto antes en orden y en marcha su descuidado cuerpo. Lo necesitaría por Wáwá. He aquí cómo las cosas se ponen de repente más claras que el agua. Tendría que renovar su permiso de conducir, también en este punto había sido descuidada, y comprar un coche nuevo. ¿Quién, si no, llevaría a Wáwá a la guardería, al colegio, al ballet, en caso de que quisiera, a la escuela de música, si quería aprender a tocar un instrumento, a clases de idiomas, si le interesaba? Ella, Beba, podría, por ejemplo, matricularse en un curso de chino. Wáwá, ciertamente, no tenía ni idea de chino, pero ¿qué ocurriría si un día quería ver China, su patria? Entonces Beba tendría que acompañarla, y no le vendrían nada mal unos conocimientos de chino... En cuanto llegara a casa, vendería su pequeño piso, pondría todo el dinero junto y hablaría con Kukla. Para llegar a un acuerdo... En todo caso tendrían que comprar una casa común... Preciosa, con un gran jardín y árboles frutales. Y un gran nogal, para que diera sombra. Sería el árbol de Pupa, en su memoria, al fin y al cabo, ella, la vieja bruja, era la que había urdido todo el plan. También plantarían unos frambuesos, para hacerle mermelada de frambuesas a Wáwá... En el jardín habría una caseta para el perro, para un conejo, para una tortuga, para un erizo, para todo lo que Wáwá quisiera... Y un pequeño estudio en el jardín, para enseñarles a dibujar a Wáwá y a sus futuros amigos, y quizá, quién sabe, también ella recuperaría sus sueños juveniles y por fin empezaría a pintar verdaderos cuadros... Beba tocó madera en sus pensamientos, por favor, que tuviera salud y aguantara hasta que Wáwá fuera al instituto... Wáwá iría a la universidad, había que ayudarla a elegir la mejor facultad... Pero, por otro lado, si lo pensaba mejor, ella misma se había graduado en la Academia de Bellas Artes y, sin embargo, eso no le había traído la felicidad. Quizá había que enseñarle a Wáwá otras cosas, más importantes. La vida era como un jardín inabarcable repleto de huevos de Pascua escondidos. Algunos recogen tantos que llenan una cesta, otros no encuentran ninguno. Quizá eso era lo que había que enseñar a Wáwá, a ser una cazadora, una cazadora de milagros... Que no se perdiera nada, que disfrutara cada segundo, porque solo la vida nos la han dado gratis... Beba sintió de repente una gratitud profunda hacia su hijo. Sintió que se le abrían todos los cajones que durante años había tenido cerrados bajo llave y que ahora respiraba libre. En ese instante ya no importaba nada más, solo importaba ese pequeño ser. Ah, esas mejillas, esas cejas pobladas, serenas, esas cejas similares a alas, y ese aliento, Dios mío, ese dulce aliento infantil...

—¿No crees que se parece un poco a Filip? —susurró Beba.

—Sí..., seguramente... —dijo Kukla, que nunca en su vida había visto a Filip, ni siquiera en una foto.

A través del cristal del coche, Kukla observaba los paisajes que discurrían lentamente a su lado. El cielo era azul, la hierba verde, los árboles de copas frondosas proyectaban afiladas sombras, y entre ellas, como si saltaran por encima de cuerdas invisibles, brincaban unas cornejas negras de gran tamaño. Y las nubes, las nubes invadían el cielo como claras de huevo montadas.

Abrazada a su perrito, Wáwá estaba acurrucada en la bota de Pupa y dormía. De la bota asomaba una manita que apretaba con firmeza la cuchara de madera que le había regalado Mevlo. Y entonces, justo como si hubiera sentido que los pensamientos de Beba y, Kukla giraban alrededor de ella, se revolvió ligeramente, se rascó la naricita con la mano libre y de nuevo se sumió en el sueño. Beba y Kukla, entregadas a sus fantasías, acariciaban protectoramente el borde

de la bota cada una desde su lado...

Y ¿nosotros? Nosotros hemos hecho nuestro trabajo, ha sido dulce y amargo, rápido y nada largo: ¡fueron muy felices, comieron perdices, y a nosotros nos dieron con el hueso en las narices! ¡Y, colorín colorado, este cuento se ha acabado! Nosotros allí estuvimos y vino bebimos: ¡con Pupa de la botella, con Kukla de un vaso y con Beba de un bocal, desde el principio hasta el final! Y, si no os lo creéis, mirad: ¡todavía tenemos la lengua mojada y os podéis cerciorar!

---

[6]. «Tiene usted mucho talento, Jana, mucho talento.»

TERCERA PARTE

EL QUE SABE MUCHO  
ENVEJECE PRONTO

Dra. Aba Bagay  
Slavic Folklore Studies  
Joensuu Yliopisto, University of Joensuu  
P. O. Box 111  
FI-80101 Joensuu

Estimado editor:

Debo confesar que realmente me ha sorprendido recibir su carta. No sé cómo, habiendo tantos expertos sobresalientes en folclore, me ha elegido precisamente a mí. Hace muy poco que he empezado a trabajar en esta facultad y aún no me he asentado lo suficiente en los círculos profesionales locales ni en los internacionales para que mi nombre le pueda sonar tanto. Me alegra, por supuesto, que se haya dirigido a mí, pero al mismo tiempo debo aclarar que, aunque las tradiciones mitológicas rituales y folclóricas de los eslavos son mi especialidad, eso no significa que ya sea una experta en el tema que a usted le interesa. Y, por otra parte, voy muy corta de tiempo porque estoy terminando mi libro *Creencias populares búlgaras relacionadas con el nacimiento* y, por desgracia, no dispongo de las horas que me gustaría tener para dedicarme a contestar a su pregunta. No obstante, halagada por su confianza en mi capacidad y animada por su interés en mantener el contacto (que, ¡quién sabe!, quizá no sea tan casual), he leído con placer el manuscrito que me ha enviado y no tengo reparos en confesar que su brevedad ha contribuido mucho a esa sensación placentera.

Por lo que he entendido de su carta, la autora del citado manuscrito se comprometió a remitirle un trabajo en prosa basado en el mito de Baba Yagá. Dicho sea de paso, me ha emocionado que usted reconozca que «no tiene ni idea» de quién es Baba Yagá. Y, no obstante, si hubiera «surfeado» un poco por Internet, habría visto que Baba Yagá, ciertamente, no es Oprah Winfrey o la princesa Diana, pero tampoco es un personaje mítico completamente anónimo. Su nombre lo llevan un centro de actividades chamánicas en el norte de Holanda, una tienda de lámparas de mesa en algún lugar de Polonia, una revista polacoamericana (*Baba Yaga's Corner*), una residencia para personas mayores e incapacitadas, una pensión familiar y una escuela de idiomas en Alemania. A los restaurantes, las pastelerías y las tiendas de alimentación sana les encanta el nombre de Baba Yagá, cosa que, teniendo en cuenta las preferencias gastronómicas de Baba Yagá, tiene su gracia. También llevan su nombre algunos gimnasios, ¡probablemente porque los dueños de estos establecimientos creen que Baba Yagá guarda alguna relación con el yoga! «Baba Yagá» es el nombre de un *Damenschneiderei*, es decir, del taller de una modista alemana, así como de un *spirituele webwinkel* holandés (donde los interesados pueden adquirir bolas de cristal y teteras) y de un coro femenino, también holandés. La figura de Baba Yagá ha servido de estímulo artístico a compañías teatrales, a grupos de música, a proyectos artísticos, a directores de cine, a dibujantes

de historietas y de películas animadas, a autores de novelas gráficas y no gráficas, a páginas web de horror y de porno, a blogs y a anuncios. Así, por ejemplo, un eslogan publicitario serbio para el Porsche Carrera GT reza: «La Baba Roga de las carreteras»; Baba Roga, por supuesto, es el equivalente serbio de la Baba Yagá rusa.

No obstante, a pesar de lo extendido que está el (ab)uso de ese nombre, supongo que el lector corriente que no sea eslavo no sabrá mucho acerca de Baba Yagá. Incluso para la mayoría de los lectores eslavos, Baba Yagá no es más que una anciana fea y malvada que roba niños pequeños. Y precisamente aquí reside nuestro problema compartido. Usted afirma con modestia no tener ni idea de quién es Baba Yagá, y me ruega que le explique qué correlación hay entre la prosa de la autora y el mito sobre Baba Yagá. En estas circunstancias, reconocerá que el cometido que me pide no es nada fácil.

Con la intención de contestarle de la forma más sencilla y metódica posible, he redactado solo para usted un texto titulado «Baba Yagá para principiantes». Se trata de un breve glosario de temas, motivos y mitemas relacionados con la mitología eslava y, por supuesto, con la «babayagalogía». En este punto quiero llamar su atención sobre el hecho notorio de que la mitología eslava es solo supuestamente «eslava». Los mitos, las leyendas y las tradiciones orales tienen las propiedades de los virus. Había «historias» similares a la de Baba Yagá por doquier: en los bosques eslavos, en los desiertos africanos, en las faldas del Himalaya, en los iglús esquimales, y han llegado a nuestros días y a la cultura de masas y pueden entrecruzarse en los culebrones televisivos, en las series de ciencia ficción, en los foros de Internet y en los videojuegos; en *Lara Croft*, *Buffy Cazavampiros* y *Harry Potter*.

También quiero destacar que mi «Baba Yagá para principiantes» es un texto bastante **compilatorio**. Quizá no hacía falta esta excusa, porque así es nuestra labor de folcloristas. En la elaboración del glosario de Baba Yagá me han resultado de una ayuda inestimable *El diccionario enciclopédico de mitología eslava (Slavianskaia mifologia, Enciklopedicheskii slovar)*, la enciclopedia de dos tomos *Mitos de los pueblos del mundo (Mifi narodov mira)*, el famoso estudio *Las raíces históricas del cuento* de Vladimir Propp, diversos tratados y revistas especializadas (como, por ejemplo, la excelente *Kodovi slavenskih kultura* [«Códigos de las culturas eslavas»]), luego el estudio reciente, y por ahora el más completo, sobre Baba Yagá (*Baba Yaga: The Ambiguous Mother and Witch of the Russian Folktale*) de Andreas Johns, así como los libros mitográficos, siempre inspiradores, de Marina Warner. No quiero abrumarlo con datos bibliográficos, pero, si lo necesita, puedo remitirle una bibliografía más completa.

Y ahora, permítame que haga unas observaciones generales. Primero: la autora es novelista y, en este sentido literario, cualquier interpretación que haga es «lícita». En literatura no hay interpretaciones mejores o peores, solo hay libros buenos o malos. Segundo: los mitos son memes. Los mitos mutan, se descomponen, se amplían, se transforman, se adaptan y readaptan. Los mitos viajan y, al viajar, se transmiten y «traducen». Nunca llegan a su destino, se encuentran en permanente estado de transición y traducción. En la mayoría de los casos ni siquiera existe una historia mítica sólida: solo existen numerosas variantes. Algo parecido ocurre con el cuento sobre Baba Yagá. Tercero: la ausencia de referencias claras a Baba Yagá en la prosa de la autora se debe por una parte a la confusión que rodea la figura de Baba Yagá, a la ambigüedad de su

carácter y de sus competencias, y por otra a las supersticiones populares. A saber, entre los eslavos, igual que entre muchos otros pueblos, existen tabúes a la hora de pronunciar ciertos nombres. La «discreción» de la autora en el manejo del nombre de Baba Yagá podría tener su origen en los tabúes folclóricos relacionados con las brujas.

En Montenegro, por ejemplo, se cree que quien busca brujas recibirá su merecido castigo. Entre los montenegrinos se cuenta la leyenda de que Jesús, cuando huía de sus perseguidores, encontró refugio en casa de una vieja bruja, a la que bendijo con las palabras: «El que te quiera encontrar con las manos vacías se ha de marchar». Se cree, por lo tanto, que no se puede reconocer a las brujas porque, «cuando los judíos querían apresarlos, una bruja se aprestó a esconderlos y rehusó delatarlos, y entonces Jesús la bendijo para que sus obras quedaran en secreto ante los ojos de cualquiera». (Según el libro de Tihomir P. Đorđević, *Veštica i vila u našem narodnom predanju i verovanju* [«La bruja y el hada madrina en nuestras tradiciones y creencias populares»].)

En pocas palabras, Baba Yagá es un personaje episódico, pero sus intervenciones en el cuento son clave, y difícilmente se puede decir algo acerca de ella sin mencionar al mismo tiempo el lugar que ocupa en el relato y sus vínculos con los demás personajes. El papel de Baba Yagá varía dentro del cuento: en algunas narraciones presta ayuda al héroe o a la heroína para que alcance su objetivo, y en otras pone obstáculos a los protagonistas. Sea como fuere, yo me esforzaré para proporcionarle unos «datos» básicos relacionados con la figura mítica de Baba Yagá (quién es, de dónde viene, dónde vive, qué aspecto tiene, a qué se dedica y cosas similares). Luego vamos a repasar juntos algunos detalles, que le pueden parecer innecesarios, demasiado exhaustivos y pesados. Le aseguro, sin embargo, que cada detalle tiene su sitio en nuestro rompecabezas de Baba Yagá. Por el camino procuraré llamar su atención sobre las relaciones semánticas entre Baba Yagá y el díptico en prosa de la autora. Mis explicaciones no tendrán un propósito interpretativo o valorativo, y aparecerán dentro de algunas de las entradas del glosario bajo el título «Observaciones». Por lo tanto, le ruego que las entienda como intervenciones personales que no suponen ninguna obligación para usted. Naturalmente, tampoco lo demás lo obliga a absolutamente nada.

Me gustaría que entendiera el texto que le adjunto como un viaje a través de un bosque de significados; en otras palabras, como un recorrido a través de un cuento invertido. Yo me esforzaré para que este trayecto sea más fácil (porque mi trabajo consiste en deambular por el bosque y fisgonear bajo cada arbusto, y el de usted es atravesarlo). Lo que le pido es un poco de paciencia. ¿Por qué? Porque solo a los héroes pacientes y perseverantes —esos que están dispuestos a recorrer siete montañas y siete mares y a desgastar en el camino tres pares de zapatos de hierro— los espera una recompensa al final del cuento. Si lo esperará a usted, no lo sé, lo debe comprobar por usted mismo.

Saludos cordiales,

DRA. ABA BAGAY



## BABA YAGÁ PARA PRINCIPIANTES

## BABA

*Baba* procede del indoeuropeo, desde el que pasó a muchos idiomas. *Baba* significa en las lenguas eslavas ante todo «**abuela**» (la madre de la madre o del padre), y también, por extensión, cualquier «mujer vieja». En el ruso coloquial *baba* puede significar también «mujer» en general (por ejemplo, en *goróshaia baba*, que significa «mujer guapa»). Algo similar ocurre también en otros idiomas eslavos; *baba* puede ser una mujer casada (por ejemplo, *moja baba*, es decir, «mi mujer»). *Baba* puede ser una mujer con rasgos de carácter negativos, «de lengua afilada», una chismosa, una verdulera, una arpía. *Baba* es también una expresión coloquial para designar a un cobarde, un hombre miedoso, un gallina («¡No seas *baba!*»). *Babica* es «partera», y de ahí viene la palabra *babinje*, «el puerperio». Con la palabra *baba* los eslavos designan además figuras mitológicas femeninas, días determinados, fenómenos atmosféricos, conceptos astronómicos, enfermedades y otras cosas.

A menudo se llama *Baba* a los **demonios femeninos**. Baba Miércoles (Baba Seredá) vela por el oficio de tejedor y prohíbe a las mujeres que tejan los miércoles (también puede ser cualquier otro día de la semana). La Baba Blanca (Bélaia Baba) es un demonio acuático, y la Baba de los Baños (*bánnaia bábushka*, *bannija*, *báinitsa*, *baiénnaia*, *mátushka*, *obderija*), un espíritu que vive en el tradicional baño de vapor ruso. En Ucrania, la Baba del Trigo es un espíritu de los campos; la Baba Salvaje es un demonio femenino que seduce a los hombres jóvenes. También se llama *baba* a las brujas, hechiceras y curanderas.

También encontramos la palabra *baba* en los nombres de **enfermedades** (*babice*, *bapke*, *bábushki*, *babuja*, *babile* y otras). La Baba Sharka búlgara es la denominación popular del sarampión. Baba Sharka carece de hogar, es una vagabunda glotona. Cuando Baba Sharka se presenta en una casa, los inquilinos tienen prohibido cocinar durante nueve días enteros. Así Baba Sharka abandonará el inhóspito hogar y buscará otro más hospitalario. También Baba Drusla y Baba Pisanka traen enfermedades.

La *baba* está relacionada con **el concepto popular del tiempo**. Baba Marta (en particular en el folclore búlgaro, rumano, serbio y macedonio) es el mes de marzo antropomorfizado. En Croacia y en Serbia, Baba Cuaresma camina con siete varas, y después de cada semana de ayuno se deshace de una. En Serbia los días nevados de marzo se llaman «días de la *baba*», los «chivos de la *baba*» o los «cabritos de la *baba*». Baba Jaudoucha (Jedoucha o Dochia) en Rumanía y en Ucrania es la encargada de desatar las precipitaciones invernales. Cuando se sacude el abrigo de piel, cae la nieve. En muchas regiones existe la tradición carnavalesca de «quemar a la *baba*». En Croacia se despide el año viejo simbólicamente con la quema de una muñeca, Baba Krnjuša o

Baba Mellada, para que el año nuevo ocupe su lugar.

Con la palabra *baba* se designan en el folclore eslavo **conceptos astronómicos y fenómenos meteorológicos**. Baba Mjesečina para el claro de luna y Baba Gale para la luna negra o nueva. El «cinturón de la *baba*» es sinónimo del arcoíris y el «mijo de la *baba*» se usa para el granizo. Del «rincón de la *baba*» en el cielo suelen llegar los temporales. Los polacos dicen que las manchas oscuras de la luna se deben a que «la *baba* bate mantequilla» o a que «la *baba* hace pan». Cuando llueve y hace sol al mismo tiempo los niños polacos cantan: «Cae la lluvia, brilla el sol, Baba Yagá bate mantequilla». Para los primeros días de nieve, los casubos dicen: «La vieja *baba* ha empezado a bailar». Los campesinos de los Cárpatos usan el dicho «la *baba* se ha congelado» cuando describen las cimas de las montañas cubiertas por las primeras nieves. En épocas de sequía, los campesinos polacos creen que Baba-bruja está sentada en un roble (se supone que en un nido, nota de A. B.) empollando huevos, y, hasta que los pollos no salgan, continuará la sequía. En el folclore búlgaro la *baba* es un sinónimo pintoresco para los conceptos del día y de la noche. [7]

Se da el nombre de *baba* a **las cosas** más dispares. En los ritos eslavos de la cosecha se denomina *baba* a la última gavilla, y para celebrar el fin de la siega los campesinos visten esta gavilla con ropa de mujer. *Baba* es en los idiomas eslavos el nombre de varias setas, mariposas, frutas (una variedad de pera y de cereza), pasteles (el *bapka* polaco) o peces. *Baba* aparece en los nombres de montañas, ciudades y pueblos (Velika Baba, Mala Baba, Stara Baba, Babina Greda, etcétera). Una expresión coloquial para un otoño largo y cálido es el «veranillo de la *baba*».

En búlgaro existen muchos **dichos** relacionados con las *babas*. Por ejemplo: «*Edno si baba znae, edno si bae*», que viene a significar: «La abuela siempre está con sus batallas», porque se usa para alguien que repite constantemente lo mismo. «*Babini devetini*», «*Babini prikazki*» se usan como sinónimos de tonterías o disparates. Dichos similares existen también en el idioma de los croatas, bosnios y serbios: «Ha pasado la *baba* con los pasteles», lo que viene a significar que has perdido el último tren. O: «La *baba* sueña con lo que desea», un dicho con inequívocas connotaciones sexuales, porque al final no es más que una analogía popular de la famosa teoría del desliz freudiano. «Para que el día pase, espadillando el lino se entretiene la *baba*», dicho que se usa cuando alguien pasa su tiempo haraganeando, o con labores inútiles. «Mezclar *babe i žabe*» (*babas* y ranas) es lo mismo que mezclar peras con manzanas, es decir, cosas que no tienen nada que ver; «eso lo hace cualquier vieja» o «eso lo puede hacer hasta mi abuela» (léase *baba* donde pone «vieja» o «abuela») significa que lo puede hacer cualquiera, incluso el más inútil; «ya está la *baba* dale que dale con sus buñuelos», es decir, que ya está la abuela contando sus batallitas. El dicho «muchas comadronas, niño malogrado» viene a ser lo mismo que «muchos componedores descomponen la novia». Y, teniendo en cuenta que *babo*, *baba* en algunos idiomas (persa, árabe, turco, italiano), significa «padre», pero que también puede referirse a un hombre mayor, a un miembro masculino de la familia, está: «Si la *baba* tuviera huevos, no sería abuela, sino abuelo».

Hablando en general, ¡el mundo eslavo simplemente bulle de *babas*! Al mismo tiempo, hay que tener en cuenta que todos los dichos, refranes y creencias desagradables o de discriminación de género relacionados con las *babas* los han inventado los «abuelos». Para ellos mismos se reservan, por supuesto, posiciones más heroicas.

---

[7]. «Se aproximaron a la hoguera y encontraron a dos abuelitas que manejaban dos madejas, una ovillaba y la otra desovillaba. La que ovillaba era el día; la otra, la noche.» *(Nota de la autora.)*

## BABA YAGÁ

Baba Yagá (*baba-iga, baba-liaga, baba-liagba, baba-oga, Yeguibija, báushka Yaguishnia, Yagá-bura, Yeguibishna, Yeguishna, Yagaiia-baba, etcétera*) es un ser femenino antropomorfo, una anciana hechicera, una bruja. En lo que respecta a su nombre existen numerosas interpretaciones: algunos autores consideran que *Yagá, Ega, Iga, Yuga, Jazja, Jeza, Jagishna, Ježi-baba* y otros nombres similares tienen su origen en el *ega/esa* del antiguo eslavo, que se parece al *engti* lituano y al *igt* letón, y cuyo significado aproximado es: mal, escalofrío, pesadilla, enfermedad.

Baba Yagá vive en un bosque frondoso, o en el linde del bosque, en una cabaña, una isba pequeña y angosta, que se alza sobre patas de gallina y gira sobre sí misma. Baba Yagá tiene una pierna de hueso (por lo que a menudo se la apoda «Baba Yagá Pata de Hueso»), los pechos caídos (y por eso los posa en la estufa o los cuelga de un palo), una nariz larga y puntiaguda con la que apuntala el techo, y vuela montada en un mortero ayudándose con el macillo y borrando sus huellas con una escoba.

Baba Yagá es un *patchwork* textual oral único en su género, compuesto de diferentes tradiciones folclóricas y mitológico-rituales (chamanismo, totemismo, animismo, matriarcado), de ahí que su estatus, función y competencias varíen de cuento a cuento, de una zona folclórica a otra, de narrador a narradora. Baba Yagá es un texto que a lo largo de distintas épocas se ha leído, contado, adaptado, readaptado, interpretado y reinterpretado de diferentes maneras.

Los orígenes de Baba Yagá no están muy claros. Unos mantienen que Baba Yagá era la gran diosa, la Madre Tierra; otros, que era la gran diosa eslava de la muerte (*yagá zmeia bura*); los terceros, que era la señora de las aves (de ahí viene la cabaña sobre patas de gallina y la larga nariz que recuerda a un pico); los cuartos, que era la rival de la divinidad eslava Mokosh, y que con el paso del tiempo evolucionó de gran diosa en un andrógino, luego en la diosa de las aves y de las serpientes, más adelante en un ser antropomorfo, para finalmente adquirir atributos femeninos. Algunos la relacionan con la Zlota-Baba, la Mujer de Oro, una diosa arcaica de los tiempos del matriarcado, y ven en las patas sobre las cuales se alza su isba vestigios de un culto a la fertilidad.

Baba Yagá aparece como hilandera y tejedora, que es un papel que siempre simboliza el dominio sobre el destino de los humanos (los héroes reciben de Baba Yagá un ovillo que los conducirá hasta su objetivo), pero también como guerrera, que duerme con la espada debajo de la cabeza y lucha con los caballeros. En algunos cuentos, Baba Yagá tiene el poder de dejar a la gente petrificada (como Medusa), en otros gobierna sobre las fuerzas de la naturaleza: los vientos, las tormentas, los truenos (por lo que la relacionan con el dios eslavo Perun). V. J. Propp, que ha

ejercido una gran influencia sobre los investigadores, considera que Baba Yagá es la señora del mundo animal de los bosques y del mundo de los muertos, y una sacerdotisa iniciática.

Escurridiza y caprichosa, Baba Yagá se presenta a veces como auxiliadora y a veces como vengadora; a veces como centinela entre los dos mundos y a veces como mediadora entre ambos; pero también como mediadora entre los propios protagonistas del cuento; a veces como un obstáculo, a veces como una mujer dadivosa, frecuentemente como anciana malvada y rara vez como viejecita bondadosa. La mayoría de los investigadores encasilla a Baba Yagá en la ramificada familia mitológica de las mujeres viejas y feas con ciertos poderes, una tipología que aparece en todas las mitologías del mundo.

Y, a pesar de sus muchos puntos en común con otras babas, Baba Yagá ha logrado imponer su nombre y su individualidad sobre las demás. Aunque en el mundo eslavo es muy popular, los problemas de la génesis, de la naturaleza mitológica, de la función y de la semántica de Baba Yagá en el cuento son muy complejos y suscitan debates constantes.[8] Algunos autores afirman que el nombre de Baba Yagá no se conoce en la mitología eslava y que su figura pertenece exclusivamente a los cuentos de hadas. Baba Yagá ha aflorado indudablemente del suelo mitológico, pero como personaje se ha formado en los cuentos populares rusos, cuando entre el siglo XVIII y el siglo XX se recopilaron centenares de versiones de estos cuentos. Baba Yagá surgió de una interacción larga y compleja entre tradiciones folclóricas y mitológico-rituales, rapsodas, recopiladores e investigadores; de una mezcla de mitologías indoeuropeas y protoindoeuropeas. Marija Gimbutas ve el lugar de Baba Yagá entre las diosas: «Las diosas que heredamos de la vieja Europa, como las griegas Atenea, Hera, Artemisa, Hécate; las romanas Minerva y Diana; las irlandesas Morrigan y Brigit; las bálticas Laima y Ragana; la rusa Baba Yagá; la vasca Mari, y otras, no son Venus que traen fertilidad y prosperidad, son (...) mucho más que eso. Estas dadoras de vida y “ejecutoras de las leyes” son también “señoras” y, como tales, se han conservado durante mucho tiempo en las creencias individuales, a pesar de haber sido derrocadas de los tronos, militarizadas e hibridadas con las novias y esposas divinas indoeuropeas».

---

[8]. K. V. Chistov: *Zametki po slavianskoi demonologii, Baba Yagá* [«Notas de demonología eslava»]. Moscú, Zhívaia stariná, 1997. Págs. 55-57. (Nota de la autora.)

## BABA YAGÁ: LA BRUJA

Baba Yagá posee un carácter caprichoso, y los investigadores se muestran cautelosos a la hora de definir su estatus. Unos consideran que se trata simplemente de una bruja (eslava), mientras que otros están dispuestos a asignarle un papel más complejo e individualizado dentro del sistema demoníaco eslavo.

Veamos primero quién es, qué apariencia tiene y qué hace una bruja **corriente**. Según Tihomir P. Đorđević, las brujas son en su mayoría mujeres viejas con un «espíritu diabólico».[9] «Se llama “bruja” a una mujer que lleva dentro un espíritu diabólico, que emerge de ellas mientras duermen, y se convierte en mariposa, en gallina o pava, y revolotea por las casas y come carne humana, en particular la de los niños pequeños: cuando se encuentra a un hombre dormido, lo golpea con una vara en el pecho izquierdo, que se abre mientras ella le saca el corazón y lo devora, y luego se cierra de nuevo. Algunas personas así roídas se mueren enseguida y otras continúan vivas un tiempo, tanto como les concede la bruja después de comerse el corazón; y sufren la muerte que ella les ha destinado», escribe Vuk S. Karadžić.

En los idiomas eslavos las brujas tienen numerosos nombres (*vedma, vidma, vedzma, vještica, vištica, viščica, viška, véshterka, veštica, veštičina, cipernica, coprnicica, štrigna, štriga, morna, brina, brkača, konjobarka, srkača, potkovanica, rogulja, krstača, kamenica, Czarownica, magiosnica* y otros). Los sinónimos tienen un significado protector y se usan sobre todo para salvaguardar a los niños. Por miedo a mencionar su nombre, a menudo se dice de una bruja: «**esa de ahí**».

Las brujas, al igual que muchos otros seres míticos, son capaces de metamorfosearse. La bruja se puede transformar en ave, serpiente, mosca, mariposa, rana o gato.[10] Por lo general se transforma en un **pájaro negro** (corneja o cuervo, gallina negra, urraca). También es popular la creencia de que las mariposas, sobre todo las grandes, son brujas, por lo que hay que tirarlas al fuego o abrasarles las alas. Al día siguiente hay que fijarse en qué mujer vieja en el pueblo está «chamuscada», «achicharrada como el diablo» o sencillamente muerta. Esa anciana será una bruja. Una clase de lepidóptero nocturno lleva el nombre de «bruja negra». Se cree que, si una mariposa de esta especie roza con sus alas a una mujer, la hará estéril.

Se creía que, cuando una bruja se dormía, salía volando de su boca una mariposa o un pájaro, «... y, si ella se da la vuelta, la mariposa o el pájaro no pueden regresar al lugar de donde han salido, y tanto ellos como la mujer morirán. A veces ocurre que un pájaro o una gallina sale volando y el marido, según una regla no escrita, coloca a la mujer dormida de tal manera que su cabeza esté ahí donde estaban los pies, así que la gallina no puede regresar a la boca y la mujer

muere. Entonces el marido se pone triste, devuelve a la mujer a la misma postura en que se había dormido, la gallina entra de nuevo en la boca de la difunta y la mujer revive».[11]

A las brujas se las reconoce «porque a todas les cuelga un moco de la cabeza, algo como la larga cresta del pavo cuando este se hincha». Las brujas son bizcas, vomitan con facilidad (existe el dicho: «Vomita como la bruja los higadillos») y no se hunden en el agua. La bruja tiene el poder de cambiar su estatura, «puede hacerse muy pequeña, de manera que es capaz de colarse y salir por la rendija más estrecha o por el ojo de la cerradura».[12]

En Herzegovina, la bruja es una mujer «con bozo en el labio superior, como el de un muchacho cuando le empieza a crecer el bigote». La Baba, o sea, la Vieja, una figura de la epopeya *La guirnalda de la montaña*, de Petar Preradović Njegoš, dice: «Fácilmente reconocerás a la bruja, cabello gris y una cruz bajo la nariz». De modo que las brujas tienen «bigote y muslos peludos»; las brujas son «sanguíneas, hoscas y tienen una cruz bajo la nariz»; las brujas están siempre malhumoradas, tienen una mirada malvada y «piernas velludas». La bruja «tiene bigote, cejas pobladas, los ojos hundidos y anda encorvada». La bruja «tiene un bigote pequeño y ralo, ojos inyectados en sangre y dientes afilados, pero el bigote es la marca más segura de su condición». En Bosnia no son tan sensibles a la velloidad. Los bosnacios consideran que la bruja es «una mujer que carece de vello bajo las axilas o en la parte inferior del cuerpo».[13] Los seres míticos se diferencian de los hombres por su **tamaño**: son significativamente más pequeños o más grandes que los seres humanos. En Istria creen que la «peste» es una mujer enorme. Según las creencias serbias, los *karakondžule*, una suerte de duendes malignos nocturnos, son grandes y gordos. En Montenegro se creía que Srijeda, es decir, Miércoles, era una mujer corpulenta, «enorme como una hacina», de exuberante pelo canoso y dientes de acero.

Las brujas, al igual que otros seres míticos, tienen algún **defecto físico**, que se suele manifestar como una hipertrofia, una carencia o asimetría. En algunos lugares se cree que las brujas tienen un rabo rudimentario y en otros, que tienen alas pequeñas, también rudimentarias. En el folclore esloveno se menciona a la *preglavica*, una mujer blanca sin cabeza que aparece exclusivamente a mediodía. Su pariente rusa se llama *polúdnitsa*. Los croatas creían que había demonios femeninos sin rostro: difuntas que acudían a amamantar a sus hijos. Unos pechos grandes y caídos no son solo una característica de Baba Yagá, los serbios creían en la existencia de una «madre gigante» que amasa el pan con los pechos. La «peste» en la localidad de Konavle y el «cólera» en Montenegro tienen grandes pechos alargados que se echan a la espalda. La diosa Kshumai (en la que creen los kafires en la región montañosa del Hindú Kush), la mítica Peri (en persa, Pari) y la árabe Salawa tienen las mismas características. Alavardi (Alabasti) es un ser mítico ancestral que conocen muchos pueblos asiáticos. Se trata de una mujer alta de pechos largos, que suele echarse a la espalda.

Las brujas tienen a veces un solo ojo, carecen de agujeros en la nariz, o no tienen más que uno. Baba Yagá tiene una pierna de hueso (o de hierro). Los seres míticos a menudo se caracterizan por ser ciegos o tuertos. Baba Yagá es ciega (o se queja de que le duelen los ojos). Ella reconoce a sus huéspedes eventuales por el olor, porque, a juzgar por las apariencias, no los ve.

A los seres míticos los delatan **los sonidos** (silban, se ríen, palmotean y hacen cosas similares). Y, si el hombre se dirige a ellos, algunos repiten sus palabras hasta el infinito, como si fuera un



eco. A Baba Yagá se la reconoce por sus frases repetitivas y sus famosos resoplidos: «Uf, uf, uf». Muchas de las características, ruidos específicos, palmaditas, silbidos, repetición de palabras (ecolalia), podrían atribuirse al autismo, mientras que la propia minusvalía, la dificultad para moverse, la ceguera, la demencia senil, podrían atribuirse simplemente a la avanzada edad. No obstante, el pueblo llano ha dotado a la longevidad de una aureola mítica. Así, se cree que las brujas, a diferencia de las personas corrientes, viven «muchísimo», y que con gran dificultad «se separan de su alma». La misma Baba Yagá tiene unos cien años. El pueblo llano cree que las brujas hacen el mal incluso después de muertas. Por eso, cuando una bruja muere, «hay que separarles con una navaja de cachas negras los tendones de los talones y los de debajo de las rodillas para que no puedan regresar de la tumba a hacerle mal a la gente».[14]

En algunas zonas, el folclore eslavo sostiene que Baba Yagá es «la tía de todas las brujas», en otras la consideran «la señora de todas las brujas», o «la hermana del diablo», mientras que para los bielorrusos Baba Yagá tiene un papel complicado: la muerte le entrega las almas de los difuntos, y ella y las brujas subordinadas deben alimentarlas hasta que alcancen la ligereza apropiada.

### *Observaciones*

A continuación, se exponen los primeros paralelismos, del todo aleatorios, entre el manuscrito de la autora y Baba Yagá. Pupa es (era) ginecóloga, y no carece de importancia que la autora haya elegido para su protagonista la profesión médica. Las parteras, las viejas, las adivinas, las curanderas, las «brujas» desempeñan un papel crucial en el nacimiento de los niños.

Aunque el aspecto físico de la protagonista del texto no guarde relación con las señales anteriormente citadas mediante las que se reconoce a una bruja —porque en tal caso cualquier mujer entrada en años podría ser una bruja—, sí hay algunos detalles que coinciden. La madre de la autora lleva peluca y a menudo emite sonidos: ¡Uh-uh-uh!

Baba Yagá es conocida por sus resoplidos: ¡Uf, uf, uf! Pupa tiene la nariz aguileña, es extraordinariamente delgada, medio ciega y sensible a los olores. Kukla tiene los pies grandes. Beba tiene los pechos excepcionalmente grandes y la pequeña Wáwá es cejijunta.

Por cierto, en tiempos remotos (y no tan remotos) todas las mujeres de mediana edad debían de tener el aspecto de «brujas». Nuestra época se caracteriza por el pánico al envejecimiento, por un esfuerzo obsesivo para aplazar y camuflar la vejez. El temor al envejecimiento es uno de los peores miedos de las mujeres contemporáneas, y cada vez más también de los hombres. Este mismo miedo proporciona un potente impulso a la industria cosmética. La industria «anti-Baba Yagá» potencia por su parte este miedo y vive de él y gracias a él.

Los productos depilatorios contribuyen a que la piel permanezca rasa: se elimina el vello de las cejas, del bigote, de la barbilla, de las axilas, de las piernas (¡ya no hay piernas peludas!), y actualmente está de moda no solo la eliminación del vello púbico, sino también ¡su *styling*! Las pelucas, los postizos y trasplantes capilares acaban prácticamente con la calvicie en las mujeres. Los implantes dentales hacen que desaparezcan los dientes mellados y, si se hubieran inventado en la época en la que los retratos de beldades inundaban los lienzos de los pintores, ellas lucirían amplias sonrisas, en vez de los labios apretados y la sonrisa misteriosa como la de Mona Lisa. La industria cosmética, el avance de la cirugía plástica, así como la accesibilidad económica a sus servicios, cambia el aspecto físico de los habitantes de la parte más rica del planeta. El primer trasplante de cara recientemente realizado podría impulsar un hambre nueva: el hambre de un make over total, de la

transformación de la «rana» mortal en la «princesa» inmortal. La creencia tradicional de que las brujas beben sangre se ha convertido hoy en día en la práctica real y muy lucrativa de la transfusión o de la sustitución sanguínea, un tratamiento del que se piensa que rejuvenece el organismo y prolonga la vida. Solo las personas ricas se pueden permitir estos procedimientos, y lo hacen en exclusivas clínicas privadas. El Astana, equipo ciclista kazajo, y su estrella, Aleksandr Vinokurov, fueron descalificados del Tour de Francia 2007 porque se descubrió que utilizaban la transfusión de sangre como dopaje.

En resumen, para consuelo de las brujas, digamos que hoy en día una minoría insignificante de la humanidad (llamémoslos «vampiros») chupa la sangre de la mayoría de la humanidad (llamémoslos «donantes») y, por si fuera poco, lo hacen mediante una simple pajita de plástico, como de un envase de zumo.

- 
- [9]. Tihomir P. Đorđević: *Veštica i vila u našem narodnom predanju i verovanju* [«La bruja y el hada en nuestra tradición oral y nuestras creencias»]. Belgrado, 1953. (Nota de la autora.)
- [10]. En la película antológica de Jacques Tourneur *La mujer pantera* (1942), Irena Dubrovna, una diseñadora de moda de Nueva York, es de origen serbio. Cuando tienen un arrebato de celos o de ira, las mujeres de su antigua patria se transforman en felinos sanguinarios (en este caso panteras) que matan a sus parejas. En el episodio que tiene lugar en el restaurante neoyorquino Belgrade, una señora desconocida reconoce a Irena Dubrovna y su naturaleza felina secreta. La mujer la aborda, y en serbio (si bien con un fuerte acento inglés) le dice: «Tú eres mi hermana». (Nota de la autora.)
- [11]. Tihomir P. Đorđević, *op. cit.* (Nota de la autora.)
- [12]. Tihomir P. Đorđević, *op. cit.* (Nota de la autora.)
- [13]. Esta ausencia de vello llega hasta la popular novela infantil de Roald Dahl *Las brujas* [Madrid, Alfaguara, 1986; traducción de Maribel de Juan], donde una de las señales más seguras de que una mujer es bruja es su calvicie («Por eso tienen garras y cabezas calvas y narices raras y ojos extraños...»). De ahí que todas las brujas lleven peluca para ocultar su verdadera naturaleza. (Nota de la autora.)
- [14]. El texto de esta nota a pie de página le puede parecer al lector un lugar común. ¡Resulta interesante lo rápido que se olvidan los lugares comunes que se refieren a un genocidio! Aunque sea solo por ese motivo, hay que repetir que la misoginia masculina universal ha cometido durante siglos un genocidio real, cultural y simbólico contra las mujeres. Una de las erupciones más grandes de misoginia masculina fue la persecución inquisitorial que se llevó a cabo en Europa contra las brujas en los siglos XVI y XVII. La caza de brujas duró prácticamente cuatro siglos. Porque la Inquisición empezó su labor a finales del siglo XII y a comienzos del XIII, cuando el papa Gregorio IX envió a sus inquisidores a las regiones infectadas de herejía, y luego encargó oficialmente las labores inquisitoriales a los dominicos (1235). Unos siglos más tarde (1542) se creó la congregación permanente de cardenales que tenía la autoridad legal para ejercer la inquisición. Se supone que entre 1550 y 1650 unas cien mil brujas ardieron en la hoguera en Europa, aunque las cifras reales no se conocen. El primer juicio tuvo lugar en Toulouse en 1335. Después la caza de brujas se extendió por toda Europa como un incendio, y en 1486 apareció el conocido libro *Malleus Maleficarum* (*Martillo de las brujas*), de Kramer y Sprenger. Los inquisidores contaban por fin con un soporte ideológico, un verdadero manual que, con sus «fundamentos científicos», justificaba su labor. Sobre las víctimas de las torturas inquisitoriales existen documentos, incompletos, ciertamente, pero existen. Sin embargo, un gran número de mujeres murió al margen del sistema inquisitorial. Sus inquisidores fueron sus vecinos, conciudadanos, guiados en menor medida por la obediencia cristiana y más por las creencias y supersticiones locales. En los pueblos tiraban al agua a las mujeres sospechosas de ser brujas. Si la mujer se hundía y se ahogaba, era una prueba de que no era bruja. Si flotaba, la sacaban a la orilla y apaleaban hasta la muerte. A las mujeres que se creía que eran brujas se las torturaba incluso después de muertas. Se las empalaba y perforaba con agujas, les hincaban clavos en la boca y echaban semillas de amapola en su fosa (la difunta debía contar hasta la última semilla en la tumba). Se les dispensaba el mismo trato funerario a los suicidas. (Nota de la autora.)

## LA CABAÑA

«La valla alrededor de la cabaña es de huesos humanos, en sus extremos superiores hay clavadas calaveras humanas con ojos: en vez de una puerta tiene dos piernas humanas; en vez del cerrojo, un par de brazos; en vez de la cerradura, una boca con dientes afilados.»[15] La cabaña o la isba de Baba Yagá asusta al viajero. A la entrada lo esperan unas calaveras humanas; detrás de la isba, a menudo, no hay nada («está la isba, más allá no hay camino, solo la oscuridad más absoluta. No se ve nada»), y la propia isba resulta poco acogedora. Con frecuencia carece de ventanas y de puertas, se alza sobre patas de gallina y gira fantasmalmente alrededor de su propio eje.

Para entrar, el viajero debe saber cómo. Los héroes como el zarévich Iván suelen soplar hacia la isba y decir: «¡Cabañita, cabañita, ponte como estabas antes, con la pared trasera mirando hacia el bosque y con la puerta hacia mí!». O: «¡Isbita, isbita, ponte con la espalda hacia el bosque y con la puerta hacia mí! No me quedaré eternamente, solo estaré una noche. Deja pasar al forastero».

A diferencia de los muchachos, las chicas reciben con antelación la advertencia de lo que deben hacer para apaciguar a la peligrosa cabaña: «Bueno, sobrina, un abedul blanco querrá arañarte la cara: tú átale las ramas con una cinta. Las puertas de una cancela rechinarán y se cerrarán con estrépito para no dejarte pasar; tú úntale los goznes con aceite. Los perros te querrán despedazar; tírales un poco de pan. Un gato feroz estará encargado de arañarte y sacarte los ojos; dale un pedazo de jamón».

V. J. Propp considera que en los mitos de muchas culturas tribales existen dos mundos: el mundo de los vivos y el de los muertos. En la frontera entre los dos se halla una fiera (las fieras vigilan la entrada al Hades) o una cabaña con rasgos zoomorfos. En muchas culturas tribales, los rituales de iniciación de los jóvenes en el mundo de los adultos incluyen una choza parecida a la de Baba Yagá. Los jóvenes primero deben ser devorados por la cabaña (cuyas puertas parecen fauces) para, una vez renacidos, unirse a los adultos.

El héroe, por lo tanto, está delante de la isba de Baba Yagá y dice: «¡Isbita, isbita, ponte con la espalda hacia el bosque y con la puerta hacia mí!». El muchacho está asustado, antes que él ya han muerto muchos, algo de lo que dan fe las calaveras de la valla, pero de todos modos pide que lo dejen entrar («¡me gustaría entrar y comer un poco de pan y sal!»). Mientras tanto, Baba Yagá masculla contenta en el interior de su isba: «Viniste tú solo, como un cordero al matadero».

Cuando les permiten entrar en la cabaña, los protagonistas se enfrentan a una nueva escena aterradora: «Sobre la estufa, en el noveno ladrillo, está tumbada Baba Yagá con su pierna de hueso; la nariz le llega hasta el techo, el moco sale por el umbral, los pechos le cuelgan de un

“palo”, mientras se afila los dientes».[16] La descripción de Baba Yagá varía: se estira de un rincón a otro de la cabaña y posa una pierna en un estante y la otra en la estufa; en ocasiones echa los pechos sobre la estufa o le cuelgan del «palo» o cierra con ellos la estufa y de la nariz le chorrean los mocos y con la lengua barre el hollín. Raras veces su descripción es inequívocamente sexual: Baba Yagá salta de la isba mostrando el «culo nudoso» y el «coño bruñido». Baba Yagá se ha integrado tanto en su isba, se ha fusionado tanto con el interior, que, cuando se balancea, la cabaña se mueve con ella o gira sobre su eje como una peonza.

¿Cómo llevan los héroes su miedo? En el primer encuentro con Baba Yagá actúan de forma muy arrogante: «¡Oh, tú, vieja bruja! En vez de gruñirme, harías mejor en darme de comer y de beber y ofrecerme un baño, y ya después de esto preguntarme por mis asuntos». En el tono y en el sentido de estas palabras reconocemos el estereotipo: así se dirigen los hombres a sus mujeres en los entornos patriarcales. No se espera una conducta parecida de un joven que por primera vez se enfrenta con una vieja desconocida, pero la fórmula mágica, por extraño que parezca, funciona. Al oír el tono y el contenido de la respuesta, Baba Yagá se amansa en el acto y cumple enseguida con lo que se le pide. La grosera familiaridad que muestra el joven viajero es la llave mágica que abre su puerta.[17] El héroe se ha enfrentado a una *vagina dentata* y, mira tú, ha sobrevivido.

De inmediato diremos que la obscenidad de las mujeres viejas en el mundo de los rituales míticos no es infrecuente, pero rara vez es de carácter sexual. La obscenidad es de naturaleza ritual y tiene una intención clara. Baubo es la famosa vieja impúdica que se levantó las faldas y le enseñó los genitales a Deméter. Burlándose del papel de sabia consoladora (que es lo que se esperaba de ella), Baubo logró hacer reír a Deméter.[18] La diosa japonesa Ame-no-uzume, mediante una danza obscena, saca de la cueva a la diosa del sol, Amaterasu, para disipar la oscuridad que había caído sobre la tierra. En algunas regiones de Serbia y de Bulgaria, existía la costumbre de que las ancianas se levantaran la falda y exhibieran los genitales para proteger al pueblo del granizo y así conservar la cosecha. Las viejas del sur de Serbia podían desnudarse y correr alrededor de la casa para alejar el granizo salmodiando:

*No vayas, dragón, contra el dragón,  
Este dragón mío dentado  
A muchos de esos dragones ha devorado.*

O:

*¡Huye, monstruo, del monstruo de los monstruos!  
¡Huye, monstruo, del monstruo de los monstruos!  
No podéis estar uno al lado del otro.*

De modo que se cree que la vulva —el dragón o el monstruo— tiene una energía mágica con la que puede ahuyentar a las nubes. Según la creencia popular, un dragón domina las nubes, de ahí el verso «dragón contra dragón» (la vulva contra las nubes). Recordemos que también Baba Yagá domina las fuerzas de la naturaleza: con frecuencia se presenta como señora de los vientos.[19] Baba Yagá tiene un significado iniciático para los protagonistas, ya sean hombres o mujeres. La iniciación femenina rara vez tiene carácter sexual, mientras que la masculina lo es explícitamente:

en el nivel psicoanalítico, el encuentro con Baba Yagá es una confrontación con la *vagina dentata*, con la madre, la abuela, la vieja fea que es la inversión grotesca de su futura prometida.[20] En algunas tribus de indios de América del Norte, existe la leyenda de una Madre Terrible en cuya vagina se aloja un pez que devora hombres. La tarea del héroe es someter a la Madre Terrible, es decir, romperle los dientes al pez que vive en su vagina.

### Observaciones

La cabaña, *vagina dentata*, es una fantasía masculina de castración. En el texto de la autora se da una inversión interesante en el personaje de Kukla. Kukla es víctima de su propia *vagina dentata*. El incidente que ocurrió en los inicios de su vida sexual determinó toda su vida posterior. El problema de Kukla es doble: su sexualidad y su creatividad están petrificadas. Es como una Medusa a la que nadie obligó a mirarse en el espejo, sino que se miró ella sola. Kukla no tiene hijos, y empieza a escribir tan solo cuando su marido muere, si bien es cierto que lo hace oculta tras el nombre de él.

Solo cuando abandona su hogar, su «isba», Pupa puede morir. Abandonar el hogar es un acto de emancipación que la lleva allí adonde quiere ir: a la muerte.

Al volver a casa, la autora vuelve a la «isba» materna y repite por enésima vez el ritual de iniciación. Tiene que respetar las leyes de la isba de Baba Yagá; de lo contrario, Baba Yagá se la comerá. En el eslogan cómico de emancipación *Good girls go to heaven, bad girls go everywhere* («las chicas buenas van al cielo, las malas van a todas partes»), se recoge la historia de la mujer (tal como la han visto los hombres), en la que el destino femenino lo han determinado dos polos contrarios: la casa (la limpieza, el orden, la seguridad, la familia) y el espacio fuera de casa (la suciedad, el desorden, el peligro, el caos, la soledad). El espacio exterior tradicionalmente estaba reservado a los hombres y el interior, la casa, a las mujeres.

Y, para terminar, una curiosidad que se puede leer como metáfora cumplida por la sociedad contemporánea. La *vagina dentata* se ha trasladado del campo de las fantasías sexuales a la realidad. Se ha inventado un condón femenino, el Rapex. La inventora es una sudafricana que con este utensilio antivioladores quiere ayudar a las mujeres africanas a protegerse de la violación. El condón femenino, igual que la vagina de la Madre Terrible entre los indios de América del Norte, tiene dientes de pez que pueden herir el pene durante la penetración. A la inventora, parece ser, le inspiró la reunión que tuvo con una mujer, víctima de una violación, que dijo: «Si al menos hubiera tenido dientes ahí abajo...».

---

[15]. Como ya se señaló anteriormente, las traducciones de las citas de los cuentos proceden de la bibliografía que se aporta al final del libro o se han traducido directamente del original en ruso.

[16]. El «palo» (en ruso *griadka*) es en las isbas rusas una suerte de viga en la que se tiende la ropa o se cuelga una cunita infantil. (*Nota de la autora.*)

[17]. «He aquí las respuestas», dijo la bella reina. «La cajita de madera soy yo y la llave de oro es mi esposo» («La reina encantada»). (*Nota de la autora.*)

[18]. Baubo se muestra como una estatuilla con la vulva hipertrofiada o, con más frecuencia, como una cara vulgar. A veces se la muestra como una *dea impudica* (una diosa desvergonzada), que, abierta de piernas, monta un cerdo. También Baba Yagá en los grabados rusos del siglo XVIII cabalga sobre un cerdo.

[19]. «La vieja salió al porche, gritó con voz estruendosa, silbó un silbido juvenil y muy pronto se levantaron vientos airados aquí y acullá que comenzaron a soplar, ¡la isba no hacía sino temblar y temblar!» («La reina encantada»). (*Nota de la autora.*)

[20]. En el cuento serbio «Tica devojka» [«La doncella pájaro»], Baba está sentada en una montaña con un pájaro en

el regazo, atrae a los jóvenes y los convierte en piedra. Solo si se acerca a la vieja por la espalda y la somete por la fuerza el joven puede evitar que lo petrifique (lo que simbólicamente significa evitar la impotencia) y llegar hasta el fin deseado: «¡El pájaro de la mujer!». Y, cuando besa y acaricia al pájaro, este se convierte en doncella, en la futura prometida del doncel: «Ella acepta, le da el pájaro de su regazo y de su boca emana un viento azulado que insufla aliento a los hombres petrificados a su alrededor, los cuales reviven a la vez. El hijo del rey aferra el pájaro, empieza a besarlo con dulzura y al besarlo el ave se convierte en la doncella más bella que cabe imaginar». *(Nota de la autora.)*

## EL MORTERO

El mortero, un objeto de la vida cotidiana rural, tiene un importante papel simbólico en las mitologías europeas y asiáticas. El mortero es la representación simbólica del útero y el macillo es el pene. En Bielorrusia, por ejemplo, existe una explicación humorística destinada a los niños sobre cómo vienen al mundo: «Del cielo caí y en un mortero me metí, del mortero salí y, mira tú, ¡cuánto crecí!».

Los eslavos usaban el mortero en los juegos jocosos tradicionales de las bodas. Llenaban un mortero de agua y la novia tenía que majar con el macillo hasta que «sacaba» toda el agua. Otra tradición era vestir el mortero de novia y el mazo de novio, y luego simbólicamente «los novios» se colocaban en la mesa del banquete nupcial.

Los rusos y los ucranianos usaban el mortero en rituales de curación. Creían que en el almirez se podía «machacar» la enfermedad, y que con estos golpes se podía curar al animal doméstico enfermo o incluso ahuyentar la fiebre.

En los Vedas indios se celebra el mortero y el soma (una bebida de dioses, similar a la ambrosía, aunque es muy posible que se trate de esperma), pero aquí el simbolismo sexual se eleva a niveles cósmicos. El mortero es el útero cósmico en el que se renueva la vida y el mazo es el falo cósmico.[21]

En un conjuro ruso del siglo XVII se menciona un mortero de hierro: «Hay un mortero de hierro, en ese mortero de hierro hay una silla de hierro, en la silla de hierro está sentada una mujer de hierro».

El mortero es el medio de transporte de Baba Yagá y, en el mundo mítico, Baba Yagá tiene un permiso exclusivo para volar en mortero. Las brujas «corrientes» vuelan en la escoba y salen de la casa por la chimenea. La Baba de la epopeya *La guirnalda de la montaña*, de P. P. Nijegoš, dice: «Montamos en remos de plata, cáscara de huevo es nuestra barca». El verso se refiere a la creencia popular de que las brujas vuelan en cáscaras de huevo. Por eso las cáscaras de huevo primero se desmenuzan y luego se tiran, para que no puedan usarlas las brujas. Y en la isla de Krk creen que «las brujas y hechiceras solo pueden cruzar el mar en cáscaras de huevo».

El mortero, medio de transporte de Baba Yagá,[22] está simbólicamente más cerca de la cáscara de huevo que la escoba. Baba Yagá viaja en su propio útero simbólico (que, por otro lado, está tan hipertrofiado que ella cabe entera dentro) y rema por el aire valiéndose del mazo (¡el pene!). Al margen de la ley humana —de las rígidas leyes de los sexos que determinan lo que se puede y lo que no se puede hacer—, Baba Yagá se sirve de ambos órganos, el masculino y el femenino, y vuela, lo que es una representación mítica muy potente de la sexualidad humana. Esta sexualidad,

por cierto, es grotesca y carnavalesca, puesto que es una vieja (supuestamente centenaria); Baba Yagá no solo es una parodia, sino también un travesti de la sexualidad humana.

Desde luego, también caben otras interpretaciones: como que a la criatura femenina Baba Yagá le «han cortado las alas» por anticipado, y por eso se ve obligada a «volar» en un mortero, un objeto de uso cotidiano, que es lo mismo que volar en una cazuela o en una artesa. Existe también la interpretación de que Baba Yagá es en realidad un ser andrógino, hermafrodita, es decir, un ser humano perfecto, la variante en el folclore eslavo del Tiresias griego, que gracias a los dioses cambió de sexo unas cuantas veces (¡y al final decidió que el femenino era el mejor!). En las parodias de carnaval eslavas, en Croacia, por ejemplo, se lleva en procesión por el pueblo una muñeca que se llama «la abuela lleva al abuelo», tejida con partes del cuerpo masculino y del femenino.

En un popular grabado ruso (*lubok*) de principios del siglo XVIII, se representa una escena insólita: Baba Yagá parte a la batalla contra un cocodrilo. El cocodrilo es, supuestamente, Pedro el Grande (los viejos creyentes, los rusos ortodoxos de rito antiguo, llamaban «cocodrilo» a Pedro el Grande) y Baba Yagá, su mujer. Baba Yagá cabalga un cerdo, en una mano sujeta las riendas y en la otra el mazo del mortero. Del cinturón le cuelgan un hacha y un huso. Una es un objeto «masculino» y el otro un típico objeto «femenino», aunque ambos tienen forma de falo. Vemos así que, en la imaginación del grabador anónimo, Baba Yagá poseía ambos símbolos de poder.

### *Observaciones*

El calentador eléctrico de Pupa en forma de enorme bota peluda es en realidad una analogía del mortero de Baba Yagá. Esta relación está más clara cuando la niña, Wáwá, se apropia de la bota y la usa como el útero materno en el que duerme y sueña.

Kukla, la *vagina dentata*, anhela un pene para poder poner en marcha su «máquina voladora» y volar de manera independiente. Pero, para conseguir la parte requerida, su propietario debe morir. Quizá por eso todos los hombres de Kukla mueren o son inválidos, es decir, a Kukla no le hace falta un hombre completo, solo una parte: «el mazo». Alrededor de Kukla —que en tiempos antiguos habría sido la señora de los vientos—, se siente una corriente indefinida, una brisa ligera.

---

[21]. He aquí una referencia moderna y devastadora. En la India (también se da el caso en Sudáfrica), los hombres infectados de sida creen que mantener relaciones sexuales con una niña virgen los curará. Existen burdeles especializados que les compran las niñas de entre cinco y diez años a los padres y las usan «con fines medicinales». Las chiquillas no tardan en contagiarse de la enfermedad. (*Nota de la autora.*)

[22]. «De pronto, del bosque llegó un ruido terrible: los árboles rugían, las hojas secas crujían; del bosque salió Baba Yagá, el mortero cabalgaba, el mazo enarbolaba, la escoba agitaba y su rastro borraba» («Vasilisa la Bella»). (*Nota de la autora.*)



## CANIBALISMO

Baba Yagá tiene fama de comerse a los humanos como pollos. Su isba rodeada de un montón de huesos humanos señalaba claramente al viajero-huésped que se había topado con la casa de un caníbal.

El canibalismo de Baba Yagá desde el punto de vista del folclore está vinculado con un ritual que tiene un nombre aterrador: «asar al niño» (*perepekanie rebionka*). Este rito se realizaba con los niños que padecían raquitismo (en Ucrania y Rusia el raquitismo se denominaba coloquialmente «la vejez del perro», *sobachia stárost*).[23] El sentido del conjuro residía en «quemar» la enfermedad y se llevaba a cabo salmodiando: «Igual que el pan en el horno, tú, vejez de perro, entra en el horno y ástate». Parece que se metía al niño enfermo en el horno de pan durante la ceremonia, que conducía la curandera del pueblo. En otras palabras, el niño se identificaba simbólicamente con el pan, y el horno, con el útero materno. Devolver al niño al horno, es decir, al útero materno, tenía el significado de volver a nacer. El niño débil y raquítico no se había «asado» bien en las entrañas maternas y había que meterlo de nuevo en el horno. El horno, a su vez, simboliza el más allá, un descenso temporal en él y una muerte temporal.

En la mayoría de los cuentos, Baba Yagá aparece como una vieja que vive sola. A veces se la presenta como madre de una hija y, a veces, como madre de cuarenta y una hijas. Desde el punto de vista del psicoanálisis, el motivo más interesante es el de devorar a sus propias hijas. Baba Yagá, por confusión (como el griego Tiestes, el hermano de Atreo, que se comió a sus propios hijos), se come a su hija o mata a sus hijas.[24]

Los eslavos del sur sostienen que una bruja solo puede perjudicar a su familia y amigos. «Al odiado mal hacer no podemos, y a quien queremos y nuestro es, su rastro poco a poco enterramos», dice la Baba en *La guirnalda de la montaña*. También tienen un dicho que reza así: «A los parientes, la bruja siempre les enseña los dientes». En una canción popular serbia, un pastor describe su sueño de este modo:

*Las brujas me devoraron:*

*Mi madre me sacó el corazón*

*Y mi tía con una tea la alumbró.*

En algunas islas de Croacia se cree que «a las brujas les encanta sacarles el corazón a los parientes, luego a sus amigos, y, si una no está satisfecha con el marido, le arranca el corazón en cuanto puede». En Herzegovina y en Montenegro se cree que las brujas solo se comen a los niños «que quieren y que les son afines, aunque sean ajenos». El pueblo llano sostiene que una mujer no

puede convertirse en bruja hasta que se come al hijo de sus entrañas. En Konavle creen que una bruja «no tiene fuerza hasta que mata a su hijo». Y los montenegrinos afirman que «la mujer que quiere ser bruja primero tiene que devorar a su hijo, y solo después a otros niños».

En lo que a la alimentación de las brujas se refiere, los eslavos consideran que lo que más le gusta a una bruja es beber «la sangre de los niños y de aquellos que tienen la sangre dulce... Succiona la sangre de una cucharita y, al cabo de un tiempo, el niño se marchita y muere». Se cree que las brujas a veces matan también a personas adultas: «Se beben el corazón de un mozo o de una muchacha, y él o ella desaparece, se marchita y muere en la flor de la juventud».

La sangre en el menú de Baba Yagá no es muy frecuente. En un cuento siberiano aparece el motivo de Baba Yagá succionando la sangre del pecho de la princesa Marfita. El héroe le corta la cabeza, pero la cabeza sigue huyendo sirviéndose de las piernas de Marfita.

Puede suceder que en la sopa que prepara Baba Yagá floten dedos humanos, pero el menú es corriente. Lo que no es usual es el extraordinario apetito de Baba Yagá.[25]

Las proporciones del canibalismo de Baba Yagá son modestas en comparación con el canibalismo de las brujas comunes y corrientes, o el de las ménades o las bacantes que en trance les desgarraban la carne con los dientes a los animales vivos y luego, guiadas por Ágave, la madre de Penteo (según Eurípides), despedazaron al mismo Penteo.

### *Observaciones*

Aquí llamo su atención sobre un detalle camuflado que podría estar ligado a Baba Yagá. En la primera parte, la madre apenas permite a su hija el acceso a su territorio. La madre se identifica con la casa, o, mejor dicho, ella es la casa, por lo que la presencia de su hija y las cosas que trae las vive como una violación de su territorio. Aunque a primera vista es trivial, el episodio del armarito tiene un valor simbólico: el armarito se convierte en aceptable para la madre solo cuando lo pintan, cuando ha pasado por la transformación, cuando lo ha «masticado» y «tragado» simbólicamente. Aunque solo se insinúan, las relaciones de Pupa y Beba con sus hijos son traumáticas y podrían explicarse como un canibalismo simbólico. En un punto Beba reconoce que es la «asesina» de su propio hijo.

---

[23]. En Ucrania, por ejemplo, por la mañana temprano la hechicera llevaba agua de tres pozos, amasaba la masa y horneaba el pan, y luego, al sacarlo, aparentemente empujaba al niño enfermo al horno. Con ocasión del ritual, la madre del niño tenía que rodear tres veces la isba, detenerse cada vez en la ventana y preguntar:

—¿Qué haces, Baba?

—¡Amaso pan! —respondía la hechicera. (*Nota de la autora.*)

[24]. «Chuvilija vino corriendo, entró en la isba, se hartó de beber y de comer, y salió al patio, donde brincando y rodando por el suelo dijo: “Brincaré y rodaré porque con la carne de Terióshechka me sacié”.

Y él desde el roble le gritó: “Brinca y rueda por el suelo, bruja, porque de la carne de tu hija te has saciado”» («Terióshechka»). (*Nota de la autora.*)

[25]. «Vasilisa encendió una tea de las calaveras de la valla, y se puso a sacar comida del horno y a servírsela a Baba Yagá; la comida era tan abundante que había para diez hombres; después trajo de la bodega *kvas*, miel, cerveza y vino. Todo se lo comió y se lo bebió la bruja, y a Vasilisa le dejó tan solo un poquitín de sopa de col, una cortecita de pan y un trocito de lechón» («Vasilisa la Bella»). (*Nota de la autora.*)

## MADRE, HERMANA, ESPOSA

El estatus familiar de Baba Yagá es contradictorio. Baba Yagá es una mujer sin marido. En la versión checa, Ježibaba tiene a Ježibabel por esposo, y ya solo el nombre indica las relaciones de poder. Lo que más confunde es el estatus de madre de Baba Yagá: en algún lugar se menciona a una hija, Marinushka, y en otros, incluso a cuarenta y una. A veces Baba Yagá se presenta como madre de dragones. Al comer engañada sal y harina, Baba Yagá en un cuento bebe agua de mar para apagar la sed hasta que estalla y alumbra violentamente ratones, serpientes, gusanos y arañas. En algunos cuentos se menciona a las hermanas de Baba Yagá (que son idénticas entre ellas, y que solo se diferencian por la edad) y también se llaman Baba Yagá. Personajes como Ojo Azul (Sineglazka) se identifican como sobrina de Baba Yagá. Sin embargo, la idea de Baba Yagá, una anciana que vive sola, domina sobre el resto de las versiones.

Baba Yagá es la representante del lado oscuro de la maternidad. Aparece como la madrastra malvada, la partera de mal agüero y la madre falsa (en un cuento imita la voz de la madre del protagonista para atraerlo y comérselo). Aquí y allá, aunque son raros, se muestran motivos perversos: se ve a Baba Yagá mamando de los pechos de la heroína o pidiéndole que le cante una nana para dormirse. Baba Yagá está rodeada de símbolos (potenciales) de la sexualidad femenina; su horno es el útero, la isba sobre patas de gallina es el vientre. El mortero también simboliza el útero, que al mismo tiempo podría ser el útero de su madre, Baba Yaguishna. De hecho, a veces Baba Yagá habla como un niño con su mortero y lo llama «mamá mortero».

Baba Yagá manifiesta reacciones misóginas y es proclive a rivalizar desproporcionadamente con las jóvenes heroínas, a las que trata, en general, como si fueran sus criadas, mandándoles quehaceres difíciles de llevar a cabo.[26] A menudo, sin embargo, ayuda y salva a las doncellas en apuros. Incluso cuando por error pierde a su hija (o hijas), Baba Yagá parece estar menos obsesionada por la amargura de la pérdida que por la ira y el deseo de venganza. Con los niños es malvada, se los comerá, y con los hombres jóvenes es amable, casi sumisa: les dará de comer, apagará su sed, hablará con ellos, les entregará objetos mágicos que los salvarán de las dificultades y los ayudará en sus relaciones con las muchachas amadas. Y, si los héroes son amables y decentes, Baba Yagá y sus hermanas se transforman en buenas ancianitas de manos anchas.[27]

Aunque rodeada de símbolos femeninos hipertrofiados (los grandes senos, el mortero, la isba, el horno), Baba Yagá también posee algunas características masculinas. Tiene un tono de voz grave, una nariz larga, una pierna de hueso o de hierro, largos dientes de hierro y ¡no sabe cocinar! Con frecuencia le ofrece al huésped indeseado alimentos incomedibles: pan de hierro, dulces

salados, sopa en la que flotan dedos humanos o saliva. Baba Yagá suele hablar «como un hombre». En el cuento «Vete donde no te digo, tráete lo que no te pido», Baba Yagá dice: «Es un hombre corriente, no nos costará mucho hacernos con él, es como aspirar tabaco». En otras palabras, Baba Yagá sabe cómo se aspira el tabaco.

El único rival de Baba Yagá entre los hombres es Koschéi el Inmortal. Aunque lo respeta, Baba Yagá no dudará en revelar al protagonista el secreto de la fuerza de Koschéi. Y la misma relación de respeto, pero también de rivalidad, muestra él hacia Baba Yagá.[28]

Uniendo así (potencialmente) los símbolos masculinos y femeninos, Baba Yagá es, desde el punto de vista psicoanalítico, una madre fálica. Algunos especialistas como Géza Róheim ven en la isba de Baba Yagá la imagen de un coito heterosexual. La imagen de Baba Yagá —abierta de piernas en su cabaña, con los pechos colgados del palo y la nariz apuntando hacia el techo— es en realidad (desde una perspectiva infantil) el acto de confrontación del niño con el coito de sus padres. De la misma forma pueden interpretarse otros detalles, por lo que el canibalismo de Baba Yagá podría ser la proyección de un hambre agresiva infantil. Un niño hambriento quiere comerse a su madre. Y a la inversa, la madre es, por supuesto, una caníbal que desea comerse a su propio hijo.

Propp halla la explicación de la naturaleza masculina de Baba Yagá en el travestismo de los ritos tribales en la transición del matriarcado al patriarcado. Un hombre vestido de mujer hace de madre de la tribu; se trata, por lo tanto, de un hombre que tiene falo y senos femeninos. En el libro de Andreas Johns sobre Baba Yagá aparece un dato muy interesante. Una narradora de cuentos populares describe cómo el héroe golpea a Baba Yagá con una varita mágica y ella se convierte en mujer. Si Baba Yagá tiene la facultad de transformarse en cosas diversas, de ser intermediaria entre su mundo no humano (fantástico, boscoso, subterráneo o subconsciente) y el mundo humano, entonces su naturaleza andrógina o su papel de intermediaria entre los dos sexos es comprensible. [29]

### *Observaciones*

En el texto de la autora, las protagonistas son en su mayoría mujeres. Las figuras femeninas cambian e intercambian los papeles, o más exactamente: una se funde en otra, o una coincide con la otra. En la primera parte del díptico, la hija asume el papel de madre, no es solo su cuidadora, también es, cuando va a Varna, su sustituta, una subrogante. Kukla no tiene hijos. En la red de significados psicoanalíticos, Kukla podría ser también un hombre, como, por lo demás, pueden serlo todas las heroínas. Beba tiene un hijo homosexual, que la supera en madurez, asume el papel de madre que ella, supuestamente, no es capaz de ejercer y al final deja que ella se haga cargo de su hija adoptiva. En resumidas cuentas, el díptico de la autora podría ser un campo interesante para introducir nuevos significados de género e interpretarlos.

---

[26]. Baba Yagá echa de su casa a Vasilisa, a la que el espíritu de su madre, encarnado en una muñeca, ayuda en la realización de sus tareas: «¡Vete de aquí, hija bendita! ¡No necesito bendecidos en mi casa!» («Vasilisa la Bella»). *(Nota de la autora.)*

[27]. «—Y tú, abuela, reposa tu cabeza en mis hombros poderosos, y enséñame a usar la razón.

—Muchos jóvenes han pasado por aquí, pero pocos me han hablado con gentileza. Toma mi caballo, hijo. Mi

caballo será más veloz, te llevará a mi hermana la del medio, ella te enseñará» («Las manzanas de la juventud y el agua viva»). *(Nota de la autora.)*

[28]. «“Ah, ya sé”, dijo Baba Yagá. “Está con Koschéi el Inmortal. Difícilmente llegarás hasta ella, no es fácil tratar con Koschéi: su muerte está en la punta de una aguja, la aguja está en un huevo, el huevo en un pato, el pato en una liebre, la liebre en un arcón, el arcón en la copa de un roble, y Koschéi vigila ese árbol como a la niña de sus ojos”» («La hija rana del zar»).

«Más allá de tres veces nueve tierras, en el trigésimo reino, al otro lado del río de fuego, allí vive Baba Yagá. Ella tiene una yegua tan espléndida que vuela y da la vuelta al mundo todos los días. Y tiene muchas otras yeguas espléndidas. Yo le serví de yegüero durante tres días sin perder una sola yegua y, a cambio, Baba Yagá me dio un potro» («Maria Morevna»). *(Nota de la autora.)*

[29]. En el sentido de la transexualidad es muy interesante el cuento búlgaro «La doncella de la vieja» (*Babinoto devojče*). La doncella de la vieja se disfraza varias veces de hombre y salva a la hija del zar. El zar le ofrece la mano de su hija, pero el falso muchacho tres veces rechaza ser su yerno. A la chica, en realidad, le gusta más el dragón del que fue prisionera un tiempo, pero el dragón le guarda rencor porque ella sin querer lo quemó con cera de vela (¿lo castró?) y la herida no cicatriza. La doncella intenta volver unas cuantas veces con el dragón, pero él la rechaza con rudeza enviándola a uno de los reinos inferiores. Los reinos, dicho sea de paso, están ordenados como las plantas de un rascacielos (tres plantas, arriba, seis plantas, abajo). Al final, la doncella se ve obligada a cambiar de sexo, porque por medio de la magia la convierten definitivamente en un joven que a la postre se casa con la hija del zar. *(Nota de la autora.)*

## EL BAÑO DE VAPOR

«Volvió el arquero de las caballerizas, y al instante los sirvientes lo apresaron y lo arrojaron al caldero. Se zambulló una vez, luego otra y salió del caldero, pero además convertido en un hombre tan apuesto que era imposible contarle en los cuentos o describirlo con la pluma» («El pájaro de fuego y la zarevna Vasilisa»).

En todos los mitos cosmogónicos, incluidos los eslavos, el agua significa el caos primigenio, el principio y la creación del mundo. Según las creencias eslavas, el agua fluye por las venas de la tierra como la sangre fluye por el cuerpo humano. Muchas tradiciones, ceremonias, rituales, demonios (*vodianói, vodianija, vodnik, vodiánik, vodovik, rusalka*) y santos (la diosa precristiana, Mokosh, y sus herederas cristianas, santa Paraskeva o santa Petka) están vinculados al agua. El agua es un principio ambivalente, trae el mal («Donde hay agua, hay miseria», dice un proverbio), pero también limpieza y renovación.

El baño de vapor (el baño turco, la sauna) tiene una relevancia particular en el ideario folclórico eslavo, sobre todo para los rusos. El baño es en principio un lugar sucio, pero también es lugar de purificación: en el baño se produce «vapor» y con el vapor «se ahuyentan» las enfermedades, los conjuros, los pensamientos de las personas malvadas, etcétera. En el baño vive el espíritu Bánnik (*báinik, bainushko, laznik*). Es invisible o se presenta desnudo, sucio, como un viejo de larga cabellera con el cuerpo cubierto de barro y hojas. En el baño viven también espíritus femeninos: Obderija es una vieja peluda y aterradora que se aparece desnuda o con forma de gato y habita debajo de los banquillos de madera del baño de vapor. Shishiga, por su parte, es un demonio femenino que toma la apariencia de una amiga o de una prima para atraer a alguien al baño y asfixiarlo con el vapor.

En el baño se celebraban parte de los ritos relacionados con las bodas, los nacimientos y los funerales. Los rituales prenupciales (ligados solo con la novia) se parecen mucho a los funerales, porque, al marcharse de su casa natal, la novia muere ritualmente para su familia.

Al percibir al viajero ante ella, Baba Yagá, furiosa, amenaza con comérselo. El héroe, ya lo hemos dicho, amansa a Babá Yagá con su insolencia y le exige que le prepare un baño y algo de comer; solo entonces le contará adónde va y lo que busca.

I. P. Davidov afirma que el baño de vapor en el hogar de Baba Yagá es una analogía de un rito funerario que se celebra en los baños.[30] El baño es un lugar de transformación, de «muerte» ritual. El protagonista se prepara para dirigirse al mundo de los muertos y el ritual del baño de vapor y la comida es un preparativo necesario para ese viaje. Baba Yagá, medio ciega, reconoce al héroe por el olor. Huele a «hombre vivo» y como hombre vivo no puede subsistir en el mundo

de los muertos. La misma Baba Yagá vive en el linde entre los dos mundos: el de los vivos y el de los muertos. Ella es una guardia de aduanas, y su isba es la aduana. En consecuencia, Baba Yagá es «bilingüe», habla la lengua de los vivos y la de los muertos. Por eso Baba Yagá es la única que puede darle al héroe un visado simbólico para entrar en el mundo de los muertos. El ritual del vapor tiene como objetivo «la muerte temporal» del héroe (para que en el mundo de los muertos no lo reconozcan por el olor), y sirve para readaptarlo (para que en el mundo de los muertos pueda ver y hablar). V. J. Propp afirma que la comida ritual tiene como objetivo desatar la boca del muerto en el otro mundo. El protagonista del cuento tiene que aprender algunos trucos más para descender al reino de los muertos: cómo no dormirse, cómo no reírse, cómo hablar y cómo ver como un muerto. Baba Yagá le dará para el viaje al reino de los muertos un caballo y un ovillo que lo conducirá hasta el lugar que busca. Baba Yagá, por otro lado, rara vez abandona su puesto (de centinela).

El regreso del héroe al mundo de los vivos está acompañado de un nuevo ritual en el que el papel clave lo tiene el agua: muerta y viva. El agua muerta cura las heridas y contribuye a que las partes amputadas del cuerpo crezcan, mientras que el agua viva devuelve el alma al cuerpo.

### *Observaciones*

Considero que el balneario, en el que la autora sitúa la acción de la segunda parte de su díptico, es una elección insólitamente brillante. Los balnearios son un tópico literario muy importante: obras notables de la literatura rusa surgieron en un balneario (por ejemplo, en Baden-Baden), o bien la acción transcurre en uno, o bien, como *Casa de baños*, de Mijail Zoshchenko, tratan el tema de las costumbres comunistas cómicas y absurdas ligadas a los baños de vapor. Milan Kundera elige un balneario como escenario perfecto para sus novelas (*La despedida*) y para sus relatos («El doctor Havel al cabo de veinte años»). El tópico literario del balneario también tiene éxito desde el punto de vista del folclore porque, con la elección del lugar donde se desarrolla la acción, la autora une toda una serie de leyendas arcaicas ligadas con los manantiales curativos, leyendas sobre el agua que sana y las manzanas que rejuvenecen, el agua viva y el agua muerta, o el agua que da la fuerza o la quita. Con esta serie entronca el baño de Baba Yagá, en el que el héroe se entrega ritualmente al vapor antes de partir a un largo viaje y las heroínas se bañan porque Baba Yagá las trata como un bocado potencial («Ve, calienta el baño y baña a mi sobrina, pero cuida de frotarla bien porque quiero comérmela para desayunar»).

---

[30]. I. P. Davidov: «Bania u Babi Yagi» [«El baño de vapor en Baba Yagá»], en *Vestnik Moskovskogo Universiteta*, Seria 7, Filosofía, 2001. Nº 6. (Nota de la autora.)

## PIES, PIERNAS

Los seres demoniacos tienen pies que revelan su naturaleza demoniaca: pueden ser pezuñas o patas de pájaro, de pato, ganso o gallina, o pueden tener más dedos (seis en lugar de cinco), o también un solo pie.

En la antigua China, en el mundo budista, en el islámico y en el cristiano, se creía que la erosión en las rocas eran las huellas de las plantas de los dioses, héroes, profetas y santos. La madre del fundador de la dinastía Zhōu, por ejemplo, se quedó embarazada al pararse en la huella del pie de un dios. Las creencias sobre las huellas de los pies en las rocas —que han dejado dioses, santos o profetas, pero también seres como hadas, brujas, gigantes o diablos— abundan por doquier y han llegado hasta nuestros días, de ahí que, en la acera delante del teatro chino de Grauman en Hollywood, las estrellas de cine —nuestros dioses y diosas modernos— dejen las huellas de sus pies y manos.

Algunos psicoanalistas son proclives a la interpretación de que los hombres (jóvenes) perciben el pie femenino como un *missing penis*, y que ese es el origen del fetichismo masculino ligado a los pies y los zapatos de mujer. Aquí, a todas luces, se encuadra la costumbre tradicional china de vendar los pies femeninos (para que no crezcan, pues cuanto más pequeños más «bellos») y la convicción popular de que las brujas y los demonios femeninos tienen pies grandes o patas de pájaro.

Se dice que Baba Yagá tiene una única pierna, aunque no es cierto: «¡Oye, tú, Baba Yagá, unipierna!». En el cuento de «Iván el Tonto», Baba Yagá se presenta delante de los tres hermanos y salta a su alrededor sobre su única pierna. El atributo más frecuente de Baba Yagá es la pierna de hueso («¡Baba Yagá Pata de Hueso!»). Existen otras variantes respecto al material del que está hecha esta pierna: puede ser de madera, de oro, aunque lo más normal es que sea de hueso. Y, pese a que lo más fácil es suponer que esta imprecisión sobre si son una o dos piernas se debe a los errores de la transmisión oral de los cuentos, algunos expertos defienden que existen razones más profundas.

En un cuento, antes de morir, Baba Yagá se transforma en serpiente, lo que lleva a algunos expertos (K. D. Laushin) a ver en la figura de Baba Yagá características de una evolución. En otras palabras, Baba Yagá primero es una serpiente (la encarnación de la muerte), luego evoluciona hasta ser la diosa de la muerte con una sola pierna, y del mito pasa al cuento de hadas y se convierte en personaje: Baba Yagá Pata de Hueso. También su mortero tiene un carácter evolutivo: Baba Yagá primero salta en el mortero: «El mortero brinca por el camino, y Baba Yagá va sentada en él», y luego vuela. Uno de los argumentos que apoyan esta interpretación



«evolutiva» se basa en el nombre de Baba Yagá: *Yagá*, supuestamente, proviene del sánscrito *ahí*, que significa «dragón».

En Serbia, por ejemplo, Baba Yagá se presenta como una vieja con pata de gallina («¡Baba Yagá Pata de Gallina!»).

V. J. Propp ve la explicación de este fenómeno en algunas formas arcaicas del cuento de hadas ruso, en las que, en la isba, en lugar de Baba Yagá, habita un macho cabrío, un oso o una urraca. La fase transitoria entre el animal y el hombre es un hombre con pata de animal. En el caso de Baba Yagá, que según Propp es la guardiana de la puerta del mundo de los muertos, esta pierna se cambia por otra de hueso. Empusa, que custodia la antesala del Hades, tiene una pata de hierro y la otra de estiércol de asno.

### *Observaciones*

La silla de ruedas en la que va Pupa, o el andador que usan las personas mayores y que empuja la madre de la autora, son analogías modernas de la pierna de hueso (de oro, de madera o de gallina) de Baba Yagá. Pupa, que lleva metidas las dos piernas en una bota calentador, se percibe como un ser con una sola pierna. La descripción del cadáver de Pupa y de sus piernas, que tienen el espantoso color de la carne podrida, acercan el personaje de Pupa a Empusa, la guardiana de la entrada al Hades. También Kukla, con sus grandes pies, se asocia discretamente a esa serie de mitologemas relacionados con los pies y las piernas.

## GARRAS

La isba de Baba Yagá se alza sobre una pata o dos de gallina que tienen unas garras muy llamativas. Las manos de tres dedos que aparecen en los jarrones del Neolítico temprano europeo en realidad son patas de pájaro. La importancia mitológica de las garras de las aves empieza en el Paleolítico, de cuando datan las huellas de patas de ave en las paredes de las cuevas del norte de España. Más tarde, las mismas huellas de tres dedos aparecen en los jarrones, en las urnas y en las figuritas que tienen forma de mujer. Según Marija Gimbutas, las huellas de pata de pájaro dan fe de la existencia de la Gran Diosa mitad mujer, mitad pájaro. Recordemos una vez más que en algunos entornos eslavos también se describe a Baba Yagá, y no solo su isba, como una vieja con pata de gallina y no de hueso (¡Baba Yagá Pata de Gallina!).

### *Observaciones*

Parece ser que las uñas femeninas son el único vínculo firme con las grandes diosas de la época del matriarcado que se ha mantenido hasta nuestros días. Las fantasías eróticas masculinas y la industria cosmética han ayudado a las mujeres a desarrollar y enriquecer este vínculo. Las uñas femeninas se presentan con formas y modas variadas: moldeado de uñas, uñas postizas de distinta longitud y con diferentes acabados que se pegan en la superficie de las naturales; también están las lacas de colores diversos; y la última novedad es pintar encima dibujos diminutos. Los hombres todavía sostienen que las uñas largas y cuidadas de las mujeres tienen un atractivo erótico. Solo son «fatales» las mujeres que tienen las uñas muy largas y pintadas. Las uñas largas (rojas por lo general) y los zapatos con tacones altos y afilados (que no son otra cosa que un sustituto magnificado del peligroso espolón) pertenecen a los atributos tercamente imperecederos de las mujeres seductoras.

Mevludin percibe la mano extendida de Pupa como una garra (y el brazo en alto como el ala de una gallina). Un detalle interesante es que Pupa incluso en la piscina insiste en ocultar las piernas, por lo que se niega a quitarse las medias blancas que la cubren hasta las rodillas.

## NARIZ

La nariz afilada y larga es una de las características físicas más notables de Baba Yagá. La nariz de Baba Yagá es un antiguo pico de pájaro que no ha logrado transformarse en una nariz armónica. En otras palabras: Baba Yagá, a juzgar por las apariencias, era un pájaro (la Gran Diosa) antes de convertirse en un humanoide de sexo femenino y en la caricatura de una antigua divinidad.

La nariz es, por lo demás, un símbolo de sagacidad. Muchas tribus, en sus rituales de invocación a los espíritus de sus antepasados y a las fuerzas invisibles, utilizan un polvo mezclado y molido con hocicos secos de animales. Los yakutos, los tunguses y otros pueblos siberianos conservan los hocicos de los zorros y de los renos en la creencia de que en ellos se oculta el espíritu del animal, mientras que los chukchi usan hocicos de animales salvajes como espíritus domésticos, los guardianes del hogar. Los lapones usan el hocico del oso polar para que el olfato perfecto del animal se les transmita.

Los investigadores orientados al psicoanálisis dirán que la nariz de Baba Yagá es un símbolo fálico, lo que coincide también con una de las tesis que dice que Baba Yagá es una madre fálica.

### *Observaciones*

Al aceptar la cirugía plástica de la nariz —que fue la primera operación cosmética ejecutada masivamente—, las mujeres son conscientes de que se privan de su poder simbólico y se someten al concepto masculino de belleza. Un dicho popular que dice: «Mi nariz: mi orgullo» destaca la apreciación de que la nariz es una parte inseparable de la identidad humana, que, sea la que fuere, no puede cambiarse. En resumen, al privarse de su nariz, las mujeres se privan de su orgullo, de su poder. Si partimos de este punto de vista, entonces toda la historia femenina se puede leer como la historia de la autocastración de la mujer, la renuncia consciente a su poder. Este proceso de autocastración se ha acelerado con el desarrollo de la cirugía plástica, con su «popularización», lo que significa que se alienta masivamente a la mujer a que se someta a un estereotipo (masculino) de belleza. En la historia de la mujer, que va de la *fea* Baba Yagá a la *bella* Virgen María (o parodiando a Marina Warner: *from Beast to Blonde*), la Virgen resulta la ganadora absoluta. Gracias a esta victoria, hoy en día muchas mujeres parecen vírgenes de plástico baratas en las iglesias rurales, ¡o sea, parecen Paris Hilton!

## LOS MUCHACHOS

Los muchachos de los cuentos rusos, por lo general, se llaman Iván: el zarévich Iván, el bogatyr Iván, Iván el hijo del campesino, Iván el hijo del soldado, Iván el ladrón, Iván Guisante, Iván el de la camisa blanca, etcétera. Si la madre o el padre ha concebido al niño con un animal, entonces Iván lleva un apellido «animal»: Iván Bykovich (Iván Hijo de Toro), Iván Korovi (Iván Hijo de Vaca), Iván Kobylí (Iván Hijo de Yegua), Iván Medvedko (Iván el Oso), etcétera. Iván suele ser el más pequeño de tres hermanos y estar en peor posición que ellos. Los padres castigan a Iván, lo echan de casa o él cumple un castigo por haber cometido un delito. Esta desgracia inicial es el motor que pone en marcha el cuento. Iván tiene que resolver un problema, vencer al enemigo o superar los obstáculos, para al final obtener la recompensa: el trono y el matrimonio con la bella zarevna.

El más popular de todos los Ivanes es Iván el Tonto, un héroe pasivo, un tonto que pasa el día tumbado al calor de la estufa, cazando moscas y escupiendo al techo. Iván el Tonto está sucio y desaliñado porque pasa los días escarbando en las cenizas y los mocos le cuelgan de la nariz. Sus dos hermanos mayores se dedican a tareas provechosas, pero dejan al margen a Iván el Tonto, se ríen de él, lo engañan, a menudo le dan palizas, intentan ahogarlo en el río, etcétera. Cuando su madre lo envía a llevar bollos de centeno a sus hermanos para el almuerzo, Iván el Tonto se los da a su sombra, pensando que es un hombre vivo. Cuando lo dejan cuidando las ovejas, Iván el Tonto les saca los ojos para que no puedan escaparse. Cuando lo mandan al pueblo a comprar varios enseres para la casa, deja la mesa en mitad del camino, pensando que, como tiene cuatro patas como un caballo, será capaz de llegar sola a casa. Cuando ve unos tocones de árboles quemados a orillas del camino, piensa que los tocones se van a congelar y les pone encima unas ollas para calentarlos. Cuando lleva el caballo a beber al río y el bruto se niega a probar el agua, Iván el Tonto vierte en el río un saco entero de sal y, cuando el caballo se niega de nuevo, Iván lo mata.

También el tonto Yemelia es de la misma especie, pero tiene un protector poderoso, un lucio que devolvió al agua. Le basta con decir «por voluntad del lucio», y sus deseos se cumplen en el acto. Pero entonces se aburre de ser tonto y feo y ordena al lucio que lo convierta en un joven apuesto dotado de gran inteligencia. Y así se casa con la hija del zar. Iván el Oso —hombre hasta la cintura, oso de cintura para abajo— recibe la orden de su padrastro de cuidar la puerta del granero, por eso la arranca y se la lleva a casa para vigilarla, mientras los ladrones aprovechan que no hay puerta y roban el grano. Para librarse de él, el padrastro lo envía a un lago para que haga una cuerda de arena, esperando que los demonios lo arrastren al fondo del lago. Pero Iván engaña a los demonios con su astucia y regresa a casa con un carro lleno de oro.

Los actos más absurdos y estúpidos de Iván el Tonto resultan ser a la postre sensatos e inteligentes. Por ejemplo, acepta una bolsa de arena, en vez de una bolsa de dinero del amo para el que ha trabajado, pero más tarde se encontrará con una hermosa doncella que está atrapada en un incendio y la salvará derramando sobre ella la bolsa de arena. La chica, por supuesto, es la hija del zar y se convertirá en su esposa.

Para superar los obstáculos, Iván cuenta con muchos ayudantes que halla en su camino: animales (caballos, lucios, pájaros, perros y gatos, osos, serpientes, ranas y otros), personas, Baba Yagá, objetos encantados (anillos, guzlas y otros). Los Ivanes son elegidos que, gracias a su propia estupidez y a decisiones equivocadas, a los objetos encantados, a la familia inusual (hermanas casadas con zares pájaro poderosos), sortean las dificultades y al final se convierten en héroes: vencen a los enemigos (dragones, espíritus malignos), se casan con las hijas del zar, consiguen grandes riquezas y hasta llegan a ser zares.

V. V. Ivánov y V. N. Toporov (*Mitología eslava*) distinguen, no obstante, entre dos tipos de héroe: Iván el Tonto y el zarévich Iván. Mientras que Iván el Tonto pertenece a la serie de «locos de Cristo o iluminados», los *yuródivy*, que están profundamente arraigados en la tradición espiritual rusa, el zarévich Iván es un auténtico héroe mítico, porque vence incluso la última prueba, la más difícil: el encuentro con la muerte. Respetando las reglas, el zarévich Iván halla la salida del mundo de los muertos y regresa a la vida transformado, lo que enlaza con los motivos míticos arcaicos de muerte y resurrección.

### *Observaciones*

El personaje de Mevludin en la segunda parte del díptico es, sin lugar a dudas, una analogía con el personaje de Iván el Tonto de los cuentos rusos. Mevlo dirá de sí mismo que es un «cabeza de chorlito» («soy un cabeza de chorlito, y quien nace siendo cabeza de chorlito también muere siendo cabeza de chorlito»). Pupa, Kukla y Beba —como tres Baba Yagás de los cuentos— ayudan de manera indirecta a Mevludin a cumplir su sueño, y por eso en este punto la correspondencia entre el texto de la autora y el mito de Baba Yagá es más fuerte. El personaje de Mr. Shake se puede identificar con el zar caprichoso de los cuentos de hadas rusos, Iván el Tonto es su rival y, antes de acabar entregándole la mano de su hija, intenta aniquilarlo. En el texto de la autora, la dimensión sexual es más evidente porque Mr. Shake es el rey de las bebidas proteínicas, cuyos ingredientes hormonales causan impotencia. Mr. Shake terminará muerto, igual que el zar caprichoso de los cuentos. La muerte la provocará una de las Baba Yagás, Kukla. Los personajes del doctor Topolanek y de David, el nieto de Pupa, son secundarios y no presentan un vínculo destacado con el cuento ruso, pero a su manera también son personajes de cuento: David, como *deus ex machina* (o, como dice Kukla, *nepos ex machina*), y el doctor Topolanek como una suerte de mago moderno y truhan. El personaje de Arnoš Kozeny tiene, a decir verdad, potencial para ser el análogo de Koschéi el Inmortal, el único verdadero rival de Baba Yagá (en este sentido podría ser interesante la relación entre Beba y Arnoš Kozeny), pero este motivo se queda sin desarrollar en el texto de la autora.

Aquí menciono que la chica tonta que no deja de meterse el dedo en la nariz y se pasa el día tumbada al calor de la estufa, y al final se convierte en princesa o reina, ¡es absolutamente impensable en los cuentos! La imaginación de los narradores de los cuentos populares ha ideado un papel análogo al heroísmo masculino en los personajes de las Amazonas (la rusa Ojo Azul, Sineglazka, o las doncellas gigantes en los poemas populares serbios), pero la chica sucia, perezosa y tonta suele ser castigada con la muerte. La riqueza, el trono y el amor

como recompensa solo son concebibles para el chico sucio, perezoso y tonto.

## MUÑECAS

En el cuento «Vasilisa la Bella» aparece un motivo interesante. Antes de morir, la mujer del comerciante llama a su hija y le entrega una muñeca que la ayudará en la vida. Primero hay que dar de comer y beber a la muñeca y solo después pedirle consejo.[31] Vasilisa llevará la muñeca en el bolsillo hasta el final de su vida. La muñeca es la morada del espíritu de los antepasados (la madre en este caso), lo que es común en las creencias tribales más arcaicas de los pueblos del mundo.

La muñeca sustituye simbólicamente al miembro fallecido de la familia, es la tumba del alma del difunto. Entre algunas tribus africanas, existe la costumbre de que el viudo que se casa por segunda vez haga una estatuilla de la esposa muerta y la coloque en un lugar de honor en su cabaña. A la estatuilla se le muestra respeto para que, en el otro mundo, la difunta no tenga celos de la nueva mujer. En Nueva Guinea, cuando una persona muere, se hace una muñequita que cuida el alma del fallecido. Este, encarnado en la muñeca, ofrecerá ayuda solo si los moradores de la casa lo cuidan, lo alimentan, lo arropan en la cama, etcétera.[32]

Las tribus del norte de Siberia hacen la cabeza de las muñecas con picos de pájaros. La muñeca también es una prenda de fertilidad, por lo que los novios se la llevan a la cama en la noche de bodas. El espíritu malvado Kikimora también puede morar en una muñeca. Pero si esto sucede hay que quemarla. En Kursk, por ejemplo, dejan la cara de la muñeca en blanco, sin ojos, sin boca y sin nariz, y se hace por el temor a que un espíritu maligno se apodere de la muñeca y dañe al niño. Las muñecas que tienen poder protector se heredan: la madre lega la muñeca a su hija.

Los janty, mansi, nenets y otros pueblos del norte de Siberia hacen una muñeca particular, llamada *itarm*, y la visten y la ponen en el lecho del difunto. A la hora de la comida, le llevan bocaditos y le muestran un respeto extremo, porque la muñeca sirve como doble del muerto. Este ritual ha pasado a los cuentos rusos. En «Terióshechka», un matrimonio anciano sin hijos envuelve en pañales un tronco y lo pone en una cuna. Del tronco nace Terióshechka (este motivo perduró hasta llegar a Carlo Collodi y su célebre *Pinocho*). Las famosas muñecas de madera rusas, las *matrioshkas*, han surgido de la misma tipología del pensamiento mítico ritual.

En los bosques de la Siberia nororiental, los cazadores construyen casetas que llaman *labaz* o *chamia*. Las *labaz* se ponen sobre altos pilotes de madera (¡que recuerdan las patas de gallina de la isba de Baba Yagá!) para que los ratones no puedan llegar a ellas. En estos almacenes, los cazadores guardan reservas de comida y objetos de primera necesidad. Las *labaz* tienen la parte trasera mirando al bosque y la delantera hacia el viajero huésped. En los lugares rituales (*uraj*), se levantan pequeñas isbas de culto parecidas, sin ventanas ni puertas. En estas isbas ponen *itarms*

con vestidos de pieles. Estas muñecas ocupan todo el espacio de la isba (¡de ahí la descripción de la Baba Yagá que ocupa toda la isba con su cuerpo!). Por lo demás, se llama *yagá* o *yagushka* a la bata de piel que llevan las mujeres en el noreste de Siberia. En esta interpretación insiste, y de manera muy convincente, Arkadi Zelenin, que elabora la tesis de que la Mujer de Oro, la Sorni-nai siberiana, era una deidad chamánica que se oponía a la cristianización. Más tarde, la leyenda de la Mujer de Oro —gracias a los soldados, a los viajeros y a los misioneros— se propaló y revivió en cuentos como el de Baba Yagá.

### Observaciones

Aunque *Beba*, *Pupa* y *Kukla* son apodos femeninos, es difícil creer que los hayan elegido por casualidad. *Beba* es un sobrenombre corriente para las mujeres en los centros urbanos de Croacia, Serbia y Bosnia, mientras que el apodo de *Pupa* se encuentra en Croacia del norte, donde proviene del alemán, y en Dalmacia, donde proviene del italiano. *Beba* (que significa «muñeca», pero también «niño recién nacido»), *Pupa* (en latín, *pupa*; en alemán, *die Puppe*; en italiano, *pupa*; en francés, *poupée*; en inglés, *puppet*; en holandés, *pop*)[33] y *Kukla* (en ruso, búlgaro, macedonio, turco, etcétera), y por último también *Wáwá* (en chino), son sinónimos de «muñeca» en distintas lenguas. Añadimos además un ejemplo fascinante de ironía lingüística que ha aprovechado la autora. Vasorru baba es el equivalente húngaro de Baba Yagá; sin embargo, la palabra *baba* en húngaro significa ¡«muñeca»!

Hay varias explicaciones posibles de por qué la autora usa apodos. La primera está ligada al principio autoral, es decir, a la sencilla idea de que las protagonistas son, en realidad, muñecas que reviven en manos del autor. Quizá los apodos tienen una función ritual protectora si la autora ha respetado el tabú de no mencionar los nombres de las brujas. Otra razón podría estar vinculada con Baba Yagá, que tiene hermanas y se llaman Baba Yagá (como la irlandesa Brigit, que tiene dos hermanas y ambas se llaman Brigit). La explicación podría ser que, en una civilización en la que dominan los hombres, los nombres de mujer no son importantes (porque el nombre es símbolo de individualización e identidad), en otras palabras, una mujer representa a todas las mujeres.

En el lenguaje de la cultura actual persiste con obstinación un vínculo de género discriminatorio de la mujer cuando se la compara con la muñeca. A las niñas se les suele decir con cariño: «¡muñequita mía!» o «eres una muñequita». Las adolescentes son bellas como muñecas, son *barbies*, *babes* o muñequitas de cabeza hueca. La gente no ve nada inusual en la costumbre de que las personas adultas sigan llevando sus apodos infantiles.

En lo que se refiere a la tríada —Pupa, Beba y Kukla—, esta hunde sus raíces en las antiguas mitologías indoeuropeas, en las que las diosas se presentaban en tríos: como tres diosas distintas (igual que las Moiras griegas, las Parcas romanas o las Nornas nórdicas), o como una diosa con tres funciones, o como una tríada que representa el ciclo de la vida: Doncella-MadreAnciana (Perséfone [Koré]-Demeter-Hécate; la diosa Blanca-Roja-Negra; Mañana-Tarde-Noche). Apuntamos aquí que la anciana, la tercera integrante de la tríada, es interesante porque su personaje a menudo incluye la negación de su propio estatus simbólico (sabiduría, experiencia, compasión, muerte).

También la mitología eslava tiene diosas que determinan el destino humano. En Bulgaria, por ejemplo, están las *orisnitsi* (*narachnitsi*); en la República Checa, las *sudički*; en Serbia y en Croacia, las *rođenice*, *sudénice* o *sudaje*. Las *rođenice* son invisibles, aparecen cuando nace un niño, la única que puede verlas es la madre del recién nacido o un mendigo que pasara por allí



casualmente. Lo que las *rodenice* asignan a las personas se llama suerte o destino y no se puede cambiar. La madre de la autora se acuerda en un episodio breve de la historia que le contaba su madre acerca de que cuando ella nació vio a tres mujeres, dos de blanco y una de negro.

Reclamo su atención para otro detalle. La madre de la autora, en su pequeño piso «ordenado como en una cajita», con la peluca y los labios pintados, recuerda a una muñeca en una *labaz*. En un punto, la autora compara a su madre con un «guardia urbano». Las *labaz* servían también como una suerte de señalización forestal. La madre, con cabezonería, también mantiene en el mismo sitio la muñeca con el traje típico búlgaro, sin ser consciente de su profundo simbolismo. «Para que me recuerde a Bulgaria», decía sin más.

---

[31]. «Vasilisa se dirigió a oscuras a su despensa, puso la cena delante de la muñeca y le dijo:

—Come, muñeca mía, y escucha mi desgracia. Me mandan a buscar luz a la cabaña de Baba Yagá, que me comerá.

La muñeca comió y sus ojos resplandecieron como dos velas.

—No tengas miedo —le contestó la muñeca—; ve donde te manden, pero llévame siempre contigo; mientras esté contigo, Baba Yagá nunca te hará daño.» (*Nota de la autora.*)

[32]. El invento electrónico japonés, la mascota virtual llamada Tamagotchi, exige atención, igual que la muñeca de madera en las creencias folclóricas. El dueño del juguete tiene que controlar todos los días el nivel de felicidad, el *happiness level* (hay que alimentar y bañar al Tamagotchi y el dueño además tiene que jugar un poco con él), de lo contrario, el animalito virtual «morirá». (*Nota de la autora.*)

[33]. *Pupig, pupi*, entre los mansi siberianos, son los espíritus protectores o los espíritus de los antepasados alojados en pequeñas muñecas totémicas de madera. (*Nota de la autora.*)

## PEINE Y TOALLA

El peine y la toalla son dos objetos mágicos que a menudo aparecen en los cuentos. Son objetos salvadores: el peine se puede convertir en un espeso bosque, y la toalla, en un río o en un mar, y así proteger al héroe o a la heroína de su perseguidor. El perseguidor suele ser Baba Yagá.[34]

El **peine** es un objeto importante en todas las mitologías. En las mitologías eslavas sirve como un objeto mortal, un símbolo femenino, un remedio curativo y un talismán mágico de salvación. Justo por las características mágicas que le han otorgado, el peine está asociado a las reglas y a las prohibiciones. El peine, por ejemplo, no podía exponerse a la vista de los moradores de la casa, ni dejarse en la mesa ni en lugares parecidos, porque de lo contrario «el ángel no vendría». El peine tenía un efecto curativo y protector: si a alguien se le caía el pelo, lo peinaban con un peine de cardar lana. El peine (y el huso) se ponían en la cuna para que el niño durmiera tranquilo. Los eslavos del sur tenían la costumbre de encajar un peine en otro —¡en tiempos en los que no había antibióticos!—, y este acto servía como defensa contra las enfermedades.

Con ocasión de las ceremonias relacionadas con el parto, el peine era un símbolo del destino femenino. El cordón umbilical del recién nacido niño se cortaba con un hacha, y el de las niñas, con un peine. Durante el bautizo, la partera entregaba el niño a los brazos del padrino por encima del umbral de la puerta, y a la niña, por encima de un peine.

El peine servía para profetizar el destino. Cuando se iban a dormir, las chicas ponían el peine debajo de la almohada diciendo: «Amado que el destino me ha deparado, ven a peinar me el cabello». Se creía que el joven que la doncella veía en sueños sería su futuro prometido. Por eso en las bodas se regalaba un peine a las muchachas casaderas.

Se consideraba que un peine que se usaba para peinar el pelo de un difunto era «impuro», por lo que lo tiraban al río para que la muerte desapareciera cuanto antes de la casa o se colocaba en el ataúd junto con el resto de los cabellos del fallecido.

La **toalla**, el paño, el pañuelo, la servilleta, la camisa o un bordado, todo son objetos de suma importancia. Vasilisa la Sabia, por ejemplo, posee tres objetos clave que la hacen poderosa: una servilleta, un peine y un cepillo.

En los cuentos solemos sorprender a Baba Yagá con un huso en las manos y a menudo encomienda a las chicas trabajos en el telar.[35] Y más aún, si Baba Yagá está de buen humor, les regalará a las protagonistas obsequios de valor incalculable: una aguja de oro, un huso y un bastidor.[36] El huso, el ovillo y el hilo unen a Baba Yagá con la primitiva Ananké, que domina el mundo y los destinos individuales. Los hilos unen también a Baba Yagá con las Moiras que hilan los destinos humanos: con hilo negro para los destinos negros, y blancos y dorados para los

destinos afortunados. El ovillo de Baba Yagá, que ayuda a los protagonistas a llegar al objetivo, se parece al hilo que Ariadna regaló a Teseo para que encontrara la salida del laberinto y matara al Minotauro. Con sus hilos de tejer, Baba Yagá está ligada a todas esas ancianas poderosas que vigilan las labores de las mujeres.

Las tareas femeninas, tejer, hilar, bordar y coser, tienen un significado ritual mágico en muchas culturas. Una pieza de lino tejida de forma singular tiene poderes protectores. Cuando se propagaba una epidemia de peste o de cólera, las viejas y las viudas tejían lino y con ese paño cosían una toalla que se llevaba a la iglesia, envolvían los iconos con ella o la utilizaban para rodear la casa. Estos rituales tenían como fin proteger el lugar frente a la enfermedad.

En Serbia y en Rumanía, las ancianas —unas nueve por lo general— se reunían a medianoche e hilaban lino en absoluto silencio. Con el paño que obtenían cosían una camisa, la cual se ponían los jóvenes por turnos antes de ir a la guerra: haberse puesto la camisa debía protegerlos de la muerte. En los cuentos rusos existe la camisa mágica que convierte al héroe en invulnerable.

Tejer y bordar son las habilidades más importantes en el repertorio de destrezas de las protagonistas de los cuentos. Un paño, un bordado, un pañuelo bordado, sirven como huella dactilar de la doncella, su tarjeta de identidad. Vasilisa la Bella teje un lienzo tan fino que podía pasarse por el ojo de una aguja. Con este lienzo le cose una camisa al zar. Y el zar, maravillado por la finura de la labor, se interesa por la costurera desconocida, se enamora de ella y al final la desposa.

Tejer es una metáfora de la vida humana: a cada uno se le da tanto ovillo e hilo como le corresponde. En el cuento ruso «La bruja y la hermana del sol», Iván-Zaréovich se encuentra en su camino con dos ancianas costureras que le dicen: «IvánZaréovich, ya nos queda poca vida. Cuando hayamos roto todas las agujas que están en esta cajita y hayamos gastado el hilo de este ovillo, llegará nuestra muerte».

### *Observaciones*

En lo que al peine y peinarse se refiere, en la primera parte del díptico es interesante que la hija se interese por la peluca de la madre y le haga un lavado «ritual» mientras la madre está en el hospital. El detalle, supongo, no tiene mucho que ver con la idea de lo que es un rito, pero menciono de paso que el cuidado de la cabellera tiene una gran importancia ritual entre las tribus primitivas. La diosa esquimal Nerrivik es una anciana que vive bajo el mar y cuida las almas de los muertos y se niega a proteger a los cazadores de morsas hasta que el chamán le peina el cabello siguiendo un ritual.

Y en lo que a la toalla se refiere, en la primera parte del díptico de la autora hay un detalle conmovedor: el recuerdo que su madre tiene del padre entrando en la casa con una toalla doblada bajo el brazo. Quién sabe, quizá el inconsciente de la madre añadió a ese recuerdo —que durante años le ha suscitado un sentimiento de culpa— un pequeño detalle salvador: la toalla que, como en el cuento, protegerá a su anciano padre de las adversidades.

Y un detalle más: la madre de la autora guarda en el armario los bordados amarillentos de sus primas. Ella, que tiene dificultades para recordar, se acuerda exactamente de quién era la mano que bordó cada puntada. La figura de la madre se funde en un nivel simbólico en una historia «femenina» no articulada, prefeminista y anterior a la escritura. Es decir, la madre lee el «bordado» como si fuera braille.

- [34]. «“En la mesa hay un peine y una toalla”, dijo el gato, “cógelos y huye, porque la bruja Baba Yagá te perseguirá; de vez en cuando pega la oreja al suelo y, cuando oigas que está cerca, tira primero la toalla, que se transformará en un río muy ancho, muy ancho. Si Baba Yagá cruza el río y sigue persiguiéndote, vuelve a pegar la oreja al suelo y, si oyes que está cerca, tira el peine, que se convertirá en un bosque muy denso, muy denso, a través del cual la bruja no podrá pasar”» («Baba Yagá»). *(Nota de la autora.)*
- [35]. «La muchacha se fue, y caminó y caminó y llegó.  
Entró en la isba en la que estaba sentada tejiendo Baba Yagá Pata de Hueso.  
—Buenos días, tiita.  
—Buenos días, sobrina.  
—Me envía mi madre a pedirte aguja e hilo para coserme una camisa.  
—Bien; primero siéntate a tejer» («Baba Yagá»). *(Nota de la autora.)*
- [36]. En el cuento «El pescador Palunko y su mujer», de la escritora croata Ivana Brlić-Mažuranić, la diosa doncella Aurora le regala a una esposa fiel «un pañuelo bordado y un alfiler», salvándola así del infortunio.  
«Del pañuelo se izó una vela y del alfiler salió un timón. El viento hinchó la vela, como una manzana hermosa, y la mujer aferró el timón con mano firme. Se rompió la corona en torno a la barquichuela, que surcaba veloz el mar grisáceo, como una estrella cruza el cielo azul. Vuela, maravilla de las maravillas, ante la terrible persecución, cuanto más feroz es la batida, más lo ayuda: cuanto más veloz el viento, más veloz la barca, cuanto más veloz es el mar, con más velocidad surca la barca las olas.» *(Nota de la autora.)*

## ESCOBA Y BASURA

**La escoba** es el objeto que sirve de ayuda a las brujas: las brujas vuelan en escoba, con la escoba roban leche y destruyen la cosecha arrastrando la escoba por los campos. Con la escoba Baba Yagá borra sus huellas.

Muchas creencias y supersticiones del mundo eslavo están ligadas a la escoba. La casa, por ejemplo, no se puede barrer cuando uno de sus moradores fallece, para no expulsar la abundancia y para no ofender al espíritu del difunto. Cuando se mudan a otra vivienda, los rusos se llevan la escoba vieja porque debajo viven los *domovye*, los espíritus del hogar. Debido a la creencia de que la escoba es causa de riñas, enfermedades y desgracias, la tiraban al lado o por encima del tejado de la casa de aquellos a los que querían perjudicar. Los envidiosos escondían la escoba en la carreta de los novios para hacerles daño. Saltar una escoba daba mala suerte.

La limpieza es una especie de examen que tiene que aprobar la doncella que se encuentra en poder de Baba Yagá.[37] Baba Yagá tiene sirvientes mágicos en forma de tres pares de manos que hacen todas las tareas por ella, por lo que no necesita ayuda real, pero le gusta examinar la madurez, la diligencia y el carácter de la doncella. Apoyándose en el psicoanálisis, Clarissa Pinkola Estés explica este detalle en su libro *Mujeres que corren con los lobos* como la limpieza del alma, su purga y arreglo, como un proceso educativo para distinguir lo esencial de lo secundario. Baba Yagá usa la palabra *basura* también en sentido figurado y le agradece a la muchacha que no muestre excesiva curiosidad.[38]

En México se organizaban ceremonias de escobas dedicadas a la diosa de la tierra, Teteo-innan, con el fin de limpiar las enfermedades y las desgracias. En la iconografía cristiana, la escoba es el atributo de santa Marta y de santa Petronila, que son las patronas de las amas de casa y de los empleados del hogar. Es interesante la historia de la popular Befana italiana (La Befana), que era la mejor ama de casa, la más ordenada del pueblo, y que al dar prioridad a sus quehaceres domésticos perdió la oportunidad no solo de reconocer en sus huéspedes a los tres Reyes Magos, sino también de ir en busca de Jesús. La Befana se presenta con una escoba, entra en la casa por la chimenea y deja regalos para los niños, y hoy es una especie de Papá Noel femenino (se aparece para los tres Reyes Magos), pero su figura incorpora elementos de la antigua tradición pagana en la que se escenificaba la quema del Año Viejo (Giubiana en el norte de Italia) para que en su lugar pudiera entrar el Año Nuevo.

Numerosas creencias están vinculadas con **la basura y la limpieza** en el mundo eslavo. En los rituales funerarios se cuidaba particularmente de la basura. En Moravia barrían enseguida la habitación en la que había yacido el difunto y arrojaban la basura al fuego. En Serbia y en Rusia

estaba prohibido barrer la casa mientras se velaba al difunto para no barrer a los vivos.

La basura servía para hacer profecías. En Bohemia y en Moravia, las chicas llevaban basura a un cruce o a un basurero y predecían quién iba a ser su futuro marido, diciendo: «Barremos la basura, jóvenes, viudas, quienquiera que venga, del este, del oeste, de delante y de detrás, a través del jardín y al granero». En Siberia, antes de Navidad, las chicas arrojaban la basura a los rincones para que «pasara allí la noche» y por la mañana la llevaban al cruce y le preguntaban el nombre al primero que se presentaba. Creían que su futuro marido llevaría ese mismo nombre.

La casa no se podía barrer durante determinadas fiestas (las Navidades, las *sviatki* [versión ortodoxa de las Pascuas católicas], San Juan Bautista, etcétera), porque durante esos días se aparecen las ánimas de los antepasados. En Bielorrusia, después de las fiestas, el anfitrión iba por la casa sacudiendo la escoba y decía: «¡Oste, oste, espíritus pequeños! El mayor y más viejo que salga por la puerta, y el más pequeño por la ventana». La basura de las fiestas se quemaba junto con la paja en el patio o en el jardín, y la costumbre se denominaba «calentar a los difuntos». La ceniza se tiraba al río; se consideraba que eso protegería los campos de la cizaña, o de los lobos. A veces «barrían» simplemente las fiestas navideñas. Los búlgaros prohibían a los niños acercarse al basurero, y las amas de casa no podían tirar la basura con la cara vuelta hacia el este (se creía que, de hacerlo, el ganado se volvería estéril). Los bielorrusos y los eslovacos usaban la basura como remedio contra los hechizos. Recogían en secreto la basura de tres casas vecinas, la quemaban y con ese humo sahumaban al enfermo.

### *Observaciones*

La manía obsesiva por la limpieza que caracteriza al personaje de la madre de la autora no guarda mucha relación con el legado folclórico eslavo. Sin embargo, no estará de más si llamo su atención sobre ese aspecto. La descripción de la madre de la autora, que dormita en el sillón sujetando un plumero, podría relacionarse con la Befana italiana, ama de casa ejemplar que por sus quehaceres domésticos descuida lo que desde el punto de vista «histórico» es más importante: la búsqueda de Jesús. La limpieza, parece ser, es la estrategia de la madre para olvidar. La madre limpia la casa de las «ánimas de los antepasados», pero el texto entero es una suerte de descripción de la «historia de la enfermedad», de la anamnesis del olvido, y es una elaboración del tema principal, es decir, de la «desconexión» de su propia vida.

El estudio antológico de Mary Douglas *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú* es el más inspirador a la hora de interpretar las ideas opuestas limpio-sucio, puro-impuro. El sistema de coordenadas puro-impuro estructura casi toda comunidad social primitiva, donde, a través de un elaborado sistema de tabúes, se ha organizado un pensamiento sobre el mundo, la conducta, las costumbres. Sin embargo, la limpieza, que no es un símbolo, sino parte de nuestro acervo emocional, puede ser el camino hacia la petrificación. La limpieza es una prenda de nuestra seguridad, es un enemigo del cambio, de la ambigüedad y del compromiso.

Es interesante que, en nuestro tiempo *destabuizado*, el momento de «salir de casa» al espacio del caos se caracterice por la obsesión por la limpieza. La mayoría de los anuncios de televisión, por ejemplo, anuncian artículos de limpieza (de la casa, del cuerpo, de la ropa) y constantemente nos señalan la fórmula básica de lo limpio (positivo) frente a lo sucio (negativo). Incluso lo «sucio» se ha llegado a «purgar». Gracias a los medios (Internet y televisión), podemos colaborar directamente en los «asuntos sucios» (pornografía, sexo, contacto con otras personas, guerra, desgracias, catástrofes naturales, asesinatos, desastres colectivos, pobreza, etcétera)

y, sin embargo, quedar «limpios».

---

[37]. «Mañana tempranito, después de que me marche, tienes que barrer el patio, limpiar la cabaña, preparar la comida y lavar la ropa; luego tomarás del granero un celemín de trigo y separarás la cáscara. Procura hacerlo todo, porque si no te comeré a ti.» Así amenaza Baba Yagá a la doncella en el cuento «Vasilisa la Bella». (*Nota de la autora.*)

[38]. «A mí no me gusta que se saque la basura de la isba, y a las muy curiosas me las como», dice Baba Yagá en «Vasilisa la Bella». (*Nota de la autora.*)

## HUEVO

Según el *Diccionario enciclopédico de la mitología eslava*, el huevo es el principio de todos los principios, símbolo de fertilidad, de vitalidad, de renovación de la vida y de resurrección. En los mitos cosmogónicos de los eslavos del sur, el huevo es la imagen primitiva del cosmos. Para ellos, en las adivinanzas infantiles, el «huevo de Dios» es el sol y un «colador lleno de huevos» es el cielo estrellado. Los eslavos creían que todo el mundo era un huevo enorme: el cielo es la cáscara, el agua, la clara, las nubes son la membrana y la tierra, la yema. Hay un enigma que dice: «Lo vivo da a luz a lo muerto, pero lo muerto da a luz a lo vivo», que a su vez contiene la antigua cuestión escolástica: «¿Qué fue antes, el huevo o la gallina?», y la respuesta de Silesius: «El huevo está en la gallina, la gallina en el huevo».[39]

Por el simbolismo de la renovación de la vida, de la resurrección, el huevo desempeña un papel importante en los ritos funerarios. Tiraban un huevo a la fosa o lo ponían en el ataúd o en las manos del difunto y lo enterraban, para que el muerto pudiera un día volver a la vida. En diversas tumbas (de Rusia y de Suecia) se han descubierto huevos de arcilla; en tumbas de Beocia han aparecido estatuillas de Dioniso con huevos en la mano. La misma semántica de renovación de la vida determina los ritos eslavos de la Pascua y demás (como colorear los huevos, decorar árboles con huevos, comer huevos en Pascua, etcétera). Los eslavos ponían un huevo en el primer surco o esparcían cáscaras de huevo por el sembrado para que la cosecha fuera ubérrima. Por su valor simbólico múltiple, los huevos se utilizan en numerosas situaciones. Cuando en una casa, por ejemplo, se declara un incendio, los habitantes la rodean sujetando un huevo en la mano. Se cree que el huevo impedirá que el incendio se propague. Según algunas supersticiones, si un hombre lleva un huevo de gallo durante cuarenta días debajo de la axila, del huevo saldrá un espíritu protector que traerá la riqueza al hombre.

El huevo es un símbolo universal. La imagen mitopoética del mundo que surge de un huevo (cósmico) es común a muchos pueblos: celtas, griegos, egipcios, fenicios, tibetanos, indios, chinos, japoneses, finlandeses y otros. El mundo nació de un huevo y, en algunas tradiciones, también el primer hombre (Prayapati, Pangu). De los huevos también salen los héroes (si la madre come un huevo); de un huevo nacieron Cástor y Pólux, los hijos de Leda y de Zeus.

La imagen del mundo que surge de un huevo y la división del huevo en dos mitades tiene muchas versiones. Los egipcios imaginaban que del océano primitivo, Nuna, había emergido un montículo en cuya cima apareció un huevo. Del huevo salió el dios Khnum y creó a seres diferentes. Según las tradiciones cananeas, en el principio fue el éter del que nació Ulomos (Infinitud). Ulomos alumbró el huevo cósmico y a Chansor, el creador. El creador rompe el huevo



cósmico en dos mitades, de una crea el cielo y de la otra, la tierra. Según las creencias cosmogónicas hindúes, del no ser surgió el ser, del ser salió el huevo que se rompió en dos mitades, una plateada y otra dorada. La cáscara plateada se convirtió en la tierra y la dorada, en el cielo. De la membrana externa brotaron las montañas, de la interna, las nubes; de las venitas, los ríos y del fluido interior del huevo, el océano. En los mitos peruanos, el creador le pide al Sol que cree a los hombres y pueble el mundo con ellos. El Sol arroja a la Tierra tres huevos: del huevo de oro nacen los dignatarios, del de plata, sus mujeres y del huevo de cobre sale el pueblo llano. Para algunas tribus africanas, el huevo es la perfección absoluta, porque la yema representa los óvulos femeninos y la clara, el esperma, y cada hombre tiene que aspirar a la perfección, es decir, a convertirse en huevo.

Empollar huevos también tiene un significado simbólico. Algunas sectas budistas respetan a la gallina. La gallina que se sienta sobre los huevos simboliza la concentración espiritual y la fecundación del espíritu.

### *Observaciones*

El simbolismo del huevo en la prosa de la autora es más que evidente. Además del título *Baba Yagá puso un huevo* y el espectacular huevo-ataúd, le recuerdo un discreto episodio en el que la escritora se escupe un grumo en la palma, húmeda por las lágrimas y la saliva. En este grumo (o huevo) ella reconoce la miniatura deformada de su madre, igual que Beba ve en el huevo con el que sueña la miniatura de su hijo en posición fetal. El huevo es, al mismo tiempo, útero y tumba. En un cuento ruso, el amor de la zarevna está escondido en un huevo, en el mismo huevo que Mevludin ofrece a Rosie como su «corazón en una bandeja de plata».

---

[39]. Aquí hay que recordar de nuevo el verso «Montamos en remos de plata, cáscara de huevo es nuestra barca», es decir, el mortero de Baba Yagá, el útero, que al mismo tiempo es hija y madre. (*Nota de la autora.*)

## EL DIOS DE LA GALLINA

En las creencias populares, el *dios de la gallina* es un objeto ritual o amuleto que vigila a las gallinas. Una piedra con un agujero en el medio, una olla de barro, un recipiente sin fondo, el cuello de una vasija de arcilla rota, unas zapatillas viejas y gastadas, etcétera, todo eso puede servir como dios de la gallina. Por lo general se colgaban estos objetos en el gallinero o en el patio delante del gallinero. El dios de la gallina aseguraba que las gallinas pusieran huevos sin que las molestaran y ahuyentaba a los espíritus, a los *domovye* y a Kikimora. Una olla vieja y rota colocada en lo alto de un poste o de un árbol podía llamar la atención de un transeúnte y desviar así una mirada que lanzara un mal de ojo contra la casa. Un agujero en la olla, un recipiente sin fondo, un cántaro, todos son símbolos de la sexualidad y de la fertilidad femenina madura. Una piedra con un agujero en el medio tenía además otro fin: proteger al dueño del dolor de muelas.

### *Observaciones*

Llamo su atención sobre un detalle: Beba, representante de la sexualidad femenina madura, lleva colgado alrededor del cuello un amuleto inusual, una piedra plana con un agujero en el medio.

## PÁJAROS

Los pájaros aparecen en todos los sistemas mitopoéticos y en diversas tradiciones como demiurgos, divinidades y demonios, como medio de transporte de los dioses, semidioses y héroes, como heraldos celestiales, hechiceros, seres inmortales, profetisas y símbolos totémicos. Aunque el simbolismo vinculado con los pájaros es rico y con múltiples significados, las aves son ante todo heraldos simbólicos, intermediarios entre el cielo y la tierra.

Los pájaros desempeñan un papel clave en todos los mitos cosmogónicos, también en los eslavos. El creador envía a los pájaros (zampullines, palomas y otros) para que del fondo del océano primitivo traigan barro, arena o espuma de mar. El creador moldea la tierra a partir de la arena o de la espuma de mar y en ella planta el árbol del mundo, que tiene las raíces en la tierra y la copa en el cielo, de modo que el tronco une el cielo con la tierra. La copa o el mundo superior es la morada de los pájaros (dos pájaros a cada lado de la copa son los símbolos del sol y de la luna, del día y de la noche). La posición de los pájaros es jerárquica (el águila suele tener la posición más elevada y poderosa).

Según las creencias del folclore búlgaro, el águila tiene acceso al *confín del mundo*, el lugar donde se tocan el cielo y la tierra. En el *confín del mundo* viven las hadas, los dragones y otras criaturas míticas. A ese mundo vuela también la urraca. Las hadas llaman todos los años a la urraca para que coseche siemprevivas, gracias a lo cual le permiten bañarse en el lago de las hadas. En él cambia las plumas y vuelve a la tierra. Por eso se cree que la urraca tiene poderes curativos. Cuando se le cae el primer diente, los niños búlgaros lo tiran al tejado de la casa y dicen: «Toma, urraca, el diente de hueso, y tráeme uno de hierro». En la República Checa y en Eslovaquia existe la misma costumbre, solo que, en lugar de a una urraca, los niños se dirigen a Baba Yagá pidiéndole un diente de hierro a cambio del de hueso.

Según el folclore búlgaro, antes del diluvio universal, Dios descendió a la tierra. Al ver a una viuda pobre que tenía muchos hijos y una gallina con polluelos, decidió salvar a la mujer y le dijo que recogiera a sus hijos y a la gallina con los polluelos, y se marchara de su casa, pero la advirtió de que no se diera la vuelta. Sin embargo, la mujer, curiosa, miró atrás y quedó convertida en piedra junto con los niños. Dios consiguió salvar a la gallina con los polluelos y convertirlos en una constelación que popularmente llaman «Gallina Clueca» (las Pléyades).

A las creencias cosmogónicas búlgaras y otras pertenece la idea de que la tierra es una tabla plana que se sostiene sobre un gallo. Si el gallo se mueve o agita las alas, se produce un terremoto.

La tipología de los pájaros en los mitos no abarca solo la existencia real de las aves, sino

también las criaturas míticas emplumadas, como son Anzû (Mesopotamia); Garuda (India); Simurg, Varagani (Persia); Tanifi (entre los maoríes); Roc (entre los árabes); Straj-Raj, el Pájaro Stratim, el Pájaro Grifo, Voron Vóronovich, el Pájaro Sirin, el Pájaro de Fuego (entre los rusos). Existen seres híbridos con alas de pájaro y la facultad de volar (la esfinge, la quimera, el grifo, la sirena, la Gorgona y otros). Muchos dioses se convierten en aves (Zeus en cisne), tienen características propias de las aves o las aves se cuentan entre sus atributos (Apolo aparece con el cisne y el cuervo, Afrodita con el cisne y los gorriones, Atenea con un gallo, Juno con el ganso, Krishna con la pluma de pavo, Brahma con un ganso, Saraswati con un cisne o con un pavo, etcétera).

El pájaro es símbolo de los espíritus y de las almas. Las aves a menudo se presentan como el alma de un difunto, pero, según las creencias de algunas tribus siberianas, el pájaro puede ser también el símbolo de la otra alma del hombre, el «alma dormida», esa que solo se aparece en sueños. «El pájaro del sueño» tiene forma de urogallo hembra, y en las cunas de los niños siberianos puede verse tallada en madera su figura protectora.

La tribu australiana Kurnai cultiva el totemismo de género relacionado con las aves, de modo que un tipo de pájaro se encarna en el órgano sexual de un hombre y otro, en el de una mujer. El pájaro es una metáfora frecuente del órgano sexual en muchos pueblos. He aquí dos ejemplos de la poesía popular croata:

*Oh, muchacha de mi corazón,  
Adoro hasta tu camisón  
Bajo el cual palpita la codorniz.  
Pan de trigo no quiere probar  
Ni vino de viñas beber,  
Solo carne sin huesos comer.*

La codorniz en el ejemplo citado es el sustituto de la vagina, mientras que en el siguiente ejemplo el gallo es el sustituto del pene: «El turco hace rodar a la anciana / a través de la pradera plana / llevándola hasta el cercado / el gallo le ha colocado».

En el folclore de muchos pueblos, los pájaros actúan como mensajeros. Presagian la muerte (el cuco, la lechuza, el cuervo), la desgracia, el infortunio, pero también el nacimiento de los niños, las bodas futuras y los acontecimientos relevantes de carácter general (epidemias, guerras). Además de anunciar las previsiones del tiempo, la vida de los pájaros sirve como un calendario natural (anuncian la primavera y el invierno).

Según las creencias populares, los pájaros tienen poderes curativos. La gallina sirve como remedio contra la fiebre, la epilepsia, la ceguera diurna y el insomnio: «Deja que las gallinas te quiten el insomnio y te devuelvan el sueño». Se cree que, con sus cantos o graznidos, los pájaros pueden ahuyentar la enfermedad, con el pico, extraerla del cuerpo y coser la herida. Los pájaros pueden eliminar los hechizos, de lo que dan fe muchos encantamientos y conjuros.[40]

La relación entre la mujer y el pájaro nos lleva al Paleolítico. En las pinturas paleolíticas (Lascaux, Pech Merle, El Pindal) aparecen combinaciones insólitas de atributos femeninos y aviares: pico en lugar de boca, un ala en lugar de un brazo, mujeres con cara de pájaro. En la

famosa escena del hombre agonizante, el bisonte herido y un pájaro con cara de mujer que lo observa todo, algunos investigadores ven en el pájaro el símbolo del alma que abandona al hombre. De la misma época datan las figurillas mujer pájaro, mujer con cabeza de pájaro. La idea de una mujer mitad mujer, mitad pájaro (sirin), así como la del pájaro alma, pertenece a la imagen más ancestral de la humanidad, más antigua que los mitologemas cosmogónicos sobre pájaros binarios y pájaros demiurgos. En el Neolítico, según la conocida arqueóloga Marija Gimbutas, entre las diversas representaciones de la Gran Diosa (figurillas de mujeres desnudas embarazadas o pariendo, que simbolizan la fertilidad) aparecen también estatuillas de mujeres pájaro con pechos y un trasero prominente.

Las aves —gallinas (negras), cuervos, cornejas, urracas, gansos, patos— están ligadas a Baba Yagá, a las brujas, a los demonios femeninos y a las diosas de la Antigüedad. Los seres míticos femeninos viven en cabañas con patas de pájaro; a menudo tienen atributos de pájaro, garras, patas, alas o cabeza; y también la facultad de transformarse en pájaro o de **volar** como tal. En el concepto mitopoético del mundo existe la creencia muy arraigada de que las brujas están ligadas a los pájaros. Una leyenda cuenta cómo Iván el Terrible reunió en Moscú a todas las brujas de Rusia con el fin de quemarlas en la hoguera, pero ellas se convirtieron en urracas y huyeron. Según otra leyenda, convencido de que las urracas eran brujas, el metropolitano Aleksei ¡les prohibió a las urracas volar sobre Moscú! Los campesinos a menudo cuelgan urracas muertas en los tejados de los establos para asustar a las brujas.

En el folclore búlgaro, una mujer corriente puede convertirse en bruja si lleva bajo la axila un huevo (que haya puesto una gallina negra) hasta que nazca un pollo negro. Si degüella al pollo y se unta con su sangre las articulaciones, esta mujer obtendrá los poderes de las brujas, entre ellos el de convertirse en gallina negra.

Los aldeanos del sur de Bulgaria creen que unos pollos, a los que llaman *mamnici*, les roban las cosechas. Los *mamnici* no tienen plumas, pero a cambio tienen dos cabezas y, como han salido de un huevo de bruja, son hijos de bruja. También las almas de los niños no bautizados se convierten en pollos, en seres demoniacos malvados que se llaman *navi*. Entre los croatas y los serbios, las almas de los niños sin bautizar tienen cuerpo de pájaro y cabeza de niño, y también creen lo mismo en Ucrania y en Polonia.

Según las creencias populares búlgaras, la gallina es un animal «impuro», relacionado con los demonios. La gallina es un ave (de modo que pertenece al cielo) que no puede volar. Con el pico escarba en la tierra y por eso los hombres la vinculan a las fuerzas telúricas. De ahí que la gallina reúna en sí principios contrarios: como animal doméstico pertenece a las personas, pero también al cielo (porque es un ave) y al mundo subterráneo (porque no puede volar). La imagen de Baba Yagá sentada sobre los huevos en un nido situado en la copa de un árbol, de su isba sobre patas de gallina, de su capacidad para dar a luz a cuarenta y una hijas (un número tan alto solo puede salir de huevos),<sup>[41]</sup> crea la idea poderosa de una diablesa negra con plumas que está vinculada con las tres esferas del mundo.

Las aves siempre han alentado la imaginación humana porque están asociadas a los sueños más íntimos de volar. Los humildes mortales están clavados a la tierra, mientras que se ha dotado de alas a los dioses, demonios, ángeles, espíritus y deidades malignas. Las aves son el medio de

transporte de los dioses (Garuda llevaba al dios hindú Vishnú, mientras que Brahma volaba en un ganso).

En uno de los más bellos relatos románticos rusos, «La pluma de Finist, el halcón resplandeciente», la doncella le pide al padre que le compre una pluma de Finist, el halcón resplandeciente. Al cabo de tres intentos, el padre por fin consigue la pluma y se la regala a la hija en una caja. Cuando la caja se abre, una pluma sale volando, se posa en el suelo y ante la muchacha aparece un apuesto zarévich. La chica y el zarévich se encuentran todas las noches hasta que las hermanas de ella se enteran y hieren al enamorado. El halcón desaparece y la doncella sale en su busca, tiene que atravesar treinta países en treinta reinos, desgastando tres pares de zapatos de hierro y tres bastones también de hierro. Por el camino, tres Baba Yagás, tres brujas buenas, le regalan objetos mágicos: una rueda de plata y un huso de oro, un plato de plata y un huevo de oro, un bastidor de oro y una aguja. Al final, la doncella encuentra su amada pluma, y con ella a su enamorado, y se casa con él.

El cuento de hadas ruso más plumoso y más aerodinámico es, sin lugar a dudas, «Elena la Sabia».[42] En él todos vuelan: los espíritus malignos, el soldado corriente (convertido en petirrojo), las tres hermanas (convertidas en palomas) y Elena la Sabia.

La fascinación que el vuelo ejerce sobre los humanos ha llegado hasta nuestros días, forma parte de la cultura de masas y de sus géneros (ciencia ficción, cómics, películas) y ha producido dos megaiconos míticos de nuestra época: Superman y Batman. Es interesante que entre los iconos míticos de nuestro tiempo no haya mujeres voladoras. Ellas se han quedado al margen, no se les permite volar ni siquiera en la parte baja de la imaginación más trivial. Incluso ahí pilotan los hombres.

Solo en las zonas míticas ancestrales no existe limitación para el vuelo de las mujeres. Ahí ellas vuelan en igualdad con los hombres. En tiempos remotos, el tráfico aéreo era inusualmente denso: volaban los héroes en pájaros gigantes y alfombras voladoras, volaban los vientos, los rayos, los truenos, antropomorfizados, volaban los dragones y las brujas, también había dagas voladoras, y volaban las escobas, los morteros, los espíritus malignos, volaban los dioses, las deidades y los demonios, los héroes valientes partían en busca de sus amadas, ya fueran pavas, palomas, cisnes o patas encantadoras, mientras que las heroínas valerosas gastaban tres pares de zapatos de hierro para encontrar a sus enamorados: halcones, águilas y gavilanes. En estas zonas volaba libremente Baba Yagá. Volaba en su mortero, en su mortero-útero, es cierto, pero volaba.

### *Observaciones*

El díptico en prosa de la autora tiene un marco llamativamente ornitológico: la primera parte del díptico, por ejemplo, se desarrolla en un lapso de tiempo de tres años que empieza con la invasión de estorninos en un barrio de Zagreb y acaba con su partida. En la segunda parte, Arnoš Kozeny, ya el primer día, lee en el periódico que se ha encontrado el virus H5 de la gripe aviar, mientras que el último día, otra vez por el periódico que lee Arnoš, nos enteramos de que en las granjas checas han sacrificado a miles de pollos por la sospecha de que están infectados del virus H5N1. En la segunda parte hay abundancia de detalles «aviares». No entraré a hacer un análisis pormenorizado, sino que lo dejaré a usted, estimado editor, que reflexione sobre los huevos simbólicos presentes en ambos textos.

---

[40]. «Voló el pájaro blanco por el blanco campo; en el pico llevaba leche blanca y en pleno vuelo la soltó. La leche blanca cayó en una piedra blanca. Por el rastro que dejó se reconoció al que había hechizado, a nuestro (se introduce el nombre de la persona que hay que desencantar [nota de A. B.]»); «Marchaos, maleficios, a las arenas amarillas. Allí están los pájaros grandes con sus picos amarillos y sus alas grises. Con los picos os arrancarán, con las alas os barrerán, y ayudarán a (se introduce el nombre de la persona que hay que desencantar [nota de A. B.]»); «En el abedul blanco, el pájaro Nogai cose el pecho con el pico»; «Tres pájaros de latón, no escarbéis en el roble, sino en los maleficios». (Nota de la autora.)

[41]. Supongo que de estas imágenes arquetípicas del folclore ha surgido el título de la obra *Baba Yagá puso un huevo*. Sin embargo, también se puede hacer una lectura paralela del título, en la que el huevo, por abreviar, es un símbolo de creatividad (femenina). En consecuencia, la autora se identifica con Baba Yagá. Si continuamos por esta línea de lectura, entonces la imagen de la creatividad femenina es bastante oscura. Las mujeres artistas son Baba Yagás, aisladas, estigmatizadas, apartadas del entorno social (viven en el bosque o en el linde), apoyadas exclusivamente en su propio poder. Su papel, como el papel de Babá Yagá en los cuentos, es marginal y limitado. Por otro lado, el mismo título se puede leer como una apología alegre de la creatividad femenina.

El análisis lingüístico podría llevarnos a una inversión cómico-grotesca de la idea de la creatividad y la fertilidad femeninas. A saber, la popular cantinela infantil (en croata, bosnio y serbio) más o menos dice así: «*Okoš-mokoš / prdne kokoš / Pitaj baja / Kolko tebi treba jaja*» («*Okosh / mokosh / la gallina pedorrea / pregunta a la vieja cuantos huevos / te deja*»).

Mokosh (Mokoš) es la diosa pagana eslava de la fertilidad. Con el tiempo, Mokosh se convirtió en la patrona de las mujeres embarazadas y de las parturientas, y con la cristianización recibió el nombre de santa Paraskeva o santa Petka. Es fascinante el detalle de que, en la jerga del mundo del espectáculo estadounidense, la expresión *to lay an egg* signifique «fracasar en una actuación». Supongo que su autora no ha ido tan lejos como para establecer unas connotaciones tan sutiles, pero, teniendo en cuenta que se trata de la ambivalente Baba Yagá, las connotaciones se establecen solas. (Nota de la autora.)

[42]. Hago constar que para esta ocasión he adaptado y resumido la narración. Los fragmentos en cursiva son del original [N. de A. B.].

En tiempos muy remotos, un joven soldado vigilaba a un espíritu maligno. Compadecióse del espíritu y lo dejó en libertad. El espíritu maligno colocó al soldado en sus alas y se lo llevó a su castillo, donde la única obligación del soldado era cuidar de las tres bellas hijas del espíritu. El trabajo no era difícil, el joven se habría podido pasar así toda la vida, pero se dio cuenta de que las doncellas desaparecían todas las noches. Una noche se escondió en la habitación de las muchachas y advirtió que estas daban una patada en el suelo y se convertían en palomas y salían volando por la ventana. El soldado hizo lo mismo y se transformó en petirrojo y voló tras ellas hasta que las palomas se posaron en un prado verde.

*Innumerables palomas llegaron a ese lugar y cubrieron el prado. En el centro se alzaba un trono de oro. Al cabo de un tiempo el cielo y la tierra centellearon, por el aire volaba un carro dorado arrastrado por seis dragones enjaezados; en el carro se sentaba la reina Elena la Sabia, cuya belleza sin igual era imposible imaginar, y mucho menos con la pluma describir.*

El joven se enamora de Elena la Sabia, la señora de las palomas, y decide seguirla a hurtadillas a su palacio. Se esconde en un árbol, desde donde tenía vistas a los aposentos de Elena y empieza a cantar de manera tan bella y melancólica que la reina no pega ojo en toda la noche. Por la mañana, la reina atrapa al petirrojo, lo mete en una jaula de oro y se lo lleva a su habitación. En cuanto la reina se duerme, el petirrojo se convierte en mosca, sale de la jaula, da una patada en el suelo y se convierte en un apuesto joven. Se acerca al lecho sin poder contenerse, besa los dulces labios de la reina y de nuevo se transforma en mosca, regresa a la jaula, y allí recupera la forma de petirrojo. Elena la Sabia se despierta sobresaltada, mira a su alrededor, pero no ve a nadie. Y así varias veces se despierta Elena la Sabia, de modo que por la mañana toma su libro mágico en el

que todo se ve como en la palma de la mano.

—¡Ah, tú, ignorante! —gritó Elena la Sabia—. Sal de la jaula. Me responderás con tu vida por tu falsedad.

*Y qué iba a hacer, el petirrojo voló de la jaula de oro, dio una patada en el suelo y se convirtió en el joven apuesto, que cayó de rodillas pidiendo perdón.*

—No hay perdón para ti, desdichado —gritó Elena la Sabia. Llamó al verdugo para que le cortara la cabeza al soldado.

Aquí el soldado se deshace en llanto y su canto es tan triste que la reina se apiada de él y le dice:

—Te daré diez horas, si durante ese tiempo logras esconderte de modo que no pueda hallarte, me casaré contigo, de lo contrario, nada podrá impedir que te quedes sin cabeza.

El soldado sale del palacio y se adentra en el bosque frondoso, se sienta bajo un arbusto y empieza a lamentarse. En ese momento aparece el espíritu maligno, golpea el suelo y se convierte en un águila de alas grises. El soldado se sienta sobre el águila y esta lo lleva al cielo más alto, pero Elena la Sabia mira en su libro mágico.

—No tienes que volar, águila, te veo, sabes que no podrás esconderte de mí. ¡Desciende a la tierra!

Y qué iba a hacer el águila sino posarse en la tierra. Pero entonces, se acerca al soldado, le da un golpe en la mejilla y lo convierte en un alfiler y a sí mismo en un ratón que se pone el alfiler en los dientes, se cuelga en el palacio, encuentra el libro mágico e introduce el alfiler en el libro. Elena la Sabia mira en su libro para encontrar al soldado, sin conseguirlo. Han pasado diez horas; la reina, enfadada, tira el libro al fuego, y del libro cae el alfiler, golpea en el suelo y se convierte en el joven apuesto. Y así se casan. *(Nota de la autora.)*



## VEJEZ

Según una leyenda búlgara, el arcángel san Miguel se encuentra con una mujer y le pregunta quién es y de dónde procede. «Soy una bruja y entro en las casas como una serpiente», responde la mujer. El arcángel la ata y comienza a golpearla con un bastón de hierro. «Te golpearé hasta que me digas todos tus nombres», le dice. Y la bruja empieza a enumerar sus nombres, hasta el decimonoveno. La leyenda es difícilmente traducible porque con ocasión de las numerosas transmisiones orales se ha producido un efecto de «teléfono roto», una aleación deliciosa entre el hebreo, el griego antiguo, el búlgaro y quién sabe qué otras lenguas, por lo que muchas palabras apenas pueden descifrarse, razón por la cual, en el texto que nos llegó, la bruja no reveló todos sus nombres ni todas sus caras.

Algo similar sucede con Baba Yagá. También su historia ha ido de boca en boca, ha pasado por muchos oídos, durante cientos de años. Aunque los narradores (y más tarde los investigadores) la han golpeado con sus bastones interpretativos, no han conseguido sacar a la superficie todos sus «nombres». Sin olvidarnos del hecho de que ella misma es un poco misógina, lo cierto es que Baba Yagá era y es objeto de una misoginia atroz: la han golpeado, la han ahogado, quemado en la hoguera, la han marcado con un hierro candente, le han clavado clavos, cortado la cabeza, la han traspasado con espadas, le han forjado la lengua en el yunque, la han asado en el horno, la han insultado bárbaramente en los cuentos de hadas, en los cantares de gesta, en las *chastushkas*, en las canciones populares rusas y en las canciones infantiles picarescas.[43]

Repetimos: Baba Yagá es una bruja, pero no pertenece al clan de las brujas; puede ser buena y mala; es madre, pero también la asesina de sus hijas; es mujer, pero no tiene ni nunca ha tenido marido; ayuda, pero también fragua conjuras; está excomulgada de la comunidad humana, pero se comunica con la gente; es guerrera, pero también ama de casa; es un «muerto», pero también un ser vivo; asa a los niños pequeños en el horno, pero al final la que acaba asada es ella; vuela, pero al mismo tiempo está clavada a la tierra; es «episódica», pero también una parada clave en el camino del héroe hacia la felicidad (la de él o la de ella).

Su carácter depende de la tradición oral, de numerosos narradores anónimos, hombres o mujeres, que lo han construido agregándole anexos durante décadas. Ella es una obra colectiva y un espejo colectivo. Su biografía empieza en tiempos mejores, cuando era la Mujer de Oro, la Gran Diosa, la Madre Tierra, Mokosh. Con el tránsito al patriarcado, perdió el poder y se convirtió en un espantapájaros marginado que todavía domina algún que otro truco. Baba Yagá hoy languidece encogida en su isba como un feto en el útero materno o como un cadáver en el ataúd.

Traducido a un lenguaje más moderno, Baba Yagá es una «disidente» marginada, solitaria, «una

solterona», un espanto, un viejo espantajo, una perdedora. Nunca se ha casado y, según parece, no tiene amigos. Los nombres de sus amantes, si es que los ha tenido, son desconocidos. No le gustan los niños, no es una madre abnegada ni, pese a su avanzada edad, se ha convertido en una abuela rodeada de nietos queridos. Ni siquiera es una buena cocinera. Su función es clave y marginal a la vez: «cortesés» o «rudos», los héroes se detienen delante de su isba, comen, beben, usan su baño de vapor, se aprovechan de sus consejos, aceptan los obsequios mágicos que los ayudarán a llegar a su objetivo y desaparecen. Ninguno de ellos volvió con un ramo de flores y una caja de bombones a darle las gracias.

La principal razón de la exclusión de Baba Yagá reside en su vejez. Ella es una «disidente», pero solo en el sistema de valores que hemos creado, en otras palabras: nosotros la hemos obligado a excluirse. Baba Yagá no vive la vida: la sufre. Es una virgen vieja que sirve como una pantalla para la proyección de las fantasías masculinas (castradoras) y femeninas (autocastigadoras). Nosotros le hemos arrebatado la posibilidad de realizarse en todos los niveles y la hemos dejado en posesión de algunos trucos para asustar a los niños. La hemos empujado a los confines del bosque, a lo más hondo de nuestro subconsciente, hemos inventado una muñeca simbólica y le hemos asignado un *lapot* simbólico.[44] Baba Yagá es una mujer subrogante, una sustituta, está aquí para envejecer en nuestro lugar, para que la castiguen a ella en vez de a nosotros. Su drama es el drama de la vejez; su historia es la historia de la exclusión, de la expulsión forzosa, de la invisibilidad, de la marginación brutal. En este punto, nuestro propio miedo actúa como un ácido que disuelve el drama real humano en una comedieta grotesca. La comedieta, es cierto, no tiene obligatoriamente un matiz negativo: al contrario, en principio afirma la vitalidad humana y la victoria momentánea sobre la muerte.[45]

### *Observaciones*

Es interesante que la autora haya sacado a la superficie el tema de la vejez como muy relevante, cosa que ya advertía claramente en la introducción. Justo porque ha primado un tema sobre otro, ha alcanzado una interesante resemantización de todos los elementos ligados a la figura de Baba Yagá. No voy a entrar aquí a hacer análisis, porque no es mi trabajo, pero citaré un ejemplo. El título de la primera parte del díptico, «Vete donde no te digo, tráete lo que no te pido», es también el título de un conocido cuento ruso y uno de los enigmas más populares de Baba Yagá. Y el título de la segunda parte, «Pregunta, pero recuerda que la curiosidad no siempre es buena», es una de las respuestas de Baba Yagá. La autora, por alguna razón, se ha saltado la continuación de la respuesta, que dice así: «Los que saben mucho envejecen pronto». El enigma debería ser la prueba de la sabiduría y del poder manipulador de Baba Yagá. En el texto de la autora, el enigma de Baba Yagá sugiere lo contrario: una senilidad conmovedora. Hay otros detalles parecidos. La lectura del texto de la autora a través del prisma de Baba Yagá y, al revés, la relectura de Baba Yagá a través del prisma temático de la vejez que ha ofrecido la autora constituyen ambas una experiencia refrescante. No olvidemos que los tiempos, las épocas, las culturas y todas las civilizaciones son el resultado de la lucha por el significado. Hace mucho tiempo, Baba Yagá era la Gran Diosa. Al vivir la larga y tortuosa historia de su propia degradación, Baba Yagá ha llegado hasta nuestros días, por desgracia, transformada en su propia caricatura.

---

[43]. «E Ilia le dijo así: “Oye tú, Dobrinia Mikítovich. / No es honor ni fama / que dos héroes muelan a palos a una

anciana. / A saber que si pegas a una vieja, pégale como vieja / en las tetas y en el culo”. / Y se acordó de las costumbres antiguas, / y empezó a pegarle en las tetas y en el culo, / y así mató a la puta Baba Yagá.» *(Nota de la autora.)*

- [44]. *Lapot* es una costumbre ancestral que, según parece, se practicaba en Serbia y en Macedonia, donde a los viejos que ya no eran capaces de contribuir a la economía familiar los mataban con un hacha o con una piedra. En Montenegro, esa costumbre se llamaba *pustenovanje*, que viene de la palabra *pust*, una suerte de manta gruesa de lana prensada. Con esa manta tapaban la cabeza del viejo y luego se la machacaban con una piedra pesada. Parece ser que los montenegrinos también apedreaban a las mujeres infieles. *(Nota de la autora.)*
- [45]. La moderna revitalización rusa de Baba Yagá sucede en el ciberespacio, por el que circulan anécdotas de autores rusos anónimos. Las anécdotas son cómicas, a menudo brutales y pornográficas, adaptadas a los nuevos tiempos, pero el tratamiento de Baba Yagá no es mucho peor que el tratamiento de otros héroes populares de los cuentos rusos: Iván el Tonto, Vasilisa la Bella, Elena la Sabia, Koschéi el Inmortal. En los foros de Internet se lleva a cabo una animada descanonización de los protagonistas de los cuentos rusos, pero al mismo tiempo también su recanonización. *(Nota de la autora.)*

## LA INTERNACIONAL DE BABA YAGÁS

Baba Yagá es una «disidente», una marginada, solitaria, «una solterona», un espantajo, una perdedora, pero no está sola ni aislada. Tiene numerosas hermanas no solo en los mitos y tradiciones del folclore ritual eslavo, sino también en los de muchos otros lugares.

La **Ježibaba** eslovaca, (Jenžibaba o la **Jagababa** o **Jahodababa** checa) tiene la nariz como una perola, y una boca grande y ancha. Domina diversos trucos: convierte a las princesas en ranas y ella misma se puede convertir en rana o serpiente. Ježibaba es policéfala: puede tener siete, nueve o doce cabezas. La policefalia, el canibalismo, la transformación y una gran maldad son los rasgos principales de esta peligrosa Ježibaba checa y eslovaca. Ježibaba posee objetos mágicos: zapatos con los que puede caminar sobre el agua, una calavera que hace que llueva, una manzana de oro, un bolsito de oro y un bastón que convierte en piedra todo lo que toca. Lo más frecuente es que Ježibaba entre en contacto con cazadores de fieras salvajes en las cercanías de su morada.

En el folclore de los serbios, los croatas, los bosnacios, los eslovenos, los macedonios y los montenegrinos existe un viejo espantajo: **Baba Roga, Baba Jega, Gvozdenzuba**. Los pueblos citados temen más a sus brujas y hadas locales que a la propia Baba Yagá. Baba Roga es un espantajo al que poca gente toma en serio y, en este sentido, es difícil compararla con la rusa Baba Yagá. A decir verdad, en el folclore serbio existe la **Madre del Bosque**, que reúne las características de la bruja, de la ninfa acuática, del hada de los montes y de Baba Yagá. A la Madre del Bosque se la describe como una mujer joven de pecho exuberante, larga cabellera negra y desgreñada, y uñas largas (aunque también puede ser una mujer vieja, fea y desdentada). Se les aparece a los hombres desnuda o con un vestido blanco y tiene el poder de convertirse en un almiar de heno, en un pavo, una vaca, un cerdo, un perro o un caballo. Sus apariciones suelen producirse a medianoche. Es caprichosa, ataca a los recién nacidos y a los niños, pero también los protege. Sabe curar a las mujeres estériles con pociones de hierbas del bosque. Tiene, además, según dicen, una voz hermosa y es asombrosamente lasciva: a menudo seduce a los hombres, los lleva a las profundidades del bosque y mantiene con ellos relaciones sexuales.

Los búlgaros tienen, en lugar de a Baba Yagá, a la **Madre de las Montañas**, que causa el insomnio en los niños; también tienen brujas, ninfas acuáticas y un monstruo femenino que es un derivado eslavo de la lamia de la Antigua Grecia.

La **Mamapadurei (Muma pădurii)** rumana vive en el bosque, en una cabaña sobre patas de pájaro. La cabaña está rodeada por una valla en la que están clavadas calaveras humanas. Ella roba niños pequeños y los convierte en árboles. **Baba Cloanță** (Baba Fauces) es una vieja alta y fea con dientes como rastrillos. Guarda un tonel con almas humanas. **Baba Coajă** es una asesina

de niños con una larga nariz de cristal, una pata de hierro y uñas de latón. **Baba Harcă** vive en una cueva y roba estrellas del cielo. La equivalente rumana de santa Petka o santa Paraskeva es **Sfînta Vineri**, que supervisa los telares de las mujeres. Tiene apariencia humana, pero la traiciona la pata de gallina.

En las leyendas del folclore húngaro vive **Vasorru Baba**, una vieja con una nariz de hierro que le llega casi hasta la rodilla. Vasorru Baba pone a prueba a los jóvenes héroes y heroínas, y si no son amables con ella los puede convertir en un animal o en piedra.

**Ragana** (*regeti* en lituano significa «saber, ver, prever»; y *ragas* es «cuerno», «media luna») es el personaje mitológico malvado de los lituanos. Ragana tiene un mortero en el que duerme o en el que vuela con ayuda de la escoba y el mazo. En invierno, Ragana se baña en agujeros abiertos en el hielo, se sienta en las ramas de un abedul y se peina la larga cabellera. Su naturaleza pérfida es más evidente en verano, cuando destruye las cosechas, estropea la leche, mata a los recién nacidos y comete tropelías en las bodas, donde es capaz de convertir al novio en lobo. Ragana está ligada a la muerte y a la resurrección, es decir, a la regeneración.

La Baba Yagá polaca (**Jendzibaba, Jedsi Baba**) es una «mujer que trota sobre una pata de gallina» y tiene las características generales de la Baba Yagá eslava.

Los sorbios de Lusacia creen en las *wurlawy* (o *worawy*), mujeres del bosque que salen de la espesura exactamente a las diez de la noche. Se agarran al arado y aran la tierra armando un gran alboroto. **Wjera** o **Wjerobaba** es la versión de los sorbios de Lusacia de Baba Yagá.

Una anciana con nariz de hierro (**Zaliznonosa Baba**) se pasea por las leyendas y cuentos de hadas ucranianos, y la siguen treinta *babas* con lenguas de hierro y una *baba* de hierro (**Zalizna Baba**) cuya casa se alza sobre patas de pato.

La variante noruega de Baba Yagá podría estar formada por tres mujeres que aparecen en los cuentos noruegos. Una es una anciana, la «vieja madre» (**Gamlemor**) cuya larga nariz se quedó clavada en un tocón, y lleva así centenares de años. Espen Askeladd (la versión noruega del ruso Iván el Tonto o Iván Popialov, «el de las cenizas») ayuda a la vieja a liberar la nariz y recibe a cambio una flauta mágica. La segunda es **Trollkjerring** o **Haugkjerring**, la vieja bruja, y la tercera es **Kjerringa mot strommen** (literalmente «mujer que va contra corriente»), una mujer cabezota y feroz.

El folclore finokarelio tiene su **Syoyatar**. De sus ojos salen volando los gorriones, de los dedos de los pies, las cornejas, debajo de sus dedos reptan las serpientes venenosas, de sus orejas salen los cuervos y del cabello, las urracas. Syoyatar es la encarnación del mal y nunca ayuda a nadie, pero es un consuelo saber que no es caníbal. **Akka**, otro personaje malvado finokarelio, está más cerca de Baba Yagá. Akka vive en el bosque o a orillas del mar, amenaza a los viajeros con comérselos, tiene pechos «grandes como tinajas» y sus piernas dan tres vueltas a la cabaña. Igual que Baba Yagá, Akka también le pide al héroe o a la heroína que cumpla diversas tareas (que caliente el baño, que dé de comer a los animales y que cuide a los caballos), y por el trabajo bien hecho los premia con consejos útiles.

Baba Yagá también tiene muchas primas en Europa occidental. Baste citar que en Francia — tierra del legendario paté de oca— hay mujeres legendarias que tienen pies de oca. **Arie** o tía Arie (**Tante Aire, Tantarie**) tiene dientes de hierro y pies de oca. Tantarie castiga la pereza y premia a

las tejedoras hacendosas. Durante las fiestas navideñas se aparece en un burro y reparte regalos. Tantarie vive en una cueva donde guarda su arcón con tesoros y cuando se baña se quita de la cabeza una corona de oro y diamantes. En Alemania existen **Perchta**, **Holda** o **Holle**, viejas con enormes pies de ganso o de cisne que llevan consigo una escoba, una aguja y tijeras. Con estas cortan la barriga de las muchachas perezosas y de las malas amas de casa, y las rellenan de basura. La famosa Frau Holle, una mujer alta, canosa, con dientes largos, que asusta a los niños y pone a prueba la amabilidad y paciencia de las doncellas, tiene características parecidas a las de Baba Yagá.

Los turcos, los tártaros, los baskirios, los uzbekos, los tuvanos, los turcomanos, los kirguises, los azeríes, los cumucos, los nogái y muchos otros pueblos cercanos entre sí creen en **Alabasti**. Alabasti es una diablesa malvada, fea, con los pechos colgantes, el pelo suelto y la capacidad de metamorfosearse. Tiene patas de pájaro (según las creencias azeríes) o pezuñas (según los kazajos). Los tártaros de Kazán creen que Alabasti tiene un ojo en medio de la frente y la nariz de piedra. No tiene ni piel ni carne en la espalda, de modo que pueden vérselo los órganos internos, y en lugar de dedos tiene garras afiladas. Según las creencias kirguises existen dos Alabastis: una muy mala, *kara* (negra), y otra menos peligrosa, *sari* (amarilla). Alabasti siempre lleva consigo un libro mágico, un peine y dinero. En los pintorescos mitos tuvanos, Alabasti es una mujer lujuriosa que se relaciona con los cazadores, les trae suerte en la caza, les da de mamar su propia leche y los alimenta con la carne que se corta de sus propias costillas. Se puede domar a Alabasti robándole un pelo de la cabeza o sus objetos: el peine, el libro y el dinero. Los turcos creían que Alabasti se vuelve buena y obediente si se le clava un alfiler en la ropa. Alabasti trae la enfermedad, provoca pesadillas, bebe la sangre de sus víctimas y es particularmente peligrosa para las parturientas y los recién nacidos. A Alabasti le gustan los caballos, en los que cabalga de noche. Su origen no está muy claro. Algunos consideran que Alabasti es turca y otros, que es iraní. *Al* es, según suposiciones, el nombre de una divinidad ancestral, próxima a Ilu (en los pueblos semitas), mientras que *basti* en indoeuropeo significa «espíritu», «deidad». Alabasti tiene a sus parientes dispersos entre muchos pueblos, y sus nombres son: Al Pab, Ali, Ol, Ala Zhen, Hal, Alk, Almazi, Almas, Kara-kura, Shurale, Su Anasi, Vutash. Baba Yagá es su hermana esclava.

Sea como fuere, después de este repaso rápido no es difícil concluir que Baba Yagá vuela globalmente: que la «especie *baba*» es internacional, y que podemos encontrar familiares de Baba Yagá en Asia, Suramérica o África, y que la Internacional de Baba Yagás enreda los hilos por doquier y que lo hace desde siempre.[46]

Esta transmisión de mitos impresionante y grandiosa dura siglos. La Internacional de Baba Yagás —todos esos espantajos, seres malvados, espantapájaros, monstruos y demonios, esos «parias de la tierra», esa «famélica legión»— tienen en común el hecho de ser de género femenino. Los mitos antiguos (y otros) se propalaron por el mundo, se contaminaron con el cristianismo y sus mitos, con las tradiciones anteriores al cristianismo y las tradiciones mitológicas rituales del folclore, y de esta imaginación secular, laberíntica, fértil, profundamente misógina pero también catártica nació Baba Yagá.

---

[46]. No está de más repetir aquí un lugar común: los nombres de las mujeres pérfidas más conocidas de la

Antigüedad. Las **empusas** son demonios mujeres con una pierna de estiércol de asno y otra de hierro, son lascivas y vampiras que se pueden transformar en bellezas, seducir a los jóvenes y beberse su sangre. La **lamia** se come a los niños pequeños, fue castigada con el insomnio eterno, pero el consuelo le llegó con el don de extraerse los ojos cuando quisiera para poder descansar. **Hécate** es la diosa de las tres cabezas: de león, de perro y de yegua, es además bruja, madre de las empusas y seductora de jóvenes. **Erifile** es codiciosa, **Eos (Aurora)** y su hermana **Selene (Luna)** son unas libertinas. **Eris** es envidiosa y celosa, e **Ino** una malvada intrigante. **Medusa**, una de las gorgonas, es un monstruo con cabello de serpientes y mirada que petrifica. Las **Grayas** nacieron ya ancianas y tenían un solo ojo y un único diente que compartían y usaban por turnos. Las **Keres** traen la muerte, decadencia, fiebre, ceguera, impotencia y vejez. Tienen ojos saltones, lenguas colgantes, alas negras, garras de pájaro y la ropa empapada en sangre (porque succionan la sangre de los guerreros agonizantes). Las **Erinias (o Euménides)**, ancianas con serpientes enroscadas en los cabellos, vengan los crímenes contra la familia y el perjurio. Las **Arpías** son pájaros con cabeza de mujer que roban niños pequeños, contaminan la comida y traen enfermedades y hambre. Las **aves del Estínfalo**, pájaros o mujeres con cabeza de pájaro, comen carne humana y sus excrementos contaminan los campos. **Mormo** es una seductora letal. La **Esfinge** tiene cabeza de mujer, cuerpo de león y alas de pájaro, y su comida favorita son los ignorantes. Las **Larvas** romanas son espectros feos, delgados, que se encarnan en las almas de los difuntos. Las **Estirges**, parecidas a la Arpía, son pájaros voraces con voces chirriantes, grandes cabezas, ojos rígidos y picos retorcidos; roban niños pequeños y se aparecen con forma humana, como brujas. Las **Manías** castigaban con la locura a los que blasfemaban contra los dioses (Orestes, al ver a las Manías, se castró a sí mismo simbólicamente arrancándose el pulgar de un mordisco). **Equidna** es un monstruo que da a luz a otros monstruos, madre de Cerbero, Hidra, Quimera y Ortro. Las peligrosas **Moiras** —Cloto (la que hila), Láquesis (la que asigna el destino) y Átropos (la inexorable)— se sientan en tronos, vestidas de blanco, hacen girar el huso de Ananké y gobiernan en todas las esferas del mundo. Sus hermanas romanas son las **Parcas**, tres viejecitas severas, sombrías y envidiosas, tres hermanas que hilaban el destino humano, de manera que una hilaba la hebra, otra medía la longitud del hilo de la vida y la tercera lo cortaba. Añadimos aquí que sus hermanas nórdicas son las **Nornas** (Urd se encargaba del pasado, Verdandi, del presente y Skuld, del futuro).  
(Nota de la autora.)

## ¡AQUÍ SE ACABA EL CUENTO!

Parece que ha llegado el momento de despedirnos, estimado editor. Espero que no lo desconcierte mi repentino cambio de tono: juntos hemos recorrido varios miles de caracteres, juntos hemos desgranado palabras; la lectura, dicen, debería ser una interacción, igual que hacer el amor, y por eso me imagino que ya no somos completos extraños. Los rituales humanos nos obligan a permanecer un rato juntos y fumarnos el cigarrillo poscoital proscrito.

Confiese, al principio le parecía que sobraba la mitad. Es más, en un momento seguramente temió que yo no fuera a acabar nunca. En algunos párrafos resoplaba de aburrimiento, en otros bostezaba, en los terceros fruncía el ceño. Estaba del maldito folclore hasta las narices. Ha recibido una sobredosis, lo comprendo. Primero se sintió como si alguien lo hubiera encerrado en un arcón. Se sentía cómodo, era como el vientre de la madre, una casita improvisada, un poco de oscuridad inofensiva, todo lo que estimula la fantasía infantil. Pero luego la estrechez empezó a molestarlo, cada vez más, hasta que se quedó sin aire. En un buen texto, el lector debe sentirse como un ratón dentro de una rueda de queso. Y usted no se sentía precisamente así, ¿no es cierto?

Admito que fueron los repetitivos rituales del mundo del folclore los que causaron dicho ataque de claustrofobia textual. No toques aquello, toca esto; no cruces el umbral, ahora sí; lanza el diente por encima del tejado, no, no, por Dios, es al otro lado de la cerca; escupe por encima del hombro derecho, ¡ah, no, no, por encima del izquierdo! Y, entonces, basta que uno visite el pueblo vecino, y el código de señales cambia. En el maldito Babas de Arriba, para protegerse del mal de ojo, los habitantes escupen por encima del hombro izquierdo, y los de Babas de Abajo, por encima del derecho. Usted pensaba que, por suerte, vivía en un mundo desritualizado y desmitologizado, donde uno puede relajarse, quitarse los zapatos, poner los pies encima de la mesa y rascarse la barriga sin temor a consecuencias desastrosas. Pero ¿tal vez el ataque lo causó otra cosa? ¿El miedo a que existan mundos paralelos, por ejemplo?

En el cuento serbio «La lengua de los animales», un pastor que iba con las ovejas oyó un silbido en el bosque. Al adentrarse en él, vio que se había desatado un incendio y que las llamas tenían cercada a una culebra. La culebra le dio pena al pastor, la salvó, ella se le enroscó alrededor del cuello y le ordenó que la llevara junto a su padre, el zar de las culebras. También lo advirtió de que el zar de las culebras le iba a ofrecer todos los tesoros del mundo, pero le dijo que él no los aceptara, y le pidiera solamente la lengua de los animales. Y así fue. El zar de las culebras al principio dudaba, pero el pastor era tenaz, y el zar de las culebras, al ver que se marchaba, cedió y dijo:



—¡Detente! Ven aquí si realmente eso es lo que quieres. ¡Abre la boca!

El pastor abrió la boca, el zar de las culebras le escupió en la boca y dijo:

—Ahora escúpeme tú en la boca.

El pastor le escupió en la boca...

Así por tres veces se escupieron el uno al otro en la boca, conque le dice el zar de las culebras:

—Ahora posees la lengua de los animales. Vete con Dios, pero si quieres seguir vivo no se lo digas a nadie, pues si se lo dices a quienquiera que sea, morirás al instante.

Y el pastor, con el nuevo don de entender la lengua de los animales —y también de las plantas—, se volvió un hombre sabio.

Las lenguas sirven para entendernos. Nos esforzamos, gesticulamos, hacemos ademanes, explicamos, traducimos pensamientos, interpretamos, sudamos, fruncimos el ceño, fingimos haberlo entendido, estamos convencidos de haberlo entendido, convencidos de saber lo que decimos, convencidos de que los otros nos entienden, traducimos una lengua ajena a la nuestra. Pero por mucho que nos esforzamos no captamos el sentido. Porque para entendernos de verdad tendríamos —el hablante y el oyente, el escritor y el lector, usted y yo— que escupirnos en la boca el uno al otro, entrelazar bien nuestras lenguas y mezclar las salivas. Usted y yo, señor editor, hablamos lenguas distintas: usted solo la de los humanos, y yo la de los humanos y la de las culebras.

¿Está frunciendo el ceño? Sí, claro, ya vale, gracias —se dice usted para sí mismo—, ya estoy hasta las narices. Sin embargo, no se olvide de que todo lo que pudo averiguar mientras hacía el esfuerzo de llegar al final de mi texto es tan solo un detalle, una parte realmente insignificante de la babayagalogía. Y ¿qué se había imaginado? ¿Que la historia completa de las Baba Yagás (¡sí, en plural!) cabía en unas cuantas decenas de páginas? Y ¿que había resuelto el problema con ayuda de Aba Bagay, una esclavista de la Europa del Este poco conocida que se mostraría feliz de aclararle un poco las cosas?

Yo solo he entreabierto la puerta y le he permitido arañar apenas la punta de un enorme iceberg. Y el iceberg son millones y millones de mujeres sobre las que, desde siempre, ha descansado y aún descansa este mundo. Ahora hablo su misma lengua, espero haber sido lo suficientemente gráfica. Estoy segura de que leyendo «Baba Yagá para principiantes» se le ha escapado un detalle: en muchos cuentos, Baba Yagá duerme con una espada debajo de la almohada. ¡En el texto de la autora hemos encontrado toda clase de cosas, pero en ningún sitio se menciona **la espada!**

Para entendernos, yo no soy como la autora. Yo no he pasado por alto esta espada debajo de la cabeza, creo en su importancia. Es más, estoy convencida de que en algún lugar quedan registradas todas las facturas pendientes de pago, de que en algún lugar existe un libro de quejas dolorosamente grande y de que llegará un día en el que se ajustarán todas las cuentas. Más pronto o más tarde, pero llegará. Porque imaginémonos que las mujeres, apenas una insignificante mitad de la humanidad, ¿verdad?, las Baba Yagás, sacan la espada de debajo de su cabeza y se lanzan a ajustar cuentas. Por cada bofetón, por cada violación, cada ofensa, cada lesión, cada escupitajo que recibieron en la cara. Imaginemos solo que se levantan de las cenizas todas las novias y viudas incineradas en la India y empiezan a recorrer el mundo blandiendo la espada. Imaginemos a todas esas mujeres invisibles que, a través de rejillas de hilo, atisban el entorno desde sus

burkas búnker, esas que incluso se tapan la boca con unas cortinillas mientras hablan, comen, besan (porque la boca, ah, es tan impura, en la boca entran muchas cosas y muchas cosas salen de ella). Imaginemos un ejército de millones de «locas», mujeres sin techo, mendigas; mujeres con rostros quemados por ácido porque unos autoproclamados justicieros masculinos se sintieron ofendidos al ver una cara femenina descubierta; mujeres cuya vida está completamente controlada por sus maridos, padres y hermanos; mujeres lapidadas que han sobrevivido y las que han muerto a manos de una muchedumbre masculina envilecida. Imaginemos ahora que todas estas mujeres se arremangan las faldas y empuñan sus espadas... Que blanden sus espadas millones de prostitutas del mundo entero, las esclavas blancas, negras y amarillas que se venden en los mercados de la carne, esclavas violadas, maltratadas, privadas de sus derechos, a cuyos dueños nadie es capaz de pararles los pies... Que se ponen en marcha los cientos de miles de niñas infectadas de sida, víctimas de enfermos mentales, pedófilos, pero también de sus maridos legales y padres, que también ellas se lanzan... Que se ponen en marcha las mujeres africanas con los cuellos presos de anillos de metal; que se ponen en marcha las mujeres de clítoris mutilados y vaginas cosidas; que se ponen en marcha las mujeres con pechos y labios de silicona, con rostros-bótox y sonrisas clonadas; que se ponen en marcha también los millones de mujeres hambrientas que paren niños hambrientos... Que se ponen en marcha los millones de mujeres que rezan a los dioses varones y a sus representantes en la tierra, ancianos impúdicos tocados con sus gorritos púrpura, blancos, dorados y negros, con tiaras, birretas, cuffias, camauros, feces y turbantes, estos sustitutos simbólicos del pene, estas «antenas» con ayuda de las cuales comunican con sus dioses sin ser estorbados. Imaginémonos que todos estos millones de mujeres, en vez de ir a las iglesias, mezquitas, templos y santuarios que, de todos modos, nunca han sido suyos, van en busca de su propio templo, el templo de la Mujer Dorada, si todavía necesitan algún tipo de santuario... Que dejan de inclinarse ante unos varones que tienen los ojos inyectados en sangre, que han causado la muerte de millones de personas, y siguen causándola. Ellos son los que a su paso dejan calaveras humanas, y luego la estúpida imaginación humana las cuelga en la valla de una anciana solitaria que vive en el linde de un bosque...

Yo, Aba Bagay, pertenezco a las «proletarias», a la Internacional de las Babas, ¡yo soy **esa de ahí!** ¿Qué ocurre?, ¿acaso está sorprendido? Podía haberlo supuesto, ya sabe que las mujeres son maestras del disimulo, tantos siglos de vida en la clandestinidad les enseñaron a serlo, han conseguido dominar todas las técnicas de supervivencia, por lo demás ¿no les dijeron desde el principio que habían surgido de una costilla de Adán y que solo estaban en este mundo para parir los hijos de Adán?...

¡Adiós, estimado editor! Pronto convertiré mi lengua humana en la lengua de los pájaros. Me quedan unos pocos instantes humanos, y luego mi boca se alargará en un pico, mis dedos se trasformarán en garras, mi piel se cubrirá de brillante plumaje negro... Como señal de buena voluntad, le dejo una pluma mía. Guárdela. No para que le recuerde a mí, sino a esa espada debajo de la cabeza dormida de Baba Yagá...



## NOTA BIBLIOGRÁFICA DE LOS TRADUCTORES

Afanasiev, Aleksandr: *Cuentos populares rusos*. Madrid, Ediciones Generales Anaya, 1983. Traducción de Isabel Vicente.

Karadžić, Vuk Stefanović: *Cuentos fantásticos de los Balcanes*. Madrid, Compañía Literaria, 1995. Traducción de Pilar Dolado.

Propp, Vladimir: *Las raíces históricas del cuento*. Madrid, Fundamentos, 1987. Traducción de José Martín Arancibia.

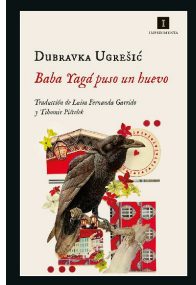
Warner, Elizabeth: *Héroes, monstruos y otros mundos de la mitología rusa*. Madrid, Anaya, 1986. Traducción de Mónica del Palacio.

## RECURSOS ELECTRÓNICOS

Afanasiev, Aleksandr: *Cuentos populares rusos*. Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999. Traducción del ruso de Tatiana Enco de Valera. Digitalización basada en la edición de Madrid, Calpe, 1940.

Народные русские сказки А. Н. Афанасьева: В 3 т. — Лит. памятники. — М.: Наука, 1984-1985.

## Baba Yagá puso un huevo



Baba Yaga es una criatura terrorífica y misteriosa. Una vieja bruja que vive en una casa hecha de patas de pollo y come niños. Se aparece de distintas formas y te devora nada más verte. Pero también cuenta historias, es una «autora». Y en cada una de ellas toma una nueva forma: una escritora que vuelve a su Bulgaria natal para cumplir una promesa que le hizo a su madre, una anciana que se despierta todos los días con la esperanza de morir... Ancianas, esposas, madres, hijas, amantes. Todas esas mujeres están en Baba Yaga. A caballo entre el ensayo, la autobiografía y el relato folklórico, la historia de Baba Yaga se convierte en la de Medusa, Eco, Medea, y tantas otras malvadas brujas de la tradición, para dibujar un tríptico apasionante sobre cómo y dónde están las mujeres en la historia.

**Dubravka Ugrešić.** Nacida en 1949 en la antigua Yugoslavia, Ugrešić se graduó en Literatura Comparada y Literatura Rusa y trabajó en la Universidad de Zagreb, compaginándolo con la escritura. Tras estallar la Guerra de los Balcanes, se exilió de su país. Desde entonces ha enseñado en numerosas universidades de Europa y América. Entre sus obras, traducidas a numerosos idiomas, destacan «El museo de la rendición incondicional» (1996) y «Baba Yaga puso un huevo» (2008), y ha recibido el Premio del Estado Austriaco a la Literatura Europea (1998). Vive en Ámsterdam.

Título original: *Baba Jaga je snijela jaje*

Edición en ebook: marzo de 2020

Published by arrangement with Canongate Books Ltd, 14 High Street, Edinburgh EH1 1TE

*Baba Yaga laid an egg*

Copyright © Dubravka Ugrešić, 2007

Todos los derechos reservados.

Copyright de la traducción © Luisa Fernanda Garrido y Tihomir Pištelek, 2020

Imagen de cubierta © Teresa Ettl, 2020

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2020

Juan Álvarez Mendizábal, 27. 28008 Madrid

[www.impedimenta.es](http://www.impedimenta.es)

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Carlos J. Martínez

Corrección: Ane Zulaika

Composición digital: leerendigital.com

Los editores desean agradecer a Marta Sánchez Nieves su colaboración con las citas en ruso contenidas en este libro.

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.



Knjiga je objavljena uz financijsku potporu Ministarstva kulture Republike Hrvatske. Esta edición ha sido publicada con el apoyo financiero del Ministerio de Cultura de la República de Croacia.

ISBN: 978-84-17553-65-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.



## Índice

Portada

Baba Yagá puso un huevo

Al principio no las ves...

Primera Parte

Pájaros en las copas de los árboles que crecen debajo de la ventana de mi madre

Todas mis palabras se han dispersado

¿Estás viva?

La limpieza es la mitad de la salud

Ven, túmbate aquí...

El armarito

El peregrino por encargo de mamá

Tal como llegaron, se fueron

Segunda parte

Primer día

Segundo día

Tercer día

Cuarto día

Quinto día

Sexto día, epílogo

Tercera parte

Baba Yagá para principiantes

Baba

Baba Yagá

Baba Yagá: la bruja

La cabaña

El mortero

Canibalismo

Madre, hermana, esposa

El baño de vapor

Pies, piernas

Garras

Los muchachos

Muñecas

Peine y toalla

Escoba y basura

Huevo

El dios de la gallina

Pájaros

Vejez

La Internacional de Baba Yagás

¡Aquí se acaba el cuento!

Nota bibliográfica de los traductores

Recursos electrónicos

Sobre este libro

Sobre Dubravka Ugrešić

Créditos

